DONDE CRUZAN LOS BRUJOS

Taisha Abelar

ÍNDICE

Con afecto para todos los viajeros que se adentran a lo desconocido

Introducción de Carlos Castaneda

Taisha Abelar es una de las tres mujeres que recibieron enseñanzas y fueron entrenadas en una forma muy deliberada por unos brujos en México, bajo la dirección de don Juan Matus.

He escrito de manera extensa acerca de mi propia preparación con él, pero nunca sobre el grupo específico al que pertenece Taisha Abelar. Existía el acuerdo tácito entre todos los que nos encontrábamos bajo la tutela de don Juan que yo no escribiría nada acerca de ellos.

He observado dicho acuerdo por más de veinte años. Es más, aunque todos nosotros hemos trabajado y vivido en estrecha proximidad, nunca hemos discutido nuestras experiencias personales. De hecho, nunca hubo siquiera la oportunidad de intercambiar puntos de vista acerca de lo que don Juan o los brujos de su grupo nos hicieron a cada uno de nosotros.

Dicha condición no estaba ligada a la presencia de don Juan. Después de que él y su grupo partieron de este mundo, seguimos adhiriéndonos a ella, puesto que no deseábamos gastar nuestra energía en revisar los acuerdos establecidos con anterioridad. Todo el tiempo y la energía a nuestra disposición han sido empleados en ratificar por nuestra propia cuenta todo lo que don Juan nos enseñó en forma tan empeñosa.

Don Juan nos enseñó que la brujería es un esfuerzo pragmático por medio del cual cualquiera es capaz de percibir energía de manera directa. A fin de percibirla de esta manera, sostenía que debíamos liberarnos de nuestra forma normal de percibir. Liberarnos así y percibir energía de manera directa fue una tarea que requirió todos nuestros esfuerzos.

Un concepto de la brujería es que los parámetros de nuestra percepción normal nos han sido impuestos como parte del proceso de adaptación social, no en forma por completo arbitraria pero con todo prescritos de manera forzosa. Uno de los aspectos de dichos parámetros obligatorios es el sistema de interpretación que convierte los datos sensoriales en unidades significativas, las cuales convierten al orden social en una estructura de

interpretación.
Nuestro funcionamiento ordinario dentro del orden social requiere una adhesión ciega y fiel a todos sus preceptos, ninguno de los cuales da cabida a la posibilidad de percibir energía de manera directa. Don Juan afirmaba, por ejemplo, que es posible percibir a los seres humanos como campos energéticos en forma de enormes, blanquecinos huevos luminosos.
A fin de lograr la hazaña de aumentar nuestra capacidad de percepción requerimos energía interna. Por lo tanto, el problema de proveerse de energía interna necesaria para cumplir con tal tarea se torna la principal preocupación de los estudiosos de la brujería.
Ciertas circunstancias pertinentes a nuestra condición del momento han permitido a Taisha Abelar escribir acerca de su preparación, que fue igual a la mía y no obstante del todo distinta. Tardó mucho tiempo en esta tarea, porque primero debió adquirir los medios brindados por la brujería para escribir. El propio don Juan Matus me encargó la tarea de escribir acerca de su conocimiento. Y fue él quien estableció el ánimo apropiado para esa tarea al advertir: "No escribas como escritor sino como brujo." Se refería a que lo hiciera en un estado de conciencia acrecentada que los brujos llaman *ensueño*. Taisha Abelar tardó muchos años en perfeccionar su ensueño al grado de convertirlo en el medio que los brujos usan para escribir.
En el mundo de don Juan los brujos, de acuerdo con su temperamento básico, se dividen en dos bandos complementarios: los *ensoñadores* y los *acechadores*. Los ensoñadores son los brujos que poseen una facilidad intrínseca para penetrar en estados de conciencia acrecentada mediante el control de sus sueños normales. El entrenamiento desarrolla dicha facilidad hasta convertirla en un arte: el arte de ensoñar. Los acechadores, por su parte, son los brujos que poseen la facilidad nata de tratar con hechos; son capaces de entrar en estados de conciencia acrecentada mediante el manejo y control de su propio comportamiento. El entrenamiento como brujo transforma esta capacidad natural en el arte del acecho.
Si bien todos los miembros del grupo de brujos encabezado por don Juan tenían un conocimiento global de ambas artes, eran asignados a un bando o al otro. Taisha Abelar fue adscrita a los acechadores e instruida por ellos. Su libro porta el sello de su estupenda preparación como acechadora.

Prefacio

He dedicado mi vida a la práctica de una rigurosa disciplina que llamamos "brujería", por falta de un nombre más apropiado. También soy antropóloga, campo de estudios en el que ostento el doctorado. He puesto mis dos áreas de conocimiento en este orden particular porque primero me involucré con la brujería. Normalmente uno llega a ser antropólogo y luego realiza trabajos de campo sobre algún aspecto cultural, las prácticas de brujería, por ejemplo. En mi caso sucedió al revés: como estudiosa de la brujería fui a estudiar antropología.
A fines de los sesenta vivía en Tucson, Arizona, donde conocí a una mexicana llamada Clara Grau que me invitó a su casa en el estado mexicano de Sonora. Ahí hizo lo posible por introducirme en su mundo, porque Clara Grau era bruja y formaba parte de un grupo de dieciséis brujos. Algunos eran yaquis; otros, mexicanos de diversos orígenes y antecedentes, edades y sexos. La mayoría eran mujeres. Con firmeza, todos ellos perseguían el mismo objetivo: romper las disposiciones y los prejuicios perceptivos que nos aprisionan dentro de los límites del mundo cotidiano normal, impidiéndonos el paso a otros mundos perceptibles.
Para los brujos, romper con dichas disposiciones perceptivas significa atravesar una barrera y saltar hacia lo inimaginable. Llaman a este salto "donde cruzan los brujos". A veces se refieren a ello como "el vuelo abstracto", porque entraña volar del lado de lo concreto y físico al lado de la percepción acrecentada y las formas abstractas e impersonales.
Dichos brujos tenían interés en ayudarme a lograr el vuelo abstracto, a fin de que pudiera unirme a ellos en sus afanes fundamentales; y por ello, la instrucción académica se volvió parte esencial de mi preparación para llegar a donde cruzan los brujos. El líder del grupo de brujos del que yo formo parte -el nagual, según se le llama- es una persona con un gran interés en la erudición académica formal. Por consiguiente, todas las personas a su cargo deben desarrollar y ejercitar el pensamiento abstracto y lúcido que sólo se adquiere en una universidad moderna.
Como mujer, la obligación de satisfacer este requisito fue aún mayor. Desde la temprana infancia se suele condicionar a las mujeres en general para depender de los varones de nuestra sociedad en la formación de conceptos y la iniciación de cambios. Los brujos que me instruyeron sostenían opiniones muy firmes a este respecto. Según ellos, es indispensable que las mujeres desarrollen su intelecto e incrementen su capacidad para el análisis y la abstracción, a fin de comprender mejor el mundo que las rodea.
Además, la preparación del intelecto constituye una auténtica estratagema de brujo. Al mantener la mente ocupada en forma deliberada con el análisis y el raciocinio, los brujos se encuentran libres para explorar sin trabas otras áreas de la percepción. Dicho de otra manera, mientras nuestro lado racional se entretiene con el formalismo de los estudios académicos, el lado no racional, llamado "el doble" o "el cuerpo energético" por los brujos, se mantiene ocupado con las tareas de la brujería. En tal forma, resulta menos probable que la mente

suspicaz y analítica interfiera o incluso se dé cuenta de lo que sucede en el nivel no racional.

La contraparte de mi preparación académica fue el incremento de mi conciencia y percepción: juntos, estos dos esfuerzos nos llevan al total desarrollo de nuestro ser. Transformados en una sola unidad, me sacaron de la actitud de dar por sentada la vida para la que fui criada y para la cual fui educada como mujer; y me condujeron a una nueva área de posibilidades perceptivas muchísimo más amplias de las que me tenía reservadas el mundo normal.

No pretendo afirmar que mi compromiso con el mundo de la brujería haya bastado, por sí solo, para asegurar mi éxito en este sentido. La atracción del mundo diario es tan fuerte y constante que todos los brujos, pese a la más asidua disciplina, una y otra vez se hallan sumidos en lo más vil del terror, la estupidez y la preocupación por sí mismos, como si su disciplina no sirviese para nada. Mis maestros me advirtieron que yo no era la excepción y que sólo una lucha implacable librada de minuto a minuto consigue contrarrestar la estupidizante, pero natural insistencia a resistir cualquier cambio.

Tras examinar cuidadosamente mis objetivos finales he llegado -junto con mis compañeros- a la conclusión de que he de describir mi preparación, a fin de recalcar para quienes van en pos de lo desconocido la importancia de desarrollar la capacidad de percibir más de lo que nos es posible con la percepción normal. Tal aumento de la percepción debe constituir una nueva forma, mesurada y pragmática, de percibir. De ningún modo puede constituir, simplemente, la continuación de la percepción del mundo cotidiano.

Los sucesos narrados por mí en este texto tratan sobre las etapas iniciales del entrenamiento de un brujo acechador. Esta fase entraña depurar las maneras habituales de pensar, actuar y sentir por medio de una empresa tradicional de la brujería llamada la "recapitulación", que todos los neófitos deben llevar a cabo. Como complemento de la recapitulación se me enseñó una serie de prácticas llamadas "pases brujos", combinación de movimiento y respiración. A fin de dar a dichas prácticas la coherencia adecuada, mi instrucción incluyó las explicaciones de las premisas filosóficas correspondientes.

El objetivo de todo lo que aprendí fue redistribuir y aumentar mi energía normal con el fin de realizar con ella la percepción fuera de lo ordinario que es parte del entrenamiento en la brujería. Este entrenamiento se basa en la idea de que, una vez roto, por medio de la recapitulación, el patrón compulsivo de los hábitos, pensamientos, expectativas y sentimientos, uno se encuentra, de manera indisputable, en situación de acumular energía suficiente para vivir de acuerdo con las premisas brindadas por la tradición de la brujería, así como para probar dichas premisas mediante la percepción directa de una realidad diferente.

1

Caminé hasta un lugar solitario, alejado de la carretera y el paso de la gente, para dibujar las sombras que las primeras horas de la mañana proyectaban sobre los extraordinarios cerros de lava que bordean el Gran Desierto en el sur de Arizona. Las rocas dentadas de color café oscuro centelleaban al estallar sobre sus picos los rayos del sol. El suelo a mi alrededor estaba salpicado de enormes trozos de piedra porosa, vestigios de la lava derramada por una gigantesca erupción volcánica. Poniéndome cómoda sobre una gran peña, me olvidé de todo dejándome absorber por el trabajo, como a menudo me ocurría en ese lugar austero y hermoso. Había terminado de esbozar los promontorios y las depresiones de los cerros distantes cuando reparé en una mujer que me estaba observando. Me irritó sobremanera que alguien se atreviese a invadir mi soledad y me esforcé al máximo por hacer caso omiso de ella. Sin embargo, cuando se acercó para observar mi trabajo me volví enfadada para encararla.

Los altos pómulos y el cabello negro que le llegaba a los hombros le daban un aspecto eurasiático. Su cutis era terso y cremoso, lo cual dificultaba calcular su edad; podía tener cualquier cosa entre treinta y cincuenta años. Medía tal vez unos cinco centímetros más que yo, es decir, aproximadamente un metro con setenta y cinco centímetros, pero debido a su complexión robusta daba la impresión de ser mucho más alta. Sus pantalones de seda negros y la chaqueta estilo oriental que llevaba parecían cubrir un cuerpo en excelentes condiciones físicas.

Me fijé en sus ojos, que eran verdes y resplandecientes. Bajo su destello amistoso se esfumó mi enojo y de improviso me hallé haciéndole una pregunta tonta:

-¿Usted vive por aquí?

-No -replicó, avanzando hacia mí-. Voy camino al puesto fronterizo de Sonoyta. Me detuve a estirar las piernas y llegué hasta este sitio desolado. El encontrar a una persona aquí, tan lejos de todo, me sorprendió tanto que no pude más que entrometerme de esta manera. Permita que me presente. Me llamo Clara Grau.

Alargó la mano. Se la estreché y sin la menor vacilación empecé a contarle que al nacer yo había recibido el nombre de Taisha, pero que posteriormente no les pareció a mis padres lo bastante típico de los Estados Unidos. Comenzaron a decirme Martha, por mi madre. Por mi parte, ya que detestaba este nombre, decidí adoptar el de Mary.

-¡Qué interesante! -dijo la mujer, pensativa-. Tiene tres nombres muy diferentes. La llamaré Taisha, puesto que es su nombre original.

Me dio gusto que hubiera seleccionado ese nombre. Era el que yo misma había terminado por elegir. Aunque al principio estuve de acuerdo con mis padres en que sonaba demasiado extranjero, sentí tal aversión por el nombre de Martha que acabé por hacer de Taisha mi nombre secreto.

Con tono severo, que de inmediato ocultó tras una sonrisa benigna, la mujer me bombardeó con una serie de afirmaciones disfrazadas de preguntas.

-Usted no es de Arizona -empezó.

Respondí con la verdad, lo cual resultaba insólito en vista de mi costumbre de tratar con cautela a las personas, sobre todo a los desconocidos.

-Vine a Arizona hace un año para trabajar.

-No ha de tener más de veinte años.

-Cumpliré veintiuno en un par de meses.

-Tiene un ligero acento. No parece ser de los Estados Unidos, pero no consigo identificar su nacionalidad exacta.

-Soy estadounidense, pero de niña viví en Alemania -indiqué-. Mi padre es de aquí y mi madre de Hungría. Dejé mi casa al ir a la universidad y no he vuelto. Es extraño, pero no quiero tener nada que ver con mi familia.

-Me imagino que no se llevaba bien con ellos.

-No. Me sentía muy infeliz. No veía la hora de irme de casa.

Sonrió y asintió con la cabeza, como si también conociera ese deseo de escapar.

-¿Es casada? -preguntó.

-No. No tengo a nadie en el mundo.

Pronuncié la frase con el dejo de autocompasión que siempre me invadía al hablar sobre mí misma.

No hizo ningún comentario al respecto. Sólo siguió hablando con calma y precisión, como para darme confianza y al mismo tiempo comunicar toda la información posible acerca de sí misma con cada una de sus frases.

Mientras hablaba guardé los lápices para dibujar en su estuche, aunque sin apartar los ojos de su rostro. No quería darle la impresión de no estarle haciendo caso.

-Fui hija única y mis padres han muerto -señaló-. La familia de mi padre es mexicana, de Oaxaca. La de mi madre es estadounidense de ascendencia alemana. Son del este del país, pero ahora viven en Phoenix. Acabo de asistir a la boda de uno de mis primos.

-¿Usted también vive en Phoenix? -pregunté.

-Pasé la mitad de mi vida en Arizona y la otra en México -replicó-. Desde hace algunos años tengo mi casa en el estado mexicano de Sonora.

Me puse a cerrar mi portafolio. Conocer y hablar con esa mujer me había impresionado a tal grado que definitivamente no podría trabajar más ese día.

-También he viajado al Lejano Oriente -afirmó, con lo que reconquistó mi atención-. Ahí aprendí el arte de la acupuntura, además de las marciales y curativas. Incluso estuve varios años en un templo budista.

-¿De veras?

Eché una mirada a sus ojos. Su expresión era propia de una persona que meditaba mucho. Eran ardientes y al mismo tiempo serenos.

-Tengo mucho interés en el Lejano Oriente -señalé-, sobre todo en Japón. También estudié budismo y artes marciales.

-¿De veras? -respondió, en el mismo tono que yo-. Ojalá pudiera revelarle mi nombre budista, pero los nombres secretos no deben darse a conocer salvo en las circunstancias apropiadas.

-Yo le revelé mi nombre secreto -dije, apretando las correas de mi portafolio.

-Sí, Taisha, lo hizo y eso significa mucho para mí -replicó con excesiva seriedad-. Como sea, por lo pronto sólo caben las introducciones.

-¿Trae coche? -pregunté, escudriñando los alrededores.

-Estaba a punto de hacerle la misma pregunta -contestó.

-Dejé mi coche como a medio kilómetro de aquí al lado de un camino de terracería. ¿Y el suyo?

-¿Tiene un Chevrolet blanco? -preguntó alegremente.

-Sí.

-Entonces mi carro está estacionado junto al suyo.

Soltó una risita entrecortada, como si hubiera dicho algo gracioso. Me sorprendió la irritación que me causó su risa.

-Tengo que irme -indiqué-. Me dio mucho gusto conocerla. ¡Adiós!

Eché a caminar hacia mi coche, pensando que ella se quedaría a admirar el paisaje.

-No nos despidamos todavía -protestó-. La acompaño.

Nos fuimos caminando. Junto a mis cuarenta y nueve kilos, aquella mujer parecía una enorme roca. Su región abdominal era redonda y llena de fuerza. Causaba la sensación de haber podido fácilmente ser obesa, pero no lo

era.
-¿Puedo hacerle una pregunta personal, señora Grau? -dije, sólo para interrumpir el incómodo silencio.
Se detuvo para volverse hacia mí.
-No soy la señora de nadie -replicó bruscamente-. Soy Clara Grau. Y no me trates tan formalmente. Dime Clara y sí, pregúntame lo que quieras.
-El matrimonio no parece agradarte mucho -comenté ante el tono de su respuesta.
Por un instante me dirigió una mirada temible, pero la suavizó en el acto.
-Definitivamente no me agrada la esclavitud -explicó-; pero no sólo en lo que atañe a las mujeres. ¿Qué era lo que querías preguntarme?
Su reacción había sido tan inesperada que me hizo olvidar lo que iba a preguntar, y la observé con tal insistencia que me dio vergüenza.
-¿Por qué caminaste tan lejos, hasta este sitio en particular? -me apuré a preguntar.
-Vine aquí porque este es un lugar de mucha energía.
Señaló las formaciones distantes de lava.
-Esos cerros fueron arrojados desde el corazón de la Tierra, como sangre. Siempre que estoy en Arizona me doy una vuelta para venir aquí. Este sitio rezuma una energía terrestre muy especial. Ahora permíteme que te haga la misma pregunta. ¿Por qué elegiste este lugar?
-Vengo aquí a menudo. Es mi lugar preferido para dibujar.
No lo había dicho como chiste, pero ella rompió a reír.
-¡Ese detalle lo decide todo! -exclamó; luego continuó en tono más sosegado-. Voy a proponerte algo que quizá te parezca disparatado o incluso arriesgado, pero escúchame. Me gustaría que me acompañaras a mi casa a pasar unos días conmigo como mi invitada.
Alcé la mano para dar las gracias y rechazar su invitación, pero me instó a pensarlo. Aseveró que nuestro interés común por el Lejano Oriente y las artes marciales merecía un serio intercambio de ideas.
-¿Dónde vives? -pregunté.
-Cerca de la ciudad de Navojoa.
-Pero eso está a más de seiscientos kilómetros de aquí.
-Sí, queda bastante lejos. Pero es tan hermoso y tranquilo que seguramente te gustaría.
Guardó silencio por un momento, como si esperase una respuesta.
-Además, tengo la impresión de que no estás ocupada con nada definido por el momento -prosiguió-, y que te es difícil encontrar qué hacer. Bueno, tal vez venir a mi casa sea justo lo que te ayude.
Tenía razón con respecto al hecho de que yo no tenía la menor idea de qué hacer con mi vida. Acababa de dejar un empleo de secretaria a fin de ponerme al día con mis trabajos artísticos. Por otra parte, definitivamente no sentía ningún deseo de ir como invitada a la casa de nadie.
Miré a mi alrededor, escudriñando el terreno en busca de algún indicio que me revelara qué hacer. Nunca había podido explicar de dónde saqué la idea de que era posible recibir ayuda o pistas del medio ambiente, pero normalmente solía obtenerla en esta forma. Aplicaba una técnica que parecía haber aparecido de la nada; por medio de ella, había conseguido muchas veces hallar opciones antes ignoradas por mí. Por lo común dejaba vagar mis pensamientos mientras fijaba los ojos en el horizonte meridional, aunque no tenía la menor idea de por qué elegía siempre el Sur. Tras unos minutos de silencio, por lo general me llegaba una revelación que me ayudaba a decidir qué hacer o cómo proceder en una determinada situación.
Fijé la mirada en el horizonte del Sur al caminar. De súbito vi el tenor de mi vida tendido delante de mí, igual que el desierto árido. Puedo afirmar sinceramente que, a pesar de saber que el desierto de Sonora abarcaba todo el sur de Arizona, un poco de California y la mitad del estado mexicano de Sonora, nunca antes había reparado en lo solitario y desolado que era ese páramo.
Tardé un momento en asimilar el impacto de haber descubierto que mi vida eran tan vacía y estéril como ese desierto. Había roto relaciones con mi familia y no tenía una familia propia. Ni siquiera había expectativas para mi futuro. No tenía trabajo. Por un tiempo viví de la pequeña herencia recibida de la tía cuyo nombre portaba, pero este ingreso se había agotado. Me encontraba completamente sola en el mundo. La vastedad que se extendía a mi alrededor, severa e indiferente, despertó en mi interior un avasallador sentimiento de autocompasión. Sentí necesidad de un alma amiga, de alguien que rompiera con la soledad de mi vida.
Sabía que sería absurdo aceptar la invitación de Clara y lanzarme de cabeza a una situación desconocida que sería incapaz de controlar, pero algo en la franqueza de su manera de ser y en su vitalidad física despertaron en mí una inmensa curiosidad y un gran respeto hacia ella. Me di cuenta de que admiraba e incluso envidiaba su belleza y fuerza. Me pareció una mujer sumamente llamativa y fuerte, independiente, confiada e indiferente, pero no dura ni carente de humor. Poseía justo las cualidades que siempre había anhelado para mí misma. Y más que ninguna otra cosa, su presencia parecía disipar mi aridez. Hacía vibrar el espacio a su alrededor, lo colmaba de energía y de posibilidades sin límite.

Con todo, yo tenía la costumbre inflexible de no aceptar invitaciones a la casa de nadie, mucho menos de alguien a quien acababa de conocer en la soledad del desierto. Tenía un pequeño departamento en Tucson y aceptar invitaciones, en mi opinión, me obligaba a corresponder, a lo cual no estaba dispuesta. Por un momento me quedé inmóvil, sin saber qué camino tomar.

-Por favor di que sí -me instó Clara-. Significaría mucho para mí.

-Bien, supongo que sí podría ir a tu casa -repliqué sin convicción alguna, queriendo decir lo opuesto.

Me miró, regocijada. Disfracé el pánico que me nació de inmediato con un despliegue de buen humor que estaba lejos de sentir.

-Me servirá cambiar de ambiente -afirmé-. ¡Será como una aventura!

Inclinó la cabeza en señal de aprobación.

-No te arrepentirás -declaró, con una confianza que ayudó a disipar mis dudas-. Podremos practicar artes marciales juntas.

Efectuó unos cuantos movimientos rápidos con la mano, con gracia y fuerza al mismo tiempo. Me pareció incongruente que esa mujer robusta pudiese ser tan ágil.

-¿Qué estilo específico de artes marciales estudiaste? -pregunté al notar que con facilidad adoptaba la posición del combate con lanza larga.

-En el Oriente estudié todos los estilos y ninguno en particular -replicó, insinuando apenas una sonrisa-. Con mucho gusto te los mostraré cuando estemos en mi casa.

Recorrimos el resto del camino en silencio. Al llegar al sitio donde estaban estacionados los coches, guardé mis cosas en la cajuela y esperé a que Clara dijera algo.

-Bien, vámonos -dijo-. Yo iré adelante. ¿Manejas rápido o lento, Taisha?

-Como una tortuga.

-Yo también. La vida en China me curó de las prisas.

-¿Puedo hacerte una pregunta sobre China, Clara?

-Por supuesto. Ya te dije que puedes preguntar lo que quieras sin necesidad de pedir permiso.

-Debes haber viajado a China antes de la Segunda Guerra Mundial, ¿verdad?

-Oh, sí. Estuve ahí hace una eternidad. Me imagino que tú no habrás viajado nunca a la China continental.

-No. Sólo estuve en Taiwan y en Japón.

-Las cosas eran distintas antes de la guerra, por supuesto -dijo Clara, pensativa-. El lazo con el pasado aún estaba intacto. Ahora todo se ha roto.

No sé por qué me dio miedo preguntarle a qué se refería. En cambio, pregunté cuánto tardaríamos en llegar a su casa. Clara se mostró inquietantemente vaga al respecto; sólo me advirtió que me preparase para un viaje arduo. Enseguida su tono se suavizó, y agregó que mi valor la complacía sobremanera.

-Acompañar con esta facilidad a una desconocida es una imprudencia total -indicó- o bien, una muestra de gran audacia.

-Por lo común soy muy cautelosa -expliqué-, pero ahora ni me reconozco.

Era la verdad, y entre más pensaba en mi inexplicable comportamiento, más se intensificaba mi desazón.

-Cuéntame un poco más acerca de ti -pidió amablemente. Como para tranquilizarme, se acercó hasta la portezuela de mi coche.

De nueva cuenta comencé a revelar información verídica sobre mí.

-Mi madre es húngara, pero proviene de una vieja familia austríaca -indiqué-. Conoció a mi padre en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los dos trabajaban en un hospital de campaña. Después de la guerra se mudaron a los Estados Unidos y luego fueron a Sudáfrica.

-¿Por qué a Sudáfrica?

-Mi madre quería ver a unos parientes que vivían ahí.

-¿Tienes hermanos o hermanas?

-Tengo dos hermanos que se llevan un año. El mayor tiene veintiséis ahora.

Tenía los ojos fijos en mí. Con una facilidad sin precedentes me desahogué de sentimientos dolorosos que había reprimido siempre. Le conté que mi infancia fue muy solitaria. Mis hermanos no me hicieron caso nunca, porque era niña. De chica solían atarme con una cuerda y engancharme a un poste, como un perro, mientras ellos corrían y jugaban fútbol en todo el patio. A mí sólo me quedaba jalar de la cuerda y ver cómo se divertían. Después, cuando ya era más grande, me ponía a correr tras ellos. No obstante, para entonces ambos tenían bicicleta y siempre me quedaba atrás. Cuando me quejaba con mi madre, su respuesta habitual era que así son los niños y que yo debía jugar con muñecas y ayudar en la casa.

-Tu madre te educó a la tradicional manera europea -señaló Clara.

-Ya lo sé, pero eso no me sirve de consuelo.

Una vez empezando, no parecía haber manera de dejar de hablar acerca de mi vida. Le conté que yo tenía que quedarme en casa, mientras mis hermanos se iban de viaje y después a la escuela. Deseaba vivir las mismas

aventuras que ellos, pero según mi madre las niñas debíamos aprender a tender camas y a planchar la ropa. "Es aventura suficiente cuidar a una familia -solía decir-. Las mujeres nacemos para obedecer." Estaba al borde de las lágrimas cuando le conté a Clara que, desde que tenía uso de razón, debía servir a tres amos: mi padre y mis dos hermanos.

-Suena bastante pesado -comentó.

-Era horrible. Me fui de casa para alejarme lo más posible de ellos -expliqué-. Y también para vivir aventuras. Sin embargo, hasta ahora no he conocido mucha diversión ni grandes emociones. Supongo que simplemente no fui criada para vivir una vida feliz y despreocupada.

Describir mi vida a una completa desconocida me provocó un estado de extrema ansiedad. Me callé y miré a Clara, en espera de una reacción que aliviara mi ansiedad o bien la incrementara al punto de hacerme cambiar de opinión y no acompañarla después de todo.

-Bueno, al parecer sólo hay una cosa que sabes hacer muy bien y no veo por qué no habrías de aprovecharla al máximo -declaró.

Pensé que se refería a mi talento para dibujar o pintar, pero agregó, para mi total mortificación:

-Lo único que sabes hacer bien es sentir lástima por ti misma.

Apreté los dedos en el tirador de la portezuela.

-No es cierto -protesté-. ¿Quién te crees para decirme eso?

Rompió a reír y meneó la cabeza.

-Tú y yo somos muy parecidas -indicó-. Nos enseñaron a ser pasivas, serviles y a adaptarnos a las circunstancias, pero por dentro estamos hirviendo. Somos como un volcán a punto de hacer erupción, y lo que aumenta nuestra frustración aún más es el hecho de no tener sueños o expectativas, excepto el de conocer algún día al hombre perfecto que nos rescatará de nuestra infelicidad.

Me dejó sin habla.

-¿Y bien? ¿Tengo razón? ¿Tengo razón? -preguntó una y otra vez-. Sé sincera. ¿Tengo razón o no?

Apreté los puños, dispuesta a insultarla. Clara esbozó una sonrisa cálida. Emanaba tal vigor y bienestar que no sentí necesidad de mentir o de ocultar mis sentimientos.

-Sí, diste justo en el clavo -admití.

Tuve que aceptar que sólo otorgaba sentido a mi monótona existencia, además de mi trabajo artístico, la vaga esperanza de algún día conocer a un hombre que me comprendiera y supiera apreciar que era una persona especial.

-A lo mejor tu vida va a cambiar y engrandecer -afirmó en tono promisorio.

Se subió a su coche y con la mano me señaló que la siguiera. En ese momento me di cuenta de que Clara no me había preguntado si llevaba pasaporte, ropa o dinero suficientes, o si tenía otras obligaciones. El hecho no me asustó ni me desalentó. No sé por qué, pero al soltar el freno de mano y ponerme en movimiento, estaba segura de haber tomado la decisión correcta. Quizá mi vida iba a cambiar después de todo.

2

Después de manejar continuamente por más de tres horas, nos detuvimos a comer en la ciudad de Guaymas. Mientras esperaba que llegara la comida, eché un vistazo a la estrecha calle que bordeaba la bahía. Un grupo de muchachos sin camisas pateaba una pelota; más allá, unos obreros colocaban ladrillos en una obra; otros más tomaban su descanso de mediodía bebiendo refrescos de botella, apoyados en unos montones de sacos de cemento sin abrir. No pude menos que pensar que en México todo parecía más ruidoso y polvoriento.

-En este restaurante sirven un caldo de tortuga exquisito -dijo Clara, recuperando mi atención.

Justo en ese momento una sonriente mesera, dueña de un diente incisivo de color plateado, colocó dos tazones del caldo en la mesa. Clara intercambió unas palabras cordiales con ella en español, antes de que la mesera se apurara a atender a otros clientes.

-No he probado nunca el caldo de tortuga -comenté al tomar una cuchara y examinarla para ver si estaba limpia.

-Te espera un verdadero agasajo -replicó Clara, observando cómo limpiaba la cuchara con una servilleta de papel.

Con renuencia probé una cucharada de caldo. Los trocitos de carne blanca que flotaban en una cremosa base de jitomate en efecto eran deliciosos.

Tomé varias cucharadas de caldo antes de preguntar:

-¿De dónde sacan las tortugas?

Clara señaló por la ventana.

-De esta bahía.

Un apuesto hombre de edad madura que estaba sentado a la mesa al lado de la nuestra volvió hacia mí y me guiñó el ojo. Su gesto me pareció más un intento por hacerse el gracioso que una insinuación sexual. Se inclinó

hacia mí, como si le hubiéramos dirigido la palabra.
-La tortuga que está comiendo ahora era muy grande -dijo en inglés, con un marcado acento.
Clara me miró y alzó las cejas, como si no pudiera creer tanta audacia por parte de un desconocido.
-Esta tortuga era tan grande que alimentaría a una docena de personas hambrientas -prosiguió el hombre-. Las atrapan en el mar. Se requiere varios hombres para agarrar a una sola.
-Supongo que las arponean como a las ballenas -comenté.
El hombre hábilmente acercó su silla a nuestra mesa.
-No, creo que usan grandes redes -afirmó-. Luego las aporrean hasta dejarlas inconscientes, antes de abrirles los vientres. Así la carne no se pone demasiado dura.
Mi apetito se esfumó. Lo último que deseaba era que un agresivo e insensible desconocido se pasara a nuestra mesa, pero no sabía cómo manejar la situación.
-A propósito de comida, Guaymas tiene fama por sus camarones gigantes -continuó el hombre con una sonrisa cautivadora-. Permítanme pedirles unos.
-Ya lo hice -replicó Clara bruscamente.
En ese momento regresó nuestra mesera, cargando un plato rebosante de los camarones más grandes que había visto en mi vida. Hubieran bastado para un banquete y definitivamente era mucho más de lo que Clara y yo podríamos comer, por mucha hambre que tuviésemos.
Nuestro indeseable compañero me miró, a la espera de una invitación para compartir nuestra comida. De haber estado sola, hubiera logrado pegarse aun contra mi voluntad. Sin embargo, Clara tenía otros planes y reaccionó de manera decisiva. Se puso de pie con agilidad felina, enfrentó al hombre adoptando una actitud amenazadora y lo miró directamente a los ojos.
-¡Vete a la chingada, pendejo! -vociferó en español-. ¡Cómo te atreves a sentarte en nuestra mesa! ¡Mi sobrina no es ninguna pinche puta!
Su actitud emanaba tal fuerza y el tono de su voz era tan ofensivo que se paralizó toda actividad en el lugar. Todos los ojos se clavaron en nuestra mesa. El hombre se encogió de manera tan lastimosa que sentí pena por él. Se escurrió de la silla y salió del restaurante casi reptando.
-Sé que has sido entrenada para dejar que los hombres te saquen ventaja por el simple hecho de ser hombres -comentó Clara una vez que se había vuelto a sentar-. Siempre has tratado con amabilidad a los hombres y te han chupado todo lo que tienes. ¡¿No sabías que los hombres se alimentan de la energía de las mujeres?!
Sentía demasiada vergüenza para discutir con ella. Percibía todas las miradas en el lugar fijas sobre mí.
-Dejas que te mangoneen porque les tienes lástima -prosiguió Clara-. En lo más recóndito de tu corazón ansías cuidar a un hombre, a cualquier hombre. Si ese idiota hubiera sido mujer, tú misma no hubieras permitido nunca que se sentara a nuestra mesa.
Había perdido el apetito por completo. Me enfurruñé, pensativa.
-Veo que toqué una llaga -indicó Clara, con una sonrisa vana.
-Armaste un escándalo; fuiste grosera -declaré con tono de reproche.
-Es cierto -replicó, riéndose-. Pero casi lo maté del susto.
Su expresión era tan franca y parecía tan feliz que por fin pude reír, al recordar el sobresalto del hombre.
-Soy igual que mi madre -rezongué-. Consiguió hacer de mí un ratón en lo que se refiere a los hombres.
En el instante en que di expresión a este pensamiento, desapareció mi depresión y volví a sentir hambre. Me acabé casi todo el plato de camarones.
-No hay nada que se compare a principiar una nueva etapa en la vida con la barriga llena y el corazón contento -declaró Clara.
Una punzada de temor me confirió una sensación de pesadez en el estómago. A causa de toda la emoción se me había pasado por completo interrogar a Clara acerca de su casa. Tal vez era una choza, como las que había visto al lado del camino durante todo el viaje. ¿Qué clase de comida me serviría? Quizá ésa sería mi última comida buena. ¿Podría tomar el agua? Me imaginé enferma de agudos problemas intestinales. No sabía cómo preguntar a Clara acerca del alojamiento, sin parecer ofensiva o malagradecida. Clara me miró con ojos críticos. Pareció percibir mi agitación.
-México es un lugar duro -afirmó-. No es posible bajar la guardia ni por un instante. Pero ya te acostumbrarás.
"El norte del país es aún más severo que el resto. La gente llega en tropel en busca de trabajo o para hacer escala antes de cruzar la frontera con los Estados Unidos. Vienen por trenes enteros. Algunos se quedan y otros viajan al interior en vagones de carga, para trabajar en las gigantescas empresas agrícolas pertenecientes a corporaciones privadas. Sin embargo, la comida y el trabajo simplemente no alcanzan para todos, de modo que la mayoría de ellos se van de braceros a los Estados Unidos.
Me acabé cada gota de caldo; de dejar algo, me hubiera sentido culpable.
-Cuéntame más acerca de esta región, Clara.
-Todos los indígenas de aquí son yaquis reubicados en Sonora por el gobierno mexicano.

-¿Quieres decir que no han estado aquí siempre?
-Esta es su tierra ancestral -explicó Clara-, pero en los años veinte y treinta fueron desarraigados y enviados por decenas de miles al centro de México. Luego, a fines de la década de los cuarenta, los trajeron de regreso al desierto de Sonora.
Clara se sirvió un poco de agua mineral; también llenó mi vaso.
-La vida es dura en el desierto de Sonora -prosiguió-. Como pudiste observar en el camino, esta tierra es austera e inhóspita. Los indígenas no tuvieron otra opción que poblar la zona del que fuera el río Yaqui. Ahí, en la antigüedad, los primeros yaquis construyeron sus pueblos sagrados y los habitaron por cientos de años, hasta que llegaron los españoles.
-¿Pasaremos por esos pueblos? -pregunté.
-No. No tenemos tiempo. Quiero llegar a Navojoa antes de que oscurezca. Quizá algún día hagamos una excursión para visitar los pueblos sagrados.
-¿Por qué son sagrados?
-Según los indígenas, la ubicación de cada pueblo a lo largo del río simbólicamente corresponde a un sitio en su mundo mítico. Al igual que los montes de lava en Arizona, esos sitios son lugares de poder. Los indígenas poseen una mitología muy rica. Creen que pueden entrar a un mundo de sueños y salir de él de un momento a otro. Verás, su concepto de la realidad es distinto al nuestro.
"De acuerdo con los mitos yaquis, esos pueblos también existen en el otro mundo -continuó Clara- y es de ese reino etéreo que reciben su poder. Se dicen la gente sin razón, para diferenciarse de nosotros, la gente con razón.
-¿Qué clase de poder reciben? -pregunté.
-Su magia, brujería y conocimiento. Todo eso proviene directamente del mundo de los sueños. Y ese mundo se encuentra descrito en sus leyendas y cuentos. Los yaquis poseen una rica y extensa historia oral.
Miré el restaurante atestado a mi alrededor. Me pregunté cuáles de las personas sentadas ante las mesas serían indígenas, y cuáles mexicanas. Algunos de los hombres eran altos y nervudos; otros, bajos y regordetes. Toda la gente tenía un aspecto extranjero para mí; en secreto me sentía superior y definitivamente fuera de lugar.
Clara se acabó los camarones, los frijoles y el arroz. Yo me sentía abotagada, pero a pesar de mis protestas insistió en pedir flan como postre.
-Será mejor que te llenes -indicó con un guiño del ojo-. No se sabe nunca cuándo se podrá comer otra vez o en qué consistirá esa comida. Aquí en México siempre consumimos la caza del día.
Sabía que se estaba burlando de mí y con todo reconocí cierta verdad en sus palabras. Había visto un burro muerto antes, debido a un choque con un coche en la carretera. Sabía que las áreas rurales carecían de refrigeración y que por lo tanto la gente comía la carne que tuviese a su disposición. No pude más que preguntarme en qué consistiría mi próxima comida. Sin decir nada, decidí limitar mi estancia con Clara a sólo un par de días.
En un tono más serio, Clara continuó su exposición.
-Las cosas fueron de mal en peor para los indígenas aquí -indicó-. Cuando el gobierno construyó una presa, como parte de un proyecto hidroeléctrico, modificó en forma tan drástica el rumbo del río Yaqui que la gente tuvo que empacar sus cosas y establecerse en otra parte.
El rigor de esa clase de vida contrastaba con mi propia infancia, en la que siempre hubo suficiente alimento y comodidades. Me pregunté si el venir a México tal vez no fuese expresión de un profundo deseo por obrar un cambio completo en mi vida. Siempre había buscado aventuras, pero ahora que me hallaba inmersa en una me llenó el pavor a lo desconocido.
Comí un poco de flan y desterré de mi mente el pavor que se había establecido en mí desde que conocí a Clara. A pesar de ello, me agradaba su compañía. Por el momento me encontraba bien alimentada con camarones gigantes y caldo de tortuga, aunque tal vez fuese mi última comida sustanciosa, según diera a entender la propia Clara; decidí confiar en ella y permitir que se desarrollara la aventura.
Clara insistió en pagar la cuenta. Llenamos los tanques con gasolina y salimos otra vez a la carretera. Después de manejar varias horas más, llegamos a Navojoa. No nos detuvimos en la población sino que la atravesamos, abandonando la carretera panamericana para tomar por un camino de grava hacia el Este. Era media tarde. No me sentía en absoluto cansada; de hecho, había disfrutado el resto del viaje. Entre más avanzamos hacia el Sur, más percibía que una sensación de felicidad y bienestar reemplazaba a mi habitual estado neurótico y deprimido.
Tras manejar por más de una hora por un camino desigual, Clara se salió de él y me señaló que la siguiera. Rodamos sobre el suelo duro que bordeaba un alto muro rematado por una buganvilla en flor. Nos estacionamos sobre un área de tierra firmemente apisonada en el extremo del muro.
-Aquí es donde vivo -me gritó al apearse lentamente de su coche.
Me acerqué a ella. Se veía cansada y parecía haber aumentado de tamaño.
-Te ves tan fresca como cuando salimos -comentó-. Ah, ¡las maravillas de la juventud!
Del otro lado del muro, escondida completamente por árboles y densos arbustos, se alzaba una enorme casa

con tejas, ventanas provistas de rejas y varios balcones. Aturdida, seguí a Clara a través de una puerta de hierro forjado, un patio de ladrillos, otra pesada puerta de madera, hasta entrar a la casa por la parte de atrás. La losas que cubrían el piso del vestíbulo fresco y vacío realzaban la austeridad de las paredes encaladas y las vigas oscuras de madera en el techo. Lo cruzamos para entrar a una amplia sala.

Las paredes blancas estaban bordeadas por azulejos exquisitamente pintados. Dos sofás impecables de color beige y cuatro sillones se agrupaban alrededor de una pesada mesa de centro de madera. Encima de la mesa había unas revistas abiertas en inglés y en español. Tuve la impresión de que alguien las había estado leyendo, sentado en uno de los sillones, pero que se fue apresuradamente al entrar nosotras por la puerta del fondo.

-¿Qué opinas de mi casa? -preguntó Clara, rebosante de orgullo.

-Es fantástica -respondí-. ¿Quién hubiera creído que pudiese haber una casa como ésta aquí, en este paraje tan desolado?

Entonces mi envidia asomó la cabeza y me turbé por completo. Siempre había soñado con tener una casa así, pero estaba consciente de que jamás la podría adquirir.

-No te imaginas lo acertada que es tu descripción al calificar esta casa de fantástica -indicó Clara-. Lo único que puedo decirte sobre ella es que, al igual que los montes de lava que vimos esta mañana, se encuentra imbuida de poder. Un poder silencioso y exquisito corre por ella, de la misma manera en que la corriente eléctrica corre por los cables.

Al escucharla me sucedió una cosa inexplicable: mi envidia desapareció. Se esfumó por completo al pronunciar ella la última palabra.

-Ahora te mostraré tu recámara -señaló-. Y también fijaré unas reglas básicas que deberás observar mientras estés aquí como mi invitada.

"Todo lo que se encuentra del lado derecho de la casa y atrás de esta sala está a tu disposición, para que lo uses y explores, y eso incluye el terreno. Sin embargo, no debes entrar a ninguna de las recámaras, excepto la tuya, por supuesto. Ahí puedes utilizar lo que quieras. Incluso puedes romper las cosas en un acceso de ira o amarlas en arranques de afecto. Pero no te está permitido el acceso al lado izquierdo de la casa, bajo ninguna circunstancia y por ningún motivo. Así que mantente alejada de él.

La extravagante petición me disgustó, pero le aseguré que la entendía perfectamente y que cumpliría sus deseos. En realidad me pareció que su exigencia era grosera y arbitraria. De hecho, entre más me advertía mantenerme alejada de ciertas partes de la casa, más curiosidad sentía por conocerlas.

A Clara pareció ocurrírsele otra cosa y agregó:

-Por supuesto puedes utilizar la sala; incluso puedes dormir aquí en el sofá si tienes demasiado sueño o pereza como para ir a tu recámara. Sin embargo, otra área que no debes usar es el terreno delante de la casa y también la puerta principal. Está cerrada con llave por ahora, así que siempre entra a la casa por la puerta de atrás.

No me dio tiempo de responder. Clara me guió por un largo corredor. Pasamos delante de varias puertas cerradas -recámaras, según dijo, y por lo tanto de acceso prohibido para mí- hasta llegar a una gran habitación. Lo primero que vi al entrar fue una adornada cama doble de madera. Estaba cubierta con una hermosa colcha tejida de color blanquecino. Junto a una ventana en la pared que daba al fondo de la casa había un juguetero de caoba tallado a mano y lleno hasta el tope de objetos antiguos, floreros y figurillas de porcelana, cajas de esmalte tabicado y platos minúsculos. En la otra pared había un ropero que hacía juego con él; Clara lo abrió. En el interior estaban colgados vestidos antiguos, abrigos, sombreros, zapatos, sombrillas y bastones de mujer; todos parecían objetos exquisitos escogidos con mucho cuidado.

Antes de que pudiera inquirir dónde había conseguido esos hermosos objetos, cerró las puertas.

-Usa lo que quieras -indicó-. Esta es tu ropa y éste será tu cuarto mientras te quedes en la casa.

Echó un vistazo por encima del hombro, como si hubiera otra persona en el cuarto, y añadió:

-¡Y quién sabe por cuánto tiempo sea eso!

Al parecer estaba refiriéndose a una visita extensa. Sentí que me sudaban las palmas de las manos al informarle torpemente que en el mejor de los casos podría quedarme sólo por unos cuantos días. Clara me aseguró que estaría perfectamente a salvo con ella en ese lugar. Mucho más segura, de hecho, que en otro sitio cualquiera. Agregó que sería tonto de mi parte pasar por alto la oportunidad de ampliar mi conocimiento.

-Pero tengo que buscar empleo -dije a manera de pretexto-. No tengo dinero.

-No te preocupes por el dinero -replicó-. Te prestaré o te daré lo que necesites. Por eso no hay problema.

Le di las gracias por su oferta, pero le expliqué que mi educación me impedía aceptar dinero de un desconocido por ser algo sumamente impropio, sin importar cuán bien intencionado fuera el gesto.

Rechazó mi negativa.

-Lo que te pasa, Taisha, creo yo, es que te enfadaste por mi petición de no usar el lado izquierdo de la casa o la puerta principal. Sé que en tu opinión me mostré arbitraria y demasiado reservada y ahora no quieres quedarte más que uno o dos días, por simple cortesía. Tal vez incluso pienses que soy una vieja excéntrica y un poco loca.

-No, no, Clara, no es eso. Lo que pasa es que debo pagar mi renta. Si no encuentro empleo pronto no tendré

dinero, y aceptar dinero de otra persona me es imposible.
-¿Quieres decir que no te ofendió mi petición de evitar ciertas partes de la casa?
-Claro que no.
-¿No sentiste curiosidad por saber la razón por la que te pedí eso?
-Sí, eso sí.
-Bueno, la razón es que hay otras personas viviendo en ese lado de la casa.
-¿Son parientes tuyos, Clara?
-Sí. Nuestra familia es bastante grande. De hecho, son dos las familias que viven aquí.
-¿Y las dos son familias grandes?
-Así es. Cada una tiene ocho miembros, lo cual suma dieciséis personas en total.
-¿Y todas viven del lado izquierdo de la casa, Clara?
En mi vida había sabido de una disposición tan extraña.
-No. Sólo ocho viven allá. Los demás pertenecen a mi familia inmediata y viven conmigo del lado derecho de la casa. Tú eres mi invitada y por eso debes permanecer del lado derecho. Es muy importante que lo comprendas. Tal vez sea algo raro, pero no incomprensible.
Me maravilló el poder que tenía sobre mí. Sus palabras tranquilizaron mis emociones, pero no calmaron mi mente. En ese momento comprendí que, a fin de reaccionar en formar inteligente en cualquier situación, yo necesitaba dicha coyuntura: la mente inquieta y las emociones agitadas. De otro modo estaba condenada a permanecer pasiva, a la espera de la influencia de los impulsos externos. El estar con Clara me había hecho comprender que, pese a mis protestas en este sentido y a pesar de mi lucha por ser distinta e independiente, yo era incapaz de pensar con claridad y de tomar mis propias decisiones.
Clara me echó una mirada muy peculiar, como si estuviera al tanto de mis pensamientos silenciosos. Traté de encubrir mi confusión con un apresurado comentario.
-Tu casa es bella, Clara. ¿Es muy antigua?
-Por supuesto -respondió, pero sin explicar si se refería a la belleza de la casa o a su antigüedad. Con una sonrisa agregó-: ahora que has conocido la casa, es decir, la mitad de ella, debemos pasar a otro asunto.
Sacó una linterna eléctrica de uno de los armarios; del ropero extrajo una acolchonada chaqueta china y un par de botines de cuero grueso y duro. Me indicó que me los pusiera después de comer un bocado, porque íbamos a dar una vuelta.
-Pero acabamos de llegar -protesté-. ¿No va a oscurecer pronto?
-Sí, pero quiero llevarte a un lugar especial en los cerros, desde donde se domina toda la casa y el terreno. Es mejor ver toda la casa por primera vez desde allí y a esta hora del día. Todos le echamos el primer vistazo a la luz del crepúsculo.
-¿A quién te refieres con "todos"? -pregunté.
-A las dieciséis personas que vivimos aquí, naturalmente. Todos hacemos exactamente lo mismo.
-¿Todos tienen la misma profesión? -pregunté sin disimular mi asombro.
-Claro que no -replicó y soltó una risita, llevándose la mano a la cara-. Lo que estoy diciendo es que cuando alguno de nosotros debe hacer algo por obligación, los demás también tenemos que hacerlo. Cada uno de nosotros tuvo que conocer la casa y el terreno por primera vez a la luz del crepúsculo, y por eso tú también tienes que conocerlos a esa hora.
-¿Por qué me incluyes en esto, Clara?
-Digamos, por ahora, que por ser mi invitada.
-¿Conoceré a tus parientes más adelante?
-Los conocerás a todos -me aseguró-. Aunque por el momento no hay nadie en la casa excepto nosotras dos y un perro guardián.
-¿Salieron de viaje?
-Exactamente. Todos se fueron en un extenso viaje y aquí me tienes, cuidando la casa con el perro.
-¿Cuándo los esperas de regreso?
-Será cosa de varias semanas todavía, quizá incluso de meses.
-¿A dónde fueron?
-Siempre nos encontramos en movimiento. En ocasiones yo me ausento por varios meses y otra persona se queda a cargo de la propiedad.
Estaba a punto de preguntar de nuevo a dónde fueron, pero Clara se me adelantó.
-Todos se fueron a la India -indicó.
-¿Los quince? -pregunté, incrédula.
-Es algo extraordinario, ¿verdad?, ¡y nos va a costar una fortuna!
Su tono de voz ridiculizaba a tal grado mis recónditos sentimientos de envidia que me reí, a pesar de mí misma. Pero luego me asaltó la idea de que no estaría a salvo sola en una casa tan deshabitada y remota, con Clara

como única compañía.
-Estamos solas, pero no hay nada qué temer en esta casa -declaró en tono curiosamente categórico-. Excepto al perro, quizá. Cuando regresemos de nuestro paseo te lo presentaré. Tienes que estar muy serena para conocerlo. Reconocerá tus verdaderos sentimientos y te atacará si percibe hostilidad o miedo.
-Pero sí tengo miedo -exclamé. Ya estaba temblando.
Odiaba a los perros desde niña, cuando uno de los doberman de mi padre me saltó encima y me tiró al suelo. El perro no me mordió sino sólo gruñó, mostrándome sus dientes puntiagudos. A gritos pedí auxilio, porque estaba demasiado aterrada para moverme. El susto fue tal que me oriné. Aún recuerdo la burla que me hicieron mis hermanos al verme; dijeron que era un bebé que necesitaba pañales.
-A mí en lo personal los perros no me agradan en absoluto -afirmó Clara-, pero el perro que tenemos en realidad no es un perro. Él es otra cosa.
Logró despertar mi interés, pero eso no disipó mis malos presentimientos.
-Si quieres refrescarte primero te acompañaré al baño, por si el perro anda merodeando por ahí -ofreció.
Acepté con una inclinación de la cabeza. Me sentía cansada e irritable; los efectos del largo camino por fin se hacían notar en mí. Quería limpiar mi cara del polvo de la carretera y desenredar mi pelo enmarañado.
Clara me condujo por otro pasillo y luego salimos a la parte de atrás de la casa. Se apreciaban dos pequeños edificios a cierta distancia de la casa principal.
-Ese es mi gimnasio -indicó, señalando uno de ellos-. También lo tienes prohibido, a menos que algún día decida invitarte a pasar.
-¿Ahí es donde practicas las artes marciales?
-Así es -replicó Clara secamente-. El otro edificio es el baño.
-Te esperaré en la sala, donde podremos comer unos sandwiches. Pero no te molestes con arreglarte el pelo -advirtió, como si hubiera reparado en mi preocupación-. No hay espejos en esta casa. Los espejos son como los relojes: registran el paso del tiempo. Y lo importante es volverlo al revés.
Quise preguntar a qué se refería con eso de volver el tiempo al revés, pero con un ligero empujón me encaminó hacia el baño. En el interior encontré varias puertas. Puesto que Clara no había establecido condiciones acerca de los lados izquierdo y derecho de este edificio y en vista de que no sabía dónde quedaba el excusado, exploré toda la construcción. De un lado del pasillo central había seis pequeños retretes, provisto cada uno de un excusado bajo de madera para cuyo uso había que ponerse en cuclillas. Lo insólito era que no se notaba el olor distintivo de una fosa séptica ni el hedor abrumador de hoyos con cal en la tierra. Escuchaba correr el agua por debajo de los excusados de madera, pero no alcancé a distinguir cómo ni de dónde se encauzaba hasta ahí.
Del otro lado del pasillo había tres habitaciones idénticas recubiertas de magníficos azulejos. Cada una contenía una tina de baño antigua con patas y un largo baúl sobre el cual descansaba un juego de porcelana consistente en una jarra llena de agua y la palangana correspondiente. No había espejos ni instalaciones de acero inoxidable en las que hubiera podido reflejar mi imagen. De hecho, no había nada de plomería.
Vertí agua en una de las palanganas, me salpiqué la cara y luego me pasé los dedos mojados por el pelo enredado. En lugar de usar una de las toallas turcas blancas y suaves, por miedo a ensuciarla, me sequé las manos con los pañuelos desechables que encontré en una caja sobre el baúl. Respiré hondo varias veces y me froté el cuello tenso antes de salir a buscar otra vez a Clara.
La encontré en la sala, acomodando flores en un florero chino blanco y azul. Las revistas que habían estado abiertas ahora se encontraban apiladas cuidadosamente; junto a ellas había un plato con comida. Sonrió al verme.
-Te ves fresca y lozana -indicó-. Come un sandwich. Pronto llegará el crepúsculo y no tenemos tiempo que perder.

3

Después de haber devorado la mitad de un sandwich de jamón, me apuré a ponerme la chaqueta y los botines que Clara me había dado y salimos de la casa, armada cada una de una pesada linterna eléctrica. Los botines me quedaban demasiado apretados y el izquierdo me rozaba el talón; estaba segura de que se me haría una ampolla. Sin embargo, me daba gusto contar con la chaqueta, porque la noche era fría. Subí el cuello para que me cubriera las orejas.

-Vamos a dar la vuelta al terreno -indicó Clara-. Quiero que veas la casa desde la distancia y a la luz del crepúsculo. Te señalaré algunas cosas que debes recordar, así que pon mucha atención.

Tomamos por un sendero estrecho. A lo lejos en dirección del Este distinguí la silueta mellada y oscura de los cerros ante el cielo color púrpura. Cuando hice un comentario acerca de su apariencia siniestra, Clara replicó que esos cerros parecían tan ominosos porque su esencia etérea era antiquísima. Me explicó que todo lo contenido en los reinos de lo visible y lo invisible posee una esencia etérea y que uno debe ser receptivo a ella a fin de saber cómo proceder.

Sus palabras me recordaron mi táctica de mirar el horizonte del Sur en busca de iluminación y consejo. Antes de poder hacerle una pregunta al respecto, siguió hablando acerca de las montañas, los árboles y la esencia etérea de las piedras. Me dio la impresión de haber absorbido la cultura china hasta el grado de hablar con acertijos, tal como se retrata a los hombres iluminados en la literatura oriental. De súbito cobré conciencia de que en un nivel subyacente le había seguido la corriente todo el día. La sensación resultó extraña, puesto que Clara era la última persona a la que hubiera querido tratar de manera condescendiente. Estaba acostumbrada a seguirles la corriente a las personas débiles o altaneras en el trabajo o la escuela, pero Clara no era ni débil ni altanera.

-Ahí es -afirmó Clara al señalar un espacio despejado y plano un poco arriba de nosotras-. Podrás ver la casa desde ahí.

Nos apartamos del sendero para dirigirnos al área plana que había señalado. Desde ahí se dominaba una soberbia vista del valle. Pude distinguir un extenso grupo de altos árboles verdes rodeado por áreas cafés más oscuras pero no la casa misma, pues los árboles y los arbustos la camuflaban por completo.

-La casa se orienta perfectamente según los cuatro puntos cardinales -explicó Clara al señalar la masa de follaje-. Tu recámara da al Norte; y la parte prohibida de la casa, al Sur. La entrada principal se encuentra en el Este; la puerta trasera y el patio dan al Oeste.

Clara señaló la ubicación de todas las secciones con la mano, pero por más esfuerzo que hacía no las podía ver; sólo distinguía una mancha verde oscura.

-Se necesita una vista de rayos X para ver la casa -rezongué-. Está completamente escondida por los árboles.

-Y son árboles muy importantes -añadió Clara, haciendo caso omiso de mi mal humor-. Cada uno de esos árboles es un ser individual con un propósito específico en la vida.

-¿No es obvio que cada ser vivo sobre esta Tierra tiene un propósito específico? -pregunté, malhumorada.

Había algo en la forma entusiasta en que Clara presumía su propiedad que me caía mal. El hecho de no poder ver lo que estaba señalando me irritaba aún más. Una fuerte ráfaga de viento me infló la chaqueta como un globo alrededor de la cintura; de repente se me ocurrió que mi irritación posiblemente era un simple producto de la envidia.

-No quise hacer un comentario trivial -se disculpó Clara-. Me refería a que todas las cosas y todas las personas en mi casa se encuentran ahí por una razón peculiar. Eso incluye a los árboles, a mí y por supuesto también a ti.

Quise cambiar el tema y, por falta de algo mejor qué decir, pregunté:

-¿Compraste la casa, Clara?

-No, la heredamos. Ha pertenecido a la familia desde hace muchas generaciones, aunque debido a los trastornos sufridos por México ha sido destruida y reconstruida en varias ocasiones.

Me di cuenta de que me sentía más cómoda al hacerle preguntas simples y directas y recibir respuestas claras de su parte. Su exposición de las esencias etéreas fue tan abstracta que me hacía falta el descanso de hablar sobre algo mundano. No obstante, para mi mortificación Clara puso fin de inmediato a nuestra conversación trivial y volvió a caer en sus misteriosas insinuaciones.

-Esta casa es la fiel expresión de todas las acciones de la gente que vive ahí -indicó, casi con reverencia-. Su mejor aspecto es su posición oculta. Ahí está para que todo mundo la mire, pero nadie la ve. Recuérdalo. ¡Es muy importante!

Cómo se me va a olvidar, pensé. Llevaba veinte minutos forzando la vista en la semioscuridad para tratar de distinguir la casa. Hubiera querido contar con unos binoculares para poder satisfacer mi curiosidad. Antes de que pudiera hacer comentario alguno, Clara empezó a bajar el cerro. Me hubiera gustado quedarme a solas un rato más, para respirar el aire fresco de la noche. Sin embargo, tenía miedo de no encontrar el camino de regreso en la oscuridad. Decidí volver a ese sitio en el día, para determinar por mí misma si de veras era posible ver la casa,

según aseguraba Clara.

El camino de regreso nos llevó en un santiamén hasta la entrada trasera de la propiedad. La oscuridad era total; sólo veía la pequeña área iluminada por nuestras linternas. Clara dirigió la suya sobre una banca de madera; indicó que me sentará para quitarme los botines y la chaqueta y que los colgara en la percha junto a la puerta.

Estaba famélica. En mi vida recordaba haber sentido tanta hambre, pero me pareció impertinente preguntar a Clara de sopetón si iba a haber cena o no. Quizá ella suponía que la espléndida comida en Guaymas debía durarnos todo el día. Por otra parte, a juzgar por su tamaño no era de los que escatiman la comida.

-Vayamos a la cocina a ver qué hay de comer -dijo, tomando la iniciativa-. Pero primero te mostraré dónde se guarda el dínamo y cómo se enciende.

Con su linterna me guió por un sendero que daba la vuelta a una barda, hasta llegar a un cobertizo de ladrillos techado con láminas de acero corrugado. El cobertizo alojaba un pequeño generador de diesel. Ya sabía cómo encenderlo, porque había vivido anteriormente en un área rural, en una casa que contaba con un generador semejante para el caso de fallas en la electricidad. Al jalar la palanca observé, desde la ventana del cobertizo, que sólo un lado de la casa principal y una parte del pasillo parecían provistos de alambrado para luz eléctrica; éstas se iluminaron, en tanto que todo lo demás permanecía a oscuras.

-¿Por qué no pusieron cables en toda la casa? -pregunté a Clara-. No tiene sentido dejar la mayor parte del edificio a oscuras.

Obedeciendo a un impulso, agregué:

-Si gustas, puedo hacer las conexiones.

Clara me miró sorprendida.

-¿De veras? ¿Estás segura de que no incendiarías la casa?

-Segurísima. En mi casa decían que soy una maga con las conexiones eléctricas. Trabajé de aprendiz con un electricista por un tiempo, hasta que empezó a propasarse conmigo.

-¿Qué hiciste? -preguntó Clara.

-Le dije dónde podía meter sus cables y renuncié.

Clara soltó una risa gutural. No entendí qué encontraba tan gracioso, el hecho de que hubiera trabajado de electricista o que éste me hiciera proposiciones amorosas.

-Gracias por la oferta -dijo Clara cuando recuperó la voz-, pero la casa tiene justo el alumbrado que queremos. Sólo usamos electricidad donde hace falta.

Supuse que se necesitaría en la cocina y que ésa debía ser la parte de la casa que contaba con luz. Automáticamente eché a andar hacia el área iluminada. Clara me jaló de la manga para detenerme.

-¿A dónde vas? -preguntó.

-A la cocina.

-Vas al revés -indicó-. Este es el México rural; ni la cocina ni el baño se encuentran dentro de la casa principal. ¿Qué crees que tenemos aquí? ¿Refrigeradores eléctricos y estufas de gas?

Me guió por un costado de la casa, pasando de largo su gimnasio, hasta otro edificio pequeño que no había visto antes. Se encontraba casi totalmente oculto por árboles espinosos en flor. La cocina resultó ser una sola y enorme habitación provista de un piso de losetas, paredes recién encaladas y en el cielo raso, una brillante hilera de focos de luz concentrada. Alguien se había tomado muchas molestias para instalar accesorios modernos. No obstante, los utensilios eran viejos; de hecho, parecían antigüedades. De un lado de la habitación había una gigantesca estufa de hierro para madera, la cual sorprendentemente parecía estar encendida. Contaba con un fuelle de pie y un tubo de escape que salía por el techo. Enfrente había dos largas mesas estilo campestre flanqueadas por sendas bancas a cada lado. Junto a ellas había una mesa de trabajo rematada con una tabla de carnicero de diez centímetros de grueso. La superficie de la madera parecía gastada, como si se hubiera picado interminablemente ahí.

Colgados de ganchos colocados en sitios estratégicos a lo largo de las paredes había canastas, ollas y sartenes de hierro y diversos utensilios de cocina. El lugar tenía el aspecto de una cocina bien equipada, rústica pero cómoda, como aparecen retratadas en ciertas revistas.

Había tres cazuelas de barro con tapa sobre la estufa. Clara me indicó que me sentara a una de las mesas. Dándome la espalda, se dirigió a la estufa y se puso a mover y a revolver la comida con un cucharón. En unos cuantos minutos me sirvió una cena que consistía en caldo de carne, arroz y frijoles.

-¿A qué hora preparaste esta comida? -pregunté con auténtica curiosidad, porque no podría haber tenido tiempo para ello.

-Lo hice todo rapidísimo hace rato y lo dejé cociéndose en la estufa antes de que nos fuéramos -replicó alegremente.

"¿Qué tan crédula crees que soy? -pensé-. Hacen falta horas para preparar una comida así." Clara se rió con cierto empacho ante mi mirada de incredulidad.

-Tienes razón -indicó, como si quisiera dejar de fingir-. Hay un cuidador que a veces guisa para nosotros.

-¿Y está aquí ahora?
-No, no. Debió venir por la mañana, pero ya se fue. Come tu cena y no te preocupes por detalles tan insignificantes como de dónde salió.
"Clara y su casa están llenas de sorpresas", fue la idea que cruzó mi mente, pero estaba demasiado cansada y hambrienta como para hacer más preguntas o meditar cualquier cosa que no fuese de interés inmediato. Comí en forma voraz; no quedaba rastro alguno de los camarones gigantes que había engullido a mediodía. Para una persona que normalmente era melindrosa para comer, estaba yo devorando mi comida. De niña siempre fui demasiado nerviosa como para descansar y disfrutar la comida. Siempre pensaba en todos los trastes que tendría que lavar después. Cada vez que alguno de mis hermanos usaba un plato adicional o una cuchara innecesaria, yo me achicaba. Estaba segura de que deliberadamente usaban el mayor número de trastes posible, con el único fin de hacerme lavar más. Por encima de todo, mi padre solía aprovechar la oportunidad brindada por cada comida para discutir con mi madre. Sabía que los buenos modales de ella le impedirían abandonar la mesa hasta que todos hubiéramos terminado de comer. Por lo tanto, aprovechaba para ventilar todas sus quejas y resentimientos.
Clara dijo que no haría falta que lavara los trastes, aunque ofrecí mi ayuda. Nos dirigimos a la sala, al parecer una de las habitaciones que en su opinión no requerían electricidad, porque estaba completamente a oscuras. Clara prendió un quinqué de gasolina. En mi vida había visto la luz de tal lámpara. Era brillante y misteriosa, pero al mismo tiempo suave y delicada. Sombras trémulas se proyectaban por todas partes. Me sentí inmersa en un mundo de ensoñación, lejos de la realidad exhibida por las luces eléctricas. Clara, la casa y la habitación parecían pertenecer a otro tiempo, a un mundo diferente.
-Prometí presentarte a nuestro perro -afirmó Clara al sentarse en el sofá-. Es un auténtico miembro de la familia. Debes tener mucho cuidado con lo que sientes o dices cerca de él.
Me senté a su lado.
-¿Es un perro sensible y neurótico? -pregunté, temerosa ante la idea de conocerlo.
-Sensible, sí. Neurótico, no. Estoy convencida seriamente de que este perro es un ser altamente desarrollado, pero el hecho de ser perro le torna difícil a esta pobre alma, si no es que imposible, trascender la idea del yo.
Me reí en voz alta ante la absurda noción de que un perro tuviese un concepto de sí mismo. Hice ver a Clara el disparate que había dicho.
-Tienes razón -aceptó-. No debería usar la palabra "yo". Más bien debería decir que está perdido en el estado de sentirse importante.
Sabía que estaba burlándose de mí. Mi risa se tornó más reservada.
-Es posible que te rías, pero estoy hablando en serio -señaló Clara en voz baja-. Dejaré que tú misma lo juzgues.
Se acercó a mí y bajó la voz a un susurro.
-A sus espaldas le decimos 'sapo' porque eso parece, un enorme sapo. Pero no te atrevas a decirle eso en su cara; te atacaría y te haría pedazos. Ahora bien, si no me crees o si eres lo bastante temeraria o estúpida como para intentarlo y el perro se enoja, sólo hay una cosa que puedes hacer.
-Y ésa ¿cuál es? -pregunté, siguiéndole la corriente otra vez, aunque en esta ocasión con auténtico temor.
-Tienes que decir muy rápido que yo soy la que parece un sapo blanco. Le encanta escuchar eso.
No iba a dejarme engañar por sus trucos. Me creía demasiado sofisticada como para creer tales tonterías.
-Has de haber entrenado a tu perro para reaccionar en forma negativa a la palabra sapo -argumenté-. Tengo cierta experiencia con las cuestiones del entrenamiento canino. Estoy segura de que los perros no tienen la inteligencia suficiente como para saber qué es lo que la gente dice de ellos. Y mucho menos para ofenderse por ello.
-Entonces hagamos lo siguiente -sugirió Clara-. Deja que te lo presente; luego buscaremos ilustraciones de sapos en un libro de zoología y las comentaremos. En algún momento tú me dirás, en voz muy baja, "definitivamente parece un sapo", y veremos qué pasa.
Antes de que tuviese oportunidad de aceptar o rechazar su propuesta, Clara salió por una puerta lateral y me dejó sola. Me aseguré a mí misma que la situación estaba bajo control y que no permitiría a esa mujer persuadirme de cosas absurdas, como la existencia de perros dueños de una conciencia altamente desarrollada.
Estaba animándome mentalmente para incrementar mi confianza cuando Clara volvió con el perro más grande que había visto en mi vida. Era macho, macizo, con unas patas gordas del tamaño de platillos para el café. Tenía el pelo negro y lustroso y ojos amarillos que mostraban una expresión de mortal aburrimiento. Sus orejas eran redondas; y su cara, abultada y arrugada a los lados. Clara tenía razón; decididamente se parecía a un gigantesco sapo. El perro se me acercó sin vacilar, se detuvo y luego miró a Clara, como esperando a que dijera algo.
-Taisha, permíteme presentarte a mi amigo Manfredo. Manfredo ella es Taisha.
Me dieron ganas de alargar la mano y estrecharle la pata, pero Clara me señaló con la cabeza que no lo hiciera.
-Me da mucho gusto conocerte, Manfredo -dije, esforzándome por no reír ni mostrar miedo.

El perro se acercó más y empezó a oler mi entrepierna. Asqueada, brinqué hacia atrás. En el acto el animal se volteó y me pegó justo en la corva con sus cuartos traseros, de modo que perdí el equilibrio. En un santiamén quedé de rodillas y luego a gatas en el piso, mientras la bestia me lamía un lado de la cara. Luego, antes de que pudiera ponerme de pie o apartarme siquiera, el perro soltó un pedo justo en mi nariz.

Me levanté gritando. Clara estaba riéndose con tal fuerza que no podía hablar. Hubiera jurado que Manfredo se reía también. Se encontraba regocijadísimo, instalado detrás de Clara y mirándome de reojo mientras rascaba el piso con sus enormes patas delanteras.

Sentí tal furia que vociferé:

-¡Carajo! ¡Sapo de mierda!

El perro saltó instantáneamente y me embistió con la cabeza. Caí de espaldas en el piso, con el animal encima de mí. Su mandíbula quedó a centímetros de mi cara. Percibí una expresión de rabia en sus ojos amarillos. El olor de su fétido aliento bastaba para hacer vomitar a cualquiera, y yo definitivamente estaba a punto de hacerlo. Entre más fuertes las voces de auxilio que dirigía a Clara, para que quitase al maldito perro de encima, más feroces se hicieron sus gruñidos. Estaba a punto de desmayarme del miedo cuando escuché a Clara gritar, por encima de los gruñidos del perro y mis voces:

-¡Dile lo que te dije, díselo pronto!

Me encontraba demasiado aterrada para hablar. Exasperada, Clara trató de mover al perro jalándolo de las orejas, pero sólo logró enfurecer más a la bestia.

-¡Díselo! ¡Dile lo que te dije! -gritó Clara.

Mi terror me impidió recordar lo que debía decirle. Estaba a punto de perder el conocimiento cuando me escuché gritar:

-Mil perdones. Clara es la que parece un sapo.

En el acto el perro dejó de gruñir y se quitó de mi pecho. Clara me ayudó a levantarme y me llevó al sofá. El perro nos acompañó, como si quisiera ayudarla. Clara me hizo beber un poco de agua tibia, la cual me dio más náuseas todavía. Apenas conseguí llegar al baño, antes de volver el estómago en forma violenta.

Más tarde, mientras descansaba en la sala, Clara sugirió que viéramos el libro sobre sapos con Manfredo, para darme la oportunidad de repetir que Clara era la que parecía un sapo blanco. Advirtió que debía borrar todo vestigio de confusión de la mente de Manfredo.

-El ser perro lo hace muy mezquino -explicó-. ¡Pobrecito! No quiere ser así, pero no puede evitarlo. Se le inflama el ánimo cada vez que cree percibir una burla en su contra.

Le dije que en mi estado no sería capaz de realizar más experimentos en psicología canina. No obstante, Clara insistió en llevar el juego hasta el final. En cuanto hubo abierto el libro, Manfredo se acercó para ver las ilustraciones. Clara bromeó y se burló del extraño aspecto de los sapos; algunos de ellos eran definitivamente feos. Reaccioné y le seguí la corriente. Pronuncié la palabra sapo y "toad", en inglés, las más veces y lo más fuerte que pude en el contexto de nuestra absurda conversación. Sin embargo, no hubo ninguna reacción por parte de Manfredo. Parecía tan aburrido como cuando primero entró en la sala.

Cuando con voz fuerte dije, según habíamos acordado, que Clara decididamente parecía un sapo blanco, Manfredo de inmediato se puso a mover la cola y dio indicios de auténtica animación. Repetí la frase clave varias veces; entre más la repetía, más se excitaba el perro. Entonces me llegó una repentina inspiración y afirmé que yo era un sapo flaco empeñado en ser algún día un sapo gordo igual que Clara. Al escucharme, el perro saltó como si le hubieran asestado una descarga eléctrica. Clara indicó:

-Estás llevando esto demasiado lejos, Taisha.

Manfredo en verdad no pareció capaz de aguantar más su exaltación y salió corriendo del cuarto.

Aturdida, me recosté en el sofá. En lo más profundo de mi ser, a pesar de toda la evidencia circunstancial que apoyaba el hecho, aún no me convencía de que un perro pudiese reaccionar a un apodo despectivo en la forma en que Manfredo lo había hecho.

-Dime, Clara -pedí-, ¿cuál es el truco? ¿Cómo entrenaste a tu perro para reaccionar en esa forma?

-Lo que presenciaste no es ningún truco -replicó-. Manfredo es un misterio, un ser desconocido. Sólo hay un hombre en el mundo quien puede decirle sapo o sapito en la cara sin incitar su ira. Lo conocerás un día de estos. Es el responsable del misterio de Manfredo. Por lo tanto, sólo él puede explicártelo.

Clara se puso de pie abruptamente.

-Has tenido un día pesado -afirmó, entregándome el quinqué-. Creo que es hora de que te acuestes.

Me acompañó al cuarto que me había asignado.

-Adentro encontrarás todo lo que puedas necesitar -indicó-. La bacinica está debajo de la cama, por si te da miedo salir al baño. Espero que estés cómoda.

Tras darme una palmadita en el brazo desapareció en la oscuridad del pasillo. Yo no tenía la menor idea de dónde se encontraba su recámara. Me pregunté si estaría en el ala de la casa que tenía prohibido pisar. Se había despedido de una manera tan extraña que por un momento me quedé sosteniendo el tirador de la puerta, infiriendo

toda clase de cosas.

Entré a mi cuarto. El quinqué de gasolina lo salpicó todo de sombras. En el piso había un dibujo de remolinos proyectado por el florero que había visto en la sala y que Clara debió colocar sobre la mesa. El baúl tallado en madera formaba una masa de tenues matices de gris; los postes de la cama eran líneas serpenteantes que subían por la pared como culebras. En el acto entendí la presencia del juguetero de caoba lleno de figurillas y objetos de esmalte tabicado. La luz del quinqué los había transformado por completo, creando un mundo fantástico. Se me ocurrió que el esmalte tabicado y la porcelana no van con la luz eléctrica.

Quería explorar el cuarto, pero estaba agotadísima. Puse el quinqué sobre la pequeña mesa junto a la cama y me desvestí. Sobre el respaldo de una silla estaba tendido un camisón blanco de muselina que me puse. Pareció quedarme; al menos no colgaba en el piso.

Me metí a la cama blanda y me acosté con la espalda apoyada en las almohadas. No apagué la luz de inmediato; me quedé intrigada, observando las sombras surrealistas. Recordé el juego al que de niña solía entregarme a la hora de ir a la cama: contaba el número de sombras que podía identificar en las paredes de mi cuarto.

La brisa que entraba por la ventana medio abierta hizo revolotear las sombras sobre las paredes. Agotada como estaba, me imaginé ver figuras de animales, árboles y pájaros volando. Enmedio de un haz de luz grisácea, distinguí el tenue perfil de la cara de un perro. Tenía las orejas redondas y un hocico chato y arrugado. Pareció guiñarme el ojo. Sabía que era Manfredo.

Extrañas sensaciones y preguntas inundaron mi mente. ¿Cómo debía clasificar los acontecimientos del día? No lograba explicar ninguno de ellos de manera satisfactoria. Lo más extraordinario era la certeza de saber que mi último comentario -el que yo era un sapo flaco en proceso de ser igual que Clara- había establecido un lazo de empatía entre Manfredo y yo. También sabía de cierto que era imposible pensar en él como un perro ordinario y que ya no le tenía miedo. Aunque se me hiciera difícil creer, Manfredo parecía poseer una inteligencia especial que le permitía comprender lo que Clara y yo estábamos diciendo.

El viento de súbito separó las cortinas y disolvió las sombras en medio de una trémula ráfaga de tela centelleante. La cara del perro empezó a fundirse con las otras marcas sobre la pared, las cuales me imaginé como unos hechizos que me otorgarían fuerza para enfrentar la noche.

Pensé que era extraordinario que la mente pudiera ser capaz de proyectar sus experiencias sobre una pared vacía, como si fuera una cámara que ha almacenado un metraje interminable de película.

Las sombras oscilaron cuando bajé la mecha de la lámpara, al desvanecerse el último rastro de luz en la habitación, hundiéndome en la oscuridad total. No me dio miedo la oscuridad ni me angustiaba el hecho de encontrarme en una cama y una casa extrañas. Clara había dicho que era mi cuarto; después del corto rato que llevaba en él, ya me sentía por completo en mi elemento. Tenía la intensa sensación de estar protegida.

Al mirar el espacio oscuro delante de mí, observé que el aire del cuarto se tornaba efervescente. Recordé las palabras de Clara acerca de la carga de energía imperceptible que llenaba la casa, como una corriente eléctrica que fluía por sus cables. Debido a toda nuestra actividad, no me había dado cuenta de ello antes. No obstante, ahora, en el silencio total, claramente escuché un suave zumbido. Luego vi unas minúsculas burbujas saltar por todo el cuarto a una velocidad tremenda. Chocaban frenéticamente unas con otras, despidiendo un zumbido monótono igual al de miles de abejas. La habitación y toda la casa parecían cargadas de una sutil corriente eléctrica que llenaba por completo mi ser.

4

-¿Dormiste bien? -me preguntó Clara cuando entré a la cocina. Estaba a punto de sentarse a desayunar. Vi que la mesa estaba puesta también para mí, aunque no me había dicho la noche anterior a qué hora sería el desayuno.

-Dormí como un oso -respondí verazmente.

Me pidió que la acompañara y me sirvió un poco de condimentada carne deshebrada. Le conté que despertar en una cama desconocida siempre había sido difícil para mí. Mi padre cambiaba mucho de trabajo y la familia tenía que acompañarlo adonde hubiese un puesto disponible para él. Temía el sobresalto matutino de despertar, desorientada, en una casa nueva. Sin embargo, el temor no se materializó en esta ocasión. Al despertar sentí que el cuarto y la cama siempre habían sido míos.

Clara me escuchó con atención y asintió con la cabeza.

-Eso es porque te encuentras en armonía con la persona a la que pertenece el cuarto -indicó.

-¿De quién es? -pregunté con curiosidad.

-Algún día te enterarás -dijo al colocar una gran porción de arroz junto a la carne en mi plato. Me pasó un tenedor-. Come. Hoy necesitarás todas tus fuerzas.

No me permitió hablar hasta que hube limpiado el plato.

-¿Qué vamos a hacer? -pregunté mientras ella guardaba los trastes.

-Yo no voy a hacer nada -me corrigió-. Tú eres la que irás a una cueva para iniciar tu recapitulación.

-¿Mi qué, Clara?

-Te dije anoche que todas las cosas y personas en esta casa tienen una razón de estar aquí, incluyéndote a ti.

-¿Por qué estoy aquí, Clara?

-Tu razón de estar aquí te será explicada por etapas -replicó-. En el nivel más simple estás aquí porque te gusta estar aquí, sin importar lo que pienses acerca de tu estadía. Una segunda razón, y más compleja, es que te encuentras aquí para aprender y practicar un ejercicio fascinante llamado la recapitulación.

-¿Qué ejercicio es ése? ¿En qué consiste?

-Te contaré más sobre él cuando lleguemos a la cueva.

-¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

-Paciencia, Taisha. No puedo responder a todas tus preguntas ahora, porque aún no posees energía suficiente para asimilar las respuestas. Más adelante tú misma comprenderás por qué es tan difícil explicar ciertas cosas.

"Ponte tus botines para caminar y vámonos.

Salimos de la casa y subimos unas colinas situadas hacia el Este, siguiendo la misma vereda que tomamos la noche anterior. Tras una breve caminata descubrí el claro plano sobre terreno elevado que había resuelto visitar de nuevo. Sin aguardar la iniciativa de Clara me dirigí hacia él, porque estaba ansiosa por averiguar si podía ver la casa en el día.

Me asomé y vi una especie de cuenca comprimida entre unas colinas bajas y recubierta de follaje verde. Aunque el día estaba despejado y soleado, no vi indicio alguno de los edificios. Una cosa era evidente: árboles enormes y más numerosos de lo que recordaba haber visto de noche.

-Sin duda reconocerás el baño -afirmó Clara-. Es la mancha rojiza junto al grupo de mezquites -di un brinco involuntario, porque estuve tan absorta en la contemplación del valle que no escuché a Clara acercarse a mis espaldas.

Para ayudar a enfocar mi atención, señaló una parte específica del verdor que había debajo. Pensé decirle, por cortesía, que lo podía ver, del mismo modo en que siempre solía asentir a lo que dijera cualquiera, pero no quise empezar el día siguiéndole la corriente. Guardé silencio. Además, había algo tan exquisito en ese valle escondido que me quitó el aliento. Lo miré absorta en forma tan total que me adormecí; me apoyé en una roca y permití que lo que hubiera en el valle me llevara consigo. Y en efecto, me transportó. Sentí que me encontraba en un parque para días de campo, enmedio de una fiesta muy animada. Escuché las risas de la gente...

Mi arrobamiento terminó cuando Clara me puso de pie, levantándome de las axilas.

-¡Dios mío, Taisha! -exclamó-. Eres más extraña de lo que creía. Por un momento pensé que te había perdido.

Quise contarle mi sueño, porque estaba segura de haberme quedado dormida por un instante. Sin embargo, mi relato no pareció interesarle y echó a caminar.

Clara tenía la zancada firme y decidida, como si supiese exactamente adónde iba. Yo, en cambio, la seguí distraída, esforzándome sólo por mantener su paso sin tropezar. Avanzamos en silencio total. Tras más de media hora llegamos a una formación peculiar de roca que estaba segura habíamos pasado antes.

-¿No estuvimos aquí antes? -pregunté, rompiendo el silencio.

Clara asintió con la cabeza.

-Estamos dando vueltas -admitió-. Algo te acecha y si no lo perdemos nos seguirá hasta la cueva.

Me volví para ver si había alguien atrás de nosotros; sólo distinguí los arbustos y las ramas torcidas de los árboles. Me apuré para alcanzar a Clara y tropecé con un tocón. Sobresaltada, grité al caer de bruces. Con una velocidad increíble, Clara me agarró del brazo e impidió mi caída cruzando una pierna delante de mí.

-No eres muy buena para caminar, ¿verdad? -comentó.

Le dije que nunca había sido buena para las actividades al aire libre; crecí con la idea de que caminar y salir de campamento eran para la gente del campo, para personas rústicas y sin sofisticación, no para los cultos habitantes de la ciudad. Caminar por los cerros al pie de las montañas no era una experiencia grata para mí. Y a excepción de la vista de su propiedad, paisajes que quitaban el aliento a otras personas me dejaban indiferente.

-Da igual -indicó Clara-. No estás aquí para contemplar el paisaje. Tienes que concentrarte en el camino. Y cuídate de las víboras.

Hubiese o no víboras por ahí, su advertencia definitivamente sirvió para mantener mi atención en el suelo. Conforme seguimos adelante, el aliento me faltó cada vez más. Los botines que Clara me había proporcionado me colgaban de los pies como pesas de plomo. Me costaba trabajo alzar los muslos para colocar un pie delante del otro.

-¿De veras es necesario este recorrido por la naturaleza? -pregunté al fin.

Clara se detuvo en seco y se volvió hacia mí.

-Antes de que podamos hablar sobre algo significativo, al menos tendrás que estar consciente de tu elaborado séquito -señaló-. Estoy haciendo lo posible por ayudarte a hacer precisamente eso.

-¿A qué te refieres? -pregunté, molesta-. ¿Qué séquito? -mi mal humor, como de costumbre volvió a apoderarse de mí.

-Me refiero a tu carga de emociones y pensamientos habituales, a tu historia personal -explicó Clara-. A todo lo que te convierte en lo que crees ser, una persona única y especial.

-¿Qué tienen de malo mis emociones y pensamientos habituales? -pregunté. Sus aseveraciones incomprensibles definitivamente me irritaban.

-Esas emociones y pensamientos habituales representan el origen de todos nuestros problemas -declaró.

Entre más hablaba en acertijos, más aumentaba mi frustración. En ese instante me hubiera podido dar de cocos por haber cedido a la invitación de esa mujer. Era una reacción retrasada. Los temores que habían estado latentes dentro de mí de repente ardieron con luz viva. Me imaginé que ella tal vez fuese una psicópata que en cualquier momento podía sacar un puñal para matarme. Por otra parte, en vista de su obvio entrenamiento en las artes marciales, no le haría falta un puñal. Un solo puntapié de su pierna musculosa sería el acabose para mí. No podía contra ella. Era mayor que yo, pero infinitamente más fuerte. Me imaginé convertida en otra estadística más, en una persona perdida de la que jamás volvía a saberse nada. Deliberadamente aminoré el paso, a fin de incrementar la distancia entre nosotros.

-No te entregues a un estado de ánimo tan morboso -dijo Clara, definitivamente entrometiéndose en mis pensamientos-. Al traerte aquí sólo quise ayudar a prepararte para encarar la vida con un poco más de gracia. Pero lo único que he logrado, al parecer, es poner en movimiento una avalancha de sospechas y temores mezquinos.

Me sentí auténticamente avergonzada por haber tenido pensamientos tan morbosos. Resultaba desconcertante cómo pudo acertar con tal precisión acerca de mis sospechas y temores y cómo calmó mi agitación interna con un solo golpe directo de palabras. Deseé que me fuese posible pedir disculpas y revelarle lo que estaba pasando por mi mente, pero no estaba dispuesta a hacerlo; hubiera aumentado más aún mi desventaja.

-Tienes un curioso poder para tranquilizar la mente, Clara -dije en cambio-. ¿Aprendiste a hacer esto en el Oriente?

-No es una gran hazaña -admitió-, no porque tu mente sea fácil de tranquilizar, sino porque todos somos iguales. Para conocerte en detalle sólo tengo que conocerme a mí misma. Y te prometo que me conozco.

"Ahora sigamos caminando. Quiero llegar a la cueva antes de que te derrumbes por completo.

-Dime otra vez, Clara, ¿qué vamos a hacer en esa cueva? -pregunté, sin deseos de echar a caminar nuevamente.

-Voy a enseñarte cosas inimaginables.

-¿Qué cosas inimaginables?

-Lo sabrás pronto -dijo, mirándome con los ojos muy abiertos.

Ansiaba contar con más información, pero antes de que pudiera entablar conversación con ella ya había subido la mitad, de la ladera siguiente. Arrastrando los pies, la seguí otros 400 metros, más o menos, hasta que por fin nos sentamos junto a un arroyo. Ahí el follaje de los árboles era tan denso que ya no alcanzaba a ver el cielo. Me quité los botines. Tenía una ampolla en el talón.

Clara recogió un palo duro y puntiagudo y me picó los pies en el espacio entre el dedo gordo y el segundo. Algo parecido a una suave corriente de electricidad se precipitó por mis pantorrillas y la parte interna de mis muslos. Luego hizo que me pusiera a gatas; tomando cada pie a su vez, los volteó plantas arriba y me picó en el punto ubicado justo debajo de la protuberancia del dedo gordo. Proferí un grito de dolor.

-No fue tan doloroso -afirmó, en el tono de alguien acostumbrado a tratar con personas enfermas-. Los médicos chinos de la época clásica solían aplicar esa técnica para dar una sacudida o revivir a los débiles, o bien para lograr un estado único de atención. Pero hoy en día ese conocimiento clásico está desapareciendo.

-¿A qué se debe eso, Clara?

-A que el énfasis en el materialismo ha hecho que el hombre se aleje de las exploraciones esotéricas.

-¿A eso te referías cuando en el desierto me dijiste que se había roto el lazo con el pasado?

-Sí. Un gran trastorno siempre provoca cambios profundos en la formación de energía de las cosas. Cambios que no siempre son beneficiosos.

Me ordenó meter los pies al arroyo y sentir las piedras pulidas en el fondo. El agua estaba helada e hizo que me estremeciera involuntariamente.

-Mueve los pies desde los tobillos en un círculo con el sentido del reloj -sugirió-. Deja que el agua corriente se lleve tu fatiga.

Después de hacer girar los tobillos por varios minutos, me sentí más fresca, pero tenía los pies casi congelados.

-Ahora trata de sentir cómo toda tu tensión fluye hasta tus pies, y luego sácala con un rápido movimiento lateral de los tobillos -indicó Clara-. Así también se te quitará el frío.

Me puse a mover los pies de lado en el agua hasta que los sentí completamente entumidos.

-No creo que esto esté funcionando, Clara -dije al sacar los pies.

-Eso es porque no estás dirigiendo la tensión hacia afuera de ti -explicó-. El agua corriente se lleva la fatiga, el frío, la enfermedad y cualquier otra cosa indeseable, pero a fin de que esto suceda debes enfocar tu intento en ello. De otro modo podrás mover los pies de lado hasta que el arroyo se seque, sin resultado alguno.

Agregó que al hacer el ejercicio en la cama, uno debía usar la imaginación para representarse mentalmente una corriente de agua en movimiento.

-¿A qué te refieres exactamente con eso de "enfocar el intento en ello"? -pregunté mientras me secaba los pies con las mangas de la chamarra. Tras frotarlos vigorosamente, por fin se calentaron.

-El *intento* es la fuerza que sostiene el universo -indicó-. Es la fuerza que otorga foco a todo. Hace posible el mundo mismo.

No pude creer que estuviera escuchando cada una de sus palabras. Definitivamente hubo un gran cambio en mí, mi indiferencia aburrida de costumbre se había transformado en un estado sumamente insólito de alerta. No era que entendiese lo que Clara estaba diciendo, porque no lo entendía. Lo que me sorprendió fue el hecho de poder escucharla sin molestarme o distraerme.

-¿Puedes describir esa fuerza con mayor claridad? -pregunté.

-En realidad no hay forma de hablar de ella, salvo en sentido metafórico -indicó. Barrió el suelo con la suela del zapato, apartando las hojas secas-. Debajo de las hojas secas está el suelo, la enorme Tierra. El intento es el principio que está debajo de todo.

Clara metió las manos ahuecadas en el agua y se salpicó la cara. De nuevo me maravillé ante la ausencia de arrugas en su piel. Esta vez hice un comentario acerca de su apariencia juvenil.

-Mi aspecto es cuestión de mantener mi ser interno en equilibrio con el entorno -explicó, sacudiéndose el agua de las manos-. Todo lo que hacemos estriba en ese equilibrio. Podemos ser jóvenes y vibrantes, como este arroyo, o viejos y ominosos, como los montes de lava en Arizona. Depende de nosotros.

Me sorprendí al preguntarle, como si yo creyera lo que ella estaba diciendo, si existía una forma en la que yo pudiese adquirir ese equilibrio.

Asintió con la cabeza.

-Claro que puedes -replicó-. Y lo harás, al practicar el ejercicio único que te enseñaré: la recapitulación.

-No puedo esperar -afirmé, emocionada, poniéndome los botines. Luego, por ninguna razón explicable, me puse tan agitada que me levanté de un salto y pregunté-: ¿no deberíamos ponernos en camino otra vez?

-Ya llegamos -anunció Clara y señaló una pequeña cueva en la ladera de un cerro.

Al contemplarla, mi emoción se disipó. El agujero abierto tenía el aire de un presagio siniestro y al mismo tiempo incitante. Sentí el impulso claro de explorarlo, pero me daba miedo lo que pudiese hallar en el interior.

Sospeché que nos encontrábamos en algún lugar cerca de su casa, una idea que me resultó reconfortante. Clara me informó que ése era un lugar de poder, un sitio que los antiguos geománticos de China, los practicantes del *feng-shui*, indudablemente hubiesen elegido para construir un templo.

-Aquí, los elementos del agua, la madera y el aire se encuentran en perfecta armonía -dijo-. Aquí, la energía circula con abundancia. Verás a qué me refiero cuando estés adentro de la cueva. Debes usar la energía de este lugar único para purificarte.

-¿Estás diciendo que debo quedarme aquí?

-¿No sabías que en el antiguo Oriente los monjes y los sabios solían retirarse a las cuevas? -preguntó-. El estar rodeados por la tierra les ayudaba a meditar.

Me instó a meterme a la cueva. Armándome de valor, entré despacio, alejando de mi mente toda preocupación de murciélagos y arañas. La cueva estaba oscura y fresca y sólo había espacio para una persona. Clara me indicó que me sentara con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en la pared. Titubeé, porque no quería ensuciar la chamarra, pero una vez recostada ahí me dio gusto poder descansar. Aunque tenía el techo cerca de la cabeza y el suelo duro contra el coxis, no sentí claustrofobia. Una corriente de aire, suave y casi imperceptible, circulaba en la cueva. Me sentí fortalecida, exactamente como Clara había dicho. Estaba a punto de quitarme la chamarra para sentarme en ella cuando Clara habló, agachada a la boca de la cueva.

-El ápice del arte especial que quiero enseñarte -comenzó a decir- se llama el vuelo abstracto, y llamamos recapitulación al medio para lograrlo -metió la mano a la cueva y me tocó los lados izquierdo y derecho de la frente-. La conciencia debe desplazarse de aquí para acá -dijo-. De niños lo hacemos con facilidad, pero una vez roto el sello del cuerpo debido a los ruinosos excesos, sólo una manipulación especial de la conciencia, la forma correcta de vivir y el celibato son capaces de restaurar la energía que se ha perdido, energía requerida para efectuar el desplazamiento.

Definitivamente entendía todo lo que estaba diciendo. Incluso intuí que la conciencia era como una corriente de energía capaz de desplazarse de un lado de la frente a la otra. Y me imaginé el hueco entre los dos puntos como un vasto espacio, un vacío que impide el cruce.

Escuché con gran atención mientras ella seguía hablando.

-El cuerpo debe ser tremendamente fuerte -indicó- para que la conciencia pueda ser aguda y fluida, a fin de

saltar de un lado del abismo al otro en un instante.

Mientras ella daba voz a estas palabras, algo extraordinario sucedió. Cobré la certeza absoluta de que me quedaría con Clara en México. Lo que deseaba era sentir que en unos cuantos días volvería a Arizona; pero lo que de hecho sentí fue que no regresaría. Supe entonces que mi certeza no se reducía tan sólo a la aceptación de lo que, por lo visto, Clara tenía en mente desde el principio, sino que también abarcaba el saber que yo era impotente para resistir a sus intenciones porque la fuerza que me movía no era sólo la suya.

-A partir de ahora debes llevar una vida en la que la conciencia ocupe la primera plana -señaló, como si supiera que había hecho el compromiso tácito de permanecer con ella-. Tienes que evitar todo lo que debilite y dañe tu cuerpo o tu mente. También resulta esencial, por el momento, que rompas todos los lazos físicos y emocionales con el mundo.

-¿Por qué es tan importante eso?

-Porque antes de todo debes adquirir unidad.

Clara explicó que estamos convencidos de que existe un dualismo en nuestro ser; la mente es la parte insustancial de nosotros y el cuerpo es la parte concreta. Esta división mantiene nuestra energía en un estado de separación caótica y le impide aglutinarse.

-Estar divididos es nuestra condición humana -admitió-, pero nuestra división no es entre la mente y el cuerpo, sino entre el cuerpo, que aloja a la mente o el yo, y el doble, que es el receptáculo de nuestra energía básica.

Explicó que, previo al nacimiento, la dualidad impuesta al hombre no existe, pero que a partir del nacimiento las dos partes son separadas debido a la fuerza ejercida por el intento de la humanidad. Una parte se vuelve hacia el exterior y se convierte en el cuerpo físico; la otra, hacia el interior y se convierte en el doble. Al morir, la parte más pesada, el cuerpo, regresa a la tierra para ser absorbida por ella, y la parte ligera, el doble, se libera. Pero desafortunadamente, puesto que el doble no fue perfeccionado nunca, experimenta la libertad por sólo un instante antes de dispersarse en el universo.

-Si morimos sin haber borrado nuestro falso dualismo del cuerpo y la mente, morimos una muerte ordinaria -afirmó.

-¿De qué otra manera podemos morir?

Clara me miró, alzando una ceja. En lugar de responder a mi pregunta reveló, en tono confidencial, que morimos porque la posibilidad de ser transformados no forma parte de nuestros conceptos. Subrayó que dicha transformación tiene que lograrse mientras estemos vivos y que, llevar a cabo con éxito esta tarea, es el único propósito verdadero que un ser humano puede tener. Todos los demás logros son transitorios, puesto que la muerte los disuelve en la nada.

-¿Qué implica esta transformación? -pregunté.

-Implica un cambio total -replicó-. Y eso se logra por medio de la recapitulación: la piedra angular en el arte de la libertad. El arte que te enseñaré se llama el arte de la libertad. Un arte infinitamente difícil de practicar, pero aún más difícil de explicar.

Clara dijo que cada procedimiento que iba a enseñarme y cada tarea que me pidiera llevar a cabo, por muy comunes que me pareciesen, representaban un paso hacia el cumplimiento de la meta final del arte de la libertad: el vuelo abstracto.

-Lo que te enseñaré primero son unos movimientos sencillos que debes realizar diariamente -prosiguió-. Considéralos siempre como una parte indispensable de tu vida.

"Primero te mostraré una respiración que ha sido un secreto desde hace generaciones. Esta respiración refleja las fuerzas duales de la creación y la destrucción, la luz y la oscuridad, el ser y el no ser.

Me pidió salir de la cueva y luego me dirigió, mediante una suave manipulación, a sentarme con la columna encorvada y pegar las rodillas contra el pecho. Sin despegar los pies del suelo, debía yo abrazar mis pantorrillas entrelazando los dedos firmemente. Suavemente me fue bajando la cabeza, hasta que mi mentón tocó mi pecho.

Tuve que forzar los músculos de los brazos para evitar que las rodillas se me salieran de los lados. Tenía comprimido el pecho y también el abdomen. El cuello me tronó al encoger la barbilla.

-Esta es una respiración poderosa -dijo Clara-. Puede hacer que te desmayes o te duermas. Si esto sucede, regresa a la casa cuando despiertes. Por cierto, esta cueva está justo detrás de la casa. Sigue el caminito y llegarás en dos minutos.

Clara me instruyó que inhalara rápida y superficialmente. Le dije que su petición era redundante, puesto que mi posición sólo permitía respirar de esa manera. Dijo que si disminuía la presión en mis brazos creada por mis dedos entrelazados, aunque sólo fuese levemente, mi respiración volvería a la normalidad. Pero no era eso lo que ella deseaba. Quería que continuara respirando superficialmente durante por lo menos diez minutos.

Conservé la posición tal vez por media hora. Una vez que se redujo el acalambramiento inicial de mi estómago y piernas, las respiraciones superficiales parecieron ablandar el interior de mi cuerpo y disolverlo. Luego, Clara me dio un empujón que me hizo rodar hacia atrás, hasta quedar acostada en el suelo, pero no me permitió soltar la presión de los brazos. Experimenté un momento de alivio cuando mi espalda tocó el suelo, pero sólo cuando me

ordenó soltar las manos y estirar las piernas sentí un alivió completo en el abdomen y el pecho. La única forma de describir lo que sentí es decir que algo dentro de mí fue liberado y disuelto por la respiración. Según predijera Clara, me dio tanto sueño que volví a meterme a la cueva y me dormí.

Debí dormir al menos un par de horas en la cueva; a juzgar por la posición en la que estaba acostada al despertar, no moví un solo músculo. Supuse que probablemente se debiera al hecho de que no había espacio suficiente en la cueva para dar vueltas al dormir, pero también pudo ser porque me sentía tan cómoda y despreocupada que no necesité moverme.

Regresé a la casa, siguiendo las indicaciones de Clara. Se encontraba ella en el patio, sentada en un sillón de ratán. Tuve la impresión de que otra mujer había estado sentada junto a ella, pero que, al escucharme venir, se levantó rápido y se fue.

-Ah, te ves mucho más serena ahora -dijo Clara-. Esa respiración y postura obran milagros.

Clara afirmó que, de ejecutarse regularmente, con calma y deliberación, esa respiración equilibra de manera gradual nuestra energía interna.

Antes de que pudiera describir lo fortalecida que me sentía, me pidió que me sentara, porque quería mostrarme otra maniobra corporal de crucial importancia para borrar nuestro falso dualismo. Me pidió que me sentara con la espalda recta y los ojos ligeramente bizcos, de manera que me estuviese viendo la punta de la nariz.

-Esta respiración debe realizarse sin las constricciones de la ropa -comenzó-. Pero en lugar de hacer que te desnudes en el patio a plena luz del día, haremos una excepción. Primero inhalas profundamente, haciendo de cuenta que estás respirando por la vagina. Mete el estómago y ve subiendo el aire por la columna, pasando los riñones, hasta un punto entre los omóplatos. Sostén el aire ahí por un momento, luego súbelo aún más hasta la parte de atrás de la cabeza y pásalo por encima de ella, hasta un punto entre las cejas.

Dijo que, después de sostenerlo ahí por un momento, debía exhalar por la nariz mientras mentalmente guiara el aire hacia abajo por el frente de mi cuerpo, primero hasta un punto justo debajo del ombligo y luego a mi vagina, donde había comenzado el ciclo.

Me puse a practicar el ejercicio de respiración.

Clara llevó la mano a la base de mi columna y de ahí trazó una línea que subía por mi espalda y pasaba por encima de mi cabeza, hasta apretar suavemente el punto entre mis cejas.

-Trata de llevar el aire hasta aquí -indicó-. La razón por la que debes mantener los ojos medio abiertos es para concentrarte en el caballete de la nariz al hacer circular el aire hacia arriba por la espalda y por encima de la cabeza hasta este punto; y también para usar la mirada a fin de guiar el aire hacia abajo por el frente de tu cuerpo, devolviéndolo a tus órganos sexuales.

Clara explicó que hacer circular la respiración en tal forma crea un escudo impenetrable que impide la penetración de influencias perturbadoras externas en el campo de energía del cuerpo; también evita que la vital energía interna se disperse hacia el exterior. Subrayó que la inhalación y la exhalación deben ser inaudibles y que el ejercicio de respiración puede realizarse en pie, sentado o acostado, aunque al principio es más fácil de ejecutar sentado sobre un cojín o una silla.

-Y ahora -prosiguió, acercando su silla a la mía-, hablemos acerca de lo que empezamos a comentar por la mañana: la recapitulación.

Un temblor recorrió mi cuerpo. Le dije que, aunque no tenía idea de lo que estaba hablando, sabía que sería algo monumental y no estaba segura de estar preparada para escucharla. Insistió en que me sentía nerviosa porque una parte de mí intuía que estaba a punto de revelar lo que tal vez era la técnica más importante de la autorrenovación. Con paciencia explicó que la recapitulación es el acto de recuperar la energía que ya hemos gastado en acciones pasadas. Recapitular implica recordar a todas las personas que hemos conocido, todos los lugares que hemos visto y todos los sentimientos que hemos tenido en toda nuestra vida -empezando desde el presente y volviendo hasta los recuerdos más remotos- para luego limpiarlos, uno por uno, con una respiración especial que barre todo.

Escuché intrigada, aunque no podía evitar la sensación de que sus palabras carecían totalmente de sentido para mí. Antes de que pudiera comentar al respecto, me asió la barbilla firmemente con ambas manos y me indicó que inhalara por la nariz mientras ella me volteara la cabeza hacia la izquierda, y que exhalara cuando la volteara hacia la derecha. A continuación, debía voltear la cabeza hacia la izquierda y la derecha en un solo movimiento, sin respirar. Afirmó que esa era una forma misteriosa de respirar y la clave de la recapitulación, puesto que inhalar nos permite recuperar la energía que perdimos, en tanto que exhalar nos permite expeler la energía ajena e indeseable que se ha acumulado en nuestro interior debido a la interacción con nuestros semejantes.

-A fin de vivir e interactuar, necesitamos energía -prosiguió Clara-. Normalmente la energía gastada en vivir se nos escapa para siempre. De no ser por la recapitulación, no tendríamos ninguna oportunidad para renovarnos. Recapitular nuestras vidas y limpiar nuestro pasado con esta respiración que barre de izquierda a derecha funcionan en conjunto.

Recordar a todas las personas que había conocido y todo lo que había sentido en mi vida me pareció una tarea absurda e imposible.
-Eso puede tardar una eternidad -comenté, con la esperanza de que una apreciación práctica cortara la línea de pensamiento irrazonable de Clara.
-Es muy cierto -aceptó-. Pero te aseguro, Taisha, que llevas todas las de ganar al hacerlo, y nada que perder.
Respiré profundamente unas cuantas veces mientras movía la cabeza de izquierda a derecha, imitando la forma de respiración que me había enseñado a fin de aplacarla y mostrarle que le estaba prestando atención.
Con una pequeña sonrisa me advirtió que la recapitulación no es un ejercicio arbitrario o caprichoso.
-Al recapitular, trata de sentir unas largas fibras elásticas que se extienden desde tu región abdominal -explicó-. Luego alínea el movimiento giratorio de la cabeza con el movimiento de esas escurridizas fibras. Son los conductos que recuperarán la energía dejada atrás por ti. A fin de recuperar nuestra fuerza y unidad, debemos liberar la energía que dejamos atrapada en el mundo y atraerla otra vez a nosotros.
Me aseguró que, al recapitular, extendemos esas fibras elásticas de energía a través del espacio y el tiempo hasta las personas, los lugares y los sucesos que estamos examinando. El resultado es que podemos volver a cada momento de nuestras vidas y actuar como si de hecho estuviéramos ahí.
La posibilidad me hizo sentir escalofríos. Si bien me intrigaba lo que Clara estaba diciendo, desde el punto de vista intelectual, no tenía la menor intención de volver a mi desagradable pasado, aunque sólo fuese mentalmente. Uno de los pocos motivos de orgullo en mi vida era el haberme escapado de una situación insoportable. No pensaba volver y mentalmente revivir todos los momentos que tanto me había empeñado en olvidar. No obstante, Clara parecía animada por una seriedad y sinceridad tan absolutas al explicarme la técnica de la recapitulación que por un momento dejé de lado mis objeciones y me concentré en lo que estaba diciendo.
Pregunté si el orden en que se recuerda el pasado importa. Replicó que lo importante es volver a experimentar los sucesos y los sentimientos con el mayor detalle posible y tocarlos con la respiración que los barre, para de esta manera liberar nuestra energía atrapada.
-¿Este ejercicio forma parte de la tradición budista? -pregunté.
-No -contestó solemnemente-. Forma parte de otra tradición. Algún día, pronto, te enterarás de qué tradición se trata.

5

No volví a ver a Clara hasta la mañana siguiente en el desayuno. La tarde anterior, a la mitad de nuestra conversación en el patio, de repente su mirada se tornó vaga y distante, como si hubiese visto algo o a alguien a un costado de la casa. Se levantó apresuradamente y se disculpó, dejándome a solas para ponderar la importancia de todo lo dicho.
Al sentarnos ante nuestro desayuno de carne deshebrada y arroz, le dije que al volver de la cueva el día anterior confirmé su indicación de que estaba a poca distancia de la casa.
-¿Cuál es el verdadero motivo por el que dimos tantas vueltas para llegar ahí, Clara? -pregunté.
Clara rompió a reír.
-Estaba tratando de conseguir que te quitaras los botines, por eso pasamos por el arroyo -replicó.
-¿Por qué debía quitarme los botines? ¿Por mi ampolla?
-No fue por la ampolla -indicó Clara, contundente-. Necesitaba picar unos puntos muy cruciales en las plantas de tus pies a fin de despertarte del letargo de toda tu vida. De otro modo no me hubieras escuchado.
-¿No estás exagerando, Clara? Te hubiera escuchado aunque no me picaras los pies.
Meneó la cabeza y esbozó una sonrisa sagaz.
-Todos fuimos educados para vivir en una especie de limbo, en el que nada importa excepto gratificaciones insignificantes e inmediatas -declaró-. Y las mujeres somos unas verdaderas maestras de ese estado. Hasta que no recapitulemos, no podemos superar nuestra educación. Y a propósito de la recapitulación...
Clara reparó en mi expresión afligida y se rió.
-¿Tengo que volver a la cueva, Clara? -interrumpí, anticipándome a lo que creía iba a decirme-. Preferiría quedarme aquí contigo. Si posaras para mí, podría hacer unos bosquejos y luego pintar tu retrato.
-No, gracias -replicó, sin interés alguno-. Lo que haré es darte unas instrucciones preliminares acerca de cómo proseguir con la recapitulación.
Cuando terminamos de comer, Clara me pasó un cuaderno y un lápiz. Pensé que había cambiado de opinión acerca de que le hiciera su retrato. No obstante, al acercarme los materiales para escribir indicó que comenzara por hacer una lista de todas las personas que había conocido, empezando desde el presente y regresando hasta mis recuerdos más remotos.
-¡Eso es imposible! -exclamé-. ¿Cómo diablos voy a recordar a todas las personas con las que he entrado en contacto desde el primer día de mi vida?
Clara apartó los platos a fin de darme espacio para escribir.

-Es difícil, cierto, pero no imposible -dijo-. Es una parte necesaria de la recapitulación. La lista forma una matriz para que en ella se enganche la mente.

Afirmó que la fase inicial de la recapitulación consiste en dos cosas. La primera es la lista; la segunda es armar la escena. Y armar la escena consiste en representarse mentalmente todos los detalles relacionados con los sucesos que van a recordarse.

-Una vez que tengas todos los elementos en su lugar, usa la respiración que barre; el movimiento de la cabeza es como un abanico que remueve todo en esa escena -explicó-. Si estás recordando una habitación, por ejemplo, inhala las paredes, el techo, los muebles y a la gente que ves. Y no te detengas hasta que hayas absorbido hasta el último tris de energía que dejaste ahí.

-¿Cómo sabré cuándo lo he logrado? -pregunté.

-Tu cuerpo te dirá cuándo ha sido suficiente -aseguró-. Recuerda: trata de inhalar la energía que dejaste en la escena que estás recapitulando, y dirige tu intento a exhalar la energía ajena introducida en ti por otros.

Abrumada por la tarea de hacer la lista y empezar a recapitular, no pude pensar en absoluto. Mi mente tuvo la reacción perversa e involuntaria de ponerse completamente en blanco; a continuación, fue inundada por un torrente de pensamientos y me resultó imposible saber dónde empezar. Clara explicó que debemos comenzar la recapitulación enfocando nuestra atención primero en la actividad sexual que hayamos tenido en el pasado.

-¿Por qué hay que empezar ahí? -pregunté, recelosa.

-Ahí es donde está atrapada la mayor parte de nuestra energía -explicó Clara-. ¡Por eso debemos liberar esos recuerdos primero!

-No creo que mis encuentros sexuales hayan sido tan importantes.

-No importa. Quizá estuviste mirando el techo, muerta de aburrimiento, o viste estrellas fugaces o fuegos artificiales; como sea, alguien depositó su energía dentro de ti y se fue con una tonelada de la tuya.

Su afirmación me molestó mucho. Volver ahora a mis experiencias sexuales me parecía repugnante.

-Ya es bastante difícil -afirmé- revivir los recuerdos de mi infancia. Pero me niego a sacar otra vez lo que me pasó con los hombres.

Clara me estaba observando con una ceja levantada.

-Además -argumenté-, probablemente esperas confidencias de mi parte. Pero en verdad, Clara, no creo que lo que yo haya hecho con los hombres sea asunto de nadie.

Pensé que había establecido mi posición terminantemente, pero Clara meneó la cabeza, decidida, y preguntó:

-¿Quieres que los hombres que tuviste sigan alimentándose de tu energía? ¿Quieres que esos hombres se hagan más fuertes conforme tú adquieres más fuerza? ¿Quieres constituir su fuente de energía por el resto de tu vida? No. Me parece que no entiendes la importancia del acto sexual ni el alcance de la recapitulación.

-Tienes razón, Clara. No entiendo el motivo de tu extraña petición. ¿Y qué es eso de que los hombres se hacen más fuertes porque soy su fuente de energía? No soy la fuente de nadie ni mantengo a nadie. Te lo prometo.

Sonrió y afirmó haber cometido un error al forzar una confrontación de ideologías en ese momento.

-Ten paciencia -suplicó-. Se trata de una creencia que he elegido sostener. Conforme progreses con tu recapitulación, te hablaré del origen de esa creencia. Baste con decir que es una parte crítica del arte que te estoy enseñando.

-Si es tan importante como tú dices, Clara, quizá sería mejor que me lo explicaras ahora mismo -pedí-. Antes de proseguir con la recapitulación, quisiera saber en qué me estoy metiendo.

-De acuerdo, si tú insistes -accedió, inclinando la cabeza.

Vertió un poco de té de manzanilla en nuestras grandes tazas y agregó una cucharada de miel a la suya.

Con la voz autoritaria de una maestra que ilustra a la neófita, explicó que las mujeres, más que los hombres, son los auténticos soportes del orden social y que a fin de cumplir con este papel han sido educadas de manera uniforme en todo el mundo para estar al servicio de los hombres.

-No importa que se les compre directamente en el mercado de esclavos o que sean cortejadas y amadas -subrayó-. Su propósito fundamental sigue siendo el mismo: alimentar, proteger y servir a los hombres.

Clara me miró para evaluar, según me pareció, si estaba siguiendo su razonamiento. Creía que sí, pero mi reacción básica fue que toda su premisa parecía equivocada.

-Tal vez sea cierto en algunos casos -acepté-, pero no creo que sea posible establecer generalizaciones tan amplias como para incluir a todas las mujeres.

Clara manifestó su desacuerdo con vehemencia.

-El aspecto diabólico de la posición servil de las mujeres es que no parece tratarse simplemente de una prescripción social -declaró-, sino de un imperativo biológico fundamental.

-Aguarda un minuto, Clara -protesté-. ¿De dónde sacaste eso?

Explicó que cada especie cuenta con un imperativo biológico a fin de perpetuarse y que la naturaleza proporciona las herramientas idóneas para asegurar que la fusión de energías femenina y masculina tenga lugar de la manera más eficiente. Afirmó que en el ámbito humano, si bien la función primaria del coito es la

procreación, asimismo tiene una función secundaria y encubierta, la cual es garantizar el flujo continuo de energía de las mujeres a los hombres.

Clara puso tal énfasis en la palabra "hombres" que me vi obligada a preguntar:

-¿Por qué lo dices como si sólo ocurriese en un solo sentido? ¿No implica el acto sexual un intercambio parejo de energía entre el hombre y la mujer?

-No -replicó, contundente-. Los hombres depositan líneas específicas de energía en el cuerpo de las mujeres. Son como tenias luminosas que se mueven dentro del útero, chupando la energía.

-Eso suena definitivamente siniestro -comenté, para seguirle la corriente.

Prosiguió su exposición con toda seriedad.

-Son colocadas ahí por una razón aún más siniestra -afirmó, haciendo caso omiso de mi risa nerviosa-, eso es, para asegurar que una provisión constante de energía llegue al hombre que las depositó. Estas líneas de energía, establecidas por medio del coito, reúnen y roban la energía del cuerpo femenino, en beneficio del hombre que las dejó ahí.

Clara se mostró tan convencida acerca de lo que estaba diciendo que no pude hacer una broma al respecto, sino tuve que tomarla en serio. Al escuchar, sentí que mi sonrisa nerviosa se convertía en un refunfuño.

-No es que acepte ni por un momento lo que estás diciendo, Clara -afirmé-, pero por simple curiosidad dime cómo fue que llegaste a una noción tan absurda. Alguien te aleccionó sobre todo esto, ¿verdad?

-Sí, mi maestro me explicó todo ello. Al principio tampoco le creí -admitió-, pero también me enseñó el arte de la libertad, y eso significa que aprendí a ver el flujo de energía. Ahora sé que sus apreciaciones eran ciertas, porque yo misma puedo distinguir los filamentos parecidos a gusanos en los cuerpos de las mujeres. Tú, por ejemplo, tienes varios, y todos siguen activos.

-Supongamos que sea verdad, Clara -dije, desasosegada-. Aunque sólo sea para continuar la discusión, déjame preguntarte por qué habría de ser posible una cosa así. ¿No es este flujo unilateral de la energía injusto con las mujeres?

-¡El mundo entero es injusto con las mujeres! -exclamó-. Pero no se trata de eso.

-¿De qué se trata, Clara? Sé que no lo he entendido.

-En nuestro caso, el imperativo de la naturaleza es perpetuar la especie humana -explicó-. A fin de asegurar esto, las mujeres deben soportar una carga excesiva en el nivel básico de su energía. Y eso significa un flujo de energía que las agota.

-Pero aún no explicas por qué tiene que ser así -protesté, aunque la fuerza de sus convicciones ya comenzaba a hacerme vacilar.

-Las mujeres constituyen el fundamento para la perpetuación de la especie humana -replicó Clara-. La mayor parte de la energía proviene de ellas, no sólo al gestar, parir y alimentar a su prole, sino también para asegurar que el hombre juegue el papel que le corresponde en todo este proceso.

Clara explicó que dicho proceso, en el caso ideal, asegura que la mujer alimenta energéticamente a su hombre, a través de los filamentos depositados por él en su cuerpo, de modo que el hombre desarrolla una misteriosa dependencia hacia ella en un nivel etéreo. Esto se manifiesta en la conducta patente del hombre, al regresar una y otra vez con la misma mujer, a fin de conservar su fuente de subsistencia. De esta manera, afirmó Clara, la naturaleza asegura que los hombres, además del impulso inmediato de la gratificación sexual, establezcan lazos más permanentes con las mujeres.

-Las fibras de energía depositadas en las matrices de las mujeres también se funden con la composición energética de la prole, en caso de que ocurra la concepción -profundizó Clara-. Posiblemente se trate de los rudimentos de los lazos familiares, porque la energía del padre se funde con la del feto y permite al hombre sentir que el hijo es suyo. Estos son algunos de los hechos de la vida que una madre nunca cuenta a su hija, simplemente porque no los sabe. A las mujeres se les educa para ser fácilmente seducidas por los hombres, sin tener la menor idea de las consecuencias del coito, en términos de la pérdida de energía que produce en ellas. De eso se trata y eso es lo que es injusto.

Al escuchar hablar a Clara, tuve que admitir que una parte de lo que decía tenía sentido para mí en un recóndito nivel corporal. Me instó a no aceptar o rechazar su argumento simplemente, sino a meditarlo a fondo y a evaluar lo dicho por ella de manera valiente, sin prejuicios e inteligentemente.

-Es ya bastante malo que un hombre deje líneas de energía en el cuerpo de una mujer -prosiguió Clara-, aunque es necesario para tener prole y para asegurar la supervivencia de ésta. Pero llevar dentro las líneas de energía de diez o veinte hombres, alimentándose de su luminosidad, es más de lo que cualquiera puede soportar. Con razón las mujeres no consiguen nunca levantar la cabeza.

-¿Puede una mujer deshacerse de esas líneas? -pregunté, cada vez más convencida de que había algo de verdad en lo que Clara decía.

-Una mujer carga esos gusanos luminosos por siete años -indicó Clara-; después de este tiempo, desaparecen o se desvanecen. Pero lo más funesto es que, cuando los siete años están a punto de cumplirse, todo el ejército

de gusanos, desde el primer hombre que tuvo una mujer hasta el último, empieza a agitarse al mismo tiempo, de modo que la mujer se siente impulsada a tener relaciones sexuales de nuevo. Entonces todos los gusanos vuelven a la vida con más fuerza que nunca, a fin de alimentarse con la energía luminosa de la mujer durante otros siete años. En verdad es un ciclo sin fin.

-¿Y si la mujer es célibe? -pregunté-. ¿Los gusanos se extinguen sin más?

-Sí, si logra resistirse al sexo por siete años. Pero es casi imposible para una mujer guardar este tipo de celibato en nuestra época, a menos que se haga monja o tenga el dinero suficiente para mantenerse. E incluso en estos casos requiere una forma de pensar totalmente distinta.

-¿Por qué es eso, Clara?

-Porque no sólo constituye un imperativo biológico que las mujeres tengan relaciones sexuales, sino también un mandato social.

Entonces Clara me dio un ejemplo sumamente desconcertante y perturbador. Según afirmó, puesto que somos incapaces de ver el flujo de energía, es posible que sin necesidad estemos perpetuando patrones de comportamiento o interpretaciones emocionales relacionados con dicho flujo invisible de energía. Por ejemplo, es equivocada la exigencia social de que las mujeres se casen o al menos se ofrezcan a los hombres, así como también es equivocado que las mujeres no se sientan realizadas a menos de tener el semen de un hombre dentro de ellas. Es cierto que las líneas de energía de un hombre les otorgan un propósito y las obligan a cumplir con sus destinos biológicos: alimentar a los hombres y a su prole. Pero los seres humanos son lo bastante inteligentes como para exigirse algo más que sólo cumplir con el imperativo de la reproducción. Afirmó que evolucionar, por ejemplo, representa un imperativo igual en importancia, si no es que mayor, que reproducirse; y que, en este caso, evolucionar implica despertar a las mujeres a que vean su verdadero papel en el esquema energético de la reproducción.

Entonces pasó a un nivel personal y señaló que yo, al igual que todas las mujeres, fui educada por una madre que consideraba como su función principal educarme para que hallara a un marido conveniente y no sufriera el estigma de ser una solterona. En realidad fui criada, como un animal, para tener relaciones sexuales, sea cual fuera el nombre que mi madre eligió darle.

-Tú, al igual que todas las mujeres, has sido engañada y obligada a someterte -declaró Clara-. Y lo más triste es que te encuentras atrapada dentro de este patrón, aunque no pienses procrear.

Sus aseveraciones eran tan inquietantes que me reí de los puros nervios. Clara no se perturbó en absoluto.

-Quizá todo esto sea verdad, Clara -dije, esforzándome por no sonar condescendiente-. Pero en mi caso, ¿qué cambiará con ponerme a recordar el pasado? ¿No está todo ya hecho y punto?

-Sólo puedo decirte que para despertar debes romper un círculo vicioso -replicó, mientras sus ojos verdes me escudriñaban en forma curiosa.

Reiteré que no creía sus teorías acerca de diabólicos imperativos biológicos ni hombres vampirescos que sangraban la energía de las mujeres, y argumenté que el simple sentarme en una cueva a recordar no cambiaría nada.

-Hay ciertas cosas en las que sencillamente no quiero volver a pensar nunca -dije bruscamente y di un puñetazo a la mesa de la cocina. Me puse de pie, dispuesta a irme, y le informé que no quería saber nada más sobre la recapitulación, la lista de nombres ni ningún imperativo biológico.

-Hagamos un trato -sugirió Clara, con el aire de un comerciante disponiéndose a defraudar a un cliente-. Eres una persona justa; te gusta ser honorable. Propongo que lleguemos a un acuerdo.

-¿Qué clase de acuerdo? -pregunté con creciente inquietud.

Arrancó una hoja del cuaderno y me la entregó.

-Quiero que redactes y firmes una garantía promisoria declarando que intentarás el ejercicio de recapitulación durante un mes solamente. Si al cabo de un mes no percibes ningún incremento en tu energía ni mejoría alguna en tus sentimientos hacia ti misma o hacia la vida en general, estarás en libertad para regresar a tu hogar, dondequiera que eso esté. Si tal resulta ser tu caso, simplemente podrás descartar toda la experiencia como la petición extravagante de una mujer excéntrica.

Me senté nuevamente para calmarme. Al tomar unos sorbos de té, se me ocurrió que era lo menos que podía hacer, después de todas las molestias que Clara se había tomado conmigo. Además, era obvio que no iba a dejarme ir tan fácil. Podría fingir, simplemente, que estaba recapitulando mis recuerdos. Al fin y al cabo, ¿quién iba a saber si en la cueva me dedicaba a representarme las escenas y respirar o si sólo soñaba despierta o me echaba una siesta?

-Sólo es por un mes -insistió con sinceridad-. No estarás vendiendo tu vida. Créeme, realmente trato de ayudarte.

-Ya lo sé -dije-. Pero ¿por qué te molestas en hacer todo esto por mí? ¿Por qué yo, Clara?

-Hay una razón -replicó-, pero es tan descabellada que no puedo revelártela ahora. Lo único que puedo decirte es que al ayudarte estoy cumpliendo con un propósito digno: pagando una deuda. ¿Aceptarás mi pago de una

deuda como una razón?

Clara fijó en mí una mirada tan esperanzada que tomé el lápiz para escribir la promesa, repasando las palabras deliberadamente para que no hubiese confusión acerca del plazo de un mes. Regateó conmigo para que en ese mes no incluyera el tiempo que requiriese para hacer la lista de nombres. Accedí y agregué un apéndice en este sentido; a continuación y a pesar de lo que me decía mi propio juicio, firmé.

6

Durante semanas me devané los sesos para compilar la lista. Me odié a mí misma por haberme dejado convencer por Clara de no incluir ese tiempo en la garantía. Durante esos largos días trabajé en una soledad y un silencio absolutos; sólo veía a Clara en el desayuno y la cena, que comíamos en la cocina, pero apenas cruzábamos palabra. Rechazaba todos mis intentos por hacerle plática, afirmando que volveríamos a hablar cuando terminara mi lista. Cuando la terminé, abandonó su costura y de inmediato me acompañó a la cueva. Eran las cuatro de la tarde y, según Clara, la temprana mañana y la avanzada tarde eran los momentos más propicios para comenzar una empresa tan vasta.

A la entrada de la cueva, me dio unas instrucciones.

-Toma a la primera persona en tu lista y esfuerza tu memoria para recordar todo lo que experimentaste con esa persona -indicó Clara-, desde el momento en que se conocieron hasta la última vez que se vieron. Si lo prefieres puedes trabajar al revés, desde la última ocasión en que trataste a esa persona hasta tu primer encuentro con ella.

Armada de la lista, me dirigía a la cueva todos los días. Al principio la recapitulación representaba una labor difícil. No pude concentrarme, porque temía remover el pasado. Mi mente vagaba de lo que consideraba un suceso traumático al siguiente, o simplemente descansaba o soñaba despierta. No obstante, al cabo de un tiempo me intrigaron la claridad y el detalle que adquirían mis recuerdos. Incluso comencé a pensar con mayor objetividad en ciertas experiencias, que siempre consideré tabúes.

Sorprendentemente, también me sentía más fuerte y más optimista. A veces, al respirar, era como si la energía poco a poco fluyera de regreso a mi cuerpo, calentando e hinchándome los músculos. Me involucré a tal grado en la tarea de la recapitulación que no requerí todo un mes para probar su valor. Dos semanas después del tiempo de inicio estipulado en la garantía, mientras cenábamos, pedí a Clara que buscara a alguien para sacar las cosas de mi departamento y almacenarlas. Clara me había sugerido esta opción en varias ocasiones anteriores, pero siempre rechacé su oferta, puesto que aún no estaba lista para comprometerme en esa forma. Se mostró encantada con mi petición.

-Se lo pediré a una de mis primas -indicó-. Ella se encargará de todo. No quiero que ninguna preocupación te impida concentrarte.

-Ahora que lo mencionas, Clara -repliqué-, hay una cosa que me molesta.

Clara esperó a que hablara. Le dije que me parecía sumamente extraño que nuestras comidas siempre estuviesen preparadas, aunque nunca la viera guisar o preparar los alimentos.

-Eso es porque nunca estás en casa durante el día -explicó Clara con tono prosaico-. Y por la noche te retiras temprano.

Era cierto que pasaba la mayor parte del tiempo en la cueva. Al regresar a la casa, comía en la cocina y luego permanecía en mi cuarto, porque el tamaño de la casa me intimidaba. Era enorme. No parecía abandonada, porque estaba llena al tope de muebles, libros y diversos adornos de cerámica, plata y esmalte tabicado. Todas las habitaciones estaban limpias y libres de polvo, como si una criada fuera regularmente a hacer la limpieza. No obstante, la casa parecía vacía porque no había gente en ella. En dos ocasiones Clara desapareció para llevar a cabo misteriosas diligencias que se negaba a comentar; en ese tiempo, el único ser vivo en la casa, aparte de mí, era Manfredo. También en ese tiempo, Manfredo y yo salimos a los cerros desde donde se dominaba la casa. Hice un esbozo de la casa y el terreno desde un punto de observación que creía haber encontrado yo misma. No quise admitir, en ese entonces, que Manfredo me guió hasta ahí.

Desde mi promontorio privado pasé horas tratando de calcular la orientación de la casa. Clara había indicado que seguía los puntos cardinales. No obstante, cuando la medí con un compás, la casa parecía tener una alineación ligeramente distinta. El terreno alrededor de la casa era lo que más me inquietaba, puesto que me resultó imposible calcular su extensión. Desde mi punto de observación vi que el terreno parecía mucho más extenso que al ser medido desde la casa misma. Clara me había prohibido pisar la parte de la casa ubicada al frente -el Este- al igual que el lado del Sur. No obstante, al dar la vuelta a la periferia de la casa calculé que las dos áreas eran idénticas a los lados occidental y del Norte, a los que sí tenía acceso. Pero al verse desde lejos no eran idénticas en absoluto y me resultaba imposible explicar la discrepancia.

Abandoné el intento de tratar de precisar la disposición de la casa y el terreno y dirigí mi atención a otro misterioso problema: los parientes de Clara. Aunque se refería a ellos constantemente en forma indirecta, yo aún

no les veía ni rastro.
-¿Cuándo regresarán tus parientes de la India? -pregunté a quemarropa.
-Pronto -replicó. Tomó su tazón de arroz con una mano y lo sujetó como lo hacen los chinos. Nunca la había visto usar los palillos antes y me maravillé ante la increíble precisión con la que los manejaba-. ¿Por qué te interesan tanto mis parientes? -preguntó.
-A decir verdad, Clara, no sé por qué, pero me causan mucha curiosidad -indiqué-. He tenido impresiones y pensamientos perturbadores en esta enorme casa.
-¿Quieres decir que no te agrada la casa?
-Al contrario, me encanta. Sólo que es tan grande e inquietante.
-¿Qué clase de impresiones y pensamientos te han perturbado? -preguntó, dejando su tazón en la mesa.
-A veces creo ver gente en el pasillo o escucho voces. Y siempre tengo la impresión de que alguien me observa, pero cuando miro a mi alrededor no hay nadie.
-Esta casa tiene más de lo que salta a la vista -admitió Clara-, pero eso no debería ser motivo de temor o preocupación para ti. Hay magia en esta casa, en la tierra y en las montañas alrededor de toda el área. Por ese motivo decidimos vivir aquí. De hecho, también es por ese motivo que tú misma decidiste vivir aquí, aunque no tengas la menor idea de que esa sea la razón de tu elección. Pero así debe ser. Has traído tu inocencia a esta casa y la casa, con todo el intento que tiene guardado, la convierte en sabiduría.
-Todo eso suena muy bonito, Clara, pero ¿qué significa exactamente?
-Siempre hablo contigo con la esperanza de que me entiendas -indicó Clara con un dejo de desilusión-. Cada uno de mis parientes, quienes te aseguro entrarán en contacto contigo tarde o temprano, te hablará en la misma forma. No vayas a creer que decimos tonterías sólo porque no nos entiendes.
-Créeme, Clara, no creo eso en absoluto, y estoy agradecida porque trates de ayudarme.
-La recapitulación es la que te está ayudando, no yo -me corrigió Clara-. ¿Has observado otras cosas extrañas en la casa, aparte de lo que ya me dijiste?
Mencioné la disparidad entre mis exámenes visuales de la casa desde el punto de observación y al caminar alrededor de ella.
Rió tanto que le dio un acceso de tos.
-Tendré que ajustar mi comportamiento a este nuevo acontecimiento -indicó Clara cuando pudo hablar de nuevo.
-¿Puedes explicarme por qué el terreno parece desproporcionado y por qué obtengo orientaciones tan diferentes del compás cuando estoy acá abajo y cuando estoy en el cerro? -pregunté.
-Claro que puedo, pero no le encontrarías ningún sentido. Es más, hasta podría asustarte.
-¿Tiene que ver con el compás, Clara? ¿O soy yo? ¿Estoy loca o qué?
-Tiene que ver contigo, por supuesto; tú eres la que estás tomando esas medidas. Pero no estás loca; se debe a otra cosa.
-¿A qué, Clara? Dímelo. Todo el asunto me está poniendo la carne de gallina. Es como si estuviera en una película de ciencia ficción en la que nada es real y todo puede pasar. ¡Y odio ese género!
Clara no parecía dispuesta a revelar nada más. En cambio, preguntó:
-¿No te gusta lo inesperado?
Le expliqué que el hecho de haber tenido hermanos varones resultó tan devastador para mí que me pasé al otro extremo y, como cuestión de principios, aprendí a odiar todo lo que a ellos gustaba. Solían ver *Dimensión desconocida* en la televisión y les encantaba. En mi opinión era un programa muy manipulador y artificial.
-Veamos cómo te lo explico -accedió Clara-. En primer lugar, definitivamente esta no es una casa de ciencia ficción. Más bien es una casa de extraordinario intento. La razón por la cual no puedo explicar sus discrepancias es porque aún no puedo explicarte lo que es el intento.
-Por favor no hables con acertijos, Clara -supliqué-. No sólo da miedo, sino que francamente me enfurece.
-Para que comprendas este delicado asunto tengo que dar rodeos -continuó Clara-. Primero déjame contarte del hombre directamente responsable de mi presencia en esta casa, e indirectamente responsable de mi relación contigo. Se llamaba Julián y era el ser más exquisito que uno pudiese conocer. Me encontró un día cuando me había perdido en esas montañas de Arizona que estabas dibujando y me trajo aquí a esta casa.
-Espera un momento, Clara. Pensé que habías dicho que esta casa pertenece a tu familia desde hace generaciones le recordé.
-Cinco generaciones, para ser exactos -replicó.
-¿Cómo puedes hacer dos afirmaciones tan contradictorias como si no pasara nada?
-No me estoy contradiciendo. Tú eres la que interpretas las cosas sin contar con un fundamento adecuado. La verdad es que esta casa pertenece a mi familia desde hace generaciones. Pero mi familia es una familia abstracta. Es una familia en el mismo sentido en que esta casa es una casa y Manfredo es un perro. Pero ya sabes que Manfredo no es un perro de verdad; y esta casa no es real, como otra casa cualquiera. ¿Ves a qué me refiero?

No estaba de humor para los acertijos de Clara. Por un rato guardé silencio, con la esperanza de que cambiara el tema. Luego me sentí culpable por mi mal humor y mi mal genio.

-No, no entiendo a qué te refieres -contesté por fin.

-Para que entiendas todo esto debes cambiar -indicó Clara con paciencia-. Pero eso es precisamente por lo que estás aquí: para cambiar. Y cambiar significa que podrás lograr el vuelo abstracto, en cuyo momento todo se te aclarará.

Ante mis desesperadas instancias explicó que ese vuelo inimaginable era simbolizado por un desplazamiento del lado derecho de la frente al izquierdo, pero que en realidad significaba llevar la parte etérea de nosotros, el doble, a nuestra conciencia cotidiana.

-Como ya te lo he explicado -prosiguió-, el dualismo cuerpo mente es una dicotomía falsa. La verdadera división existe entre el cuerpo físico, que aloja a la mente, y el cuerpo etéreo o doble, que aloja nuestra energía. El vuelo abstracto tiene lugar cuando aplicamos el doble a nuestras vidas diarias. Dicho de otra manera, el momento en que nuestro cuerpo físico cobra una conciencia total de su contraparte energética, hemos cruzado a lo abstracto, un reino de la conciencia completamente distinto.

-Si significa que debo cambiar primero, dudo seriamente que algún día pueda efectuar esa travesía -objeté-. Todo parece tan profundamente arraigado en mí que me siento definida para toda la vida.

Clara vertió agua en mi taza. Sentó la jarra de barro en la mesa y me miró de frente.

-Existe una forma de cambiar -declaró-, y a estas alturas estás metida en ella hasta las orejas; se llama la recapitulación.

Me aseguró que una recapitulación profunda y completa nos permite cobrar conciencia de lo que deseamos cambiar al permitirnos observar nuestras vidas sin engaños. Nos otorga una pausa momentánea en la que podemos elegir entre aceptar nuestro comportamiento acostumbrado o cambiar y eliminarlo mediante la fuerza del intento, antes de que nos atrape por completo.

-¿Y cómo se elimina algo mediante la fuerza del intento? -pregunté-. ¿Sólo se dice: "¡Fuera, Satanás!"?

Clara se rió y tomó un sorbo de agua.

-Para cambiar tenemos que cumplir con tres condiciones -replicó-. Primero, debemos anunciar en voz alta nuestra decisión de cambiar, para que el intento nos oiga. Segundo, debemos conservar nuestro firme propósito a lo largo de cierto periodo de tiempo. No podemos empezar algo y abandonarlo en cuanto nos desanimemos. Tercero, debemos ver el resultado de nuestras acciones con un sentido de desapego total. Esto significa que no podemos darnos a la idea de tener éxito o de fracasar.

"Sigue estos tres pasos y podrás modificar toda emoción y deseo indeseable dentro de ti", aseguró Clara.

-No lo sé, Clara -respondí escéptica-. Suena tan sencillo como lo dices.

No era que no quisiera creerle, sino simplemente que siempre había sido una persona práctica; y desde el punto de vista práctico la tarea de cambiar mi comportamiento resultaba abrumadora, a pesar de su programa triple.

Terminamos nuestra cena en silencio total. El único ruido en la cocina era el constante goteo del agua al traspasar un filtro de piedra caliza. Me proporcionó una imagen concreta del gradual proceso de limpieza que era la recapitulación. De súbito experimenté una oleada de optimismo. Quizá fuese posible cambiar y purificarse, gota por gota, pensamiento por pensamiento, al igual que el agua al pasar por ese filtro.

Arriba de nosotras, los resplandecientes focos de luz concentrada proyectaban sombras espectrales sobre el mantel blanco. Clara dejó los palillos y empezó a curvar los dedos, como si estuviera dibujando sombras sobre el mantel. En cualquier momento esperaba verla crear a un conejo o una tortuga.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté, rompiendo el silencio.

-Es una forma de comunicación -explicó-, aunque no con la gente sino con la fuerza que llamamos intento.

Estiró los dedos meñiques e índice para arriba y formó un círculo tocando con el pulgar las puntas de los otros dos dedos. Me indicó que era una señal para captar la atención de esa fuerza y permitirle penetrar en el cuerpo a través de las líneas de energía que terminan o se originan en las puntas de los dedos.

-La energía se trasmite por el índice y el meñique si están extendidos como antenas -explicó, mostrándome otra vez la posición de la mano-. Luego la energía es atrapada y sostenida en el círculo hecho con los otros tres dedos.

Afirmó que con esa posición específica de la mano podemos atraer suficiente energía al cuerpo para curarlo o fortalecerlo, o para modificar nuestros estados de ánimo y hábitos.

-Pasemos a la sala, donde estaremos más cómodas -indicó Clara-. No sé cómo te sientes tú, pero esta banca empieza a lastimarme el trasero.

Clara se puso de pie y cruzamos el patio oscuro, la puerta de atrás y el pasillo de la casa grande, hasta la sala. Para mi asombro la lámpara de gasolina ya estaba encendida y Manfredo se encontraba dormido, acurrucado al lado de un sillón. Clara se acomodó en ese sillón, que siempre me pareció era su favorito. Recogió un bordado en el que estaba trabajando y cuidadosamente agregó unas puntadas más pasando la aguja por la tela y sacándola con un movimiento de mano amplio y lleno de gracia. Sus ojos estaban fijos, concentrados en su labor.

Para mí era tan insólito ver a esa mujer fuerte dedicada a un bordado que la miré con curiosidad, para ver si podía echar un vistazo a su trabajo. Clara se dio cuenta de mi interés y alzó la tela para que la viera. Era una funda para cojín, con mariposas bordadas posadas sobre flores policromas. Para mi gusto estaba demasiado recargado.

Clara esbozó una sonrisa, como si percibiera mi opinión crítica de su trabajo.

-Pudieras decirme que mi trabajo es la belleza encarnada o que estoy perdiendo el tiempo -indicó, dando otra puntada-, pero no afectarías mi serenidad interior. Esta actitud se llama conocer tu propio valor. -Hizo una pregunta retórica que ella misma contestó-: ¿Y cuál crees que es mi valor? El cero absoluto.

Le dije que en mi opinión ella era una persona espléndida, en verdad, una gran inspiración. ¿Cómo podía decir que no tenía valor?

-Es muy sencillo -explicó Clara-. Cuando las fuerzas positivas y negativas se encuentran en equilibrio, se cancelan mutuamente y eso significa que mi valor es de cero. También significa que no puedo enfadarme cuando alguien me critica ni puede darme gusto cuando alguien me alaba.

Claro alzó una aguja y a pesar de la tenue luz la enhebró rápidamente.

-Los sabios chinos de la antigüedad decían que para conocer el propio valor hay que escurrirse por el ojo del dragón -dijo, juntando los dos extremos del hilo.

Indicó que aquellos sabios estaban convencidos de que el reino infinito de lo desconocido se encuentra vigilado por un enorme dragón cuyas escamas resplandecen con luz cegadora. Según creían, los valientes que osan acercarse al dragón se atemorizan ante su fulgor deslumbrante, la potencia de su cola que con el más mínimo temblor tritura todo a su paso y el aliento ardiente que convierte en cenizas todo a su alcance. No obstante, los dichos sabios, también creían que existe una forma de pasar junto al inabordable dragón. Estaban seguros de que, al fundirse con el intento del dragón, es posible tornarse invisible y pasar por el ojo de la bestia.

-¿Qué significa eso, Clara? -pregunté.

-Significa que por medio de la recapitulación podemos vaciarnos de pensamientos y deseos, lo cual para esos videntes de la antigüedad significaba hacerse uno con el intento del dragón y, por lo tanto, invisible.

Recogí un cojín bordado, otra muestra del trabajo de Clara, y me lo acomodé en la espalda. Respiré profundamente varias veces para despejar la mente. Quería entender lo que Clara estaba diciendo, pero su insistencia en usar metáforas chinas lo volvía todo más confuso para mí. Aun así percibía tal intensidad en lo que decía que estaba segura de perderme algo importante si no trataba, al menos, de comprenderla.

Al ver bordar a Clara, de súbito recordé a mi madre. Quizá fue el recuerdo el que me infundió una tristeza monumental, un anhelo sin nombre; tal vez fue por escuchar lo que Clara había dicho o el simple hecho de estar en su casa desierta e inquietamente hermosa, bajo la luz espectral de la lámpara de gasolina. Las lágrimas me inundaron los ojos y me puse a llorar.

Clara se levantó de su sillón con un salto y se colocó a mi lado. Susurró en mi oído, tan fuerte que parecía un grito:

-Ni te atrevas a darte a la autocompasión en esta casa. Si lo haces, la casa te rechazará; te escupirá como se escupe una pepa de aceituna.

Su amonestación operó el efecto indicado sobre mí. Mi tristeza desapareció en el acto. Me sequé los ojos y Clara siguió hablando, como si nada hubiera pasado.

-El arte del vacío fue la técnica practicada por los sabios chinos que querían pasar por el ojo del dragón -afirmó al volver a sentarse-. Hoy lo llamamos el arte de la libertad. Nos parece un mejor término, porque este arte realmente conduce a un reino abstracto en el que lo humano no cuenta.

-¿Quieres decir, Clara, que es un reino inhumano?

Clara dejó el bordado sobre el regazo y me miró.

-Quiero decir que casi todo lo que hemos escuchado sobre este reino, en las descripciones de los sabios y videntes que lo han buscado, huele a preocupaciones humanas. Pero nosotros, los que practicamos el arte de la libertad, hemos averiguado por experiencia propia que se trata de una descripción inexacta. Según nuestra experiencia, lo humano en ese reino es tan poco importante que se pierde en su inmensidad.

-Espera un momento, Clara. ¿Qué me dices del grupo de personajes legendarios llamados los inmortales chinos? ¿No alcanzaron la libertad en el sentido que ustedes le dan?

-No en el sentido que nosotros le damos -replicó Clara-. Para nosotros, la libertad significa estar libre de la condición humana. Los inmortales chinos se quedaron atrapados en sus mitos de inmortalidad, de ser sabios, de haberse liberado, de volver a la Tierra para guiar a otros en su camino. Eran eruditos, músicos, dueños de poderes sobrenaturales. Eran justos y caprichosos, en forma muy parecida a los dioses griegos clásicos. Incluso el nirvana es un estado humano en el que la dicha significa liberarse de la carne.

Clara había logrado hacerme sentir completamente desolada. Le dije que toda mi vida me acusaron de carecer de calidez y comprensión humanas. De hecho, me dijeron que era la persona más fría que pudiese haber. Ahora Clara me estaba diciendo que libertad significaba estar libre de compasión humana. Y yo siempre creí carecer de

algo crucial por no poseerla.
Otra vez me encontraba al borde de las lágrimas de la autocompasión, pero Clara volvió a rescatarme.
-Estar libre de lo humano no significa nada tan idiota como no poseer calidez o compasión -declaró.
-Como sea, la libertad como tú la describes me es inconcebible, Clara -insistí-. No estoy segura de querer ni un ápice de ella.
-Y yo estoy segura de quererla toda -replicó-. Aunque mi mente tampoco es capaz de concebirla, créeme, ¡sí existe! Y créeme también que algún día estarás diciendo a otra persona lo mismo que yo ahora te digo al respecto. Tal vez incluso uses las mismas palabras.
Me guiñó el ojo, como si estuviera segura de que esto iba a suceder.
-Conforme sigas recapitulando, se te aparecerá la entrada al reino donde lo humano no cuenta -prosiguió Clara-. Esa será la invitación para pasar por el ojo del dragón. Eso es lo que llamamos el vuelo abstracto. De hecho implica atravesar un vasto abismo hasta un reino imposible de describir, porque el hombre no constituye su medida.
Me puse tiesa del miedo. No me atrevía a tomar a Clara a la ligera, porque siempre hablaba en serio. La idea de perder lo humano en mí, sin importar cómo fuera, y saltar a un abismo era más que atemorizante. Estaba a punto de preguntarle si sabía cuándo se me aparecería esa entrada, pero continuó su explicación.
-La verdad del asunto es que la entrada se encuentra delante de nosotros todo el tiempo -indicó Clara-, pero sólo las personas cuyas mentes están en silencio y cuyos corazones están serenos son capaces de ver o sentir su presencia.
Explicó que llamarlo entrada no era metafórico, porque de hecho aparece a veces como una simple puerta, una cueva negra, una luz deslumbrante o cualquier cosa concebible, incluso un ojo de dragón. Afirmó que a este respecto las metáforas de los sabios chinos de la antigüedad no eran en absoluto descabelladas.
-Otra creencia de los antiguos sabios chinos era que la invisibilidad es consecuencia natural de haber logrado una indiferencia serena -señaló.
-¿Qué es una indiferencia serena, Clara?
En lugar de responder directamente, preguntó si alguna vez había visto los ojos de los gallos de pelea.
-No he visto a un gallo de pelea en mi vida -contesté.
Clara explicó que la expresión en los ojos de un gallo de pelea no es la expresión que se encuentra en los ojos de la gente o los animales ordinarios, porque éstos reflejan calidez, compasión, ira o temor.
-Los ojos de un gallo de pelea no muestran ninguna de estas cosas -me informó Clara-. En cambio, reflejan una indiferencia indescriptible, la cual también se encuentra en los ojos de los seres que han efectuado la gran travesía. En lugar de mirar el mundo hacia afuera se han vuelto al interior, para contemplar lo que aún no está presente.
"El ojo que contempla el interior es inconmovible -prosiguió Clara- No refleja preocupaciones ni temores humanos, sino la inmensidad. Los videntes que han mirado el infinito dan fe de que el infinito devuelve la mirada con una inconmovible y fría indiferencia.

7

Una tarde, poco antes de que oscureciera, Clara y yo regresábamos a la casa desde la cueva por la larga ruta escénica cuando sugirió que nos sentáramos a descansar a la sombra de unos árboles. Estábamos observando las sombras proyectadas por los árboles en el suelo cuando de súbito una ráfaga de viento estremeció las hojas que empezaron a centellear formando una conmoción de luz y oscuridad. Pequeñas olas recorrieron los dibujos en el suelo. Cuando hubo pasado el viento, las hojas de nuevo se aquietaron, y también las sombras.
-La mente se parece a estas sombras -indicó Clara con voz suave-. Cuando nuestra respiración es pareja, nuestras mentes están quietas. Si es errática, la mente se estremece como las hojas agitadas.
Traté de observar si mi respiración estaba pareja o inquieta, pero sinceramente no lo supe distinguir.
-Si la respiración es agitada, la mente se pone inquieta -continuó Clara-. A fin de aquietar la mente, lo mejor es comenzar por aquietar la respiración -me dijo que mantuviera la espalda recta y me concentrara en mi respiración hasta que estuviera suave y rítmica, como la de un bebé.
Señalé que cuando una persona se dedica a una actividad física como nosotras lo acabábamos de hacer, al caminar por los cerros, era imposible que la respiración fuese tan suave como la de un bebé, que se la pasa acostado sin hacer nada.
-Además -continué-, no sé cómo respiran los bebés. No he estado cerca de muchos y cuando lo estuve, no me fijé en su respiración.
Clara se acercó para colocar una mano en mi espalda y la otra en mi pecho. Para mi consternación, me oprimió hasta constreñirme de tal manera que me sentí a punto de sofocar. Traté de soltarme, pero me sujetó con manos de hierro. A manera de compensación, empecé a meter y a sacar el estómago rítmicamente, conforme el aire

entraba otra vez a mi cuerpo.
-Así respiran los bebés -indicó-. Recuerda la sensación de sacar el estómago, para que puedas reproducirla sin importar que estés caminando, haciendo ejercicio o acostada sin hacer nada. No lo creerás, pero somos tan civilizados que debemos aprender de nuevo a respirar correctamente.
Retiró las manos de mi pecho y espalda.
-Ahora deja que el aire suba hasta llenar tu pecho -instruyó-. Pero no permitas que te inunde la cabeza.
-No hay forma de que el aire se me meta a la cabeza -contesté, riendo.
-No me tomes tan literalmente -me regañó-. Al decir aire en realidad me refiero a la energía derivada de la respiración, que penetra en el abdomen, el pecho y luego la cabeza.
Tuve que reír ante su seriedad. Me preparé para escuchar otro torrente de metáforas chinas.
Sonrió y me guiñó el ojo.
-En mi caso, la seriedad es consecuencia directa de mi tamaño -afirmó con una risita-. Nosotras, las personas grandotas siempre somos más serias que las pequeñitas y joviales. ¿No es cierto, Taisha?
No entendí por qué me incluía a mí entre las grandotas. Me llevaba por lo menos cinco centímetros de estatura y dieciséis kilos de peso. Me molestó sobremanera que me llamara grandota, y aún más su insinuación de que yo era demasiado seria. Sin embargo, no expresé mis sentimientos en voz alta, porque sabía que ella exageraría la cuestión y me mandaría llevar a cabo una profunda recapitulación sobre el tema de mi tamaño.
Clara me miró como para medir mi reacción a su pregunta. Sonreí y fingí no haberme molestado en absoluto. Al observar mi estado de atención, se puso seria de nuevo y siguió explicándome que nuestro bienestar emocional está directamente ligado con el fluir rítmico de nuestra respiración.
-La respiración de una persona agitada -prosiguió, inclinándose un poco hacia mí- es rápida y superficial y se ubica en el pecho o la cabeza. La respiración de una persona calma se hunde en el abdomen.
Traté de bajar mi respiración al abdomen, para que Clara no sospechase que había estado irritada. Sin embargo, ella esbozó una sonrisa sagaz y agregó:
-A las personas altas nos resulta más difícil respirar desde el abdomen, porque nuestro centro de gravedad está un poquito más arriba. Por eso es aún más importante que nos mantengamos calmados y serenos.
A continuación explicó que el cuerpo se divide en tres cámaras principales de energía: el abdomen, el pecho y la cabeza. Me tocó el estómago justo debajo del ombligo, luego el plexo solar y finalmente el centro de mi frente. Explicó que estos tres puntos constituyen los centros claves de las tres cámaras. Entre más sosegados la mente y el cuerpo más aire puede absorber una persona en cada una de las tres divisiones del cuerpo.
-Los bebés absorben una vasta cantidad de aire con relación a su tamaño -afirmó Clara-. Pero al crecer nos constreñimos, especialmente alrededor de los pulmones, y absorbemos menos aire.
Clara respiró profundamente antes de continuar.
-Puesto que las emociones están vinculadas directamente con la respiración -señaló-, una buena manera de calmarnos es regulando la respiración. Podemos entrenarnos para absorber más energía, por ejemplo, mediante el alargamiento deliberado de cada inhalación.
Se puso de pie y me pidió que observara su sombra con cuidado. Noté que estaba perfectamente quieta. Luego me pidió levantarme y observar mi propia sombra. No pude más que detectar un ligero temblar, como la sombra de los árboles al ser rozadas las hojas por una brisa.
-¿Por qué tiembla mi sombra? -pregunté-. Pensé que estaba perfectamente inmóvil.
-Tu sombra tiembla porque los vientos de las emociones soplan a través de ti -replicó Clara-. Estás más tranquila que cuando empezaste a recapitular, pero aún queda mucha agitación dentro de ti.
Me indicó que me apoyara en la pierna izquierda, con la derecha levantada y doblada en la rodilla. Me tambaleé al tratar de mantener el equilibrio. Me maravillé al observar que Clara se mantenía con la misma facilidad en una sola pierna que en ambas, y su sombra seguía totalmente inmóvil.
-Parece costarte trabajo mantener el equilibrio -señaló Clara al bajar una pierna y levantar la otra-. Eso significa que tus pensamientos y sentimientos no están tranquilos, ni tampoco tu respiración.
Alcé la otra pierna para volver a intentar el ejercicio. Ahora mi equilibrio fue mejor, pero al observar la quietud de la sombra de Clara experimenté una repentina punzada de envidia y tuve que bajar la pierna para evitar caerme.
-Cuando tenemos un pensamiento -explicó Clara al bajar nuevamente la pierna-, nuestra energía se desplaza en dirección de ese pensamiento. Los pensamientos son como guías: hacen que el cuerpo se mueva por un camino específico.
"Ahora vuelve a mirar mi sombra -ordenó-. Pero trata de no considerarla simplemente como una sombra. Trata de atisbar la esencia de Clara, según la muestra su sombra-retrato.
De inmediato me puse tensa. Sería sometida a juicio y se evaluaría mi desempeño. Los sentimientos de competencia de mi infancia, de tener que superar a mis hermanos, volvieron a la superficie.
-No te pongas tensa -advirtió Clara, severa-. No es un concurso. Sólo es una delicia. ¿Entiendes? ¡Una delicia!
Había sido condicionada concienzudamente para reaccionar a las palabras. La palabra "delicia" me hundió en

una confusión total y finalmente me produjo pánico. No está usando la palabra correctamente -fue lo único que alcancé a pensar-. Seguramente se refiere a otra cosa. Sin embargo, Clara repitió la palabra una y otra vez, como si quisiese que se me grabara.

Mantuve los ojos en su sombra. Tenía la impresión de que era hermosa, serena, llena de poder. No era tan sólo un área oscura, sino que parecía poseer profundidad, inteligencia y vitalidad. De súbito creí ver que la sombra de Clara se movía en forma independiente de cualquier movimiento del cuerpo de Clara. El movimiento fue tan increíblemente rápido que casi pasó desapercibido. Esperé, aguantando la respiración; lo miré, y le entregué toda mi atención. Entonces volvió a suceder, y esta vez definitivamente estaba preparada. La sombra se estremeció y se estiró, como si de repente se le hubieran inflado los hombros y el pecho. La sombra pareció haber cobrado vida.

Proferí un grito y me levanté de un salto. Le vociferé a Clara que su sombra estaba viva. Me dispuse a echarme a correr, aterrada ante la idea de que la sombra me persiguiese, pero Clara me detuvo, sosteniéndome el hombro.

Cuando me hube calmado lo suficiente para volver a hablar, le describí lo que había visto, manteniendo los ojos apartados del suelo todo el tiempo por miedo a ver otra vez la siniestra sombra de Clara.

-Observar el movimiento de las sombras significa que obviamente has liberado una enorme porción de energía con tu recapitulación -comentó Clara.

-¿Estás segura que no me lo imaginé nada más, Clara? pregunté, con la esperanza de que dijera que sí.

-Tu intento la hizo moverse -declaró con mucha autoridad.

-¿No crees que la recapitulación también perturba la mente? -pregunté-. Debo estar muy perturbada para ver a las sombras moverse por fuerza propia.

-No. El propósito de la recapitulación es romper con las suposiciones fundamentales que hemos aceptado a lo largo de nuestras vidas -explicó Clara con paciencia-. A menos que se rompa con ellas, no podemos impedir que el poder del recuerdo nuble nuestra conciencia.

-¿A qué te refieres exactamente con el poder del recuerdo, Clara?

-El mundo es una enorme pantalla de recuerdos; al romperse ciertas suposiciones -indicó-, no sólo se pone freno al poder del recuerdo, sino que incluso se le cancela.

No entendí a qué se refería y tomé a mal que hiciera todo tan difícil de comprender.

-Probablemente el viento movió el polvo sobre el cual se proyectaba tu sombra -dije, para ofrecer una explicación razonable.

Clara meneó la cabeza.

-Trata de mirarla de nuevo y cerciórate de ello -sugirió.

Sentí carne de gallina en los brazos. Nada me obligaría a mirar otra vez su sombra.

-Insistes en que las sombras de la gente no se mueven solas -indicó Clara-, porque eso es lo que te dice tu capacidad de recordar. ¿Recuerdas haberlas visto moverse alguna vez?

No, por supuesto que no.

-Ahí está. Pero lo que te pasó hace un momento fue que tu capacidad normal de recordar se contuvo por un instante y viste a mi sombra moverse.

Clara me señaló con el dedo y se rió.

-Tampoco fue que el viento moviese el polvo -afirmó. Luego escondió su cabeza bajo el brazo, como una niña tímida. Se me hizo raro que, pese a ser una mujer adulta, nunca se veía ridícula haciendo ademanes infantiles.

"Te tengo noticias -prosiguió Clara-. De niña, viste a las sombras moverse, pero aún no eras una persona racional, así que estaba bien que se movieran. Al crecer, tu energía fue atada por las restricciones sociales y por eso se te olvidó que las viste moverse y sólo recuerdas lo que en tu opinión te está permitido recordar.

Estaba tratando de asimilar todo el alcance de lo que Clara estaba diciendo cuando de súbito recordé que, de niña, solía ver a las sombras menearse y retorcerse en las banquetas, sobre todo los días despejados de calor. Siempre me pareció que trataban de liberarse de las personas a quienes pertenecían. Me aterraba ver a las sombras volverse de lado para mirar atrás. Siempre me pareció extraño que los adultos ignoraran totalmente las travesuras de sus sombras.

Cuando se lo mencioné a Clara, concluyó que mi terror era producto del conflicto entre lo que en realidad veía y lo que me dijeron era posible y permisible ver.

-Creo que no te entiendo, Clara -dije.

-Trata de imaginarte a ti misma como un gigantesco almacén de recuerdos -sugirió-. En este almacén, otros y no tú han depositado sentimientos, ideas, diálogos mentales y patrones de comportamiento. Puesto que es tu almacén puedes entrar, hurgar por ahí a la hora que quieras y usar lo que encuentres. El problema es que no tienes ningún control sobre el inventario, puesto que fue establecido antes de que te posesionaras del almacén. Por eso te ves drásticamente limitada en tu selección de objetos.

Agregó que nuestras vidas parecen constituir una línea de tiempo ininterrumpida, porque nunca cambia el inventario en nuestros almacenes. Subrayó que, de no vaciar el almacén, no hay manera de ser lo que realmente

somos.
Abrumada por mis recuerdos y por lo que Clara estaba explicando, me senté en una gran piedra. Con el rabo del ojo vi mi sombra y experimenté una sacudida de pánico al preguntarme: ¿qué hago si mi sombra no se sienta exactamente igual que yo?
-No soporto esto, Clara -exclamé al mismo tiempo que me ponía de pie de un salto-. Regresemos a la casa.
Clara me ordenó quedarme quieta.
-Calma la mente -indicó, sin quitarme la vista de encima- y el cuerpo también se tranquilizará; de otra manera, reventarás.
Clara sostuvo la mano izquierda delante del cuerpo con la muñeca apoyada justo arriba del ombligo; la palma vuelta hacia la derecha y los dedos, apretados unos contra otros, señalaban al frente. Me dijo que adoptara esa posición de la mano y mirara la punta de mi dedo medio. Miré por encima del caballete de la nariz, lo cual me obligó a mirar hacia abajo haciendo un ligero bizco. Explicó que mirar fijamente en esa forma sitúa nuestra conciencia fuera de nosotros en el suelo, disminuyendo así nuestra agitación interna.
A continuación dijo que inhalara profundamente a la vez que señalaba el suelo, dirigiendo mi intento a extraer de él una chispa de energía, como una gota de pegamento, sobre el dedo medio. Luego debía hacer girar la mano en la muñeca hacia arriba hasta que la base de mi pulgar me tocara el esternón. Debía contemplar la punta de mi dedo medio y contar hasta siete, para luego desplazar mi conciencia inmediatamente a la frente, a un punto ubicado entre los ojos y justo arriba del caballete de la nariz. Dicho desplazamiento, indicó, debe ser acompañado por el intento de transferir la chispa de energía del dedo medio al punto entre los ojos. Si se logra la transferencia, aparece una luz sobre la pantalla oscura tras los ojos cerrados. Afirmó que podemos enviar este luminoso punto de energía a cualquier parte de nuestro cuerpo para contrarrestar el dolor, la enfermedad, la aprensión o el miedo.
Alargó la mano y suavemente me oprimió el plexo solar.
-Si requieres una rápida recarga de energía, como ahora, ejecuta la respiración de poder que te voy a enseñar y te garantizo que te sentirás vigorizada.
Observé a Clara realizar una serie de cortas inhalaciones y exhalaciones por la nariz en rápida sucesión, haciendo vibrar el diafragma. La imité y tras respirar unas veinte veces, contrayendo y relajando mi diafragma, sentí que una ola de calor se me extendía por todo el abdomen.
-Vamos a quedarnos aquí sentadas efectuando la respiración de poder y mirando la luz detrás de los ojos -indicó-, hasta que ya no tengas miedo.
-En realidad no sentí tanto miedo -mentí.
-Es que no te viste -replicó Clara-. Desde acá estuve viendo a alguien a punto de desmayarse.
Tenía toda la razón. En mi vida había experimentado un susto tan fuerte como al ver estirarse la sombra de Clara. Recuerdos perdidos brotaron desde profundidades tan olvidadas que por un instante o dos en verdad me sentí niña otra vez.
Volteé la palma de la mano de lado y me miré la punta del dedo, tal como Clara lo había recomendado. Mantuve fijos los ojos y luego desplacé la atención al centro de la frente. No vi ninguna luz, pero gradualmente me tranquilicé.
Casi estaba oscuro. Distinguía la silueta de Clara perfilada a mi lado. Su voz era tranquilizadora; dijo:
-Quedémonos un rato más, para dejar que esa chispa de energía se asiente en tu cuerpo.
-¿Aprendiste esta técnica en China, Clara? -pregunté.
Meneó la cabeza.
-Te dije que tuve a un maestro aquí en México -indicó, y luego agregó con reverencia- mi maestro fue un hombre extraordinario que dedicó su vida a aprender el arte de la libertad y luego a enseñárnoslo.
-Pero, ¿no es de origen oriental este método de respiración?
Parecía deliberar antes de responder. Pensé que su vacilación se debía al deseo de mantener su reserva.
-¿Dónde lo aprendió tu maestro? -insistí-. ¿También fue a China?
-Todo lo que sabía se lo aprendió a su maestro -contestó Clara evasivamente.
Cuando le pedí que me contara más acerca de su maestro y lo que éste le había enseñado, Clara pidió disculpas por no encontrarse en posición de profundizar en el tema en ese momento.
-Para entenderlo -explicó-, tendrías que adquirir un tipo especial de energía que por el momento no posees.
Me dio unas palmaditas en la mano.
-No apresures las cosas -dijo compasivamente-. Pensamos enseñarte todo lo que sabemos. ¿Por qué las prisas?
-Siempre me intriga mucho cuando dices "nosotros", Clara, porque tengo la impresión de que hay otras personas en la casa y he empezado a ver y a escuchar cosas que mi razón me dice no pueden ser verdad.
Clara se rió hasta que parecía a punto de caerse de la roca en la que estaba sentada. Su repentino y exagerado estallido me irritó aún más que su negativa a hablar sobre su maestro.
-No sabes lo chistoso que me resulta tu dilema -indicó a manera de explicación-. Me demuestra, exactamente

como cuando viste a las sombras moverse, que estás liberando tu energía. Has empezado a vaciar tu almacén. Entre más objetos de tu inventario deseches, más espacio habrá para otras cosas.

-¿Como qué? -pregunté, aún molesta-. ¿Para ver a las sombras moverse y escuchar voces?

-Quizá -respondió vagamente-. O tal vez incluso veas a las personas a quienes pertenecen las sombras y las voces.

Quería saber a qué personas se refería, pero se negó a decir más al respecto. Se puso de pie en forma abrupta y anunció que quería volver a la casa para prender el dínamo antes de que oscureciera demasiado.

8

No vi a Clara en tres días; una misteriosa diligencia la mantuvo alejada. Se había transformado en su costumbre dejarme sola en la casa por días enteros, sin siquiera una palabra de advertencia y con Manfredo como única compañía; aunque contaba con toda la casa para mí sola, no osaba aventurarme más allá de la sala, mi recámara, el gimnasio de Clara, la cocina y por supuesto el baño. Había algo en la casa y el terreno de Clara, sobre todo cuando ella estaba ausente, que me llenaba de un temor irracional. Como resultado de ello, cuando estaba sola observaba una estricta rutina, que me resultaba reconfortante.

Solía despertarme como a las nueve, preparar mi desayuno en la cocina con una parrilla eléctrica, porque aún no aprendía a encender la estufa de madera, guardar un ligero almuerzo y luego salir a la cueva para recapitular o hacer una larga caminata con Manfredo. Volvía avanzada la tarde para practicar formas de kung fu en el gimnasio de Clara. Era una gran sala de techo abovedado, el piso de madera barnizada y un estante no fijo laqueado en negro, donde se exhibían diversas armas para artes marciales. Una elevada plataforma cubierta de petates bordeaba la pared enfrente de la puerta. Una vez le pregunté a Clara para qué servía la plataforma. Dijo que ahí era donde meditaba.

Nunca había visto meditar a Clara, porque cuando entraba sola al edificio siempre cerraba la puerta con llave. Todas las veces que le pregunté qué tipo de meditación practicaba, se negaba a profundizar en la cuestión. Lo único que averigüé fue que ella lo llamaba "ensoñar".

Clara me daba libre acceso a su gimnasio cuando ella misma no lo estuviera usando. Al estar sola en la casa tendía hacia ese cuarto; ahí hallaba consuelo emocional, porque estaba imbuido de la presencia y el poder de Clara. Fue ahí donde me enseñó un estilo muy intrigante de kung fu. Nunca tuve interés en las artes marciales chinas, porque mis maestros japoneses de karate siempre habían insistido en que sus movimientos eran demasiado complicados y difíciles de aplicar como para tener un valor práctico. Sistemáticamente vilipendiaban los estilos chinos y alababan los propios; según ellos, si bien las raíces del kárate se encontraban en los estilos chinos, sus formas y aplicaciones fueron alteradas y perfeccionadas a conciencia en Japón. Ignorante de las artes marciales, yo les creí a mis maestros y descarté totalmente los demás estilos. Por consiguiente, no sabía qué pensar del kung fu de Clara. Pese a mi ignorancia, una cosa resultaba obvia: indisputablemente era una maestra en el estilo.

Después de trabajar por más o menos una hora en el gimnasio de Clara, me cambiaba de ropa e iba a la cocina a comer. Invariablemente mi comida me esperaba ahí, puesta en la mesa, pero siempre estaba tan muerta de hambre después de los ejercicios que devoraba todo lo preparado sin especular acerca de cómo llegó ahí.

Cuando la interrogué al respecto, Clara me dijo que en su ausencia el cuidador iba a la casa para preparar mi comida. También lavaba mi ropa, puesto que la encontraba bien doblada en una pila en la puerta de mi recámara; yo sólo tenía que plancharla.

Una noche después de una vigorosa sesión de ejercicios, acompañada de vez en cuando por un gruñido criticón de Manfredo, sentí tal exceso de energía que decidí romper con mi rutina y volver a la cueva en la oscuridad para seguir recapitulando. Tenía tanta prisa por llegar que se me olvidó llevar mi linterna eléctrica. Era una noche nublada, pero pese a la oscuridad total no tropecé con nada en el camino. Llegué a la cueva y recapitulé, representándome mentalmente e inhalando los recuerdos de todos mis profesores de karate y todas las exhibiciones y los torneos en los que había participado. Ocupó la mayor parte de la noche, pero al terminar me sentí completamente depurada de los prejuicios que había heredado de mis maestros como parte de mi entrenamiento.

Al día siguiente Clara aún no volvía, de modo que salí para la cueva un poco más tarde que de costumbre. Camino de regreso a casa, como ejercicio deliberado, traté de caminar por el mismo sendero que recorría todos los días, sólo que esta vez mantuve los ojos cerrados para simular la oscuridad. Quería ver si podía caminar sin tropezar, porque sólo hasta después se me ocurrió que fue muy curioso haber recorrido el camino hasta la cueva la noche anterior sin tropezar. Al caminar a la luz del día pero con los ojos cerrados, caí varias veces en tocones y piedras y me golpeé la pantorrilla severamente.

Me encontraba en el piso de la sala, vendando mis raspaduras, cuando Clara entró inesperadamente.

-¿Qué te pasó? -preguntó, sorprendida-. ¿Te peleaste con el perro?

Justo en ese instante Manfredo entró al cuarto. Estaba convencida de que entendió las palabras de Clara.

Profirió un ladrido ronco, como si estuviese ofendido. Clara se colocó delante de él, hizo una ligera reverencia desde la cintura, como un estudiante oriental que se inclina ante su maestro, y expresó una sumamente rebuscada disculpa.

-Lamento en extremo, mi querido señor, haber hablado con tal ligereza acerca de su irreprochable conducta, sus exquisitos modales y sobre todo su sublime consideración, que lo convierte en un señor entre señores, el más ilustre entre todos ellos.

Estaba totalmente perpleja. Pensé que Clara había perdido el juicio durante sus tres días de ausencia. Nunca la oí hablar así antes. Quise reír, pero su gesto de seriedad me atoró la risa en la garganta.

Clara estaba a punto de lanzar otra descarga de disculpas cuando Manfredo bostezó, la miró aburrido, se volvió y salió del cuarto.

Clara se sentó en el sofá; todo su cuerpo temblaba de risa contenida.

-Cuando está ofendido, la única forma de deshacerse de él es aburrirlo mortalmente con las disculpas -me confió.

Tenía la esperanza de que Clara me dijera dónde había estado los últimos tres días. Aguardé un momento, por si mencionaba el tema de su ausencia, pero no lo hizo. Le conté que, mientras estuvo fuera, Manfredo había ido todos los días a visitarme a la cueva. Era como si pasara de vez en cuando para ver si me encontraba bien.

Otra vez deseé que Clara hiciera algún comentario acerca de la naturaleza de su viaje, pero en cambio respondió, sin mostrar sorpresa alguna:

-Sí, es muy solícito y en extremo considerado hacia los demás. Por eso espera recibir el mismo trato, y si sospecha siquiera que no se lo están dando se pone furioso. En ese estado de ánimo representa un peligro mortal. ¿Recuerdas la noche en que casi te arrancó la cabeza cuando lo llamaste sapo?

Quise cambiar el tema. No me agradaba pensar en Manfredo como un perro rabioso. A lo largo de los meses se había tornado más un amigo mío que una bestia. Era tan buen amigo que se había apoderado de mí la inquietante certeza de que era el único quien me comprendía realmente.

-No me has dicho qué te pasó en las piernas -me recordó Clara.

Le conté de mi intento fracasado en caminar con los ojos cerrados. Expliqué que no había tenido ningún problema para caminar en la oscuridad la noche anterior.

Miró los rasguños y los chipotes en mis piernas y me acarició la cabeza como si fuera Manfredo.

-Anoche no hiciste un proyecto de caminar -afirmó-. Estabas decidida para llegar a la cueva, de modo que tus pies te llevaron ahí automáticamente. Hoy por la tarde trataste de manera consciente de reproducir la caminata de anoche, pero fallaste desastrosamente porque tu mente te estorbó. Reflexionó por un momento antes de agregar: O quizá no estabas escuchando la voz del espíritu, que hubiera podido guiarte con seguridad.

Frunció los labios con un gesto infantil de impaciencia cuando le dije que no había escuchado voces, pero que en ocasiones, en la casa, creía oír extraños susurros, aunque estaba convencida de que sólo era el viento al soplar por el pasillo vacío.

-Quedamos en que no interpretarías literalmente nada de lo que yo te dijera, a menos que yo misma te indicase antes que lo hicieras -me reprendió Clara-. Al vaciar tu almacén estás cambiando tu inventario. Ahora hay espacio para algo nuevo, como caminar en la oscuridad. Por eso pensé que tal vez hubiera lugar también para la voz del espíritu.

Me esforcé tanto por entender lo que Clara estaba diciendo que mi frente debió estar arrugada. Clara se sentó en su silla favorita y pacientemente se puso a explicar lo que quería decir.

-Antes de que llegaras a esta casa, tu inventario no indicaba que los perros pudiesen ser más que perros. Pero entonces conociste a Manfredo y conocerlo te obligó a modificar esa parte de tu inventario. -Sacudió la mano como una italiana y preguntó- ¿*Capisce*?

-¿Quieres decir que Manfredo es la voz del espíritu? -pregunté, atónita.

Clara se rió tan fuerte que apenas pudo hablar.

-No, no es eso exactamente lo que quiero decir. Es algo más abstracto -balbuceó.

Sugirió que sacara mi petate del armario.

-Vamos al patio a sentarnos debajo del zapote -sugirió, al mismo tiempo que sacaba un poco de salvia de un aparador-. El crepúsculo es la mejor hora para tratar de escuchar la voz del espíritu.

Desenrollé mi petate debajo del enorme árbol cubierto de frutos verdes parecidos a duraznos. Clara me masajeó la piel magullada con un poco de salvia. Me dolió terriblemente, pero traté de no quejarme. Cuando hubo terminado, observé que el chipote más grande casi desaparecía. Se recostó, apoyando la espalda en el grueso tronco del árbol.

-Todo tiene una forma -empezó-, pero además de la forma exterior existe una conciencia interior que rige las cosas. Esta conciencia silenciosa es el espíritu. Es una fuerza que abarca todo y que se manifiesta de diferente manera en diferentes cosas. Esta energía se comunica con nosotros.

Me dijo que me quedara calma y serena y que respirara profundamente, porque iba a enseñarme cómo usar mi

oído interno.

-Porque es con el oído interno -agregó- que se puede percibir los mandatos del espíritu.

"Cuando respires, deja que la energía escape por tus orejas -prosiguió.

-¿Cómo hago eso? -pregunté.

-Al exhalar, fija tu atención en los agujeros de tus orejas y usa tu intento y tu concentración para dirigir el flujo.

Observó mis movimientos por un momento, corrigiéndome en el proceso.

-Exhala por la nariz, con la boca cerrada y la punta de la lengua en el paladar -indicó-. Exhala silenciosamente.

Después de tratar de hacerlo varias veces sentí que se me destapaban los oídos y se me despejaban los sinus. Luego me dijo que frotara las palmas de las manos una contra otra hasta ponerlas calientes y que me las colocara encima de las orejas, con las puntas de los dedos casi tocándose en la parte de atrás de la cabeza.

Seguí sus instrucciones. Clara sugirió que me masajeara las orejas ejerciendo una suave presión circular; luego, con las orejas aún cubiertas y los dedos índice cruzados sobre los medios, debía darme repetidos golpecitos detrás de cada oreja chasqueando el índice al unísono. Al chasquear los dedos escuché un sonido como el de una campana amortiguada, que reverberaba dentro de mi cabeza. Repetí los golpecitos dieciocho veces, según me instruyó Clara. Al retirar las manos observé que percibía con claridad incluso los ruidos más tenues en la vegetación circundante, en tanto que antes todo había sido uniforme y amortiguado.

-Ahora, con los oídos despejados, tal vez puedas escuchar la voz del espíritu -indicó Clara-. Pero no esperes un grito desde lo alto de los árboles. Lo que llamamos la voz del espíritu es más bien una sensación. También puede ser una idea que de repente irrumpe en tu cabeza. A veces es como un anhelo por ir a algún sitio vagamente familiar, o por hacer algo también vagamente familiar.

Quizá fue su poder de sugestión lo que me hizo percibir un suave murmullo a mi alrededor. Al empezar a prestarle más atención, el murmullo se convirtió en unas voces humanas que hablaban a lo lejos. Distinguí la risa cristalina de mujeres y una voz de hombre, un rico barítono que cantaba. Escuché los sonidos como si el viento me los llevara por ráfagas. Me esforcé por entender qué decían las voces, y entre más escuché al viento, más me exalté. Una energía exuberante en mi interior me hizo levantarme de un salto. Me sentía tan feliz que quise jugar, bailar, correr como una niña. Sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, empecé a cantar, saltar y girar por el patio como una bailarina, hasta quedar completamente exhausta.

Cuando por fin fui a sentarme al lado de Clara, estaba sudando, pero no era el sudor sano del ejercicio físico. Se parecía más al sudor frío del agotamiento. Clara también estaba sin aliento por tanto reír de mis payasadas. Había conseguido hacer el ridículo total al brincar y retozar por el patio.

-No sé qué se me metió -dije, sin saber cómo explicarlo.

-Describe lo que pasó -pidió Clara con voz seria. Cuando me negué, avergonzada, añadió-: de otro modo me veré obligada a considerarte un poco... pues, loquita, si sabes a qué me refiero.

Le conté que había escuchado risas y cantos obsesionantes que de hecho me impulsaron a bailar.

-¿Crees que estoy volviéndome loca? -pregunté, preocupada.

-Yo en tu lugar no me preocuparía por eso -indicó-. Tus cabriolas fueron una reacción natural al- escuchar la voz del espíritu.

-No fue una voz; fueron muchas voces -la corregí.

-Ahí vas de nuevo, la señorita Perfecta que todo lo interpreta literalmente -replicó con tono burlón.

Explicó que el tomar todo en un sentido literal es un artículo de consideración en nuestro inventario y que debemos estar conscientes de ello para evitarlo. La voz del espíritu es una abstracción que no tiene nada que ver con voces, pero es posible que a veces las escuchemos. Dijo que en mi caso, puesto que fui educada como devota católica, mi propia forma de readaptar mi inventario sería convertir al espíritu en una especie de ángel guardián, un varón amable y protector que me cuida.

-Pero el espíritu no es el guardián de nadie -prosiguió-. Es una fuerza abstracta, ni buena ni mala. Una fuerza que no tiene interés alguno en nosotros, pero que a pesar de ello responde a nuestro poder. No a nuestras oraciones, fíjate bien, sino a nuestro poder. ¡Recuérdalo la próxima vez que te entren ganas de rezar por perdón!

-¿Pero no es el espíritu bueno y clemente? -pregunté, alarmada.

Clara afirmó que tarde o temprano desecharía todas mis ideas preconcebidas acerca del bien y el mal, Dios y la religión, para pensar sólo en términos de un inventario por completo nuevo.

-¿Quieres decir que el bien y el mal no existen? -pregunté, armada del arsenal de argumentos lógicos acerca del libre albedrío y la existencia del mal que había adquirido durante mis años de enseñanza católica.

Antes de que pudiese comenzar siquiera a presentar mi caso, Clara indicó:

-Es en este punto que mis compañeros y yo diferimos del orden establecido. Te he dicho que para nosotros la libertad significa estar libre de lo humano. Y eso incluye a Dios, el bien y el mal, los santos, la Virgen y el Espíritu Santo. Creemos que un inventario no humano constituye la única libertad posible para los seres humanos. Si nuestros almacenes han de permanecer llenos hasta el tope con los deseos, sentimientos, ideas y objetos de nuestro inventario humano normal, entonces ¿dónde está nuestra libertad? ¿Ves a qué me refiero?

La entendía, pero no con la claridad que hubiese deseado, en parte porque aún me resistía a la idea de renunciar a lo humano en mí, y también porque aún no recapitulaba todas las ideas religiosas preconcebidas que me había trasmitido la educación en escuelas católicas. Asimismo, estaba acostumbrada a no pensar nunca en nada que no me afectase directamente.

Mientras trataba de encontrar fisuras en su razonamiento, Clara me sacó de mis especulaciones mentales con un golpecito de la punta del dedo en mis costillas. Dijo que iba a mostrarme otro ejercicio para detener los pensamientos y percibir las líneas de energía. De otro modo seguiría haciendo lo mismo de siempre: estar cautivada con la visión de mí misma.

Clara me pidió sentarme con las piernas cruzadas e inclinarme de lado al inhalar, primero a la derecha y luego a la izquierda, sintiendo cómo me jalaba una línea horizontal salida del agujero de mis orejas. Dijo que, asombrosamente, la línea no oscilaba con el movimiento del cuerpo sino que permanecía en perfecta posición horizontal; ese era uno de los misterios descubiertos por ella y sus compañeros.

-Inclinarse en esta forma -explicó- desplaza nuestra conciencia -normalmente dirigida siempre al frente- a los lados.

Me ordenó soltar los músculos de la mandíbula masticando y tragando saliva tres veces.

-¿Y eso para qué es? -pregunté al tragar saliva ruidosamente.

-Masticar y tragar saliva baja al estómago un poco de la energía alojada en la cabeza, disminuyendo la carga en el cerebro -señaló con una risita-. En tu caso, deberías efectuar esta maniobra con frecuencia.

Quise ponerme de pie y caminar, porque se me estaban durmiendo las piernas, pero Clara exigió que permaneciera sentada un poco más, para practicar el ejercicio.

Me incliné hacia ambos lados, esforzándome al máximo por percibir esa escurridiza línea horizontal, pero no la sentí. Sí logré, en cambio, frenar la acostumbrada avalancha de mis pensamientos. Transcurrió una hora, más o menos, mientras estuve sentada en silencio total sin pensamiento alguno. A nuestro alrededor escuchaba el canto de los grillos y el crujir de las hojas, pero el viento ya no arrastró más voces. Por un rato escuché los ladridos de Manfredo desde su cuarto en un costado de la casa. Entonces, como desencadenados por una orden silenciosa, los pensamientos me inundaron la mente de nuevo. Cobré conciencia de su completa ausencia y de la paz que sentía en el silencio total.

Los movimientos inquietos de mi cuerpo deben haber alertado a Clara, pues empezó a hablar de nuevo.

-La voz del espíritu sale de la nada -continuó-. Sale de la profundidad del silencio, del reino del no ser. Sólo se escucha esa voz cuando estamos totalmente quietos y equilibrados.

Según explicó, se deben mantener en equilibrio las dos fuerzas opuestas que nos rigen, lo masculino y lo femenino, lo positivo y lo negativo, la luz y la oscuridad, a fin de crear una abertura en la energía que nos rodea: una abertura por la cual puede deslizarse nuestra conciencia. Es a través de esta abertura en la energía que nos envuelve, que el espíritu se manifiesta.

-El equilibrio es lo que buscamos -prosiguió-. Pero el equilibrio no significa sólo tener una parte igual de cada fuerza. También significa que, al igualarse las partes, la nueva combinación equilibrada adquiere momento y empieza a moverse por fuerza propia.

Tuve la impresión de que Clara escudriñaba mi rostro en la oscuridad, en busca de indicios de comprensión. Al no hallar ninguno, dijo, casi en tono cortante:

-No somos tan inteligentes, ¿verdad?

Sentí que todo mi cuerpo se ponía tenso ante su comentario. Le dije que en mi vida nadie me había acusado nunca de no ser inteligente. Mis padres y maestros siempre me alababan por ser una de las alumnas más listas del salón. En cuanto a las boletas, casi me enfermaba de tanto estudiar para asegurarme de obtener mejores calificaciones que mis hermanos.

Clara suspiró y escuchó con paciencia mi extensa reafirmación de mi inteligencia. Antes de que se agotaran mis argumentos para convencerla de su error, aceptó:

-Sí, eres inteligente, pero todo lo que has dicho se refiere solamente al mundo de la vida cotidiana. Más que inteligente eres estudiosa, diligente e ingeniosa. ¿No estás de acuerdo?

Tuve que asentir a pesar de mí misma, porque mi propia razón me decía que, de haber sido en verdad tan inteligente como afirmaba, no hubiera tenido que casi matarme estudiando.

-A fin de ser inteligente en mi mundo -explicó Clara-, hay que ser capaz de concentrarse, de fijar la atención en cualquier objeto concreto y también en cualquier manifestación abstracta.

-¿A qué clase de manifestaciones abstractas te refieres, Clara? -pregunté.

-Una abertura en el campo de energía a nuestro alrededor es una manifestación abstracta -indicó-. Pero no esperes sentir o verla de la misma manera en que sientes y ves el mundo concreto. Es otra cosa lo que ahí sucede.

Clara subrayó que, para fijar nuestra atención en cualquier manifestación abstracta, tenemos que fundir lo conocido con lo desconocido en un amalgamiento espontáneo. De esta manera, podemos ocupar nuestra razón y

al mismo tiempo mantenernos indiferentes a ella.
A continuación Clara me indicó que me pusiera de pie y caminara.
-Ahora que está oscuro, trata de caminar sin mirar el piso -señaló-. No como un ejercicio consciente sino como el *no hacer* de la brujería.
Quise pedirle una explicación de qué significaba el no hacer de la brujería, pero sabía que, si me la diera, me pondría a cavilar de manera consciente en su explicación y mediría mi desempeño de acuerdo con el nuevo concepto, aunque no estuviese segura de lo que significaba. No obstante, sí recordé que Clara había usado antes el término "no hacer", y pese a mi renuencia traté de recordar lo que había dicho al respecto. Para mí, saber algo, aunque fuese mínimo e imperfecto, era mejor que no saber nada, puesto que me infundía un sentido del control, mientras que no saber del todo me dejaba con un sentimiento de completa vulnerabilidad.
-El no hacer es un término trasmitido por nuestra propia tradición de brujería -continuó Clara, evidentemente al tanto de mi necesidad de explicaciones-. Se refiere a todo lo que no está incluido en el inventario impuesto a nosotros. Al ocupar cualquier artículo de nuestro inventario impuesto, nos dedicamos al hacer; todo lo que no forma parte de ese inventario es *no hacer*.
Cualquier grado de calma logrado por mí fue trastornado de manera abrupta por la declaración que acababa de hacer.
-¿Qué querías decir, Clara, cuando calificaste tu tradición de brujería? -pregunté.
-Cuando quieres captas cada detalle, Taisha. Con razón tienes las orejas tan grandes -dijo, riéndose, pero no me contestó de inmediato.
La miré fijamente en espera de una respuesta. Por fin dijo:
-No iba a hablarte de esto todavía, pero ya que se me salió déjame decirte solamente que el arte de la libertad es un producto del intento de los brujos.
-¿De qué brujos estás hablando?
-Ha habido gente aquí en México, y aún la hay, que se preocupa por las preguntas finales. Mi familia mágica y yo las llamamos brujos. De ellas heredamos todas las ideas con las que te estoy familiarizando. Ya estás enterada de la recapitulación. El no hacer es otra de esas ideas.
-Pero ¿quiénes son esas personas, Clara?
-Pronto sabrás todo lo que puede saberse acerca de ellos -me aseguró-. Por ahora sólo vamos a practicar uno de sus no haceres.
Indicó que en ese momento el no hacer sería, por ejemplo, obligarme a contener mi mente calculadora y confiar de manera implícita en el espíritu.
-No finjas confiar, mientras que en secreto albergas dudas -advirtió Clara-. Sólo cuando tus fuerzas positivas y negativas se encuentren en perfecta armonía serás capaz de sentir o ver la abertura en la energía a tu alrededor, o de caminar con los ojos cerrados y tener el éxito asegurado.
Respiré hondo varias veces y empecé a caminar, sin mirar el piso pero con las manos estiradas delante de mí, por si chocaba con algo. Por un rato seguí dando traspiés y en cierto momento tropecé con una maceta y me hubiera caído, de no sujetarme Clara del brazo. Poco a poco empecé a tropezar menos, hasta que ya no me causó ningún trabajo caminar en forma ininterrumpida. Era como si mis pies pudiesen distinguir claramente todo lo que había en el patio y supiesen con exactitud dónde pisar y dónde no pisar.

9

Una tarde, mientras recapitulaba en la cueva, me dormí. Al despertar encontré en el suelo a mi lado un par de cristales de cuarzo bellamente pulidos. Por un rato deliberé si tocarlos o no, porque se veían bastante ominosos. Medían como diez centímetros de largo y eran perfectamente traslúcidos. Sus extremos fueron labrados en forma de aguda punta y parecían resplandecer con luz propia. Al ver a Clara acercarse a la cueva, cuidadosamente deslicé los cristales sobre la palma de la mano y salí gateando de la cueva para enseñárselos.
-Sí, son exquisitos -asintió con la cabeza como si los reconociera.
-¿De dónde salieron? -pregunté.
-Te los dejó alguien que te está observando muy atentamente -indicó y bajó un bulto que estaba cargando.
-No vi que nadie los dejara.
-La persona vino mientras dormías. Te advertí que no te durmieras durante tu recapitulación.
-¿Quién vino mientras estaba durmiendo? ¿Uno de tus parientes? -pregunté, excitada. Coloqué los frágiles cristales sobre un montón de hojas y me puse los zapatos. Clara me había recomendado quitarme los zapatos para recapitular, porque al apretar los pies impiden que circule la energía.
-Si te dijera quien dejó los cristales, no tendría ningún sentido para ti o tal vez incluso te asustaría -replicó.
-Haz la prueba. Después de ver a tu sombra moverse, no creo que ya nada me asuste.
-Muy bien, si insistes -accedió al desatar su bulto-. La persona que te está observando es un maestro brujo,

como los hay muy pocos en este mundo.
-¿Quieres decir que un verdadero brujo? ¿Uno que hace cosas malas?
-Quiero decir un verdadero brujo, pero no uno que haga cosas malas. Ese brujo es un ser que moldea y da forma a la percepción como tú pintarías un cuadro con tus pinceles. Pero eso no significa que sea arbitrario. Al manejar la percepción con su intento, su comportamiento es impecable.
Clara lo comparó con los maestros pintores chinos, quienes supuestamente pintaban dragones de apariencia tan fiel que al agregar las pupilas, como toque final, los dragones salían volando de la pared o la pantalla sobre la que estaban pintados. Con voz baja, como si estuviera haciendo una revelación significativa, Clara afirmó que cuando un brujo consumado está listo para abandonar el mundo, sólo tiene que manejar la percepción, crear una puerta con su intento, pasar por ella y desaparecer.
La profunda pasión expresada por su voz me inquietó. Me senté en una gran piedra plana y, sujetando los cristales, traté de comprender quién podía ser ese maestro brujo. Desde el día de mi llegada no había hablado con nadie excepto con Clara y Manfredo, por el simple hecho de no haber nadie más. Tampoco hubo señales del cuidador mencionado por Clara. Estuve a punto de recordarle que ella y Manfredo eran los únicos seres que había visto desde mi llegada, cuando me acordé de haber observado a una persona más: a un hombre que pareció salir de la nada una mañana en que estaba dibujando unos árboles cerca de la cueva. El hombre estaba en cuclillas en un claro, a unos treinta metros de donde yo me encontraba. El frío me hacía temblar y asimismo me hizo enfocar mi atención en su rompevientos verde. Vestía pantalones color beige y el típico sombrero de paja de ala ancha del norte de México. No distinguía los rasgos de su cara, porque llevaba el sombrero ladeado sobre ella; parecía musculoso y flexible.
Estaba vuelto hacia un lado; lo vi cruzar los brazos sobre el pecho. Entonces me dio la espalda y, para mi total asombro, dio la vuelta a su espalda con las manos hasta que se tocaron las puntas de sus dedos. Luego se puso de pie y se fue, desapareciendo entre los arbustos.
Rápidamente dibujé su postura agachada. Luego bajé mi cuaderno de dibujar y traté de imitar lo que había hecho; sin lograr juntar los dedos en la espalda por mucho que estirara los brazos y retorciera los hombros. Seguí agachada, abrazándome. Al cabo de un momento dejé de temblar y me sentí con calor y a gusto, a pesar del frío.
-Así que ya lo has visto -comentó Clara cuando le conté del hombre.
-¿Él es el maestro brujo?
Clara asintió con la cabeza e introdujo la mano en su bulto para pasarme un tamal que me llevaba para comer.
-Es muy flexible -indicó-. No es nada para él soltar las articulaciones de los hombros para luego regresarlas a su lugar. Si continúas tu recapitulación y ahorras energía suficiente, tal vez te enseñe su arte. La vez que lo viste simplemente te enseñó a combatir el frío mediante una postura específica: agacharse con los brazos cruzados sobre el pecho.
-¿Es algún tipo de yoga?
Clara se encogió de hombros.
-Quizá tu camino y el de él se crucen de nuevo y él mismo responda a tu pregunta. Mientras tanto, estoy segura de que estos cristales te ayudarán a aclarar las cosas dentro de ti.
-¿A qué te refieres con eso exactamente, Clara?
-¿Qué aspecto de tu vida estabas recapitulando antes de dormirte? -preguntó, pasando por alto mi pregunta.
Le conté a Clara que estuve recordando cómo odiaba los quehaceres en mi casa. Parecía tardar horas en lavar los trastes. Lo peor era que veía por la ventana de la cocina cómo mis hermanos jugaban a la pelota. Les envidiaba el no tener que hacer trabajos domésticos y odiaba a mi madre por obligarme a hacerlos. Tenía ganas de romper sus valiosos platos, pero por supuesto nunca lo hice.
-¿Cómo te sientes ahora al recapitularlo?
-Tengo ganas de darles de bofetadas a todos, incluyendo a mi mamá. No consigo perdonarla.
-Tal vez los cristales te ayuden a reencauzar tu intento y tu energía atrapada -indicó Clara en voz suave.
Guiada por un extraño impulso, deslicé los cristales entre mis dedos índice y medio. Encajaban cómodamente, como si estuvieran adheridos a mis manos.
-Veo que ya sabes cómo sostenerlos -comentó Clara-. El maestro brujo me instruyó enseñarte, en caso de que los sostuvieras correctamente por tu propia cuenta, un movimiento indispensable que puedes realizar con estos cristales.
-¿Qué clase de movimiento, Clara?
-Un movimiento de poder -replicó-. Después te explicaré más acerca de su origen y propósito. Por ahora, sólo deja que te enseñe cómo realizarlo.
Me indicó que apretara con firmeza los cristales entre mis dedos índice y medio de cada mano. Ayudándome por la espalda, con suavidad me llevó a estirar los brazos delante de mí, a la altura de los hombros, y los hizo girar en sentido contrario al reloj. Hizo que comenzara por trazar círculos grandes que se hicieron cada vez más pequeños, hasta que el movimiento se detuvo y los cristales se convirtieron en dos puntos que señalaban la

distancia; sus líneas imaginarias, extendidas, convergían en un punto del horizonte.
-Al trazar los círculos, asegúrate de mantener las palmas de la una frente a la otra -me corrigió-. Y siempre comienza con círculos grandes y continuos. De esta manera reunirás energía que luego podrás enfocar en cualquier cosa que desees afectar, ya sea un objeto, un pensamiento o un sentimiento.
-¿Cómo afecta apuntar con los cristales? -pregunté.
-Mover los cristales y apuntarlos como te lo enseñé extrae la energía de las cosas -explicó-. El efecto es el mismo como cuando se desactiva una bomba. Eso es exactamente lo que quieres hacer en esta etapa de tu entrenamiento. Así que no gires los brazos nunca, bajo ninguna circunstancia, en la dirección del reloj al sostener los cristales.
-¿Qué pasaría si los hiciera girar en esa dirección?
-No sólo producirías una bomba, sino que prenderías la mecha y causarías una explosión gigantesca. La dirección de las manecillas del reloj sirve para cargar las cosas, para ahorrar energía para cualquier empresa. Guardaremos ese movimiento para cuando estés más fuerte.
-Pero ¿no es eso lo que necesito ahora, Clara? ¿Ahorrar energía? Me siento tan agotada.
-Claro que necesitas ahorrar energía -accedió-, pero por ahora debes lograrlo eliminando tu tendencia a entregarte a absurdeces. Puedes ahorrar mucha energía con simplemente no hacer las cosas a las que estás acostumbrada, como quejarte, sentir lástima de ti misma o preocuparte por cosas que no tienen remedio. Quitar la mecha a estas cuestiones te infundirá una energía positiva y nutritiva que ayudará a equilibrarte y a curarte.
"Por el contrario, la energía que reunirías al mover los cristales en dirección del reloj es un tipo virulento de energía, un estallido devastador que no serías capaz de soportar en este momento. Por eso prométeme que bajo ninguna circunstancia lo intentarás.
-Lo prometo, Clara. Pero suena bastante tentador.
-El maestro brujo que te dio estos cristales está observando tu progreso -advirtió-, así que no debes darles mal uso.
-¿Por qué este maestro brujo tiene interés en observarme? -no pude evitar un dejo de curiosidad morbosa en mi pregunta. Me sentía inquieta, pero al mismo tiempo halagada porque un hombre se tomara la molestia de observarme, aunque fuese desde lejos.
-Tiene intenciones contigo -replicó Clara indiferente.
Mi alarma fue instantánea. Apreté el puño y me levanté de un salto, indignada.
-No seas tan tonta como para sacar conclusiones equivocadas -dijo Clara, molesta-. Te aseguro que nadie quiere cogerte. De veras tienes que recapitular detalladamente tus encuentros sexuales, Taisha, para deshacerte de tus sospechas absurdas.
Su tono, desprovisto de todo sentimiento, y su elección vulgar de palabras por algún motivo me serenaron. Volví a sentarme y balbuceé una disculpa.
Clara se llevó un dedo a los labios.
-No estamos dedicados a ocupaciones ordinarias -aseveró-. Entre más pronto te lo metas a la cabeza, mejor. Al hablar de intenciones me refiero a intenciones sublimes; a maniobras para un espíritu audaz. Pese a lo que crees, eres muy audaz. Mira dónde te encuentras ahora. Todos los días te pasas horas sentada sola en una cueva, borrando tu vida por medio de la recapitulación. Eso requiere valor.
Confesé que me alarmaba mucho cada vez que recordaba cómo la había seguido y ahora vivía en su casa, como si fuese lo más natural en el mundo.
-Siempre me ha desconcertado -indicó-, pero nunca te he preguntado abiertamente qué te impulsó a seguirme de tan buena gana. Yo misma no lo hubiera hecho.
-Mis padres y hermanos siempre me decían que estoy loca -admití-. Supongo que esa debe ser la razón. Una extraña emoción está contenida dentro de mí y debido a ella siempre termino haciendo barbaridades.
-¿Como qué, por ejemplo? -sus ojos centelleantes me instaron a confiar en ella.
Vacilé. Recordaba docenas de cosas, cada una un suceso traumático que descollaba como un hito para marcar un momento en el que mi vida tomaba un giro... siempre para el peor lado. No mencionaba estas catástrofes nunca, aunque estuviese dolorosamente consciente de ellas, y durante los pasados meses de intensa recapitulación muchas de ellas se habían tornado aún más intensas y vivas.
-A veces hago cosas tontas -indiqué, sin querer entrar en detalles.
-¿Qué quieres decir con cosas tontas? -insistió Clara.
Después de más instancias por su parte, le di un ejemplo y le conté una experiencia que tuve no mucho tiempo antes en Japón, adonde viajé para participar en un torneo internacional de karate. Ahí, en el Budokan de Tokio, me humillé delante de decenas de miles de personas.
-¿Decenas de miles de personas? -repitió-. ¿No exageras un poco?
-¡Claro que no! -repliqué-. ¡El Budokan es el auditorio más grande de la ciudad y estaba llenísimo! -al recordar el incidente, me di cuenta de que estaba apretando los puños y de que el cuello se me estaba poniendo tenso. No

quise continuar-. ¿No es mejor dejar el asunto por la paz? -pregunté-. Además, ya recapitulé mis experiencias con el karate.

-Es importante que hables de tu experiencia -insistió Clara-. Tal vez no te la representaste mentalmente con suficiente claridad o no la inhalaste a conciencia. Aún parece ejercer dominio sobre ti. Mírate, estás empezando a sudar de los nervios.

Para aplacarla, describí cómo mi profesor de karate dejó escapar una vez que en su opinión las mujeres éramos seres más bajos que los perros. Según él, las mujeres no cabíamos en el mundo del karate, mucho menos en los torneos. Esa vez, en el Budokan, quería que sólo sus alumnos varones subieran al podio para presentarse. Le dije que no había hecho el viaje hasta el Japón sólo para estar sentada a un lado y ver cómo competía el equipo de los varones. Me advirtió que fuese más respetuosa, pero me enfurecí a tal grado que hice algo desastroso.

-¿Qué hiciste exactamente? -preguntó Clara.

-Me enojé tanto -dije-, que subí a la plataforma central, le arrebaté el gong al maestro de ceremonias, lo golpeé yo misma y anuncié formalmente mi nombre y el nombre de la rutina de karate que iba a demostrar.

-¿Y recibiste un gran aplauso? -preguntó Clara con una sonrisa.

-Lo eché a perder -repliqué, al borde de las lágrimas-. A la mitad de una larga secuencia de movimientos mi mente quedó en blanco. Se me olvidó lo que seguía. Sólo veía un mar de caras mirándome con desaprobación. De algún modo conseguí terminar con el resto de la forma y bajé del escenario en estado de trauma psíquico.

"Hacerme cargo del asunto e interrumpir el programa como lo hice ya era malo, pero olvidar mi forma delante de miles de espectadores representaba el máximo insulto posible contra la Federación de Karate. Me deshonré yo misma, a mis maestros y supongo que a las mujeres en general.

-¿Qué sucedió después? -preguntó Clara, tratando de extinguir una risita.

-Fui expulsada de la escuela, se habló de revocar mi cinta negra y no volví a practicar el karate nunca más.

Clara rompió a reír. Yo, por mi parte, estaba tan sacudida por mi vergonzosa experiencia que me puse a llorar. Además de todo, estaba doblemente avergonzada por habérsela revelado a Clara.

Clara me sacudió los hombros para llamar mi atención.

-Barre tus pensamientos con la respiración de izquierda a derecha -indicó-. Inhala ahora.

Moví la cabeza de izquierda a derecha, inhalando la energía aún atrapada irremediablemente en esa sala de exhibiciones. Al llevar la cabeza otra vez a la izquierda exhalé toda la vergüenza y la autocompasión que me habían envuelto. Moví la cabeza repetidas veces, ejecutando una barrida tras otra hasta haber liberado toda mi confusión emocional. Entonces moví la cabeza de izquierda a derecha y otra vez a la izquierda sin respirar, cortando así todos los lazos con ese momento específico de mi pasado. Cuando terminé, Clara escudriñó mi cuerpo y señaló su aprobación con una leve venia.

-Eres vulnerable porque te sientes importante -declaró al pasarme un pañuelo bordado para que me sonara la nariz-. Toda esa vergüenza fue causada por tu sentido extraviado del valor personal. Después, al estropear tu presentación, algo que era inevitable, agregaste un mayor insulto a tu orgullo ya herido.

Clara guardó silencio por un momento, dándome tiempo para reponerme.

-¿Por qué dejaste de practicar el karate? -preguntó al fin.

-Simplemente me cansé de él y de toda la hipocresía -repliqué con brusquedad.

Meneó la cabeza.

-No. Renunciaste porque después de tu desventura ya nadie te hacía caso y nunca recibiste el reconocimiento que creías merecer.

Para ser sincera, tuve que admitir que Clara tenía razón. Creía merecer reconocimiento. Cada vez que cometí alguno de mis actos alocados e impulsivos, fue para mejorar la imagen que tenía de mí misma o para competir con alguien a fin de probar que era mejor. Un sentimiento de tristeza y abatimiento me abrazó. Sabía que, pese a mis respiraciones y recapitulaciones, no había esperanza para mí.

-Tu inventario está cambiando de manera muy natural y armoniosa -dijo Clara, dándome unos ligeros golpecito en la cabeza-. No te preocupes tanto. Sólo concéntrate en la recapitulación y todo lo demás se arreglará solo.

-Tal vez necesite ver a un terapeuta -indiqué-. Por otra parte, ¿no es la recapitulación una especie de psicoterapia?

-De ninguna manera -objetó Clara-. Las personas que idearon la recapitulación vivieron hace cientos, si no es que miles de años. Definitivamente no deberías pensar en este antiguo proceso de renovación en términos del psicoanálisis moderno.

-¿Por qué no? -pregunté-. Debes admitir que volver a los recuerdos de la infancia y el énfasis en el acto sexual se parecen a lo que interesa a los psicoanalistas, en especial a los freudianos.

Clara se mostró inflexible. Subrayó que la recapitulación es un acto mágico en el que el intento y la respiración desempeñan papeles indispensables.

-Respirar reúne energía y la hace circular -explicó-. Luego es guiada por el intento preestablecido de la recapitulación, el cual es liberarnos de nuestros lazos biológicos y sociales.

"El intento de la recapitulación es un obsequio concedido a nosotros por los antiguos videntes que concibieron este método y lo transmitieron a sus descendientes -continuó Clara-. Cada persona que lo ejecuta debe aunarle su propio intento, pero este intento es tan sólo el deseo o la necesidad de efectuar la recapitulación. El intento de su resultado final, que es la libertad total, fue establecido por aquellos videntes de la antigüedad. Puesto que fue fijado en forma independiente de nosotros, constituye un obsequio invaluable.

Clara explicó que la recapitulación nos revela una faceta crucial de nuestro ser: el hecho de que por un instante, justo antes de clavarnos en cualquier acto, somos capaces de determinar acertadamente su resultado, nuestras posibilidades, motivos y expectativas. Este conocimiento nunca coincide con lo que consideramos conveniente o satisfactorio, de modo que lo anulamos instantáneamente.

-¿Qué quieres decir con eso, Clara?

-Quiero decir que tú, por ejemplo, supiste por una fracción de segundo que cometerías un error fatal al brincar sobre el podio del auditorio para interrumpir el programa, pero reprimiste esta certeza de inmediato, por varias razones. También supiste, por un instante, que habías dejado de practicar el karate por sentirte ofendida al no recibir alabanzas o reconocimiento. Pero encubriste este conocimiento en el acto con otra explicación, más halagüeña para ti misma: el hartazgo con la hipocresía de los demás.

Clara indicó que ese momento del conocimiento directo fue llamado "el vidente" por las personas que primero formularon la recapitulación, porque durante ese momento podemos ver de manera directa las cosas, con los ojos despejados. Sin embargo, a pesar de la claridad y precisión de las evaluaciones del vidente, nunca le prestamos atención ni le damos al vidente la oportunidad de hacerse escuchar. Por medio de esta continua supresión sofocamos su crecimiento e impedimos que desarrolle su pleno potencial.

-Al final, el vidente en nuestro interior se llena de amargura y odio -prosiguió Clara-. Los antiguos sabios que inventaron la recapitulación creían que, puesto que no dejamos nunca de reprimir al vidente, finalmente éste nos destruye. Pero también nos aseguraron que por medio de la recapitulación podemos lograr que el vidente crezca y se desarrolle, como era su propósito.

-No entendí nunca de qué trataba la recapitulación realmente -indiqué.

-El propósito de la recapitulación es otorgar al vidente la libertad de ver -me recordó Clara-. Al darle espacio podemos convertir al vidente deliberadamente en una fuerza misteriosa y eficaz al mismo tiempo, en una fuerza que con el tiempo nos guiará hacia la libertad, en lugar de matarnos.

"Esta es la razón por la que siempre insisto en que me digas qué es lo que averiguas por medio de tu recapitulación -indicó Clara-. Debes sacar al vidente a la superficie y darle la oportunidad de hablar y comunicar lo que ve.

No tuve problemas para comprender o concordar con ella. Sabía perfectamente que algo en mi interior siempre sabe cuál es la verdad. También estaba consciente de suprimir su capacidad de aconsejarme, porque sus indicaciones por lo común son contrarias a lo que espero o quisiera escuchar.

Revelé a Clara el súbito descubrimiento de que la única ocasión en que invocaba la dirección del vidente era al mirar el horizonte del Sur y pedir su ayuda en forma deliberada, aunque nunca pude explicar por qué lo hacía.

-Algún día se te explicará todo eso -prometió. Sin embargo, por su forma de sonreír deduje que no quería hablar más al respecto.

Clara sugirió que regresara a la cueva por unas cuantas horas más, para luego ir a la casa y echarme una siesta antes de cenar.

-Enviaré a Manfredo para que te recoja -ofreció.

Rechacé la idea. De ninguna manera hubiera podido regresar a la cueva ese día. Estaba demasiado exhausta. Revelar a Clara mis momentos avergonzantes y la necesidad de defenderme de sus ataques personales me había dejado emocionalmente vacía. Por un instante, me llamó la atención la luz que se reflejaba en uno de los cristales. Enfocar mi atención en los cristales me calmó. Le pregunté a Clara si conocía el motivo por el cual el maestro brujo me dio los cristales. Replicó que no me los había dado, en realidad, sino que él los había recuperado por mí.

-Los encontró en una cueva en las montañas. Alguien debió dejarlos ahí hace una eternidad -contestó bruscamente.

Su tono impaciente me hizo pensar que tampoco deseaba hablar acerca del maestro brujo, así que pregunté:

-¿Qué más sabes sobre estos cristales?

Alcé uno hacia la luz del sol para observar su traslucidez.

-El uso de cristales era del dominio de los brujos del México antiguo -explicó Clara-. Son armas utilizadas para destruir al enemigo.

Escuchar eso me dio tal sacudida que casi dejé caer uno de los cristales. Traté de dárselos a Clara, porque ya no quería tener nada que ver con ellos, pero Clara se negó a tomarlos.

-Una vez que sostienes en tus manos unos cristales como éstos, no puedes pasarlos a otra persona -me reprendió-. No está bien; de hecho, es peligroso. Estos cristales deben tratarse con un cuidado infinito. Son un

regalo de poder.
-Lo siento -dije-. No quise faltar al respeto. Sólo me asusté cuando dijiste que los usaban como armas.
-Antes fue así, pero ya no -aclaró-. Hemos perdido el conocimiento de cómo convertirlos en armas.
-¿Existió tal conocimiento en el México antiguo?
-¡Por supuesto que sí! Forma parte de nuestra tradición -declaró-. Al igual que en China, donde hubo creencias antiguas tan descabelladas que se transformaron en leyendas, aquí en México también tenemos nuestras creencias y leyendas.
-Pero ¿por qué nadie sabe mucho acerca de lo que pasaba en el México antiguo, mientras que todo el mundo está enterado de las creencias y las prácticas de la antigua China?
-Aquí en México hubo dos culturas que chocaron de frente: la española y la indígena -explicó Clara-. Sabemos todo acerca de la antigua España pero no sobre el México de la antigüedad, por el simple hecho de que los españoles fueron los vencedores y trataron de borrar las tradiciones indígenas. Pero pese a sus esfuerzos sistemáticos e incansables, no lo lograron del todo.
-¿Cuáles fueron las prácticas asociadas con los cristales? -pregunté.
-Se cree que los brujos de la antigüedad sostenían la imagen mental de su enemigo, en un estado de concentración intensa y precisa, estado único que es casi imposible de lograr y definitivamente imposible de describir. En tal condición de conciencia mental y física, manipulaban la imagen hasta encontrar su centro de energía.
-¿Qué hacían los brujos con la imagen de su enemigo? -pregunté, impulsada por una curiosidad morbosa.
-Solían buscar una abertura, normalmente situada en el área del corazón, como un diminuto vórtice en torno al cual circula la energía. En cuanto lo encontraban lo apuntaban con sus cristales, como dardos.
Al oír cómo se apuntaba con los cristales la imagen del enemigo, me puse a temblar. Pese a mi desazón me sentí impulsada a preguntarle a Clara qué pasaba con la persona cuya imagen era manipulada por los brujos.
-Quizá se le marchitaba el cuerpo -replicó-. O tal vez la persona sufría un accidente. Existe la creencia de que los propios brujos no sabían exactamente qué pasaría, pero si su intento y poder eran lo bastante fuertes tenían asegurada la destrucción del enemigo.
Más que nunca sentí el deseo de soltar los cristales, pero a la luz de lo dicho por Clara no me atreví a profanarlos. Me pregunté qué razón podía haber para que alguien me los quisiera dar.
-Las armas mágicas tuvieron una importancia tremenda en cierto momento -continuó Clara-. Las armas como los cristales se volvieron una extensión del cuerpo del brujo. Eran armas llenas de una energía que podía encauzarse y proyectarse hacia afuera, a través del tiempo y del espacio.
Clara indicó que el arma máxima, sin embargo, no era un dardo de cristal, una espada o siquiera un rifle, sino el cuerpo humano. Es posible convertirlo en un instrumento capaz de reunir, guardar y dirigir la energía.
-Podemos considerar el cuerpo como un organismo biológico o como una fuente de poder -explicó Clara-. Todo depende del estado en que se encuentra el inventario en nuestro almacén; el cuerpo puede ser duro y rígido o manejable y flexible. Si nuestro almacén está vacío, el cuerpo también lo está y la energía del infinito puede fluir a través de él.
Clara reiteró que a fin de vaciarnos debemos hundirnos en un estado de profunda recapitulación y dejar que la energía fluya sin trabas a través de nosotros. Sólo en un estado de quietud, subrayó, podemos dar rienda suelta al vidente dentro de nosotros y puede la energía impersonal del universo transformarse en la fuerza muy personal del intento.
-Al vaciarnos lo suficiente de nuestro anticuado y estorboso inventario -continuó-, la energía viene a nosotros y se reúne en forma natural; al aglutinarse lo suficiente, se convierte en poder. Cualquier cosa puede anunciar esa conversión: un ruido fuerte, una voz baja, un pensamiento que no es de uno, una inesperada ola de vigor y bienestar.
Clara puso énfasis en el hecho de que, a fin de cuentas, no importaba que el poder descendiese sobre nosotros en un estado despierto o en los sueños; resultaba igualmente válido en ambos casos, aunque este último es menos definido pero más potente.
-Lo que experimentamos estando despiertos, en términos de poder, debe ponerse en práctica en los sueños -continuó- y el poder que experimentamos en los sueños debe usarse al estar despiertos. Lo que cuenta realmente es estar consciente, sin importar que se esté despierto o dormido -lo repitió, mirándome fijamente-. Lo que cuenta es estar consciente.
Clara guardó silencio por un momento, antes de comunicarme algo que me pareció completamente irracional.
-Estar consciente del tiempo, por ejemplo, puede alargar la vida de un hombre por varios cientos de años -dijo.
-Eso es absurdo -objeté-. ¿Cómo es posible que alguien viva por tanto tiempo?
-Estar consciente del tiempo es un estado especial de la conciencia que nos impide envejecer rápidamente y morir en pocas décadas -explicó Clara-. Existe la creencia, trasmitida por los antiguos brujos, de que, si fuéramos capaces de usar los cuerpos como armas o, para decirlo en términos modernos, si vaciáramos nuestros

almacenes, podríamos deslizarnos fuera del mundo para andar en otros mundos.

-¿A dónde iríamos? -pregunté.

Clara me miró, sorprendida, como si yo debiera conocer la respuesta.

-Al reino del no ser, al mundo de las sombras -replicó-. Se cree que, una vez vacío nuestro almacén, nos tornaríamos tan ligeros que podríamos volar por el vacío sin que nada entorpeciera nuestro paso. Entonces podríamos regresar a este mundo jóvenes y renovados.

Cambié de posición sobre la piedra incómoda que me estaba adormeciendo el coxis.

-Por el momento sólo es una creencia, ¿verdad, Clara? -pregunté-. Una leyenda trasmitida desde la antigüedad.

-Por el momento sólo es una creencia -reconoció-. Pero es sabido que los momentos, como todas las cosas, pueden cambiar. Hoy en día, el hombre más que nunca necesita renovarse y experimentar el vacío y la libertad.

Me pregunté cómo se sentiría ser tan vaporosa como una nube y flotar por el aire sin nada que obstruyera mis ires y venires, luego mi mente pisó el suelo otra vez y me sentí obligada a afirmar:

-Toda esta conversación acerca de estar consciente del tiempo y pasar al mundo de las sombras, Clara, me resulta imposible de aceptar o de entender. No forma parte de mi tradición o bien, como tú dirías, no forma parte del inventario en mi almacén.

-Sí, así es -asintió Clara-. ¡Esto es brujería!

-¿Quieres decir que la brujería aún existe y se practica en la actualidad? -pregunté.

De súbito Clara se puso de pie y agarró su bulto.

-No me preguntes más al respecto -pidió, categórica-. Más luego averiguarás todo lo que quieras saber, pero alguien con mayor capacidad que yo para explicar estas cosas te lo dirá.

10

Clara estaba sentada en el sillón de ratán a la orilla del patio, cepillándose su lustroso cabello negro. Lo acomodó con las puntas de los dedos hasta que todo quedó en su lugar. Al terminar de arreglarse, se llevó la palma de la mano izquierda a la frente y la frotó suavemente con un movimiento circular. Luego se pasó la mano por encima de la cabeza y hasta la base de la nuca, para finalmente sacudir las muñecas y los dedos en el aire. Repitió esta secuencia de frotar y sacudir varias veces más.

Observé sus movimientos, fascinada. No tenía nada de descuidados o casuales. Los ejecutó con intensa concentración, como si estuviese realizando una tarea de suma importancia.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté, rompiendo el silencio- ¿Te estás dando una especie de masaje facial?

Clara me echó un vistazo. Yo estaba sentada en el otro sillón, imitando sus movimientos.

-Estos movimientos circulares impiden la formación de arrugas en la frente -indicó-. Tal vez te parezca un masaje facial, pero no lo es. Son pases brujos, movimientos de la mano diseñados para reunir la energía con un propósito específico.

-¿Qué propósito específico es ése? -pregunté, sacudiendo las muñecas en la misma forma que ella.

-El propósito de estos pases brujos es conservar la apariencia juvenil al impedir que se formen arrugas -replicó-. El propósito fue determinado con anterioridad, no por mí ni por ti sino por el poder mismo.

Debí admitir que, con respecto a Clara, si esa era la cuestión, definitivamente funcionaba. Tenía un cutis espléndido que hacía resaltar sus ojos verdes y cabello oscuro. Siempre había creído que su apariencia juvenil se debía a sus genes indígenas. No sospeché nunca que deliberadamente la cultivara por medio de movimientos específicos.

-Siempre que se reúne energía, como en el caso de estos pases brujos, lo llamamos poder -continuó Clara-. Recuerda, Taisha, que poder es cuando la energía se reúne, ya sea por sí sola o bajo el mando de alguien. Escucharás hablar mucho más acerca del poder, no sólo por mí sino también por mis parientes. Van a regresar cualquier día de estos.

Aunque Clara se refería constantemente a sus parientes, yo había perdido toda esperanza de conocerlos. Su referencia al poder era otro asunto muy diferente. No entendí nunca qué quería decir con poder.

-Te enseñaré unos pases brujos que debes ejecutar todos los días de tu vida a partir de ahora -anunció.

Lancé un suspiro quejumbroso. Eran tantas las cosas que me había enseñado y que según ella debía de hacerlas todos los días de mi vida: la respiración, la recapitulación, los ejercicios de kung fu, las largas caminatas. Si alineaba una tras otra las cosas que me dijo que hiciera, las horas del día no alcanzarían ni para la mitad.

-¡Por favor! No me tomes tan literalmente -dijo Clara al ver mi expresión afligida-. Estoy llenando tu cerebrito de todo lo posible, porque quiero que sepas de todas estas cosas. El conocimiento reúne energía, por eso el conocimiento es poder. Para hacer que funcione la brujería, debemos saber lo que estamos haciendo cuando enfocamos nuestro intento, no en el propósito, date cuenta, sino en el resultado del acto de brujería. Si intentamos el propósito de nuestras acciones de brujería, estaríamos creando brujería; tú y yo no tenemos tanto

poder.

-No te entiendo, Clara -dije, acercando mi silla un poco- ¿Para qué no tenemos suficiente poder?

-Quiero decir que ni siquiera entre las dos juntas podemos reunir la energía abrumadora que se requeriría para crear un nuevo propósito. Pero en forma individual definitivamente podemos reunir suficiente energía para enfocar nuestro intento en el resultado de estos pases brujos: que no nos salgan arrugas. Es todo lo que podemos hacer, puesto que su propósito -mantenernos joven y de apariencia juvenil- ya está establecido.

-¿Es como la recapitulación, cuyo resultado final fue creado de antemano por el intento de los antiguos brujos? -pregunté.

-Exactamente -dijo Clara-. El intento de todos los actos de brujería ya está establecido. Sólo tenemos que enganchar nuestra conciencia con él.

Colocó su sillón en frente de mí, de modo que nuestras rodillas apenas se tocaban. Luego frotó cada pulgar vigorosamente en la palma de la otra mano y se los puso en el caballete de la nariz. Con trazos ligeros y parejos se los pasó sobre las cejas hasta las sienes.

-Este pase impedirá que se te hagan surcos entre las cejas -explicó.

Después de frotar los índices rápidamente uno con otro, como dos palos para encender un fuego, se los acercó a ambos lados de la nariz en posición vertical y suavemente los desplazó varias veces con un movimiento lateral sobre las mejillas.

-Esto es para despejar las cavidades de los sinus -indicó, estrechando deliberadamente los pasajes nasales-. En lugar de hurgarte la nariz, efectúa este movimiento.

No me agradó su referencia a que me hurgara la nariz, pero intenté el movimiento y en efecto me despejó los sinus, como lo había dicho.

-El siguiente es para evitar que se cuelguen las mejillas -señaló.

Frotó las palmas de las manos enérgicamente la una contra la otra y, con movimientos largos y firmes, se las deslizó hacia arriba sobre las mejillas hasta las sienes. Repitió el movimiento siete veces, siempre con trazos ascendentes lentos y uniformes.

Observé que tenía la cara sonrojada, pero aún no se detenía. Colocó el filo interno de la mano, con el pulgar doblado sobre la palma, arriba del labio superior, y se frotó de un lado a otro con un vigoroso movimiento de sierra.

Explicó que el punto en el que se unen la nariz y el labio superior, al frotarse enérgicamente, estimula el flujo de energía con destellos suaves y uniformes. De requerirse descargas mayores de energía, era posible obtenerlas picando el punto en el centro de la encía superior, debajo del labio superior y debajo del tabique de la nariz.

-Si te da sueño en la cueva al recapitular, frota enérgicamente el punto debajo de tu nariz y te reanimarás al instante -dijo.

Me froté el labio superior y percibí que se me destapaban la nariz y los oídos. También experimenté una ligera sensación de entumecimiento en el paladar. Duró pocos segundos, pero me quitó el aliento. Me dejó con la sensación de que estaba a punto de descubrir algo velado.

A continuación, Clara movió los índices de lado a lado debajo de la barbilla, otra vez con un rápido movimiento horizontal como de sierra. Explicó que estimular el punto debajo de la barbilla produce un estado sereno de alerta. Agregó que también podemos activar este punto descansando la barbilla sobre una mesa baja al estar sentados en el piso.

Siguiendo su sugerencia, pasé mi cojín al piso, me senté en él y apoyé la barbilla en un huacal que estaba justo en el nivel de mi cara. Al inclinarme al frente, ejercí una leve presión sobre el punto del mentón indicado por Clara. Tras unos cuantos momentos, sentí que mi cuerpo se tranquilizaba; un hormigueo me subió por la espalda y penetró en mi cabeza y mi respiración se tornó más profunda y más rítmica.

-Otra forma de despertar el centro debajo de la barbilla -continuó Clara- es acostarse boca abajo con los puños debajo del mentón, uno encima del otro.

Recomendó que, al realizar el ejercicio con los puños, debemos tensarlos para ejercer presión debajo de la barbilla y luego relajarlos para soltar la presión. Tensar y relajar los puños, indicó, produce un movimiento pulsante que envía pequeños destellos de energía a un centro vital conectado directamente con la base de la lengua. Subrayó que el ejercicio debe efectuarse de manera cautelosa, pues de otro modo podía resultar en dolor de garganta.

Fui a sentarme otra vez en el sillón de ratón.

-Este grupo de pases brujos que te he enseñado -prosiguió Clara- debe practicarse diariamente, hasta que dejen de ser movimientos de masaje y se conviertan en lo que realmente son: pases brujos. ¡Obsérvame! -ordenó.

La vi repetir los movimientos que me había enseñado, salvo que ahora puso a bailar los dedos y las manos. Sus manos parecían penetrar profundamente en la piel de su cara; otras veces le pasaban por encima ligeramente, como deslizándose por la superficie de la piel, moviéndose de manera tan rápida que parecían desaparecer. Observar sus movimientos exquisitos me hipnotizó.

-Esta forma de pasar las manos no estuvo nunca en tu inventario -dijo, riéndose, al terminar-. Esto es brujería.

Requiere un intento distinto del intento del mundo diario. Con toda la tensión que sube a la cara, definitivamente necesitamos un intento diferente si hemos de relajar los músculos y entonar los centros situados ahí.

Clara dijo que todas nuestras emociones dejan huellas en la cara, más que en cualquier otra parte del cuerpo. Por eso debemos liberar la tensión acumulada usando los pases brujos y el intento correspondiente.

Me miró fijamente por un instante y comentó:

-Veo por la tensión en tu cara que has estado meditando sobre tu recapitulación. Asegúrate de realizar tus pases antes de acostarte hoy por la noche, para borrar esos surcos de tu frente.

Admití que estaba preocupada por mi recapitulación.

-El problema es que estás pasando demasiado tiempo en la cueva -dijo Clara con un guiño del ojo-. No quiero que te conviertas en una mujer-murciélago. Para estas alturas creo que has ahorrado energía suficiente para empezar a aprender otras cosas.

Se levantó del sillón de un brinco, como impulsada por un resorte. Resultó tan incongruente ver a una mujer tan fuerte saltar con tal agilidad que tuve que reír. Yo misma me puse de pie más despacio, como si tuviese el doble de su peso.

Me miró y meneó la cabeza.

-Estás demasiado tiesa -señaló-. Necesitas hacer ejercicios físicos especiales para abrir tus centros vitales.

Fuimos al perchero donde se guardaban los abrigos y las botas, al lado de la puerta trasera de la casa. Me entregó un sombrero de paja de ala ancha y me llevó a un claro situado a corta distancia del pabellón de la cocina.

El sol brillaba con intensidad; era un día extraordinariamente caluroso. Clara me indicó que me pusiera el sombrero. Señaló un área rodeada por una cerca de alambre, donde la tierra estaba aflojada en surcos y cubierta de pequeñas plantas dispuestas en ordenadas hileras paralelas.

-¿Quién limpió el terreno y sembró todas las plantas? -pregunté, sorprendida, porque no había visto a Clara trabajar ahí-. Parece un proyecto inmenso. ¿Lo hiciste tú misma?

-No. Otra persona vino y lo hizo por mí.

-Pero ¿a qué hora? He estado aquí todos los días y no vi a nadie.

-No es ningún misterio -replicó Clara-. La persona que trabajó en este huerto vino mientras tú estabas en la cueva.

Su explicación no me convenció. El jardín estaba tan bien organizado que aparentemente debió hacer falta más que una sola persona para arreglarlo. Antes de que pudiera indagar más, Clara anunció:

-A partir de ahora cuidarás de este jardín. Considéralo tu nueva tarea.

Traté de ocultar mi decepción al verme a cargo de una tarea más que requeriría atención diaria. Pensé que al decir ejercicios físicos Clara se refería a la práctica de una nueva forma de artes marciales, de preferencia alguna que usara un arma china clásica como la espada ancha o el bastón largo. Al observar mi expresión cabizbaja, Clara me aseguró que cultivar un huerto me haría bien. Me daría la actividad física y la exposición al sol que necesitaba para mi salud y bienestar. También señaló que desde hacía más de seis meses no hacía más que concentrarme en los incidentes de mi vida. Cuidar de algo fuera de mí me impediría volverme aún más centrada en mí misma. Me impresionó darme cuenta de que había transcurrido medio año. Me parecía que había pasado apenas un día desde mi llegada a la casa de Clara; el evento que cambió mi vida tan drásticamente que ya nada era igual.

-La mayoría de la gente sólo sabe preocuparse por sí misma -dijo Clara, sacándome de mis pensamientos-. Y ni siquiera eso lo saben hacer bien. Debido al énfasis arrollador en sí mismos, el yo se distorsiona y se llena de exigencias excesivas.

Nos dirigimos a una reja de madera, la entrada al huerto.

-Trabajar en este jardín te dará un tipo especial de energía que no puedes obtener con la recapitulación, la respiración o la práctica del kung fu -indicó Clara.

-¿Qué clase de energía es ésa?

-La energía de la tierra -replicó, con ojos tan verdes como las plantas en retoño-. Complementa la energía del sol. Tal vez la sientas cuando entra en ti, por tus manos al trabajar la tierra. O quizá comience a fluir por tus piernas mientras estés en cuclillas en el suelo.

Nunca había trabajado en un jardín antes y no estaba segura de qué hacer. Le pedí que esbozara mis tareas. Me miró por un instante, como dudando de haber escogido a la persona indicada para la tarea.

-La tierra todavía está húmeda de la lluvia de ayer -indicó, agachándose para tocarla-. Pero cuando esté seca tendrás que traer cubetas de agua del arroyo. O, si eres muy lista, puedes diseñar un sistema de riego.

-Tal vez haga precisamente eso -repliqué con confianza-. Construiré una bomba eléctrica para el agua, como una que vi en una casa de campo, y la conectaré con el dínamo. Entonces no tendré que subir el cerro cargando las cubetas de agua.

-No importa cómo lo hagas con tal que riegues las plantas. También tendrás que alimentarlas cada dos

semanas con ese montón de abono al fondo del huerto. Y asegúrate de arrancar todas las malas hierbas. Por aquí crecen como un reguero de pólvora. Y mantén cerrada la reja para que no se metan los conejos.

-No hay problema -aseveré, aunque no muy convencida.

-Bien. Puedes empezar ahora.

Señaló una cubeta y me pidió llenarla de abono y mezclarlo con la tierra alrededor de cada planta. Cuando regresé con la cubeta llena de algo que yo esperaba no fuese excremento, me dio una herramienta para cavar y con la que debía aflojar la tierra. Por un rato me vio trabajar, advirtiéndome que no cavara demasiado cerca de las tiernas plantas.

Al concentrarme en mi tarea, sentí que me envolvía una sensación de bienestar y una extraña paz. La tierra se sentía fresca y blanda entre mis dedos. Por primera vez desde que llegué a la casa de Clara, me sentí realmente tranquila, segura y protegida.

-La energía de la tierra alimenta -comentó, como si hubiese reparado en el cambio en mi estado de ánimo-. Tu recapitulación te ha dejado lo bastante vacía para que un poco de esa energía ya se introduzca en tu cuerpo. Te sientes tranquila porque sabes que la tierra es la madre de todas las cosas -barrió las hileras de plantas con un movimiento de las manos-. Todo proviene de la tierra. La tierra nos sostiene y alimenta; y al morir nuestros cuerpos vuelven a ella. -Se detuvo por un momento antes de agregar-: a menos, por supuesto, que logremos la gran travesía.

-¿Quieres decir que hay una oportunidad de no morir? -pregunté-. En serio, Clara, ¿no estás exagerando?

-Todos tenemos una oportunidad de lograr la libertad -replicó con voz suave-, pero depende de cada uno de nosotros agarrarla y convertirla en realidad.

Explicó que al ahorrar energía podemos disolver nuestras ideas preconcebidas acerca del mundo y el cuerpo, para así abrir espacio en nuestro almacén para otras posibilidades. La oportunidad de no morir era una de estas posibilidades. Afirmó que la mejor explicación de esta extravagante alternativa fue proporcionada por los sabios de la antigua China. Según aseveraban, es viable que la conciencia personal de uno, o Te, se enlace intencionalmente con la conciencia global o Tao. Entonces, al llegar la muerte, la conciencia individual no se dispersa, como en la muerte ordinaria, sino que se expande y se une con el todo más grande.

Agregó que la recapitulación en el marco de una cueva parecida a un capullo me había permitido reunir y ahorrar energía. Ahora debía utilizar esa energía para fortalecer mi lazo con la fuerza abstracta llamada el espíritu.

-Por eso tienes que cultivar el jardín y absorber su energía y también la energía del sol -indicó-. El sol otorga su energía a la tierra y hace crecer las cosas. Si permites que la luz del sol entre en tu cuerpo, tu energía también florecerá.

Clara me pidió lavarme las manos en una cubeta de agua y sentarme en un tronco a la orilla de un claro ubicado fuera del huerto, porque iba a mostrarme cómo empezar a dirigir mi atención hacia el sol. Dijo que siempre llevara un sombrero de ala ancha, a fin de protegerme la cabeza y la cara. También me advirtió no efectuar nunca ninguno de los pases de respiración que estaba a punto de mostrarme por más de unos cuantos minutos a la vez.

-¿Por qué se llaman pases de respiración? -pregunté.

-Porque el preestablecido intento de estos pases es pasar la energía de la respiración al área donde fijemos nuestra atención. Puede ser un órgano en nuestro cuerpo, un canal de energía o incluso un pensamiento o un recuerdo, como en el caso de la recapitulación. Lo importante es que la energía se trasmita cumpliendo de este modo el intento establecido de antemano; el resultado es pura magia, porque parece haber brotado de la nada. Por eso llamamos pases brujos a estos movimientos y respiraciones.

Clara me instruyó volver la cara hacia el sol, con los ojos cerrados, y luego inhalar profundamente por la boca y jalar el calor y la luz del sol al estómago. Debía sostenerlos ahí el más tiempo posible, luego tragar y finalmente exhalar el aire que quedara.

-Finge que eres un girasol -dijo en son de broma-. Siempre conserva la cara hacia el sol al respirar. La luz del sol carga la respiración de poder. Así que asegúrate de tomar grandes tragos de aire y de llenar completamente los pulmones. Hazlo tres veces.

Explicó que en este ejercicio la energía del sol automáticamente se extiende por todo el cuerpo. Pero era posible enviar en forma deliberada los rayos curativos del sol a cualquier área, tocando el punto al que queremos que vaya la energía, o simplemente usando la mente para dirigir la energía hacia él.

-En realidad, después de haber practicado esta respiración lo suficiente, ya no se necesitan usar las manos -prosiguió-. Es posible representarse mentalmente cómo los rayos del sol fluyen de manera directa a una parte específica del cuerpo.

Sugirió que efectuara las mismas tres respiraciones, pero respirando esta vez por la nariz e imaginándome el fluir descendente de la luz a la espalda, impartiendo energía a los canales a lo largo de mi espina. De esta manera, los rayos del sol inundarían todo mi cuerpo.

-Si quieres pasar por alto completamente la respiración por la nariz o la boca -dijo Clara-, puedes respirar de manera directa con el estómago, el pecho o la espalda. Incluso puedes subir la energía por el cuerpo a través de

las plantas de los pies.
Me indicó concentrarme en el bajo abdomen, en el punto justo debajo del ombligo, y respirar de manera relajada, hasta percibir la formación de un lazo entre mi cuerpo y el sol.
Al inhalar bajo su dirección, pude sentir cómo el interior de mi estómago se calentaba y se llenaba de luz. Después de un rato, Clara me indicó que practicara respirar con otras áreas. Me tocó la frente en el punto entre los ojos. Al concentrar mi atención en ese lugar, la cabeza se me inflamó con un brillo amarillo. Clara recomendó que absorbiera lo más posible de la vitalidad del sol aguantando la respiración, para luego hacer girar los ojos con el reloj antes de exhalar. Seguí sus instrucciones y el brillo amarillo se intensificó.
-Ahora ponte de pie y trata de respirar con la espalda -dijo, y me ayudó a quitarme la chamarra.
Volví la espalda al sol y traté de fijar la atención en los diversos centros que señaló, tocándome. Uno se encontraba entre mis omóplatos, otro estaba en mi nuca. Al respirar, representándome mentalmente al sol en la espalda, sentí un calor que me subía y bajaba por la columna y luego se me precipitó a la cabeza. Me mareé tanto que casi perdí el equilibrio.
-Basta por hoy -dijo Clara, pasándome la chamarra.
Me senté sintiéndome mareada, como si estuviese alegremente borracha.
-La luz del sol es total poder -indicó Clara-. Al fin y al cabo, es la energía más intensamente concentrada que tenemos.
Afirmó que una línea invisible de energía sale directamente de la parte superior de la cabeza hacia arriba, al reino del no ser. O puede bajar del reino del no ser hasta nosotros por una abertura ubicada exactamente en el centro de la parte superior de la cabeza.
-Si quieres, puedes llamarla la línea de la vida que nos enlaza con una conciencia mayor -afirmó-. El sol, de usarse correctamente, carga esta línea y la hace entrar en acción. Por eso siempre debe protegerse la parte de arriba de la cabeza.
Clara dijo que iba a enseñarme otro poderoso pase brujo antes de que volviéramos a la casa, el cual involucraba una serie de movimientos del cuerpo. Afirmó que debía ejecutarse en un solo movimiento, con fuerza, precisión y gracia, pero sin forzarse.
-No puedo insistir demasiado en que practiques todos los pases que te he enseñado -indicó-. Son los compañeros indispensables de la recapitulación. Éste hizo milagros para mí. Obsérvame con atención. Fíjate si alcanzas a ver mi doble.
-¿Tu qué? -pregunté, presa del pánico. Tenía miedo de perderme de algo crucial o de no saber qué pensar de ello aunque lo viese.
-Observa mi doble -repitió, articulando las palabras con cuidado-. Es como una doble exposición. Tienes suficiente energía para intentar conmigo el resultado de este pase brujo.
-Pero dímelo de nuevo, Clara; ¿cuál es el resultado?
-El doble. El cuerpo etéreo. La contraparte del cuerpo físico que, para ahora ya debes saber o al menos sospechar, no constituye una mera proyección de la mente.
Se dirigió a un área de suelo parejo y se colocó con los pies juntos y los brazos en los costados.
-Clara, espera. Estoy segura de que no tengo energía suficiente para ver a lo que te refieres, porque ni siquiera lo comprendo como concepto.
-No importa que no lo comprendas como concepto. Sólo observa con atención; tal vez yo tenga suficiente poder para que las dos intentemos mi doble.
Con el movimiento más ágil que le había visto ejecutar hasta ese momento, subió los brazos arriba de la cabeza, uniendo las palmas de las manos en un ademán de rezo. Luego se arqueó hacia atrás, formando una curva elegante con los brazos estirados detrás de ella, casi hasta el suelo. Lanzó el cuerpo lateralmente a la izquierda, de modo que en un instante terminó inclinada al frente, casi tocando el suelo. Y antes de que pudiese siquiera abrir la boca por la sorpresa, se había lanzado de regreso y su cuerpo se encontraba arqueado hacia atrás, lleno de gracia.
Se lanzó de ida y de vuelta otras dos veces, como para darme la oportunidad de observar sus movimientos llenos de inconcebible velocidad y gracia, o quizá la oportunidad de ver su doble. En cierto punto de su movimiento la vi como una forma brumosa, como si fuese una fotografía de tamaño natural en doble exposición. Por una fracción de segundo dos Claras estaban moviéndose, la una un milisegundo detrás de la otra.
Lo que estaba viendo me dejó totalmente perpleja, aunque al pensarlo lo podía explicar como una ilusión óptica creada por su velocidad. Pero en el ámbito corporal sabía que mis ojos habían visto algo inconcebible; había tenido energía suficiente para suspender las expectativas comunes de mis sentidos y dejar entrar otra posibilidad.
Clara interrumpió su exquisita acrobacia y se acercó a mi lado, ni siquiera sin aliento. Explicó que este pase brujo permite al cuerpo unirse con su doble en el reino del no ser, cuya entrada se cierne arriba de la cabeza y ligeramente atrás de ella.
-Al doblarnos hacia atrás con los brazos estirados, creamos un puente -indicó Clara-. Y puesto que el cuerpo y

el doble son como los dos extremos de un arco iris, podemos usar nuestro intento para unirlos.

-¿Debo practicar este pase a una hora específica? -pregunté.

-Este es un pase brujo del crepúsculo -afirmó-. Pero debes tener mucha energía y estar extremadamente calmada para hacerlo. El crepúsculo te ayuda a calmarte y te proporciona un impulso adicional de energía. Por eso el fin del día es la mejor hora para practicarlo.

-¿Lo intento ahora? -pregunté. Ante su mirada de duda, le aseguré que de niña había practicado gimnasia y estaba ansiosa por hacer la prueba.

-La cuestión no es si practicaste gimnasia de niña, sino lo calmada que estés en este momento -replicó Clara.

Dije que estaba todo lo calmada que podía estar. Clara se rió, escéptica, pero me dijo que siguiera adelante y tratara de hacerlo. Ella me cuidaría para asegurarse de que no fuese a fracturar nada torciéndome con demasiada violencia.

Planté los pies en el suelo, doblé las rodillas y lentamente empecé a ejecutar mi mejor arco, pero al pasar de cierto punto la gravedad se hizo cargo y caí torpemente al piso.

-La calma está muy lejos de ti -concluyó Clara amablemente al ayudarme a levantarme-. ¿Qué te molesta, Taisha?

En lugar de revelar a Clara lo que me preocupaba, pregunté si podía tratar de hacerlo de nuevo. Pero la segunda vez tuve aún más problemas que antes. Estaba segura de que mis preocupaciones mentales y emocionales me habían hecho perder el equilibrio. Sabía que las exigencias del yo, tal como dijera Clara, eran en verdad excesivas y acaparaban toda mi atención. No tuve más remedio que confesar a Clara que me molestaba sin medida el hecho de haber llegado a un punto del cual no podía moverme en mi recapitulación.

-¿Cuál es ese punto? -preguntó Clara.

Admití que tenía que ver con mi familia.

-Ahora sé, sin duda alguna, que nunca les caí bien -dije con tristeza-. No es que no lo sospechara desde siempre, porque así fue y solía ponerme furiosa por ello. Pero ahora que he revisado mi pasado, como no logro enojarme más, no sé qué hacer.

Clara me miró con ojos críticos, haciendo la cabeza para atrás para escudriñarme.

-¿Qué queda por hacer? -preguntó-. Has hecho el trabajo y has averiguado que no les caías bien. ¡Eso está muy bueno! No veo cuál es el problema.

Su tono arrogante me irritó. Esperaba, si no es que compasión, al menos comprensión y un comentario inteligente.

-El problema -respondí categórica, al borde de las lágrimas- es que me he quedado inmóvil. Sé que necesito profundizar más de lo que he hecho, pero no puedo. Sólo puedo pensar en que no me querían, mientras que yo los amaba.

-Espera, espera. ¿No me dijiste que los odiabas? Recuerdo claramente...

-Sí, eso dije, pero cuando lo dije no sabía lo que estaba diciendo. En realidad amaba a mis padres, también a mis hermanos. Después aprendí a despreciarlos, pero eso fue mucho después. No de niña. De niña quería que me hicieran caso y que jugaran conmigo.

-Creo que entiendo a qué te refieres -dijo Clara, asintiendo con la cabeza-. Sentémonos a hablar de esto.

Nos sentamos en el tronco otra vez.

-Según yo lo veo, tu problema se deriva de una promesa que hiciste de niña. Sí hiciste una promesa de niña, ¿verdad, Taisha? -preguntó, mirándome directamente a los ojos.

-No recuerdo haber hecho ninguna promesa -contesté sinceramente.

Con tono amable Clara sugirió que tal vez no la recordaba porque la hice de muy pequeña o porque se trató más de un sentimiento que de una promesa articulada en voz alta. Clara explicó que de niños muchas veces hacemos votos y luego estamos obligados por estos votos, aunque ya no recordemos haberlos hecho.

-Este tipo de promesas impulsivas pueden costarnos la libertad -afirmó Clara-. A veces nos encontramos comprometidos por una absurda devoción infantil o por promesas de amor sin fin.

Explicó que hay momentos en la vida de cada uno, especialmente en la temprana infancia, cuando deseamos algo con tal intensidad que automáticamente fijamos nuestro intento total en ello, el cual, una vez fijo, permanece en su lugar hasta que cumplamos nuestro deseo. Profundizó diciendo que los votos, los juramentos y las promesas comprometen nuestro intento, de modo que a partir del momento en que los hacemos nuestras acciones, sentimientos y pensamientos se dirigen de manera consistente hacia el cumplimiento o el mantenimiento de dichos compromisos, sin importar que recordemos o no haberlos contraído.

Me aconsejó que en la recapitulación repasara todas las promesas hechas por mí en mi vida, sobre todo las hechas en forma apresurada o bajo la influencia de la ignorancia o criterios erróneos. A menos que deliberadamente retirase mi intento de ellas, éste no se liberaría nunca para poder expresarse en el presente.

Traté de pensar en lo que estaba diciendo, pero mi mente sólo enfrentaba una masa de confusión. De repente recordé una escena de mi remota infancia. Debo haber tenido seis años. Quería que mi mamá me abrazara, pero

me rechazó con un empujón, diciéndome que estaba muy grande para los mimos y que fuese a limpiar mi cuarto. Pero siempre mimaba al menor de mis hermanos, que era cuatro años mayor que yo y el preferido de mi madre. Entonces juré que no amaría ni volvería a acercarme a ninguno de ellos. Y desde ese día parecía haber cumplido la promesa, manteniéndome siempre distanciada de ellos.

-Si es cierto que no te querían -indicó Clara-, es tu destino el no ser querida por tu familia. ¡Acéptalo! Además, ¿qué importa ahora que te hayan querido o no?

Aún importaba, pero no se lo dije a Clara.

-También yo tuve un problema muy parecido al tuyo -prosiguió Clara-. Siempre estuve consciente de ser una muchacha sin amigos, gorda y desdichada, pero a través de la recapitulación averigüé que mi madre deliberadamente me había engordado desde el día en que nací. Según sus razonamientos, una muchacha gorda y fea no se va nunca de la casa; se queda ahí, como una sirvienta para toda la vida.

Quedé horrorizada. Era la primera vez que Clara me revelaba algo acerca de su pasado.

-Acudí a mi maestro, definitivamente el mejor maestro que uno pudiese tener, para pedirle su consejo al respecto -continuó-. Y él me dijo: "Clara, te compadezco, pero estás perdiendo el tiempo porque entonces fue entonces: ahora es ahora. Y ahora sólo hay tiempo para la libertad."

-Verás, sinceramente estaba convencida de que mi madre me había arruinado para toda la vida; yo era una gorda que no podía dejar de comer. Tardé mucho tiempo en comprender el significado de "Entonces fue entonces: ahora es ahora. Y ahora sólo hay tiempo para la libertad."

Clara guardó silencio por un momento, como para permitir que el impacto de sus palabras surtiera efecto en mí.

-Sólo tienes tiempo para luchar por la libertad, Taisha -indicó, dándome un empujoncito-. Ahora es ahora.

11

Estaba oscureciendo y cada vez me preocupaba más terminar mi tarea. Clara me había pedido rastrillar las hojas en el claro detrás de la casa y que subiera unas piedras del arroyo, para bordear por ambos lados el camino que conducía del huerto a la parte de atrás del patio. Había rastrillado las hojas y estaba colocando apresuradamente las piedras del río a lo largo del camino, cuando Clara salió de la casa para ver cómo iba.

-Estás poniendo las piedras como caigan -indicó, mirando el camino-. Y todavía no rastrillas las hojas. ¿Qué has estado haciendo toda la tarde? ¿Soñando despierta otra vez?

Consternada, vi que una inoportuna ráfaga de viento había esparcido los ordenados montones de hojas antes de que tuviese oportunidad de meterlas en un canasto.

-Creo que el camino se ve bastante bien -repliqué, a la defensiva-. En cuanto a las hojas, bueno, ¿tengo yo la culpa de que el viento las haya revuelto otra vez?

-Cuando se aspira a la forma perfecta, "bastante bien" no es suficiente -me interrumpió Clara-. Ya debes saber que la forma exterior de todo lo que hacemos es en realidad una expresión de nuestro estado interior.

Le dije que no entendía cómo acomodar unas piedras pesadas pudiese ser más que trabajo duro.

-Eso crees porque todo lo haces sólo para salir del paso -contestó. Caminó hasta la hilera de piedras que había acomodado y meneó la cabeza-. Estas piedras se ven como si las hubieras dejado caer sin pensar en su colocación adecuada.

-Está oscureciendo y se me iba a acabar el tiempo -expliqué. No estaba de humor para una larga conversación sobre cuestiones de estética o composición. Además, por mis clases de arte creía saber más que Clara sobre el tema de la composición.

-Colocar piedras es igual a la práctica del kung fu -indicó Clara-. Lo que importa no es qué tanto hacemos, ni qué veloces somos sino cómo hacemos las cosas.

Sacudí las muñecas para relajar mis dedos acalambrados.

-¿Quieres decir que cargar piedras forma parte del entrenamiento en las artes marciales? -pregunté, sorprendida.

-¿Qué crees que es el kung fu? -preguntó a su vez.

Sospeché que se trataba de una pregunta engañosa, así que deliberé por un momento para encontrar la respuesta correcta.

-Es un conjunto de técnicas de combate pertenecientes a las artes marciales -respondí con confianza.

Clara meneó la cabeza.

-Para encontrar una respuesta pragmática, no hay nadie como Taisha -comentó riéndose.

Se sentó en una de las sillas de ratán a la orilla del patio, desde donde se tenía una buena vista del camino. Me dejé caer en la silla a su lado. Cuando quedé cómodamente instalada, con los pies apoyados en el borde de una gigantesca maceta de barro, Clara se puso a explicar que el término "kung fu" deriva de la yuxtaposición de dos ideogramas chinos, de los cuales uno significa "trabajo hecho durante un periodo de tiempo"; y el otro, "hombre". El término resultante de la combinación de los dos ideogramas se refiere al empeño del hombre por perfeccionarse mediante un esfuerzo constante. Sostuvo que siempre estamos expresando nuestro estado interior a través de nuestras acciones, ya sea que practiquemos ejercicios formales, acomodemos piedras o rastrillemos hojas.

-Por lo tanto, perfeccionar nuestros actos equivale a perfeccionarnos nosotros mismos -explicó Clara-. Ese es el verdadero significado del kung fu.

-Como sea, sigo sin entender la conexión entre el trabajo del jardín y la práctica del kung fu -objeté.

-Entonces déjame explicártelo con más detalle -replicó Clara en un exagerado tono de paciencia-. Te pedí que trajeras las piedras desde el arroyo para que, al subir el sendero empinado con el peso adicional, desarrollaras tu fuerza interior. No nos interesa simplemente fortalecer los músculos, sino más bien cultivar la energía interior. Además, todos los pases de respiración que te he enseñado hasta ahora, y que deberías estar practicando diariamente, están diseñados para acrecentar tu fuerza interior.

Me hizo sentir culpable. Su forma de mirarme al decir que debía estar practicando los ejercicios de respiración todos los días dejó traslucir que estaba consciente de que no los efectuaba religiosamente.

-Lo que has aprendido aquí conmigo podría calificarse de kung fu interior, o nei kung, en China -continuó Clara-. El kung fu interior utiliza la respiración controlada y la circulación de energía para fortalecer el cuerpo e incrementar la salud, mientras que las artes marciales exteriores, como las formas de karate que aprendiste de tus maestros japoneses y algunas de las formas que te enseñé, apuntan a desarrollar los músculos y la rapidez del cuerpo para reaccionar, liberando la energía y dirigiéndola hacia afuera de nosotros.

Según indicó Clara, el kung fu interior era practicado por los monjes en China mucho tiempo antes de que elaborasen los estilos exteriores o duros de combate que popularmente se conocen como kung fu hoy en día.

-Pero comprende lo siguiente -prosiguió Clara-. Ya sea que estés aprendiendo artes marciales o la disciplina que te he enseñado, el objetivo de tu entrenamiento es perfeccionar tu ser interior para que pueda trascender su forma

exterior, a fin de realizar el vuelo abstracto.
El abatimiento descendió sobre mí como una nube sombría.
Sentí que una conocida sensación de fracaso se apoderaba de mí. Aunque en efecto realizara los pases de respiración recomendados por Clara, estaba segura de no lograr nunca lo que quería, sea esto lo que fuese. Ni siquiera podía decir lo que significaba el gran cruce, ni mucho menos concebirlo como una posibilidad pragmática.
-Has tenido mucha paciencia durante todos estos meses -indicó Clara dándome unas palmaditas en la espalda, como si percibiera mi necesidad de aliento-. No me has importunado acerca de mis constantes insinuaciones de que te estoy enseñando brujería como una disciplina formal.
Era la oportunidad perfecta para preguntar algo que me preocupaba desde la primera vez que usó la palabra.
-¿Por qué llamas brujería a esta disciplina formal? -pregunté.
Clara me escudriñó. La expresión de su cara era de total seriedad.
-Es difícil decirlo. No me gusta hablar de la brujería porque temo que la voy a describir equivocadamente y que eso te va a ahuyentar -replicó-. Pero creo que ha llegado el momento de hablar de ello. Primero déjame contarte algo más acerca de la gente del antiguo México.
Clara se inclinó hacia mí y, con voz baja, afirmó que la gente del México prehispánico era muy semejante, en muchos aspectos, a los chinos de la antigüedad. Compartían una visión similar del mundo, quizá porque posiblemente tuvieron el mismo origen. Sin embargo, los indígenas del México antiguo poseían una ligera ventaja, según indicó, porque el mundo en que vivían se encontraba en transición. Este hecho los hizo en extremo eclécticos y curiosos acerca de todas las facetas de la existencia. Querían comprender el universo, la vida, la muerte y el alcance de las posibilidades humanas en lo referente a la conciencia y la percepción. Su poderoso afán de conocimiento los llevó a desarrollar prácticas que les permitieron alcanzar niveles inconcebibles de conciencia. Hicieron descripciones detalladas de estas prácticas y detallaron los reinos descubiertos por medio de ellas. Esta tradición fue trasmitida de generación en generación, siempre velada por el secreto.
Casi sin aliento, por la emoción o quizá la admiración, Clara concluyó sus comentarios acerca de los antiguos indígenas con la afirmación de que, en efecto, eran brujos. Me miró con los ojos muy abiertos; en el crepúsculo, sus pupilas se veían enormes. Me confió que su principal maestro, un indígena mexicano, conocía perfectamente esas prácticas antiguas y se las había enseñado a ella.
-¿Me estás enseñando esas prácticas, Clara? -pregunté, con la misma emoción que ella-. Dijiste que los antiguos brujos usaban los cristales como armas, que con su intento impregnaron de poder a los pases de brujería y que la recapitulación también fue creada en la antigüedad. ¿Significa eso que estoy aprendiendo brujería?
-En cierta forma, así es -replicó Clara-. Pero por el momento es mejor no fijarse en el hecho de que estas prácticas son brujería.
-¿Por qué no?
-Porque nos interesa algo que está más allá de los rituales y conjuros esotérico y aberrantes de la antigüedad. Verás, creemos que sus extrañas prácticas y su búsqueda obsesiva del poder sólo dieron como resultado un mayor realce del yo. Esto constituye un callejón sin salida, porque no conduce nunca a la libertad total, que es lo que nosotros buscamos. El peligro radica en que la disposición de esos brujos fácilmente influye en uno.
-No influiría en mí -le aseguré.
-Realmente no puedo decirte más por el momento -indicó, exasperada-. Pero averiguarás más conforme avances.
Me sentí traicionada y protesté con vehemencia. La acusé de jugar deliberadamente con mi mente y sentimientos, al tentarme con trocitos de información que despertaban mi curiosidad y con la promesa de que todo sería esclarecido en un momento incierto del futuro.
Clara pasó mis protestas por alto completamente. Era como si yo no hubiese dicho una sola palabra. Se puso de pie, caminó hasta el montón de piedras y levantó una de ellas como si fuera de unicel. Después de meditar por un momento qué lado debía quedar hacia arriba, colocó la piedra en el borde del camino. Luego acomodó otras dos piedras, del tamaño de unos balones de fútbol americano, a ambos lados de la primera. Una vez satisfecha con su colocación, dio unos pasos hacia atrás para estudiar el efecto. Debí admitir que el camino, las piedras grises colocadas por ella y las dentadas hojas verdes de las plantas formaban una composición sumamente armoniosa.
-Lo que importa es la gracia con la que manejes las cosas -me recordó Clara al recoger otra piedra-. Tu estado interior es reflejado por tu forma de moverte, hablar, comer o colocar piedras. No importa qué hagas, mientras reúnas energía con tus acciones y la transformes en poder.
Por un rato, Clara miró la vereda, como si estuviera meditando dónde poner la piedra que tenía en las manos. Al encontrar un sitio adecuado, la depositó con cuidado y le dio una palmadita afectuosa.
-Como artista, deberías saber que hay que colocar las piedras donde estén en equilibrio -dijo-, no donde resulte más fácil para ti dejarlas caer. Por supuesto, si estuvieras imbuida de poder podrías dejarlas caer como fuese y el

resultado sería la belleza misma. Comprender esto es el verdadero propósito del ejercicio de colocar las piedras.
Por el tono de su voz y la disposición fea y errática de mis piedras, comprendí que de nuevo había fracasado en mi tarea. Sentí un desaliento extremo.
-Clara, no soy artista -confesé-. Sólo una estudiante de arte. De hecho, una ex estudiante. Dejé la escuela hace un año. Me gusta dármelas de artista, pero hasta ahí llego. La verdad es que soy una nulidad.
-Todos somos nulidades -me recordó Clara.
-Ya lo sé. Pero tú eres una nulidad misteriosa y poderosa, mientras que yo soy una nulidad mezquina, estúpida e insignificante. Ni siquiera sé colocar unas tontas piedras. No hay...
Clara me tapó la boca con la mano.
-No digas ni una palabra más -advirtió-. Te lo diré otra vez: cuídate de lo que digas en voz alta en esta casa. ¡Sobre todo a la hora del crepúsculo!
Casi había oscurecido por completo. Todo se encontraba en quietud absoluta, produciendo una atmósfera casi espectral. Los pájaros guardaban silencio. Todo se había sosegado; incluso el viento, tan molesto un poco antes, cuando traté de rastrillar las hojas, se había apaciguado.
-Es la hora sin sombras -susurró Clara-. Sentémonos debajo de este árbol en la oscuridad, para averiguar si eres capaz de convocar el mundo de las sombras.
-Espera un momento, Clara -dije con un fuerte susurro, que rayaba en un grito-. ¿Qué me vas a hacer? -Olas de nerviosismo me acalambraban el estómago; a pesar del frío, la frente se me cubrió de sudor.
Entonces Clara me preguntó con toda franqueza si había practicado las respiraciones y los pases brujos que me enseñó. Deseaba, más que ninguna otra cosa, decirle que sí los había practicado, pero hubiera sido una mentira. En realidad los había practicado mínimamente, sólo para no olvidarlos, porque la recapitulación agotaba toda mi energía y no me dejaba tiempo para nada más. Por la noche estaba demasiado cansada para hacer nada y sólo me acostaba.
-No lo has hecho con regularidad o no te encontrarías en este triste estado ahora -indicó Clara, acercándose a mí-. Estás temblando como una hoja. Hay un secreto relacionado con la respiración y los pases que te he enseñado, el cual los hace inestimables.
-¿Cuál es? -tartamudee.
Clara me dio un golpecito en la cabeza.
-Deben practicarse todos los días o son inútiles. No se te ocurriría dejar de comer o de beber agua, ¿verdad? Los ejercicios que te he enseñado son aún más importantes que el alimento y el agua.
Se había dado a entender claramente. Juré en silencio que los realizaría todas las noches antes de acostarme y otra vez al despertar por la mañana, antes de salir para la cueva.
-El cuerpo humano cuenta con un sistema adicional de energía que entra en juego en situaciones de intenso esfuerzo -explicó Clara-. Y esa situación se produce cada vez que hacemos algo en exceso. Como preocuparnos demasiado por nosotros mismos y nuestro desempeño, como tú lo estás haciendo ahora. Por eso uno de los preceptos fundamentales del arte de la libertad es evitar los excesos.
Afirmó que los movimientos que me estaba enseñando, ya sea que los quisiera llamar respiraciones o pases brujos, eran importantes porque operan directamente sobre el sistema de reserva. La razón por la cual se les puede calificar de pases indispensables es porque permiten el paso de mayor energía adicional a nuestro sistema de reserva. De esta manera, cuando debemos entrar en acción, en lugar de que el esfuerzo nos agote nos tornamos más fuertes y disponemos de energía sobrante para tareas extraordinarias.
-Ahora, antes de que convoquemos el mundo de las sombras, te enseñaré otros dos pases brujos indispensables, que combinan la respiración y los movimientos -prosiguió-. Realízalos todos los días y, además de no cansarte ni enfermarte, dispondrás de mucha energía sobrante para enfocar tu intento.
-¿Para enfocar qué?
-Tu intento -repitió Clara-. Para dirigir tu intento al resultado de todo lo que hagas. ¿Te acuerdas?
Me sujetó de los hombros y me volteó hasta quedar cara al norte.
-Este movimiento es particularmente importante para ti, Taisha, porque tus pulmones están débiles de tanto llorar -indicó-. Toda una vida de sentir lástima de ti misma definitivamente ha hecho estragos en tus pulmones.
Su declaración me sacudió y me hizo poner atención. La observé doblar las rodillas y los tobillos y adoptar la postura llamada "caballo erguido" en las artes marciales, la cual imita la posición sentada de un jinete montado a caballo, con las piernas ligeramente curvas separadas a la distancia de los hombros. El dedo índice de su mano izquierda señalaba hacia abajo, mientras que sus demás dedos estaban encogidos en la segunda articulación. Al comenzar a inhalar, volteó la cabeza lo más posible hacia la derecha, suavemente pero con fuerza, e hizo girar el brazo izquierdo por encima de la cabeza, dibujando un círculo completo hacia atrás hasta quedar con la base de la palma izquierda apoyada en el coxis. Simultáneamente llevó el brazo derecho hacia atrás, en la cintura, y colocó el puño derecho sobre el dorso de su mano izquierda, apretándolo contra la muñeca izquierda.
Con el puño derecho fue empujando el brazo izquierdo hacia arriba por su columna vertebral, con el codo

izquierdo apuntado hacia afuera, y terminó la inhalación. Contuvo el aliento, contando hasta siete. Luego soltó la tensión del brazo izquierdo, lo bajó otra vez al coxis y lo hizo girar desde el hombro directamente hacia arriba hasta el frente, terminando con la base de la palma izquierda descansando en el pubis. Al mismo tiempo llevó el brazo derecho al frente por la cintura, colocó el puño derecho sobre el dorso de la mano izquierda y empujó el brazo izquierdo hacia arriba por el abdomen, al terminar de exhalar.

-Realiza este movimiento una vez con el brazo izquierdo y luego con el derecho -indicó-. Así establecerás el equilibrio entre tus dos lados.

A manera de demostración, repitió los mismos movimientos con los brazos opuestos, volteando la cabeza a la izquierda.

-Ahora te toca a ti, Taisha -dijo, haciéndose a un lado, dándome espacio para girar el brazo hacia atrás.

Imité sus movimientos. Al mover el brazo izquierdo hacia atrás, percibí una tensión dolorosa en la parte interna del brazo estirado, que lo recorría todo, desde el dedo hasta la axila.

-No te pongas tiesa y deja que la energía de la respiración fluya por tu brazo y salga por la punta de tu dedo índice -señaló Clara-. Manténlo estirado y los demás dedos curvos. De esta manera, soltarás cualquier bloqueo de energía que haya en los conductos de tu brazo.

El dolor se tornó más agudo aún cuando empujé el brazo doblado hacia arriba en la espalda. Clara observó mi gesto de dolor.

-No empujes con demasiada fuerza -advirtió- o se te van a irritar los tendones. Y encorva los hombros un poco más al empujar.

Después de realizar el movimiento con el brazo derecho, sentí que me ardían los músculos en los muslos, por tener las rodillas y los tobillos doblados. Aunque adoptaba la misma posición todos los días en las prácticas de kung fu, las piernas me parecían vibrar, como si las atravesase una corriente eléctrica. Clara sugirió que me irguiera y sacudiera las piernas varias veces para liberar la tensión.

Clara recalcó que, en ese pase brujo, girar y empujar los brazos hacia arriba, aunados a la respiración, dirige energía a los órganos del pecho y los vigoriza. Da un masaje a centros profundos y recónditos que rara vez se activan. Voltear la cabeza da masaje a las glándulas del cuello y asimismo abre conductos de energía a la parte de atrás de la cabeza. Explicó que dichos centros, al ser despertados y alimentados por la energía de la respiración, son capaces de descifrar misterios más allá de todo lo imaginable.

-Para el siguiente pase brujo -indicó Clara-, ponte con los pies juntos y mira directamente al frente, como si te hallaras delante de una puerta que estás a punto de abrir.

Me dijo que subiera las manos al nivel de los ojos y enroscara los dedos, como si los estuviese metiendo en los tiradores hundidos de unas puertas corredizas que se abrían a la mitad.

-Lo que abrirás es una grieta en las líneas de energía del mundo -explicó-. Imagínate estas líneas como unos rígidos cordones verticales formando una pantalla delante de ti. Ahora sujeta un puñado de fibras y sepáralas con toda tu fuerza. Sepáralas hasta que la abertura sea lo bastante grande para pasar a través de ella.

Me indicó que, una vez abierto el agujero, debía dar un paso al frente con la pierna izquierda y luego hacer un giro rápido de ciento ochenta grados, con el pie izquierdo como pivote y en dirección contraria a las manecillas del reloj, hasta quedar con la cara hacia el lugar donde empecé. Al girar en esta forma, me envolverían las líneas de energía que había separado.

Para regresar, señaló, debía abrir las líneas de nuevo, separándolas en la misma forma que antes, para luego salir con el pie derecho y, en cuanto hubiera dado el paso, rápidamente girar ciento ochenta grados en la misma dirección que las manecillas del reloj. De este modo, me desenvolvería y estaría otra vez mirando en la misma dirección como al iniciar el pase brujo.

-Este es uno de los pases brujos más poderosos y misteriosos de todos -advirtió Clara-. Nos permite abrir puertas a mundos diferentes, siempre y cuando hayamos ahorrado una suficiente cantidad de energía interior y seamos capaces de realizar el intento del pase.

Su tono y expresión serios me turbaron. No sabía qué esperar si lograse abrir la puerta invisible. Con tono brusco me dio las últimas instrucciones.

-Al entrar -indicó- tu cuerpo debe sentirse enraizado, pesado, lleno de tensión. Pero una vez que te encuentres adentro y te hayas dado la vuelta, debes sentirte ligera y vaporosa, como si estuvieras flotando hacia arriba. Exhala con fuerza, al precipitarte al frente a través de la abertura, y luego inhala lenta y profundamente, llenándote los pulmones por completo con la energía que hay detrás de la pantalla.

Practiqué el pase varias veces, ante la mirada escrutadora de Clara. Sin embargo, sentí que sólo estaba efectuando los movimientos físicos; no percibía las fibras de energía que integraban la pantalla descrita por Clara.

-No estás abriendo la puerta con suficiente fuerza -me corrigió Clara-. Usa tu energía interna, no sólo los músculos de los brazos. Arroja el aire rancio y mete el estómago al precipitarte al frente. Una vez adentro, respira todas las veces que puedas, pero manténte alerta. No te quedes más tiempo del necesario.

Me armé de toda mi fuerza y con las dos manos me agarré del aire. Clara se colocó detrás de mí, me sostuvo

los antebrazos y les dio un tremendo jalón hacia los lados. En el acto sentí que se habían abierto unas puertas corredizas. Exhalé con fuerza y me precipité a través de ellas; más bien, Clara me dio un empujón por detrás, impulsándome al frente. Me acordé de voltearme y respirar profundamente, pero por un instante me preocupó la idea de que no fuera a saber cuándo salir. Clara lo percibió y me indicó cuándo dejar de respirar y cuándo salir.

-Al practicar este pase brujo tú sola -dijo Clara-, aprenderás a realizarlo a la perfección. Pero ten cuidado. Puede pasar toda clase de cosas una vez que atravieses la abertura. Recuerda que debes ser cautelosa y al mismo tiempo audaz.

-¿Cómo sabré distinguir entre las dos cosas? -pregunté. Clara se encogió de hombros.

-No lo sabrás así nomás. Desafortunadamente, sólo nos tornamos prudentes después de haber sufrido un descalabro.

Agregó que la cautela sin cobardía depende de nuestra capacidad para controlar la energía interior y dirigirla hacia los conductos de reserva, de modo que esté disponible cuando la necesitemos para realizar acciones extraordinarias.

-Al disponer de la suficiente energía interior es posible lograr cualquier cosa -afirmó Clara-, pero debemos ahorrarla y refinarla. Practiquemos juntas algunos de los pases brujos que has aprendido y veamos si puedes ser cautelosa sin ser cobarde y convocar el mundo de las sombras.

Percibí una ola de energía que empezó como una serie de pequeños círculos en mi vientre. Al principio pensé que era miedo, pero mi cuerpo no se sentía asustado. Era como si una fuerza impersonal, sin deseo ni sentimientos, estuviese despertando en mi interior, avanzando desde dentro hacia fuera. Conforme ascendió, la parte superior de mi espalda se sacudió involuntariamente.

Clara se dirigió al centro del patio y la seguí. Empezó a efectuar algunos pases brujos, despacio para que pudiese seguirla.

-Cierra los ojos -susurró-. Con los ojos cerrados es más fácil mantener el equilibrio, usando las líneas de energía que ya están ahí.

Cerré los ojos y empecé a moverme al unísono de Clara. No me costó trabajo seguir sus indicaciones de cambios de posición, pero tuve dificultades para mantener el equilibrio. Estaba consciente de que esto se debía a mi esfuerzo exagerado por efectuar los movimientos correctamente. Era como la vez que había tratado de caminar con los ojos cerrados y que tropecé continuamente, debido a mi desesperado deseo de hacerlo bien. Poco a poco mi deseo de sobresalir fue disminuyendo y mi cuerpo se tornó más flexible e impalpable. Conforme seguíamos moviéndonos, me relajé al grado de sentir que carecía de huesos y articulaciones. Al levantar los brazos sobre la cabeza, tenía la impresión de poder estirarlos hasta las copas de los árboles. Al doblar las rodillas y bajar mi peso, una ola de energía se precipitaba hacia abajo, a través de mis pies. Sentí que me habían salido raíces. Unas líneas se extendían desde las plantas de mis pies hasta las profundidades de la tierra, proporcionándome una estabilidad nunca antes sentida. Gradualmente se disolvió el límite entre mi cuerpo y sus alrededores. Con cada pase que realizaba, mi cuerpo parecía derretirse y fundirse con la oscuridad, hasta que empezó a moverse y respirar solo.

Escuchaba a Clara respirar a mi lado, efectuando los mismos pases. Con los ojos cerrados sentí su figura y posiciones. En un momento dado sucedió lo más insólito de todo. Percibí una luz que se encendía al interior de mi frente. No obstante, al levantar la vista cobré conciencia de que la luz en realidad no se encontraba en mi interior. Provenía de la cima de los árboles, como si se hubiese prendido un enorme tablero de luces eléctricas en la noche, para iluminar un estadio al aire libre. No tenía ningún problema para ver a Clara y todo lo que había en el patio y alrededor de éste.

La luz poseía un matiz sumamente extraño; no lograba determinar si estaba teñida de rosa azulado, rosa o durazno o si era un pálido color terracota. En algunos sitios parecía cambiar de intensidad, dependiendo del lugar que enfocaba con la vista.

-No muevas la cabeza -dijo Clara, mirándome de un modo extraño-. Y sigue con los ojos cerrados. Sólo concéntrate en tu respiración.

No comprendí por qué, si me veía que tenía los ojos muy abiertos, me pedía que los dejara cerrados. Traté de determinar la coloración de la luz, porque parecía cambiar con cada movimiento de mi cabeza. Su intensidad fluctuaba, de acuerdo con la concentración con que la miraba. El fulgor a mi alrededor me absorbió a tal grado que perdí el ritmo de la respiración. Luego, en forma tan repentina como se había prendido, la luz se apagó de nuevo y quedé sumida en la oscuridad total.

-Vayamos a la cocina a calentar un poco de caldo -dijo Clara, dándome un empujoncito.

Vacilé. Me sentía desorientada, fuera de lugar. Tenía el cuerpo tan pesado que debía estar sentada.

-Puedes abrir los ojos ya -indicó Clara.

No recordaba haber tenido nunca tantos problemas para abrir los ojos como en ese momento. Pareció tardar una eternidad. Justo cuando lograba abrirlos, otra vez se me caían los párpados hasta cerrarse. Este abrir y cerrar pareció prolongarse por mucho tiempo, hasta que sentí a Clara sacudiéndome los hombros.

-Taisha, ¡abre los ojos! -ordenó-. Ni te atrevas a desmayarte. ¿Me escuchas?

Sacudí la cabeza para despejarla y los ojos se me abrieron de golpe. Los había tenido cerrados todo el tiempo. Todo estaba oscuro alrededor, pero se filtraba suficiente luz de la luna a través del follaje para permitirme distinguir la silueta de Clara. Nos encontrábamos sentadas debajo del árbol, en las dos sillas de ratán del patio.

-¿Cómo llegué aquí? -pregunté, ofuscada.

-Caminaste hasta aquí y te sentaste -respondió Clara en tono prosaico.

-¿Pero qué pasó? Hace unos instantes había luz. Veía todo con claridad.

-Lo que pasó es que entraste al mundo de las sombras -dijo Clara en tono congratulatorio-. Supe por el ritmo de tu respiración que estabas allí. Pero no quise asustarte en ese momento pidiéndote que vieras tu sombra. De haberla mirado, hubieras sabido que...

En el acto comprendí lo que Clara estaba insinuando.

-No había sombras -exclamé-. Había luz, pero nada tenía sombra.

Clara asintió con la cabeza.

-Hoy has aprendido algo de auténtico valor, Taisha. ¡En los mundos fuera de éste no existen las sombras!

12

Después de más de ocho meses de practicar la recapitulación fielmente, ya lo podía hacer durante todo el día sin irritarme ni distraerme. Un día me estaba representando mentalmente los edificios, salones y maestros de mi último año de preparatoria. Me dejé llevar tanto por mi recorrido a lo largo de los pasillos y por ver dónde se sentaban mis compañeros que terminé hablando conmigo misma.

-Si hablas contigo misma, no podrás respirar correctamente -escuché decir a un hombre.

Me sobresalté tanto que pegué con la cabeza en la pared de la cueva. Abrí los ojos. La imagen del salón se desvaneció al voltearme para mirar hacia la desembocadura de la cueva. Había un hombre en cuclillas perfilado delante de ella. De inmediato supe que se trataba del maestro brujo, del hombre al que una vez había visto en los cerros. Llevaba el mismo rompevientos verde y los mismos pantalones, pero ahora pude distinguir su perfil; tenía la nariz protuberante y la frente ligeramente inclinada.

-No me mires fijamente -lo escuché decir. Su voz era baja y murmuraba como un arroyo al pasar sobre la grava-. Si quieres aprender más acerca de la respiración, permanece muy tranquila y recobra el equilibrio.

Seguí respirando profundamente hasta que su presencia dejó de asustarme y sentí alivio, en cambio, por llegar a conocerlo al fin. Se sentó con las piernas cruzadas a la entrada de la cueva y se inclinó del mismo modo en que Clara siempre lo hacía.

-Tus movimientos son demasiado erráticos -indicó con un bajo murmullo-. Respira así.

Inhaló profundamente al voltear la cabeza de manera suave a la izquierda. Luego exhaló el aire por completo mientras en forma continua volteaba la cabeza a la derecha. Finalmente movió la cabeza del hombro derecho al izquierdo y otra vez al derecho sin respirar, y luego al centro. Imité sus movimientos, inhalando y exhalando de la manera más completa posible.

-Así está mejor -dijo-. Al exhalar, arroja fuera de ti todos los pensamientos y sentimientos que estés repasando. Y no muevas la cabeza sólo con los músculos del cuello. Guíala con las líneas invisibles de energía que emanan de tu abdomen. Hacer que broten esas líneas es uno de los logros de la recapitulación.

Explicó que justo debajo del ombligo se encuentra un centro clave de poder y que todos los movimientos del cuerpo, la respiración inclusive, debían recurrir a ese punto de energía. Sugirió que sincronizara el ritmo de mi respiración con el giro de la cabeza, para en conjunto lograr que las líneas invisibles de energía de mi abdomen se extendiesen hacia el exterior, hasta el infinito.

-¿Forman esas líneas parte de mi cuerpo o he de imaginarlas? -pregunté.

Cambió de posición antes de responder.

-Esas líneas invisibles forman parte de tu cuerpo blando, de tu doble -explicó-. Entre más energía hagas salir mediante la manipulación de esas líneas, más fuerza adquirirá tu doble.

-Lo que quiero saber es si son reales o sólo imaginarias.

-Al expandirse la percepción, ya nada es real y nada es imaginario -contestó-. Sólo existe la percepción. Cierra los ojos y entérate por ti misma.

No quería cerrar los ojos; quería ver qué estaba haciendo él, por si hacía algo repentino. Pero mi cuerpo se puso lacio y pesado y mis ojos empezaron a cerrarse, pese a mis esfuerzos por mantenerlos abiertos.

-¿Qué es el doble? -logré preguntar antes de perderme en un estupor soñoliento.

-Es una buena pregunta -replicó-. Significa que una parte de ti aún está alerta y escuchando.

Lo sentí inhalar profundamente, inflando el pecho.

-El cuerpo físico es una envoltura, un envase, si tú quieres -dijo después de exhalar lentamente-. Al concentrarte en tu respiración, puedes lograr que el cuerpo sólido se disuelva, de manera que sólo quede la parte blanda y etérea.

Se corrigió, diciendo que el cuerpo físico no se disuelve sino que, al cambiar la fijación de nuestra conciencia, empezamos a entender que nunca fue sólido. Este entendimiento es la inversión exacta de lo que tuvo lugar conforme madurábamos. De bebés estábamos totalmente conscientes de nuestro doble; al crecer, aprendimos a poner un énfasis cada vez mayor en el lado físico, y menos en nuestro ser etéreo. De adultos ignoramos por completo que existe en nosotros un lado blando.

-El cuerpo blando es una masa de energía -explicó-. Sólo estamos conscientes de su dura envoltura exterior. Cobramos conciencia del lado etéreo al permitir que nuestro intento vuelva a él.

Recalcó que nuestro cuerpo físico se encuentra inextricablemente vinculado con su contraparte etérea, pero que este vínculo ha sido empañado por nuestros pensamientos y sentimientos, los cuales se enfocan de manera exclusiva en el cuerpo físico. A fin de desplazar la conciencia de nuestra apariencia dura a la contraparte fluida, primero debemos disolver la barrera que separa estos dos aspectos de nuestro ser.

Quise preguntar cómo se logra eso, pero me resultó imposible dar voz a mis pensamientos.

-La recapitulación ayuda a disolver nuestras ideas preconcebidas -dijo, respondiendo a mi pregunta-, pero se requiere habilidad y concentración para entrar en contacto con el doble.

En este momento estás usando tu parte etérea hasta cierto grado. Te encuentras medio dormida, pero una parte de ti está despierta y alerta; me escucha y percibe mi presencia.

Me advirtió que la liberación de la energía encerrada en nuestro interior entraña un considerable peligro, porque el doble es vulnerable y resulta fácil lastimarlo en el proceso de desplazar nuestra conciencia hacia él.

-Es posible crear una abertura en la red etérea, inadvertidamente, y perder vastas cantidades de energía -me advirtió-, energía valiosa necesaria para mantener cierto grado de claridad y control sobre la vida.

-¿Qué es la red etérea? -balbucí, como si estuviera hablando dormida.

-La red etérea es la luminosidad que rodea al cuerpo físico -explicó-. Esta malla de energía es desgarrada por completo en el curso de la vida diaria. Enormes porciones de ella se pierden o se entrelazan con las bandas de energía de otras personas. Si alguien pierde demasiada fuerza vital, se enferma o muere.

Su voz me arrulló a tal grado que me encontré respirando desde el abdomen, como si estuviese profundamente dormida. Estaba recostada en la pared de la cueva, pero no sentía su dureza.

-La respiración funciona tanto en el nivel físico como en el etéreo -explicó-. Repara cualquier daño sufrido por la red etérea y la mantiene fuerte y flexible.

Quise preguntar algo acerca de mi recapitulación, pero no pude encontrar las palabras; parecían demasiado remotas. Sin que yo hiciera la pregunta, otra vez me proporcionó la respuesta.

-Es esto lo que has hecho con tu recapitulación durante todos estos meses. Estás recuperando los filamentos de energía que se perdieron de tu red etérea o que quedaron enredados a consecuencia de tu interacción con tus semejantes en tu vida cotidiana. Al encontrarse en esta interacción, estás recuperando todo lo que dejaste disperso a lo largo de veinte años y en miles de lugares.

Quise preguntar si el doble tenía una forma o color específicos. Estaba pensando en las auras. No respondió. Tras un largo silencio, abrí los ojos a la fuerza y vi que me encontraba sola en la cueva. Desde la oscuridad, me esforcé por penetrar la luz en la desembocadura frente a la cual lo había visto perfilado. Sospeché que se había apartado y que se encontraba cerca, esperando a que yo saliera. Mientras seguía atenta, apareció una mancha brillante de luz que se cernía a unos sesenta centímetros de mí. La ilusión me sobresaltó, pero al mismo tiempo me cautivó, de manera que no pude apartar los ojos de ella. Tenía la certeza irracional de que la luz estaba viva y consciente y sabía que yo tenía la atención puesta en ella. De súbito la esfera resplandeciente se expandió al doble de su tamaño y la envolvió un aro de intenso color morado.

Asustada, apreté los ojos fuertemente con la esperanza de que la luz desapareciera, a fin de que pudiese salir de la cueva sin tener que atravesarla. Estaba sudando, y el corazón me latía con fuerza. Sentía la garganta seca y oprimida. Con enorme esfuerzo hice disminuir el ritmo de mi respiración. Cuando abrí los ojos, la luz había desaparecido. Sentí la tentación de explicar todo lo sucedido como un sueño, porque con frecuencia me dormía durante mi recapitulación. Sin embargo, el recuerdo del maestro brujo y de lo dicho por él era tan vivo que estaba casi segura de que todo había sido verdad.

Cautelosamente me salí de la cueva, me puse los zapatos y me dirigí a la casa por el atajo. Clara se encontraba a la puerta de la sala, como si me estuviera esperando. Sin aliento, solté bruscamente que acababa o de hablar con el maestro brujo o de tener un sueño sumamente intenso acerca de él. Sonrió y, con un sutil movimiento de la barbilla, señaló el sillón. Quedé boquiabierta. Ahí estaba el mismo hombre que estuvo conmigo en la cueva unos pocos minutos antes, sólo que vestido de otra manera. Ahora llevaba un suéter gris de botones, una camisa sport y pantalones de vestir.

Era mucho más viejo de lo que me pareció antes, pero también mucho más vital. Me fue imposible precisar su edad; podía tener, de igual manera, cuarenta o setenta años. Parecía ser dueño de una fuerza extraordinaria, y no era ni flaco ni corpulento. Era moreno y de rasgos indígenas. Tenía la nariz aguileña, la boca fuerte, una barbilla cuadrada y brillantes ojos negros, con la misma intensa mirada que había observado en la cueva. Una mata gruesa y lustrosa de cabello blanco acentuaba sus facciones. El efecto extraordinario de su cabello era que no lo convertía en un anciano, como suelen hacerlo las canas. Recordé lo viejo que empezó a verse mi padre cuando su cabello adquirió un tono plateado y cómo lo ocultó con tintes y sombreros, pero fue en vano, porque tenía la vejez grabada en el rostro, en las manos y en todo el cuerpo.

-Taisha, permíteme presentarte. Este es el señor Juan Miguel Abelar -me dijo Clara.

El hombre se puso de pie cortésmente y alargó la mano.

-Me da mucho gusto conocerte, Taisha -dijo en un inglés perfecto mientras me estrechaba la mano fuertemente.

Quise preguntarle qué hacía ahí, cómo pudo cambiarse de ropa tan rápidamente y si realmente había estado en la cueva o no. Otra docena de preguntas también daba vueltas a mi cabeza, pero me encontraba demasiado alterada e intimidada para dar voz a alguna de ellas. Fingí estar calmada y ni por un instante creí revelar lo perturbada que en realidad me sentía. Comenté sobre lo bien que hablaba el inglés y la claridad con la que se había expresado al hablar conmigo en la cueva.

-Qué amable eres -respondió, con una sonrisa cautivadora-, pero debería hablar bien el inglés. Soy un yaqui. Nací en Arizona.

-¿Vive usted en México, señor Abelar? -pregunté torpemente.
-Sí. Vivo en esta casa -replicó-. Vivo aquí con Clara.
La miró en una forma que sólo puedo describir como afecto puro. No supe qué decir. Me sentí cohibida, apenada por alguna misteriosa razón.
-No somos marido y mujer -dijo Clara, como para tranquilizarme, y los dos rompieron a reír.
En lugar de aligerar las cosas, su risa me hizo sentir más cohibida aún. Entonces reconocí, consternada, la emoción que estaba sintiendo: celos puros. Debido a un inexplicable impulso posesivo, sentía que él era mío. Traté de ocultar mi bochorno haciendo rápidamente algunas preguntas triviales.
-¿Lleva mucho tiempo de vivir aquí en México?
-Sí, así es -dijo.
-¿Piensa volver a Estados Unidos?
Fijó sus ojos ardientes en mí, luego sonrió y dijo, de una manera encantadora:
-Esos detalles no tienen importancia, Taisha. ¿Por qué no me preguntas acerca del tema que tratamos en la cueva? ¿Hay algo que no haya quedado claro?
Por sugerencia de Clara, nos sentamos; Clara y yo en el sofá y el señor Abelar en el sillón. Le pedí que me hablara más acerca del doble. El concepto me interesaba sobremanera.
-Algunas personas son maestros del doble -empezó-. No sólo pueden fijar la conciencia en él sino también impulsarlo a la acción. Sin embargo, la mayoría de nosotros ni siquiera está consciente de la existencia de nuestro lado etéreo.
-¿Qué hace el doble? -pregunté.
-Todo lo que queramos; puede saltar encima de los árboles, volar por el aire, hacerse grande o pequeño o adoptar la forma de un animal. Puede percatarse de los pensamientos de la gente o convertirse en un pensamiento y lanzarse, en un instante, sobre vastas distancias.
-Incluso puede actuar como el yo -interpuso Clara, mirándome de frente-. Si sabes usarlo, puedes aparecerte delante de alguien y hablar con él, como si realmente estuvieras ahí.
El señor Abelar asintió con la cabeza.
-En la cueva percibiste mi presencia por medio de tu doble. Sólo cuando tu razón despertó dudaste de que la experiencia hubiese sido verdadera.
-Lo sigo dudando -indiqué-. ¿De veras estuvo usted ahí?
-Por supuesto -replicó, guiñándome el ojo-, tanto como ahora estoy aquí.
Por un instante me pregunté si estaría soñando en ese momento. Sin embargo, mi razón me aseguró que eso no era posible. Sólo para estar completamente segura, toqué la mesa; se sentía sólida.
-¿Cómo lo hizo? -pregunté, recostándome en el sofá.
El señor Abelar guardó silencio por un momento, como si estuviera eligiendo sus palabras.
-Suelto mi cuerpo físico y dejo que mi doble se haga cargo -indicó-. Si nuestra conciencia está ligada al doble, no nos afectan las leyes del mundo físico; más bien nos gobiernan fuerzas etéreas. Pero cuando la conciencia se encuentra ligada al cuerpo físico, nuestros movimientos son limitados por la gravedad y otras restricciones.
Seguía sin entender si eso significaba que era posible encontrarse en dos sitios al mismo tiempo. Pareció darse cuenta de mi confusión.
-Clara me dice que te interesan las artes marciales -indicó el señor Abelar-. La diferencia entre una persona común y corriente y un experto en kung fu es que este último ha aprendido a controlar su cuerpo blando.
-Mis profesores de karate solían decir lo mismo -afirmé-. Insistían en que las artes marciales entrenaban el lado blando del cuerpo, pero nunca entendí qué querían decir con ello.
-Probablemente querían decir que cuando un experto ataca, dirige sus golpes contra los puntos vulnerables en el cuerpo blando del enemigo -replicó-. Lo destructivo no es la fuerza de su cuerpo físico sino la grieta que produce en el cuerpo etéreo del enemigo. Puede lanzar dentro de esa grieta una fuerza que desgarra la red etérea y ocasiona daños mayores. Una persona puede recibir lo que en ese momento sólo parece un pequeño golpe, pero horas, quizá días más tarde, llega a morir del golpe.
-Es cierto -asintió Clara-. No te dejes engañar por los movimientos externos ni por lo que ves. Lo que no ves es lo que importa.
Con frecuencia había escuchado a mis profesores de karate hacer relatos semejantes. Al preguntarles cómo se realizaban esas hazañas, no pudieron darme una explicación coherente. En ese entonces creí que se debía al hecho de que mis maestros eran japoneses e incapaces de expresar pensamientos tan intrincados en inglés. Ahora el señor Abelar estaba explicando algo semejante y, pese a que su dominio del inglés era perfecto, no entendí a qué se refería con el cuerpo blando o doble ni cómo se usaban sus misteriosos poderes.
Me pregunté si el señor Abelar practicaría artes marciales, pero antes de que pudiera indagar al respecto él continuó.
-Los verdaderos expertos en artes marciales, según Clara me los ha descrito de cuando se entrenó en China,

controlan su cuerpo blando -indicó-. Y éste es controlado no por el intelecto sino por el intento. No hay forma de pensar en él ni de entenderlo de manera racional. Hay que sentirlo, puesto que está ligado a unas líneas luminosas de energía que atraviesan el universo en todas direcciones -se tocó la cabeza y señaló hacia arriba-. Por ejemplo, una línea de energía que se extiende hacia arriba desde la parte superior de la cabeza le da al doble su propósito y dirección. Esa línea suspende y jala al doble hacia donde quiera ir. Si quiere ir hacia arriba, sólo tiene que dirigir su intento hacia arriba. Si quiere hundirse en el suelo, dirige su intento hacia abajo. Es así de sencillo.

Clara me preguntó si recordaba lo que me había dicho en el jardín el día que hicimos los ejercicios de respiración con el sol: de cómo era necesario proteger siempre la corona de la cabeza. Le dije que lo recordaba tan claramente que desde entonces me daba miedo salir de la casa sin sombrero. Me preguntó si le estaba siguiendo el hilo a lo que decía el señor Abelar. Le aseguré que no tenía ningún problema en entenderlo, aunque no comprendiera los conceptos que manejaba. Paradójicamente, lo que estaba diciendo se me hacía incomprensible, pero al mismo tiempo familiar y creíble. Clara asintió con la cabeza y dijo que eso se debía al hecho de que estaba hablando directamente con una parte de mí que no era del todo racional y que tenía la capacidad de captar las cosas de manera directa, sobre todo si un brujo le hablaba en esta forma.

Clara estaba en lo cierto. El señor Abelar tenía algo que me tranquilizaba aún más que Clara. No se debía a su forma de ser cortés y afable, sino a algo en la intensidad de su mirada que me obligaba a escuchar y a seguir sus explicaciones, pese al hecho de que, desde el punto de vista racional, parecían carecer de sentido. Y yo hacía preguntas como si supiera de qué me estaba hablando.

-¿Podré entrar en contacto con mi cuerpo blando algún día? -pregunté al señor Abelar.

-La pregunta es, Taisha, si quieres entrar en contacto con él.

Vacilé por un instante. Mi recapitulación me había enseñado que soy complaciente y cobarde y que mi primera reacción es evitar todo lo que resulta demasiado gravoso o alarmante. Sin embargo, también me animaba una curiosidad intensa por tener experiencias excepcionales y, tal como Clara me lo indicara una vez, poseía cierta audacia temeraria.

-El doble me inspira mucha curiosidad -dije-, así que definitivamente quiero entrar en contacto con él.

-¿A cualquier precio?

-El que sea, menos vender mi cuerpo -repliqué vacilantemente.

Al escucharme, los dos rompieron a reír con tal fuerza que pensé que iban a convulsionarse ahí mismo en el piso. No lo había dicho como chiste, porque realmente no estaba segura de los planes secretos que tuviesen conmigo. Como si estuviera consciente de mi tren de pensamientos, el señor Abelar dijo que era hora de revelarme ciertas premisas de su mundo. Se irguió y adoptó un semblante serio.

-Los líos entre hombres y mujeres ya no nos conciernen -dijo-. Eso significa que no nos interesan la moralidad, la inmoralidad ni la amoralidad del hombre. Toda nuestra energía se vierte en la exploración de nuevos caminos.

-¿Puede darme un ejemplo de un nuevo camino, señor Abelar? -pregunté.

-Claro que sí. ¿Qué tal la tarea a la que estás dedicada, la recapitulación? La razón por la que te estoy hablando ahora es porque por medio de recapitular has ahorrado energía suficiente para franquear ciertos límites físicos. Has percibido, aunque sólo sea por un instante, cosas inconcebibles que no forman parte de tu inventario normal, según diría Clara.

-Mi inventario normal es bastante raro -le advertí-. Al recapitular el pasado, he empezado a comprender que estaba loca. De hecho, aún estoy loca. La prueba de ello es que me encuentro aquí y no sé si estoy despierta o soñando.

Al escucharme, los dos rompieron a reír otra vez, como si estuvieran viendo un programa cómico y el comediante acabara de llegar a la culminación de su chiste.

-Sé muy bien lo loca que estás -afirmó el señor Abelar de manera contundente-. Pero no porque estés aquí con nosotros. Más que loca eres imprudente y te consientes a ti misma. No obstante, desde el día en que llegaste aquí, al contrario de lo que te pueda parecer, has mejorado tu conducta. Para ser justo, diría que algunas de las cosas que has hecho, según me cuenta Clara, como entrar a lo que llamamos el mundo de las sombras, no son ni imprudencia ni locura. Son un nuevo camino, algo innombrable e inconcebible desde el punto de vista del mundo normal.

Se produjo un largo silencio que me hizo retorcerme, inquieta. Quería decir algo para romper el hechizo, pero no se me ocurrió nada. Lo peor fue que el señor Abelar no dejaba de echarme miraditas de reojo. Luego le susurró algo a Clara y los dos se rieron quedo, lo cual me irritó sobremanera, porque no dudé en lo más mínimo que se estaban riendo de mí.

-Tal vez sea mejor que me vaya a mi cuarto -dije, poniéndome de pie.

-Siéntate, aún no hemos terminado -ordenó Clara.

-No tienes idea de cuánto apreciamos el que estés aquí con nosotros -indicó el señor Abelar de repente-. Te encontramos chistosa porque eres tan excéntrica. Pronto conocerás a otro miembro de nuestro grupo, a alguien

que es igual de excéntrica que tú, pero mucho mayor. Verte a ti nos la recuerda cuando era joven. Por eso nos reímos. Por favor, perdónanos.

Aborrecía que se rieran de mí, pero la disculpa del señor Abelar fue tan sincera que la acepté. A continuación reanudó su plática acerca del doble, como si no se hubiera hablado de otra cosa.

-Al abandonar nuestras ideas sobre el cuerpo físico, poco a poco o de golpe -dijo-, la conciencia empieza a desplazarse a nuestro lado blando. A fin de facilitar este desplazamiento, nuestro lado físico debe permanecer completamente quieto, suspendido, como si estuviera profundamente dormido. La dificultad radica en convencer a nuestro cuerpo físico de cooperar, porque rara vez quiere abandonar el control.

-¿Cómo se hace para soltar el cuerpo físico entonces? -pregunté.

-Hay que engañarlo -contestó-. Dejar creer al cuerpo que se encuentra profundamente dormido; aquietarlo de manera deliberada, apartando la conciencia de él. Cuando el cuerpo y la mente reposan, el doble despierta y se pone a cargo.

-No entiendo -dije.

-No te hagas la idiota, Taisha -dijo Clara bruscamente-. Debes haberlo hecho en la cueva. Para percibir al nagual, debes haber usado tu doble. Estabas dormida y consciente al mismo tiempo.

Lo que me llamó la atención de las palabras de Clara fue la forma en que se refirió al señor Abelar. Lo llamó "el nagual". Pregunté qué significaba la palabra.

-Juan Miguel Abelar es el nagual -replicó orgullosamente-. Es mi guía; la fuente de mi vida y bienestar. No es mi hombre en ningún sentido concebible de la palabra, y no obstante es el amor de mi vida. Cuando él sea todo eso para ti, entonces también será el nagual para ti. Mientras tanto, que quede como el señor Abelar o incluso Juan Miguel.

El señor Abelar se rió, como si Clara sólo lo hubiera dicho en broma, pero Clara me sostuvo la mirada el tiempo suficiente para darme a entender que cada palabra era en serio.

El silencio que se estableció a continuación fue roto, finalmente, por el señor Abelar.

-A fin de activar al cuerpo blando, primero debes abrir ciertos centros de tu cuerpo que funcionan como compuertas -continuó-. Cuando todas las compuertas estén abiertas, el doble podrá salir de su cubierta protectora. De otro modo, permanecerá encerrado para siempre dentro de su caparazón exterior.

Pidió a Clara que sacara un petate del closet. Lo extendió en el piso y me indicó que me acostara boca arriba con los brazos en los costados.

-¿Qué me va a hacer? -pregunté, recelosa.

-No lo que tú crees -replicó bruscamente.

Clara se rió.

-Taisha desconfía mucho de los hombres -le explicó al señor Abelar.

-De poco le ha servido -contestó, cohibiéndome por completo. Luego se volvió hacia mí y explicó que me enseñaría un método sencillo para desplazar la conciencia del cuerpo físico a la red etérea que lo rodea.

-Acuéstate y cierra los ojos, pero no te duermas -ordenó.

Apenada, obedecí, sintiéndome curiosamente vulnerable acostada ahí delante de ellos. Se arrodilló a mi lado y me habló con voz suave.

-Imagínate unas líneas extendidas desde tu cuerpo hacia los lados, empezando por los pies -indicó.

-¿Y si no puedo imaginármelas?

-Claro que podrás, si quieres -dijo-. Con toda tu fuerza dirige tu intento a la creación de esas líneas.

Explicó que en realidad no se trataba de imaginar las líneas, sino del misterioso acto de sacarlas de los lados del cuerpo, empezando por los dedos de los pies y continuando hasta la corona de la cabeza. Dijo que también debía sentir unas líneas que emanaban de las plantas de mis pies y se hundían en el suelo, e iban hacia mi cabeza, envolviendo mi cuerpo a todo su largo hasta la parte de atrás de mi cabeza; y otras líneas que irradiaban de mi frente, hacia arriba y bajaban por el frente de mi cuerpo hasta los pies, formando así una red o capullo de energía luminosa.

-Practícalo hasta que puedas soltar tu cuerpo físico y fijar tu atención a voluntad en tu red luminosa -dijo-. Con el tiempo un solo pensamiento bastará para extender y sostener esa red.

Traté de relajar mis músculos. Su voz tenía efectos sedantes, una cualidad hipnotizante; a veces parecía provenir de muy cerca, y luego desde muy lejos. Me advirtió que si en alguna parte de mi cuerpo la red se sentía apretada o resultaba difícil extender las líneas o éstas se enroscaban, era ahí donde tenía el cuerpo débil o herido.

-Puedes sanar esas partes permitiendo que el doble extienda la red etérea -dijo.

-¿Cómo se hace eso?

-Dirigiendo tu intento, pero no con los pensamientos -indicó-. Dirige tu intento con el intento, que es la capa debajo de los pensamientos. Escucha con cuidado, búscalo debajo de tus pensamientos, lejos de ellos. El intento está tan alejado de los pensamientos que no podemos hablar de él; ni siquiera lo sentimos. Pero definitivamente podemos usarlo.

No podía ni siquiera concebir cómo dirigir mi intento con mi intento. El señor Abelar dijo que no debía costarme demasiado trabajo extender mi red, porque a lo largo de los últimos meses, durante mi recapitulación, había estado proyectando ese tipo de líneas etéreas, sin saberlo. Sugirió que empezara por concentrarme en mi respiración. Después de un tiempo que parecieron horas, durante el cual creo que me dormí una o dos veces, por fin percibí un intenso calor hormigueante en los pies y la cabeza. El calor se expandió hasta formar un aro que envolvía mi cuerpo a todo su largo.

Con voz suave, el señor Abelar me recordó que fijara la atención en el calor externo de mi cuerpo y que tratara de extenderlo, empujándolo hacia afuera desde el interior y permitiendo que se expandiera.

Me concentré en mi respiración hasta que todo vestigio de tensión desapareció dentro de mí. Al relajarme más aún, dejé que el calor hormigueante buscara su propio curso; no se movió hacia afuera ni se expandió; en cambio, se contrajo, hasta que tuve la sensación de estar acostada sobre un globo gigantesco que flotaba en el espacio. Experimenté un momento de pánico; dejé de respirar y por un instante empecé a asfixiarme. Entonces algo afuera de mí se hizo cargo y empezó a respirar por mí. Me envolvieron olas de energía arrulladora que se expandieron y contrajeron hasta que todo oscureció a mi alrededor y ya no pude fijar la conciencia en nada.

13

Desperté con la voz de Clara, que me decía que me incorporara. Tardé mucho tiempo en reaccionar; en primer lugar, porque estaba totalmente desorientada, y en segundo, porque tenía las piernas dormidas. Al notar mis dificultades, Clara me sujetó de los brazos, me jaló al frente y me metió unas almohadas detrás de la espalda, para que pudiera mantenerme sentada sin su ayuda. Me encontraba en mi cama y traía puesto mi camisón. Por la luz supe que la tarde ya estaba avanzada.

-¿Qué pasó? -murmuré-. ¿Dormí toda la noche?

-Así es -replicó Clara-. Estaba preocupada por ti. Perdiste el control y pasaste a un limbo perceptual. Nadie pudo establecer contacto contigo. Así que decidimos dejarte dormir hasta que salieras de ello.

Me incliné al frente y me froté las piernas hasta que desapareció la sensación hormigueante. Aún me sentía mareada y extrañamente enervada.

-Tienes que hablar conmigo hasta que vuelvas a ser tú misma -dijo Clara en su tono más autoritario-. Esta es una de las ocasiones en que te servirá hablar.

-No tengo ganas de hablar -consteté, dejándome caer otra vez sobre las almohadas. Había empezado a sudar frío y mis miembros se sentían lacios, como de hule-. ¿Me hizo algo el señor Abelar?

-No en mi presencia -replicó Clara, riéndose jovialmente de su propio chiste. Me agarró las manos y les frotó el dorso, tratando de revivirme.

No estaba de humor para la frivolidad.

-¿Qué pasó en realidad, Clara? -pregunté-. No recuerdo nada.

Se instaló cómodamente en la orilla de la cama.

-Tu primer encuentro con el nagual fue demasiado para ti -dijo Clara-. Estás demasiado débil; eso fue lo que pasó. Pero no quiero que pienses en eso, porque te desanimas con demasiada facilidad. Además, no quiero que leas entre líneas, como eres dada a hacerlo, y que vayas a sacar las conclusiones equivocadas.

-Puesto que ni sé lo que está pasando, ¿cómo voy a leer entre líneas? -pregunté, mientras me castañeaban los dientes.

-Estoy segura de que encontrarías el modo -suspiró Clara-. Eres particularmente experta en sacar conclusiones precipitadas y por desgracia sueles equivocarte. Y no importa que no sepas qué está pasando. Siempre supones que sí lo sabes.

Debí admitir que aborrecía las situaciones ambiguas. Siempre me ponían en desventaja. Quería saber lo que estaba pasando para hacer frente a todas las contingencias.

-Tu madre te enseñó a ser una mujer perfecta -dijo Clara-. Las mujeres perfectas infieren de la simple observación de lo que las rodea todo lo que necesitan saber, especialmente si hay un macho en la escena. Son capaces de anticiparse a los deseos más sutiles de éste. Siempre están conscientes de los cambios en su estado de ánimo, porque creen que estos cambios se deben a algo que ellas mismas dijeron o hicieron. Por consiguiente, creen que les corresponde apaciguar a su hombre.

Después de haberme visto, por medio de la recapitulación, actuar en esa forma una y otra vez, debí admitir, mortificada, que Clara tenía razón. Estaba bien entrenada. Una mirada, un suspiro o un tono de voz de mi padre bastaban para revelarme exactamente lo que estaba pensando o sintiendo. Lo mismo era cierto con respecto a mis hermanos. Yo reaccionaba a las señales más sutiles de su parte. Lo peor era que sólo tenía que imaginarme que yo no le agradaba a un hombre para ser capaz de hacer cualquier cosa a fin de complacerlo.

Clara me tocó el costado suavemente, como para llamar mi atención.

-Si tú y yo hubiéramos estado solas anoche, no te hubieras desmayado en forma tan dramática -dijo, esbozando

una sonrisa sumamente irritante.
-¿Qué estás insinuando, Clara? ¿Que encuentro atractivo al señor Abelar?
-Precisamente. Cuando un hombre está cerca de ti, experimentas una transformación instantánea. Te conviertes en la mujer que haría cualquier cosa con tal de llamar la atención de ese hombre, incluso desmayarse.
-Permíteme decirte que no estoy de acuerdo contigo -contesté-. Realmente no traté de adular al señor Abelar.
-¡Piénsalo! No te pongas a la defensiva -pidió Clara-. No te estoy atacando. Tan sólo te señalo algo que yo también sentía y hacía antes.
En lo más recóndito sabía a qué se refería Clara. El señor Abelar poseía un encanto tan carismático que a pesar de su edad me parecía sumamente atractivo. Sin embargo, preferí no admitirlo, ni para mí misma ni delante de Clara. Para mi alivio, Clara no insistió en el tema.
-Te entiendo perfectamente, porque yo también tuve a mi Juan Miguel Abelar -indicó-. Era el nagual Julián Grau, el ser más apuesto y alegre que ha existido jamás. Era encantador, pícaro y gracioso; realmente inolvidable. Todo el mundo lo adoraba, incluyendo a Juan Miguel y el resto de mi familia. Todos besábamos el suelo que él pisaba.
Se me ocurrió, al escuchar a Clara deshacerse en elogios a su maestro, que había pasado demasiado tiempo en el Lejano Oriente. Siempre me molestó la adoración repugnante que los estudiantes en el mundo del karate profesaban por su profesor o *sensei*. Ellos también besaban el suelo pisado por su profesor, literalmente, bajando las cabezas al piso como muestra de deferencia cada vez que el maestro entraba a la habitación. No se lo dije a Clara, pero me pareció que estaba rebajándose al reverenciar a tal grado a su maestro.
-El nagual Julián nos enseñó todo lo que sabemos -prosiguió, ignorante de mis juicios-. Dedicó su vida a guiarnos hacia la libertad. Dio instrucciones especiales al nagual Juan Miguel Abelar, instrucciones que lo calificaban para ser el nuevo nagual.
-¿Quieres decir, Clara, que los naguales son como reyes? -pregunté, queriendo señalarle el peligro y la falacia de una veneración exagerada.
-No. De ningún modo. Los naguales no tienen ninguna importancia personal -afirmó-. Y es precisamente por esta razón que podemos adorarlos.
-A lo que me refería, Clara, era si heredan su puesto -me corregí rápidamente.
-¡Claro que sí! Definitivamente heredan su puesto, pero no como los reyes. Los reyes son hijos de reyes. Un nagual, en cambio, tiene que ser elegido por el espíritu. A menos que el espíritu lo elija, no puede erigirse en líder. Un nagual, para empezar, es dueño de una energía extraordinaria. Pero no es nagual hasta que es instruido en la regla de los naguales.
Entendí la explicación de Clara, pero me hizo sentir curiosamente incómoda. Al deliberar, comprendí que la parte que me molestaba era que el espíritu tuviese que realizar la selección.
-¿Cómo decide el espíritu a quién elegir? -pregunté.
Clara meneó la cabeza.
-Eso, mi querida Taisha, es un misterio insondable -dijo con voz queda-. Lo único que un nagual puede hacer es cumplir con los mandatos del espíritu o fracasar lastimosamente.
Pensé en el señor Abelar y me pregunté cuáles serían los mandatos para él. Recordé el comentario de Clara de que algún día pudiese yo también considerarlo como el nagual.
-Por cierto, ¿dónde está el señor Abelar? -pregunté, tratando de simular indiferencia.
-Se fue anoche, cuando se dio cuenta de que estabas fuera de combate.
-¿Regresará?
-Claro que sí. Vive aquí.
-¿Dónde, Clara? ¿En el lado izquierdo de la casa?
-Sí. Por el momento está ahí. No en este preciso momento -se corrigió-, pero en estos días. Y a veces vive conmigo del lado derecho de la casa. Yo lo cuido.
Sentí una punzada de celos tan intensa que fue como una ola de energía.
-Dijiste que no es tu esposo, ¿verdad, Clara? -pregunté, con un crispamiento sumamente inquietante en la comisura de la boca.
Clara se rió tan fuerte que rodó hacia atrás sobre la cama, sin aliento.
-El nagual Juan Miguel Abelar ha trascendido todos los aspectos del sexo masculino -me aseguró al incorporarse de nuevo.
-¿A qué te refieres, Clara?
-Quiero decir que ya no es un ser humano. No puedo explicártelo todo, porque carezco de la sutileza necesaria y tú no tienes la capacidad de entenderme. Según yo veo el asunto, fue debido a mi incapacidad para explicar que el nagual te dio esos cristales.
-¿Qué incapacidad, Clara? Te expresas perfectamente bien.
-Entonces eres tú la que no entiendes perfectamente bien.
-Eso es idiota, Clara.

-¿Entonces por qué no puedo hacerte entender qué somos y qué es lo que tenemos en mente para ti?
Respiré profundamente varias veces para calmar mi estómago nervioso.
-¿Qué tienen en mente para mí, Clara? -pregunté, nuevamente presa del pánico.
-Es muy difícil hablar de eso -contestó-. Tú y yo definitivamente pertenecemos a la misma tradición. Eres una parte integral de lo que nosotros somos. Por eso estamos obligados a instruirte.
-¿A quiénes te refieres con "nosotros"? ¿A ti y al señor Abelar? Clara se tomó un momento, como para darse tiempo de contestar correctamente.
-Como ya te lo he dicho, somos más de dos -indicó-. De hecho, ni soy tu maestra. Tampoco lo es el nagual Juan Miguel. Otra persona lo es.
-Espera, espera, Clara. Me estás confundiendo otra vez. ¿Quién es esa otra persona a la que te refieres?
-Otra mujer como tú, pero mayor en edad e infinitamente más poderosa. Yo sólo soy una auxiliar. Estoy a cargo de prepararte, de lograr que ahorres suficiente energía por medio de tu recapitulación para que puedas conocer a esta otra persona. Y créeme, su presencia es mucho más devastadora que la del nagual.
-No entiendo qué tratas de decirme, Clara. ¿Quieres decir que es peligrosa y me hará daño?
-Ese es el problema cuando trato de responder a tus preguntas -dijo Clara-. Te confundes, porque la conexión que existe entre tú y yo sólo es superficial. Me haces una pregunta, esperando una respuesta inequívoca que te satisfaga, y yo te doy una respuesta que a mí me satisface y a ti te confunde. Te recomiendo que no me hagas preguntas o aceptes mis respuestas sin ponerte nerviosa.
Deseaba averiguar más acerca del señor Abelar y sobre los planes que la otra mujer tenía conmigo, así que prometí, con la esperanza de sacarle todo a Clara, que desde ese momento mediría todas sus respuestas con la debida consideración, pero sin pánico ni agitación por mi parte.
-Muy bien. Veamos cómo tomas esto -dijo Clara de manera tentativa-. Te diré lo que te contó el nagual anoche, antes de que te desmayaras. Pero como no soy hombre, sin duda reaccionarás de modo diferente de lo que hiciste cuando el nagual te lo dijo. Tal vez hasta me hagas caso.
-Pero no recuerdo que me haya dicho nada después de que me dormí en el petate -protesté.
Clara vaciló y me escudriñó la cara, supongo que en busca de alguna chispa de reconocimiento. Meneó la cabeza para indicar que no encontraba ninguna, aunque traté de parecer lo más calmada y atenta posible e incluso sonreí para darle mayor seguridad.
-Te habló de todos los seres que vivimos en esta casa -empezó Clara-. Te dijo que todos somos brujos, incluyendo a Manfredo.
Al escuchar el nombre de Manfredo, algo encajó en mis pensamientos.
-Lo sabía -exclamé sin pensar. Me pareció perfectamente verosímil la idea de que Manfredo fuera brujo, pero no tenía la menor idea del por qué era así. Le dije a Clara que en algún momento ya debí haber pensado eso, aunque todavía no supiese exactamente qué era un brujo.
-Claro que lo sabes -me aseguró Clara con una ancha sonrisa.
-Te digo que no lo sé.
Clara me miró, perpleja.
-¿Estás segura que no recuerdas cómo el nagual te lo explicó?
-No, realmente no me acuerdo.
-Para nosotros, un brujo es alguien capaz de romper, por medio de la disciplina y la perseverancia, los límites de la percepción natural -declaró Clara con un aire de formalidad.
-Bueno, eso no aclara nada -dije-. ¿Cómo le hace Manfredo para lograr todo eso?
Pareció darse cuenta de mi confusión.
-Creo que tenemos un malentendido otra vez, Taisha. No me refiero sólo a Manfredo. Aún no has comprendido que todos los que vivimos en esta casa somos brujos. No sólo el nagual, Manfredo y yo, sino también los otros catorce a los que aún no conoces. Todos somos brujos, pero brujos abstractos. Si quieres imaginarte la brujería como algo concreto que implica rituales y pociones mágicas, sólo puedo decirte que sí existen brujos concretos de ese tipo, pero no los encontrarás en esta casa.
Obviamente estábamos pensando en cosas diferentes. Yo hablaba de Manfredo y ella hablaba de unas personas que yo ni siquiera había visto aún. Pero sí entendí por fin que Clara, el señor Abelar y los otros esquivos a los que ambos aludían constantemente eran todos brujos. En lugar de hacer más preguntas, recordé su consejo y preferí guardar silencio.
A continuación se explayó en el hecho de que los brujos abstractos buscan la libertad por medio del acrecentamiento de su capacidad para percibir; mientras que los brujos concretos, como los tradicionales que vivieron en el antiguo México, buscan el poder y la gratificación personales por medio del acrecentamiento de su importancia personal.
-¿Qué tiene de malo buscar la gratificación personal? -pregunté, tomando un sorbo de agua del vaso que había en la mesita de noche.

-Tenías que ser tú la que se pone del lado de los brujos concretos -dijo Clara, con mirada preocupada-. Con razón el nagual te dio esos dardos de cristal.

A pesar de mi promesa de mantener la calma, al oír mencionar los cristales me recorrieron unas olas de nerviosismo. El estómago se me acalambró con tal intensidad que estuve segura de haber contraído una gripa intestinal.

-Me resulta prácticamente imposible explicarte lo que hacemos; y aún más que imposible hacerte entender por qué hacemos lo que hacemos -afirmó Clara-. Tendrás que hacerle esas preguntas a tu maestra.

-¿A mi maestra?

-No me estás haciendo caso, Taisha. Ya te dije que tienes una maestra. Aún no la conoces, porque no posees la energía suficiente. Conocerla requiere diez veces más energía que conocer al nagual, y todavía no te recuperas del encuentro con él. Tienes la cara verdosa y pálida.

-Creo que me dio gripa -dije, sintiéndome otra vez mareada.

Clara meneó la cabeza.

-Lo que tienes es que estar fija en ti misma -interpoló antes de continuar-. El nagual también podría contestar cualquier pregunta que le hicieras. El problema es que lo tratarías como a un hombre y si te hablara por más de unos cuantos minutos con toda certeza volverías a caer en tu patrón de mujer. Por eso te tiene que instruir una mujer.

-¿No estás exagerando este asunto de los hombres y las mujeres? -pregunté, tratando de levantarme de la cama.

Me sentía débil y me temblaban las piernas. El cuarto empezó a dar vueltas y casi me desmayé. Clara me sujetó del brazo justo a tiempo.

-Pronto sabremos si lo estoy exagerando -dijo-. Vayamos afuera a sentarnos a la sombra de un árbol. Quizá el aire fresco te ayude a revivir.

Me hizo ponerme una chamarra larga y unos pantalones y me guió, como a una enferma, de la habitación al patio trasero.

Nos sentamos sobre unos petates debajo del enorme zapote cuya sombra abarcaba casi todo el patio. En cierta ocasión le había preguntado a Clara si podía comer de su fruta. Ella me calló e indicó: "Sólo come, pero no hables de ello." Obedecí, pero desde entonces me sentía culpable, como si hubiera ofendido al árbol.

Permanecimos en silencio, escuchando el murmullo del viento entre las hojas. Estaba fresco y apacible ahí y me sentí tranquila otra vez. Después de un rato, Manfredo apareció dando la vuelta lentamente a la esquina de la casa, donde tenía un pequeño cuarto con una gran puerta oscilante recortada en la pared, para poder entrar y salir a discreción. Se me acercó y me empezó a lamer la mano. Le miré los ojos llenos de sentimiento y supe que éramos los mejores amigos. Como en respuesta a una invitación tácita, se tendió sobre mi regazo, instalándose cómodamente. Le acaricié el pelo suave y sedoso y me llenó un profundo afecto por él. Asida por un arranque inexplicable de compasión, me incliné al frente y lo abracé. De súbito comencé a llorar, sentía tanta lástima por él.

-¿Dónde están tus cristales? -preguntó Clara en tono autoritario. Su voz dura me hizo volver a la realidad.

-En mi cuarto -contesté, soltando a Manfredo para secarme los ojos con la manga de mi chamarra.

Manfredo percibió la mirada desaprobatoria de Clara y de inmediato se quitó de mis piernas y cruzó el camino para sentarse debajo de un árbol cercano.

-Debes traerlos contigo todo el tiempo -indicó Clara bruscamente-. Ya sabes que unas armas, como lo son esos cristales, no tienen nada que ver con la guerra o la paz. Puedes amar la paz todo lo que quieras y no obstante necesitar armas. De hecho, las necesitas para luchar contra tus enemigos en este preciso momento.

-No tengo enemigos, Clara -dije lloriqueando-. Nadie sabe que vivo siquiera.

Clara se inclinó hacia mí.

-El nagual te dio esos cristales para ayudarte a destruir a tus enemigos -indicó con voz suave-. Si los trajeras contigo en este momento, podrías realizar tus pases brujos con ellos y te ayudarían a disipar esa insistente lástima que sientes por ti misma.

-No sentí lástima por mí misma, Clara -dije, a la defensiva-. Me causó lástima el pobre Manfredo.

Clara se rió y meneó la cabeza.

-No hay razón alguna para sentir lástima por el pobre Manfredo. Sea cual fuera su forma actual, es un guerrero. La lástima por ti misma, por el contrario, está presente en tu interior y se expresa de distintas formas. Ahora la estás llamando "sentir lástima por Manfredo".

Sentí que los ojos se me empezaban a llenar de lágrimas otra vez porque, además de mi inseguridad, en efecto había un pozo de autocompasión sin fin dentro de mí. Había avanzado lo suficiente en la recapitulación para comprender que se trataba de una reacción que me la pasó mi madre, la cual se tuvo lástima a sí misma todos los días de su vida, o al menos todos los días de mi vida con ella. Puesto que nunca conocí otra expresión personal en ella, eso fue lo que yo también aprendí a sentir.

-Tienes que sostener las armas de cristal entre tus dedos y apuntar tus pases brujos al corazón de tus escurridizos enemigos, como lo son la importancia personal, que se te aparece disfrazada de autocompasión, indignación moral, o tristeza virtuosa -continuó Clara.

No pude más que mirarla, desalentada. Me acusó de ser débil y de desmoronarme por completo a la menor presión ejercida sobre mí. Sin embargo, lo que más me dolió fue cuando me dijo que mis meses de recapitulación carecían de todo significado; que no eran más que fantasías superficiales, puesto que lo único que había hecho era sumirme en nostálgicos recuerdos acerca de mi maravilloso yo o revolcarme en la lástima de mí misma, al recordar mis momentos no tan maravillosos.

No entendí por qué me atacaba de manera tan cruel. Me zumbaban los oídos con la ola de furia que me arrebató. Rompí a llorar irrefrenablemente, odiándome a mí misma por haberle dado a Clara la oportunidad de devastarme emocionalmente. Escuché sus palabras como si vinieran desde muy lejos; estaba diciendo "...importancia personal, falta de decisión, ambición indomable, sensualidad no asimilada, cobardía; la lista de enemigos empeñados en impedir tu vuelo hacia la libertad no tiene fin y debes ser implacable en tu lucha contra ellos".

Me dijo que me calmara. Afirmó que sólo estaba tratando de ilustrar la forma en que nuestras actitudes y sentimientos son nuestros verdaderos enemigos, tan perjudiciales y peligrosos como cualquier bandido armado hasta los dientes que nos encontremos en la carretera.

-El nagual te dio esos cristales para que reunieras tu energía -indicó-. Son extraordinarios para atraer nuestra atención y fijarla. Se trata de una cualidad de los cristales de cuarzo en general y del intento específico de estos cristales en particular. A fin de lograrlo, sólo tienes que realizar tus pases brujos con ellos.

Desee tener los cristales conmigo; en cambio, miré los ojos brillantes y llenos de compasión de Manfredo. Se me ocurrió que reflejaban la luz de la misma manera que los cristales de cuarzo. Por un momento, sus ojos sostuvieron mi mirada y, al observarlos, una certeza irracional de súbito apareció en mi mente. Supe que Manfredo era un brujo perteneciente a la tradición antigua, el espíritu de un brujo que de algún modo había sido atrapado en el cuerpo de un perro. En cuanto lo hube pensado Manfredo soltó un ladrido corto y agudo, como de confirmación.

También me pregunté si no sería Manfredo quien encontró los cristales para mí en una cueva o, más bien, que condujo al nagual hasta ellos, en la misma forma en que me guió hasta mi mirador favorito en los cerros desde los cuales se dominaba la casa y el terreno.

-Una vez me preguntaste cómo era posible que supiese tanto acerca de los cristales -dijo Clara, interrumpiendo mis especulaciones-. No te lo pude decir entonces, porque aún no conocías al nagual. Pero ahora que lo has conocido, puedo decirte que... -respiró profundamente y se inclinó hacia mí-. Somos brujos pertenecientes a la misma tradición que los de la antigüedad. Hemos heredado todos sus rituales y conjuros esotéricos, pero no nos interesa ponerlos en práctica, aunque sepamos usarlos.

-¡Manfredo es un brujo de la antigüedad! -exclamé con verdadero asombro, olvidándome de que no la había hecho partícipe de mis especulaciones mentales.

Clara me miró, como dudando de mi cordura, y luego se echó a reír con tal fuerza que se acabó toda posibilidad de conversación. Escuché ladrar a Manfredo, como si también estuviera riéndose. Lo más extraño fue que hubiera jurado, o bien que la risa de Clara tenía eco, o que alguien escondido a la vuelta de la casa también se estaba riendo.

Me sentía como una verdadera imbécil. Clara no quiso oír los detalles acerca de la luz reflejada en los ojos de Manfredo.

-Te dije que eras lenta y no muy inteligente, pero no me creíste -me reprendió-. Pero no te preocupes, ninguno de nosotros es muy inteligente. Toda la raza humana somos unos monos arrogantes y de muy lenta comprensión.

Me dio un coscorrón para subrayar su afirmación. No me gustó que me llamara una mona estúpida y arrogante, pero aún estaba tan emocionada con mi descubrimiento que dejé pasar su comentario.

-El nagual tiene muchas otras razones para darte esos cristales -continuó Clara-, pero tendrá que explicártelas él mismo. Lo único que sé con certeza es que tendrás que hacerles un estuche.

-¿Qué clase de estuche?

-Una funda hecha del material que creas conveniente. Puedes usar gamuza, fieltro o un pedazo de colcha, o incluso madera, si eso quieres usar.

-¿Qué clase de estuche hiciste para los tuyos, Clara?

-Yo no recibí cristales -dijo-, pero los llegué a manejar en mi juventud.

-Hablas de ti misma como si fueras vieja. Entre más te trato, más joven te ves.

-Eso se debe a que hago muchos pases brujos a fin de crear esa ilusión -replicó, riéndose con abandono infantil-. Los brujos creamos ilusiones. Mira a Manfredo.

Al escuchar su nombre, Manfredo sacó la cabeza de detrás del árbol y nos miró fijamente. Tuve la extraña

impresión de que sabía que estábamos hablando de él y no quería perderse ni una palabra.

-¿Qué tiene Manfredo? -pregunté, bajando la voz automáticamente.

-Uno juraría que es perro -susurró Clara-. Pero eso se debe a su poder para crear esa ilusión -me dio un empujoncito y me guiñó el ojo con aire conspirador-. Sabes, tienes toda la razón, Taisha. Manfredo no es de ningún modo un perro.

No entendí si quería que asintiera por causa de Manfredo, quien se había incorporado y definitivamente estaba escuchando cada palabra que decíamos, o si realmente creía lo que estaba diciendo, o sea, que Manfredo no era un perro. Antes de que pudiese determinar de qué se trataba, un agudo sonido desde el interior de la casa impulsó a Clara y a Manfredo a saltar de sus lugares y salir corriendo en esa dirección. Empecé a seguirlos, pero Clara se volvió hacia mí e indicó bruscamente:

-Quédate donde estás. Regresaré en un momento.

Entró corriendo a la casa, con Manfredo pisándole los talones.

14

Transcurrieron semanas, luego meses. En realidad no ponía atención a las fechas ni al paso del tiempo. Clara, Manfredo y yo vivíamos en perfecta armonía. Clara dejó de insultarme, o quizá fui yo la que dejé de sentirme ofendida. Dedicaba todo mi tiempo a recapitular y a practicar kung fu con Clara y con Manfredo, quien con sus cuarenta y cinco kilogramos de puro hueso y músculo era un adversario sumamente peligroso. Estaba segura de que una embestida de su cabeza equivalía al golpe de un boxeador profesional.

Sólo me preocupaba una contradicción que me resultaba difícil de resolver. Mientras Clara sostenía que mi energía estaba aumentando, sin lugar a dudas, puesto que ahora podía conversar con Manfredo, yo estaba convencida de lo contrario: paulatinamente me estaba volviendo loca.

Siempre que Manfredo y yo nos encontrábamos a solas, un lazo de afecto indescriptible se posesionaba de mí. De hecho lo adoraba. Y este sentimiento ciego de amor tendió un puente entre nosotros, de modo que a veces él podía trasmitirme sus pensamientos y estados de ánimo. Averigüé que los sentimientos de Manfredo eran simples y directos, como los de un niño. Experimentaba felicidad, inquietud, orgullo de cualquier logro y miedo de todo, que de manera instantánea se transformaba en ira. No obstante, los rasgos que más admiraba en él eran su valor y su capacidad para la compasión. Percibí que de hecho le tenía lástima a Clara por parecer sapo. En cuanto a su valor, Manfredo era único. Su valor era propio de una conciencia evolucionada y enterada de su encarcelamiento. Desde mi punto de vista, Manfredo era más solitario de lo que cualquiera pudiese concebir. Y, de no poseer ese valor sin igual, nadie hubiera podido encarar esa soledad forzosa de la manera en que él lo hacía.

Una tarde, al volver de la cueva, me senté a descansar a la sombra del zapote. Manfredo se me acercó, se acostó en mis tobillos y se durmió en el acto. Al escucharlo roncar y sentir su peso tibio sobre mis pies, también me dio sueño. Debí dormirme, porque de repente desperté de un sueño en el que discutía con mi madre acerca de las ventajas de no guardar los cubiertos después de lavarlos. El señor Abelar me estaba mirando fijamente con ojos feroces y fríos. Su mirada, la postura de su cuerpo, sus rasgos perfectamente cincelados y su concentración me causaron la impresión definitiva de que era un águila. Me llenó de admiración y temor.

-¿Qué pasó? -pregunté. La temperatura y la luz habían cambiado. Estaba a punto de oscurecer; las sombras del crepúsculo cubrían el patio.

-Lo que pasó es que Manfredo se apoderó de ti y se está alimentando de tu energía como loco -dijo con una amplia sonrisa-. Me hizo lo mismo a mí. Parece existir una verdadera afinidad entre ustedes dos. Trata de decirle sapito y a ver si se enoja.

-No, no puedo hacer eso -dije, pasando los dedos por la cabeza de Manfredo-. Él es hermoso y solitario y no se parece en nada a un s-a-p-o.

Me pareció absurdo deletrear la palabra, pero algo dentro de mí no quiso correr el riesgo de ofender a Manfredo.

-Los sapos también son hermosos y solitarios -dijo el señor Abelar con cierto brillo en los ojos.

Impulsada por una repentina curiosidad, me incliné sobre Manfredo y le susurré al oído:

-Sapito -animada sólo por los mejores sentimientos. Manfredo bostezó, como si mi empatía lo aburriese.

El señor Abelar se rió.

-Entremos a la casa -indicó- antes de que Manfredo agote toda tu energía. Además, hace más calor adentro.

Quité a Manfredo de mis piernas y seguí al señor Abelar al interior de la casa. Me senté de manera muy formal en la sala, muy consciente de encontrarme a solas con un hombre en una casa oscura y vacía. Prendió la lámpara de gasolina, se sentó en el sofá, a una distancia decente de mí, y dijo:

-Tengo entendido que querías hacerme unas preguntas. Ahora es un buen momento, así que adelante. Hazlas.

Por un instante mi mente se puso en blanco. Hallarme de manera tan directa frente a su intensa mirada me hizo perder la compostura. Por fin pude preguntar:

-¿Qué me pasó la noche en que lo conocí, señor Abelar? Clara opinó que no podía darme una explicación adecuada y yo no recuerdo mucho esa noche.

-Tu doble se hizo cargo -indicó con tono prosaico-. Y perdiste el control sobre tu yo cotidiano.

-¿Qué quiere decir con que perdí el control? -pregunté, preocupada-. ¿Hice algo indebido?

-Nada que no pudieras contarle a tu madre -contestó con una risita. Sus ojos centelleaban, llenos de picardía-. En serio, Taisha, lo único que hiciste fue extender tu red luminosa lo más lejos posible. Aprendiste a descansar sobre esa hamaca invisible que de hecho forma parte de ti. Algún día, conforme adquieras más experiencia, tal vez comiences a usar sus líneas para mover y alterar las cosas.

-¿El doble se encuentra adentro o afuera del cuerpo físico? -pregunté-. Esa noche tuve la impresión de que, por un momento, algo que estaba claramente afuera de mí, se hizo cargo.

-Está en los dos lugares -indicó el señor Abelar-. Se encuentra dentro y fuera del cuerpo físico al mismo tiempo. ¿Cómo te lo diré? A fin de dominarlo, la parte de él que está afuera, flotando libremente, debe enlazarse con la energía alojada dentro del cuerpo físico. Se sostiene y guía la fuerza externa mediante una firme concentración, mientras que la energía interna se libera abriendo unas misteriosas compuertas en el cuerpo y alrededor de él. Cuando se juntan las dos partes, la fuerza producida le permite a uno realizar hazañas inconcebibles.

-¿Dónde están esas misteriosas compuertas a las que usted se refiere? -pregunté, incapaz de mirarlo directamente a los ojos.

-Algunas se encuentran cerca de la piel, otras están profundamente metidas en el interior del cuerpo -replicó el señor Abelar-. Hay siete compuertas principales. Cuando se encuentran cerradas, nuestra energía interior permanece atrapada dentro del cuerpo físico. La presencia del doble es tan sutil en nuestro interior que podemos llegar al fin de nuestras vidas sin haber sabido nunca que está ahí. Para liberarlo hay que abrir las compuertas, lo cual se hace por medio de la recapitulación y de los ejercicios de respiración que Clara te ha enseñado.

El señor Abelar me prometió que él mismo me guiaría para abrir deliberadamente la primera compuerta, después de haber conseguido efectuar el vuelo abstracto. Recalcó que a fin de abrir las compuertas es necesario un cambio total de actitud, puesto que nuestra idea preconcebida de que somos sólidos es lo que mantiene encerrado al doble, más que la estructura física del cuerpo mismo.

-¿No podría describirme dónde están las compuertas, para que yo misma las pueda abrir?

Me miró y meneó la cabeza.

-Manipular al azar el poder que se encuentra detrás de las compuertas sería imprudente y peligroso -advirtió-. El doble debe ser liberado de manera gradual y armoniosa. Un requisito para esto es el celibato.

-¿Por qué es tan importante el celibato? -pregunté.

-¿No te contó Clara acerca de los gusanos luminosos que los hombres dejan en el cuerpo de las mujeres?

-Si -contesté, incómoda y avergonzada-. Pero debo confesar que en realidad no le creí.

-Eso fue un error -dijo, molesto-. De no efectuar primero una minuciosa recapitulación, literalmente estarías metiéndote en camisa de once varas. Relaciones sexuales a estas alturas sólo avivarían el fuego.

Se rió con ganas, haciéndome sentir ridícula.

-Hablando en serio, ahorrar la energía sexual es el primer paso en el viaje hacia el cuerpo etéreo, el viaje hacia la conciencia y la libertad total.

Justo en ese momento, Clara entró a la sala vestida con un caftán blanco y suelto que le daba el aspecto de un enorme sapo. Empecé a reírme disimuladamente por mi pensamiento irrespetuoso y miré al señor Abelar; hubiera jurado que estaba pensando lo mismo. Clara se sentó en el sillón y nos sonrió de tal manera que me sentí tremendamente incómoda en el sofá.

-¿Ya llegaron al tema de las compuertas? -preguntó al señor Abelar con curiosidad-. ¿Es por eso que Taisha está apretando los muslos tan fuertemente?

El señor Abelar asintió con la cabeza, totalmente serio.

-Estaba a punto de decirle que una enorme compuerta se encuentra en los órganos sexuales. Pero no creo que entienda a qué me refiero. Todavía tiene un montón de ideas erróneas al respecto.

-Eso es muy cierto -asintió Clara, guiñándome el ojo.

De manera simultánea soltaron tales risotadas que me sentí completamente desairada. Tomé a mal que se rieran y hablaran de mi como si no estuviese presente. Estaba a punto de decirles que no me entendían en absoluto, cuando Clara volvió a hablar, dirigiéndose ahora a mí.

-¿Entiendes por qué te estamos recomendando el celibato? -preguntó.

-Para viajar hacia la libertad -contesté, repitiendo las palabras del señor Abelar.

Con audacia pregunté a Clara si ella y el señor Abelar eran célibes o si sólo recomendaban una conducta que no estaban dispuestos a observar ellos mismos.

-Ya te dije que no somos marido y mujer -replicó Clara, sin turbarse en lo más mínimo-. Somos unos brujos interesados en el poder, en reunir energía, no en perderla.

Me volví hacia el señor Abelar y le pregunté si en verdad era brujo y qué implicaba tal condición. No contestó

sino miró a Clara, como si estuviera pidiéndole permiso para revelar algo. Clara inclinó la cabeza en una señal casi imperceptible de asentimiento.

-No me agrada la palabra "brujo" -indicó él-, porque connota creencias y acciones que no forman parte de lo que hacemos.

-¿Qué hacen exactamente? -pregunté-. Clara dijo que sólo usted podía explicármelo.

El señor Abelar enderezó la espalda y me dirigió una mirada aterradora que me obligó a ponerme muy atenta.

-Formamos un grupo de dieciséis personas, incluyéndome a mí, y un ser, que es Manfredo -empezó, con gran formalidad-. Diez de estas personas son mujeres. Todos hacemos lo mismo: dedicamos nuestras vidas al desarrollo de nuestro doble. Usamos nuestros cuerpos etéreos para desafiar muchas de las leyes naturales del mundo físico. Si eso significa ser brujo, entonces todos somos brujos. Si no es así, entonces no lo somos. ¿Ayuda eso a aclararte las cosas?

-Puesto que me están instruyendo en el manejo del doble, ¿seré yo bruja también? -pregunté.

-No lo sé -replicó, examinándome en forma curiosa-. Todo depende de ti. Siempre depende, individualmente, de cada uno de nosotros si cumplimos con nuestro destino o lo estropeamos.

-Pero Clara dijo que todos los que vivimos en esta casa nos encontramos aquí por algún motivo especial. ¿Por qué fui elegida? -pregunté-. ¿Por qué yo en particular?

-Es una pregunta muy difícil de contestar -indicó el señor Abelar con una sonrisa-. Digamos que nos vimos obligados a incluirte. ¿Recuerdas la noche, hace unos cinco años, cuando te sorprendieron en una situación comprometedora con un joven?

De inmediato empecé a estornudar, mi reacción usual al sentirme amenazada. Durante mi recapitulación había recordado, una y otra vez, situaciones comprometedoras. Desde los catorce años me obsesionaban los muchachos y los perseguía en forma agresiva, de la misma manera en que de niña había perseguido a mis hermanos. Sentía el desesperado deseo de ser amada por cualquiera, porque sabía que ninguno de los miembros de mi familia me querían. Sin embargo, siempre terminaba por espantar a mis supuestos pretendientes, antes de que lograran acercarse mucho. Mi agresividad convenció a todos de que era una mujer fácil, capaz de cualquier cosa. Por consiguiente, tenía la peor reputación imaginable, pese a no haber hecho ni la mitad de las cosas que me atribuían mis amigos y familia.

-Te encontraron subida en la mesa donde se preparaba la comida, en el autocinema de California, donde trabajabas. ¿Lo recuerdas? -escuché decir al señor Abelar.

¿Cómo iba a olvidarlo? Esa fue una de las peores experiencias de mi vida. Puesto que se trataba de un asunto tan delicado, había pospuesto recapitularlo a fondo, limitándome a rozarlo apenas. En aquel entonces, estaba estudiando la preparatoria y tenía un trabajo de verano vendiendo comida y refrescos en un autocinema. Hacia el final de la temporada Kenny, el joven que administraba el negocio, me dijo que me amaba. Hasta ese momento me había sido indiferente, porque tenía las miras puestas en el dueño, un hombre apuesto y rico. Por desgracia a él le interesaba Rita, mi enemiga de diecinueve años, pelirroja y bellísima. Todas las noches, unos minutos después de empezar la película, se metía a la oficina del jefe y cerraba la puerta con llave. Al salir justo antes del intermedio, tenía arrugado el uniforme a cuadros rosas y blancos y traía el pelo aplastado y enredado. Yo envidiaba intensamente a Rita. Lo peor fue su promoción a cajera, mientras que yo debí seguir repartiendo palomitas y sirviendo refrescos en el mostrador.

Cuando Kenny me dijo que me creía hermosa y deseable, empecé a mirarlo con otros ojos. Pasé por alto el hecho de que tenía un severo caso de acné, tomaba litros de cerveza, escuchaba música ranchera, calzaba botas y hablaba con un fuerte acento tejano. De repente me pareció varonil y cariñoso, y lo único que me importó saber de él fue que sus padres eran católicos y no estaban enterados de que fumaba mariguana. Empecé a enamorarme y no quería que los detalles personales fueran un obstáculo.

Cuando le dije que yo iba a dejar de trabajar al finalizar la semana, porque mis padres se irían de vacaciones a Alemania y tenía que acompañarlos, Kenny se puso furioso. Acusó a mis padres de querer separarnos deliberadamente. Me tomó de la mano y juró que no podía vivir sin mí. Me propuso matrimonio, pero yo estaba apenas entrando a los dieciséis años. Le dije que debíamos esperar. Me abrazó con pasión y dijo que por lo menos teníamos que hacer el amor. No entendí si se refería a algún momento antes de mi salida para Alemania o a ese mismo instante. Yo estaba completamente de acuerdo con él y opté por ese mismo instante. Contábamos con unos veinte minutos antes de que terminara la función. Retiré los panes de la mesa de trabajo y procedí a quitarme la ropa.

Kenny tuvo miedo. Temblaba como un niñito, a pesar de sus veintidós años. Nos abrazamos y nos besamos, pero antes de que pudiera suceder otra cosa nos detuvo un viejo que irrumpió en el cuarto. Al descubrirnos en esa situación tan comprometedora, agarró una escoba, me pegó en la espalda con la parte de la paja y me sacó media desnuda al vestíbulo, a la vista de toda la gente formada delante del merendero. Todos se rieron y se burlaron de mí. Lo peor fue que reconocí a dos maestros de mi escuela. Se escandalizaron tanto al verme como yo me espanté al verlos a ellos. Uno de mis maestros le reportó el incidente al director, quien a su vez informó a mis

padres. Para cuando todos terminaron de chismear, yo era el hazmerreír de la escuela. Durante años recordé con odio al horrible viejo que se erigió en mi juez moral. Estaba convencida de que de hecho arruinó mi vida, porque me fue prohibido volver a ver a Kenny nunca más.

-Yo fui ese hombre -dijo el señor Abelar, como si hubiera estado siguiendo el hilo de mis pensamientos.

En ese momento me golpeó todo el impacto de haber recordado mi humillación pública. Y tener delante de mí a la persona responsable de ésta fue más de lo que pude soportar. Me puse a llorar de la frustración. Lo peor fue que el señor Abelar no parecía en absoluto arrepentido de lo que había hecho.

-Te he buscado desde aquella noche -dijo el señor Abelar con una sonrisa maliciosa.

Creí descubrir todo tipo de perversos matices sexuales en su mirada y sus palabras. Mi corazón estuvo a punto de explotar del coraje y el miedo. En ese momento supe que Clara me había llevado a México por razones siniestras relacionadas con un plan secreto que ambos concibieron desde el principio, el cual incluía, sin duda alguna, sexo aberrante. Ahí supe por qué no creí sus declaraciones de celibato ni por un momento.

-¿Qué me van a hacer? -pregunté, con la voz entrecortada por el miedo.

Clara me miró, perpleja, y luego se echó a reír, como si hubiera entendido todo lo que pasó por mi mente. El señor Abelar imitó mi voz entrecortada haciéndole la misma pregunta a Clara:

-¿Qué me van a hacer? -su carcajada resonante se unió a la de Clara, reverberando por toda la casa. Escuché los aullidos de Manfredo desde su cuarto; parecía estarse riendo también. Me sentí más que desdichada; estaba desolada. Me puse de pie para irme, pero el señor Abelar me empujó, obligándome a tomar asiento de nuevo.

-La vergüenza y la importancia personal son unos compañeros terribles -indicó en tono serio-. No has recapitulado el incidente o no te encontrarías en este estado ahora. -A continuación suavizó su mirada fija y feroz, adoptando una expresión que casi era amabilidad, y agregó-, Clara y yo no queremos hacerte nada. Te has hecho más que suficiente tú misma. Aquella noche buscaba el baño y abrí una puerta reservada para empleados. Puesto que un nagual siempre está consciente de lo que hace, y nunca comete errores por simple descuido, supuse que estaba predestinado a encontrarte y que tú tenías un significado especial para mí. Al verte ahí, medio desnuda y a punto de entregarte a un hombre débil que tal vez hubiera destruido tu vida, actué en forma muy específica y te pegué con la escoba.

-Lo que hizo fue convertirme en el hazmerreír de mi familia y amigos -grité.

-Quizá. Pero también me apoderé de tu cuerpo etéreo y le até una línea de energía -indicó-. Desde ese día, siempre he sabido dónde andas, pero tardé cinco años en crear una situación en la que estarías dispuesta a escuchar lo que tengo que decirte.

Por primera vez, comprendí lo que estaba diciendo. Fijé la mirada en él con incredulidad.

-¿Quiere usted decir que durante todo este tiempo ha sabido dónde andaba yo? -pregunté.

-He estado siguiendo cada uno de tus movimientos -dijo en tono concluyente.

-Quiere usted decir que anduvo espiándome -las implicaciones de lo que me estaba diciendo cobraban forma lentamente.

-Sí, en cierto modo -admitió.

-¿Clara también sabía que yo vivía en Arizona?

-Naturalmente. Todos sabíamos dónde estabas.

-Entonces no fue por casualidad que Clara me encontró en el desierto ese día -exclamé. Me volví hacia Clara, furiosa-. Sabías que estaría ahí, ¿verdad?

Clara asintió con la cabeza.

-Lo admito. Ibas con tanta regularidad que no fue difícil seguirte.

-Pero me dijiste que estabas ahí por casualidad -grité-. Me mentiste; me engañaste para que viniera a México contigo. Y me has estado mintiendo desde entonces, riéndote a mis espaldas por sólo Dios sabe qué razones -todas las dudas y sospechas que no había expresado en meses por fin salieron a la superficie y explotaron-. Esto no ha sido más que un juego para ustedes -grité-, para ver qué tan estúpida y crédula soy.

El señor Abelar me dirigió una mirada feroz, pero eso no me impidió devolvérsela igual. Me dio unos golpecitos en la cabeza para tranquilizarme.

-Estás completamente equivocada, jovencita -dijo con severidad-. Esto no ha sido un juego para nosotros. Es cierto que nos hemos reído bastante de tus idioteces, pero ninguna de nuestras acciones son mentiras o trucos. Son totalmente serias; de hecho, se trata de un asunto de vida o muerte para nosotros.

Sonaba tan sincero y se veía tan autoritario que la mayor parte de mi ira se disipó, dejando en su lugar un inevitable aturdimiento.

-¿Qué quería Clara conmigo? -pregunté, mirando al señor Abelar.

-Confié a Clara una misión sumamente delicada: traerte a casa -explicó-. Y lo logró. La seguiste, obedeciendo a tu propio impulso interior. Es sumamente difícil lograr que aceptes invitaciones, y una de alguien completamente desconocido es prácticamente imposible. Sin embargo, lo logró. ¡Fue una jugada maestra! Para un trabajo tan bien hecho, sólo caben elogios y admiración.

Clara se incorporó de un salto e hizo una reverencia llena de gracia.

-Fuera ya de toda broma -indicó, adoptando una expresión solemne al sentarse de nuevo-, el nagual tiene razón; fue lo más difícil que he hecho en mi vida. Hubo momentos en que pensé que te ganaría tu naturaleza recelosa, que me mandarías a la goma. Incluso tuve que mentir y decirte que tengo un nombre budista secreto.

-¿No lo tienes?

-No, no lo tengo. Mi deseo de libertad ha consumido todos mis secretos.

-Pero aún no entiendo cómo Clara supo dónde encontrarme -dije, mirando al señor Abelar-. ¿Cómo supo que estaba en Arizona en ese momento en particular?

-Por tu doble -replicó el señor Abelar, como si fuera lo más obvio.

En el instante en que lo dijo, se me despejó la mente y entendí exactamente a qué se refería. De hecho, supe que era la única forma posible en que hubieran podido mantenerse al tanto de mis pasos.

-Amarré una línea de energía a tu cuerpo etéreo la noche que te sorprendí -explicó-. Puesto que el doble está hecho de pura energía, es fácil marcarlo. Sentí que, dadas las circunstancias de nuestro encuentro, era lo menos que podía hacer por ti. Como una especie de protección.

El señor Abelar me miró, a la espera de que hiciese una pregunta. Pero mi mente se encontraba muy ocupada tratando de recordar más detalles acerca de lo sucedido esa noche, cuando irrumpió en el cuarto.

-¿No vas a preguntarme cómo te marqué? -preguntó, fijando en mí una mirada intensa.

Se me destaparon los oídos, la habitación se llenó de energía y todo encajó. No tuve que preguntar al señor Abelar cómo lo había hecho; ya lo sabía.

-¡Me marcó cuando me pegó con la escoba! -exclamé. Resultaba perfectamente claro, pero cuando lo pensé no tuvo ningún sentido, porque no explicaba nada.

El señor Abelar asintió con la cabeza, complacido de que hubiera llegado a esa conclusión yo sola.

-Así es. Te marqué al pegarte en la parte superior de la espalda con la escoba, cuando te saqué por la puerta. Deposité una energía especial dentro de ti. Y esta energía ha estado alojada dentro de ti desde aquella noche.

Clara se acercó y me escudriñó.

-¿No te has fijado, Taisha, en que tienes el hombro izquierdo más alto que el derecho?

Había notado que uno de mis omóplatos sobresalía más que el otro, provocando tensión en mi cuello y hombros.

-Pensé que había nacido así -indiqué.

-Nadie nace con la marca del nagual -dijo Clara, riéndose-. Tienes la energía del nagual alojada debajo del omóplato izquierdo. Piénsalo; tus hombros se desalinearon después de que el nagual te pegó con la escoba.

Tuve que admitir que, más o menos por la época de ese trabajo de verano en el autocinema, mi madre se dio cuenta por primera vez de que algo andaba mal con la parte superior de mi espalda. Al medirme un vestido ligero que me estaba cosiendo, observó que no ajustaba correctamente. Se espantó al notar que el defecto no era cosa del vestido sino de mis omóplatos; uno de ellos definitivamente estaba más arriba que el otro. Al día siguiente hizo que el médico de la familia me examinara la espalda; concluyó que tenía la espina ligeramente desviada hacia un lado. Diagnosticó mi condición como escoliosis congénita, pero le aseguró a mi madre que la curvatura era tan ligera que no debíamos preocuparnos.

-Qué bueno que el nagual no depositó demasiada energía dentro de ti -bromeó Clara- o estarías jorobada.

Me volví hacia el señor Abelar. Sentí que se tensaban los músculos de mi espalda, como solía pasar cuando estaba nerviosa.

-Ahora que me trajo aquí, ¿cuáles son sus intenciones? -pregunté.

El señor Abelar dio un paso hacia mí. Me examinó con mirada fría.

-Lo único que he deseado, desde el día en que te encontré, es repetir lo que hice por ti aquella noche -replicó solemnemente-, abrir la puerta y sacarte por la fuerza. Esta vez quiero abrir la puerta del mundo cotidiano y sacarte a la libertad.

Sus palabras y estado de ánimo desencadenaron un caudal de sentimientos dentro de mí. Desde que tenía uso de razón, recordaba haber andado siempre buscando, asomada a las ventanas, escudriñando las calles, como si algo o alguien estuviese esperándome a la vuelta de la esquina. Siempre tuve premoniciones, sueños con escapar, aunque no sabía de qué. Ese anhelo fue el que me obligó a seguir a Clara hacia un destino desconocido. Y también era eso lo que me había impedido irme, pese a la imposibilidad de mis tareas. Al sostener la mirada del señor Abelar, una ola indescriptible de bienestar me envolvió. Supe que por fin había encontrado lo que estaba buscando. Obedeciendo al impulso del más puro afecto, me incliné y le besé la mano. Desde profundidades insospechadas en mi interior, brotaron unas palabras que no tenían significado racional, sólo emocional.

-Usted es el nagual para mí también -murmuré.

Le brillaban los ojos con la felicidad de que por fin hubiéramos logrado un entendimiento. Me despeinó afectuosamente y todos mis temores y frustraciones contenidos se soltaron en un diluvio de lágrimas afligidas.

Clara se puso de pie y me dio un pañuelo.

-La única manera de sacarte de esta tristeza es haciéndote enojar o pensar -indicó-. Haré las dos cosas

contándote lo siguiente. No sólo supe dónde encontrarte en el desierto, sino que ¿te acuerdas del departamentito caliente y sofocante del que me pediste que sacara tus cosas? Bueno, pues, mi primo es dueño del edificio.

Miré a Clara escandalizada, incapaz de pronunciar una sola palabra. La risa de Clara y del señor Abelar fue como una gigantesca explosión que reverberaba dentro de mi cabeza. Ninguna cosa que dijeran o me revelaran hubiera podido sorprenderme más. Al desvanecerse mi estupor inicial, en lugar de ofenderme por haber sido manejada de ese modo, me llené de admiración ante la increíble precisión de sus maniobras y la inmensidad de su control, que por fin comprendí no era control sobre mí sino sobre sí mismos.

15

Un día, varios meses después de que conocí al señor Abelar, Clara, en lugar de enviarme a la cueva para recapitular, me pidió que le hiciera compañía mientras trabajaba en el jardín. Cerca del huerto, más allá del patio trasero de su casa, observé cómo meticulosamente rastrillaba las hojas hasta formar un montón. Encima de éste acomodó cuidadosamente, en forma elíptica, varias hojas secas y quebradizas color café.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté, acercándome para ver mejor.

Me sentía tensa y melancólica, porque había pasado toda la mañana en la cueva recapitulando los recuerdos de mi padre. Siempre lo había creído un ogro bombástico y arrogante. Darme cuenta de que en realidad era un hombre triste y derrotado, deshecho por la guerra y por sus ambiciones frustradas, me había agotado emocionalmente.

-Estoy preparando un nido para que te sientes en él -replicó Clara-. Debes empollar como una gallina que incuba sus huevos. Quiero que estés descansada, porque tal vez recibamos una visita esta tarde.

-¿De quién? -pregunté indiferente.

Desde hacía meses, Clara me venía prometiendo que me presentaría a los otros miembros del grupo del nagual a sus misteriosos parientes que por fin habían regresado de la India, pero aún no lo hacía. Cada vez que expresaba mi deseo de conocerlos, afirmaba que debía purificarme primero mediante una recapitulación más minuciosa, porque en mi estado actual no me encontraba apta para conocer a nadie. Le creía. Entre más examinaba los recuerdos de mi pasado, más sentía la necesidad de purificarme.

-No has contestado mi pregunta, Clara -dije, irritada-. ¿Quién vendrá?

-No te preocupes por eso -contestó, pasándome un puñado de secas hojas cobrizas-. Póntelas sobre el ombligo y amárralas con tu faja de recapitulación.

-Dejé la faja en la cueva -indiqué.

-Espero que la estés usando correctamente -comentó-. La faja nos apoya al recapitular. Debes envolverte el estómago con ella y amarrar uno de sus extremos a la estaca que enterré en el suelo dentro de la cueva. De esta manera, no te caerás ni te golpearás la cabeza si te duermes o en caso de que tu doble decida despertar.

-¿Voy por ella?

Chascó la lengua, exasperada.

-No, no hay tiempo. Nuestra visita puede llegar en cualquier momento y quiero que estés descansada y en tus mejores condiciones. Puedes usar mi faja.

De prisa, Clara entró a la casa y regresó casi enseguida con una tira de tela color azafrán. Era verdaderamente hermosa. Estaba entretejida con un diseño casi imperceptible. La tira de seda brillaba tenuemente a la luz del sol, cambiando su matiz de un dorado oscuro a un suave ámbar.

-Si alguna parte de tu cuerpo está herida o adolorida, envuélvela con esta faja -explicó Clara-. Te ayudará a recuperarte. Tiene un poco de poder, porque hace años que he recapitulado con ella puesta. Algún día podrás decir lo mismo de la tuya.

-¿Por qué no puedes decirme quién va a venir? -insistí-. Sabes que odio las sorpresas. ¿Es el nagual?

-No, es otra persona -indicó-, pero igualmente poderosa, si no es que más. Cuando la conozcas, debes estar calmada y vacía de todo pensamiento, o no sacarás provecho de su presencia.

Con exagerada solemnidad, Clara dijo que ese día, como cuestión de principios, debía usar todos los pases brujos que me había enseñado, no porque alguien fuera a examinarme para asegurarse de que los dominaba sino porque había llegado a una encrucijada y tenía que empezar a avanzar en una nueva dirección.

-Espera, Clara, no me asustes hablando de cambios -supliqué-. Me aterrorizan las nuevas direcciones.

-Asustarte es lo que menos quiero -aseveró-. Lo que pasa es que yo también estoy un poco preocupada. ¿Traes tus cristales?

Desabroché mi chaleco y le enseñé la doble funda de hombro que había fabricado de cuero, con su ayuda, para guardar los dos cristales de cuarzo. Los traía uno debajo de cada brazo, como dos cuchillos en sus respectivas vainas, que tenían hasta una solapa sujeta con un broche de presión.

-Sácalos y manténlos listos -dijo-. Y úsalos para reunir tu energía. No esperes a que ella te indique que lo hagas. Hazlo con base a tu propio criterio, cada vez que creas necesitar un refuerzo adicional de energía.

Fue fácil deducir dos cosas de lo que dijo Clara: sería un encuentro serio y nuestra misteriosa visita era una mujer.

-¿Es una de tus parientes? -pregunté.

-Sí, así es -replicó Clara con una sonrisa fría-. Esta persona es mi pariente, un miembro de nuestro grupo. Ahora ponte tranquila y no hagas más preguntas.

Quería saber dónde se quedaban sus parientes. Era imposible que estuviesen alojados en la casa, porque me los hubiera encontrado o al menos hubiera descubierto alguna señal de su presencia. No ver a nadie había hecho de mi curiosidad una obsesión. Empecé a creer que los parientes de Clara se escondían deliberadamente o

incluso me espiaban. Esto me enfurecía y al mismo tiempo acrecentaba mi resolución de sorprenderlos. El motivo de mi agitación era la inconfundible sensación de que alguien me observaba constantemente.

De manera deliberada traté de atrapar a quienquiera que fuese; dejaba por ahí uno de mis lápices para dibujar, para ver si alguien lo recogía, o abría una revista en cierta página y la revisaba después para ver si le habían cambiado la página. En la cocina examinaba los trastes cuidadosamente, en busca de señales de uso. Incluso llegué al extremo de alisar la tierra apisonada delante de la puerta trasera y regresar después para revisar el suelo en busca de pisadas o huellas desconocidas. Pese a todos mis esfuerzos detectivescos, las únicas huellas que encontraba eran las de Clara, Manfredo y las mías. Si alguien se hubiera ocultado de mí, estaba convencida de que lo habría notado. Sin embargo, tal como estaban las cosas, no parecía haber nadie más en la casa, pese a que la presencia de otras personas era un hecho seguro para mí.

-Perdóname, Clara, pero tengo que preguntártelo -solté finalmente de manera brusca-, porque me está volviendo loca. ¿Dónde se están quedando tus parientes?

Clara me miró, sorprendida.

-Esta es su casa. Se están quedando aquí, por supuesto.

-¿Pero dónde exactamente? -insistí. Estaba a punto de confesar cómo les había puesto trampas inútilmente, pero decidí no hacerlo.

-¡Oh! Veo a qué te refieres -dijo-. No has encontrado ninguna señal de su presencia, pese a tus esfuerzos por hacerla de detective. Pero eso no es ningún misterio. Nunca los ves porque se están quedando del lazo izquierdo de la casa.

-¿Y nunca salen?

-Sí salen, pero evitan el lado derecho, porque tú estás alojada aquí y no quieren molestarte. Saben cuánto valoras tu privacía.

-¿Pero no mostrarse nunca? ¿No es llevar demasiado lejos la idea de privacía?

-De ninguna manera -contestó Clara-. Necesitas la soledad total para poder concentrarte en tu recapitulación. Cuando dije que tendrías una visita hoy, quise decir que una de mis parientes vendrá del lado izquierdo de la casa adonde nosotras estamos, para conocerte. Ha tenido mucho interés en hablar contigo, pero debió esperar a que te purificaras en forma mínima. Ya te dije que conocerla será aún más agotador que conocer al nagual. Necesitas acumular poder suficiente o de otro modo perderás el dominio de ti, como te pasó con el nagual.

Clara me ayudó a colocar las hojas en mi estómago y a amarrarlas con la faja.

-Estas hojas y esta faja te protegerán de los embates de la mujer -indicó Clara; me miró y agregó con voz suave- y de otros golpes también. Hagas lo que hagas, no te la quites.

-¿Qué me pasará? -pregunté, mientras nerviosamente metía más hojas.

Clara se encogió de hombros.

-Eso dependerá de tu poder -dijo y dio un firme jalón al nudo de la tela-. Pero a juzgar por tu aspecto, sólo Dios sabrá.

Con dedos temblorosos volví a abrocharme la camisa y me la metí en los pantalones holgados. Me veía abotagada con la ancha faja color azafrán ciñéndome la cintura. Las hojas me cubrían el abdomen como un quebradizo y rasposo cojín. Sin embargo, gradualmente mi estómago agitado dejó de temblar; se calentó y todo mi cuerpo se calmó.

-Ahora siéntate en el montón de hojas y has lo que hacen las gallinas -ordenó Clara.

Debo haberla mirado con sorpresa, porque me preguntó:

-¿Qué crees que hacen las gallinas al empollar?

-Realmente no sabría decirte, Clara.

-La gallina permanece quieta y escucha a los huevos que tiene debajo de ella, dirige hacia ellos toda su atención. Escucha y no permite que su concentración se desvíe. De esta manera inflexible dirige su intento a la incubación de los pollos. Se trata de un escuchar sosegado que los animales hacen en forma natural, pero que los seres humanos hemos olvidado y que por lo tanto debemos cultivar.

Clara se sentó en una piedra gris grande y pálida, de cara hacia mí. La piedra tenía una depresión natural y parecía un sillón.

-Ahora dormita como lo hace la gallina y escúchame hablar con tu oído interno. Concéntrate en la calidez del interior de tu matriz y no te dejes distraer. Debes estar consciente de los sonidos a tu alrededor, pero no permitas que tu mente los siga.

-¿De veras tengo que estar sentada aquí de esta manera, Clara? Digo, ¿no sería mejor que simplemente me echara una vigorizante siesta?

-Me temo que no. Como te dije, la presencia de nuestra visita es terriblemente agotadora. Si no reúnes energía suficiente, te hundirás lastimosamente. Créeme, yo soy un pan de azúcar comparada a ella. Es más parecida al nagual, despiadada y dura.

-¿Por qué es tan agotadora su presencia?

-No puede evitarlo. Se encuentra tan retirada de los seres humanos y las preocupaciones de éstos que su energía podría desmoronarte por completo. A estas alturas ya no hay diferencia entre su cuerpo físico y su doble etéreo. Lo que quiero decir es que es una bruja maestra.

Clara me dirigió una mirada escrutadora y comentó acerca de mis oscuras ojeras.

-Has estado leyendo por la noche a la luz del quinqué, ¿verdad? -me reprendió-. ¿Por qué crees que no hay electricidad en las recámaras?

Le dije que no había leído una sola página desde el día en que llegué a su casa, porque la recapitulación y todas las demás cosas que me pedía no me dejaban tiempo para nada más.

-De todas maneras no soy muy aficionada a la lectura -admití-. Pero de vez en cuando curioseo por los libreros que tienes en los pasillos -no le dije que en realidad iba ahí a husmear, para ver si sus parientes habían retirado alguno de los libros.

Se rió y dijo:

-Algunos miembros de mi familia son lectores ávidos. Yo no soy una de ellos.

-¿No lees por placer, Clara?

-No. Leo para informarme. Pero algunos de los otros sí leen por placer.

-¿Entonces por qué no he notado nunca que falte algún libro? -pregunté, tratando de aparentar indiferencia.

Clara soltó una risita.

-Cuentan con su propia biblioteca del lado izquierdo de la casa -indicó, y luego me preguntó- ¿Tú no lees por placer, Taisha?

-Desafortunadamente, también leo sólo para informarme -repliqué.

Le conté a Clara que el placer de la lectura fue cortado en flor, en mi caso, cuando iba en la primaria. Uno de los amigos de mi padre, dueño de una distribuidora de libros, tenía la costumbre de regalarle a éste cajas llenas de libros agotados. Mi padre solía revisarlas y pasarme las obras literarias, que me mandaba leer además de mi tarea normal. Siempre di por sentado que se refería a que las leyera de principio a fin. Es más, creí que debía terminar un libro antes de seguir con otro. Fue una sorpresa total para mí cuando más adelante averigüé que algunas personas se ponen a leer varios libros en forma simultánea, alternando entre ellos de acuerdo con su estado de ánimo.

Clara me miró y meneó la cabeza, como si fuera una causa perdida.

-Los niños hacen cosas extrañas cuando se encuentran bajo presión -afirmó-. Ahora entiendo por qué saliste tan compulsiva. Apuesto a que si recapitularas las historias que leíste en esos libros te sorprenderías con lo que te saldría al encuentro. De niños no podemos debatir lo que nos es presentado, así como tú no pudiste debatir tu idea de que tuvieras que leer un libro desde la primera hasta la última página. Todos los miembros de mi familia tenemos un serio debate con el resto del mundo acerca de lo que se les hace a los niños.

-Conocer a tu familia se ha convertido en una obsesión para mí, Clara.

-Es muy natural. He hablado mucho sobre ellos.

-No es sólo eso, Clara -dije-. Más bien se trata de una sensación física. No sé por qué, pero no puedo dejar de pensar en ellos. Incluso sueño con ellos.

En cuanto hube dado voz a este hecho, algo encajó en mi mente. Bruscamente confronté a Clara con una pregunta. Puesto que ella me había conocido desde antes y su primo, siendo mi casero, también me conocía, se me vino a la mente la idea de que yo ya debía conocer a sus otros parientes.

-Naturalmente todos te conocen -dijo Clara, como si fuera de lo más obvio, pero no respondió a mi pregunta.

No me imaginaba quiénes pudiesen ser.

-Déjame hacerte una pregunta directa, Clara. ¿Los conozco yo? -insistí.

-Todas éstas son preguntas imposibles, Taisha. Sería mejor, creo, que no las hicieras.

Me enfurruñé y me levanté de mi asiento de hojas, pero con un suave empujón Clara me obligó a tomar asiento de nuevo.

-Está bien, está bien, señorita averigualotodo -dijo-. Si eso sirve para que te quedes donde estás, te lo diré. Los conoces a todos, pero definitivamente no recuerdas haberlos conocido. Aunque te toparas de frente con alguno de mis parientes, creo que ni siquiera así sentirías el menor atisbo de reconocimiento. Pero al mismo tiempo algo dentro de ti se agitaría en extremo. ¿Estás satisfecha ahora?

Su respuesta no me satisfizo en lo más mínimo. De hecho, me convenció de que pretendía confundirme deliberadamente, tentarme, jugar con las palabras.

-Creo que disfrutas atormentándome, Clara -dije, asqueada.

Clara soltó una carcajada.

-No estoy jugando contigo -me aseguró-. Explicar lo que somos y lo que hacemos es lo más difícil del mundo. Ojalá pudiera aclarártelo mejor, pero no puedo. Así que no tiene caso insistir en explicaciones cuando no las hay.

Incómoda, cambié de posición en el suelo. Se me habían dormido las piernas. Clara sugirió que me acostara boca abajo y que apoyara la cabeza sobre el brazo derecho, con el codo doblado. Lo hice y encontré cómoda la

posición. El suelo y las hojas parecían mantenerme arraigada, mientras que mi mente estaba quieta pero alerta. Clara se inclinó y me acarició la cabeza afectuosamente. Luego fijó la mirada en mí de una manera tan extraña que le agarré la mano y la sujeté por unos instantes.

-Tengo que irme ahora, Taisha -indicó con voz queda, soltando mi mano-, pero puedes estar segura de que volveré a verte-. Sus ojos verdes estaban salpicados de claras motas ambarinas. Y su brillo fue lo último que vi.

Desperté cuando alguien me picó la espalda con un palo. Una mujer extraña se encontraba de pie a mi lado. Era alta, esbelta e increíblemente atractiva. Tenía los rasgos exquisitamente cincelados; una boca pequeña, dientes uniformes, la nariz perfectamente definida; una cara ovalada; un cutis nórdico blanco y delicado, casi transparente; cabello gris lustroso y rizado. Cuando sonrió pensé que era una chica adolescente, llena de osadía y sensualidad. Al adoptar un aspecto sereno, parecía una mujer europea cosmopolita, elegante y madura. Su ropa estaba a la moda y era distinguida, especialmente sus cómodos zapatos, lo cual no había visto nunca en los Estados Unidos, donde las mujeres bien vestidas que calzaban zapatos cómodos siempre tenían un aire matronal.

La mujer era al mismo tiempo más vieja y más joven que Clara; en edad definitivamente era más vieja, pero años más joven en apariencia. Y poseía algo que sólo es posible calificar de vitalidad interior. En comparación, Clara aún parecía encontrarse en una etapa formativa, mientras que ese ser era el producto terminado. Sabía que una persona increíblemente diferente, quizá tan diferente como un miembro de otra especie, me estaba examinando con auténtica curiosidad.

Me incorporé y rápidamente me presenté. Me correspondió con calidez.

-Yo soy Nélida Abelar -dijo en inglés-. Vivo aquí con mis demás compañeros. Ya conoces a dos de ellos, Clara y el nagual, Juan Miguel. Pronto conocerás a los demás.

Hablaba con una ligera inflexión extranjera. Su voz me resultó atractiva y totalmente familiar, a tal grado que no pude más que mirarla fijamente. Se rió, creo que debido al hecho de que, a causa de mi sorpresa, tenía los músculos de la cara paralizados en un rictus inmóvil. El sonido de su dura risa también me pareció remotamente familiar; tenía la sensación de haber escuchado esa risa antes. Cruzó mi mente la idea de que había visto a esa mujer en otra ocasión, aunque no pude imaginar dónde. Entre más la miraba, más me convencía de que la conocía de algún lado, pero se me había olvidado dónde.

-¿Qué te pasa, querida? -preguntó en tono solícito-. ¿Tienes la impresión de que nos conocemos de antes?

-Sí, sí -contesté, excitada, porque me sentí a punto de recordar dónde la había visto.

-Tarde o temprano lo recordarás -dijo en un tono tranquilizador, dándome a entender que no había prisa-. Con el tiempo, la respiración purificante que practicas al recapitular te permitirá recordar todo lo que has hecho en tu vida, incluso tus sueños. Entonces sabrás dónde y cuándo nos conocimos.

Me dio pena haberla mirado fijamente y que me hubiera tomado completamente desprevenida. Me puse de pie y la encaré, no de manera desafiante sino con admiración temerosa.

-¿Quién es usted? -pregunté, ofuscada.

-Ya te dije quién soy -afirmó, sonriente-. Ahora bien, si quieres saber si soy alguna clase de eminencia, te decepcionarás. No soy nadie importante. Sólo pertenezco a un grupo de personas que busca la libertad. Conociste al nagual y el siguiente paso era conocerme a mí. Eso es porque soy responsable de ti.

Al escuchar que era responsable de mí, experimenté una punzada de temor. Desde siempre había luchado por ganar mi independencia; había peleado por ella con todas mis fuerzas.

-No quiero que nadie sea responsable de mí -dije-. He luchado demasiado duro para ser independiente como para someterme a alguien ahora.

Pensé que se ofendería, pero se rió y me dio unas palmaditas en el hombro.

-No lo decía en ese sentido -indicó-. Nadie quiere sojuzgarte. El nagual tiene una explicación de tu personalidad inquieta. Realmente cree que posees un espíritu combativo. De hecho cree que estás loca, indudablemente, pero en un sentido positivo.

Según ella, el nagual explicaba mi locura por el hecho de haber sido concebida en insólitas y desesperadas circunstancias. Nélida prosiguió a relatarme ciertos detalles de la historia de mis padres de los que nadie, excepto ellos mismos, estaban enterados. Reveló que antes de concebirme, cuando ellos vivían y trabajaban en Sudáfrica, mi padre fue encarcelado por razones que nunca reveló. Yo siempre cultivé la fantasía de que en realidad no estuvo en prisión sino en un campo de detención política. Nélida afirmó que mi padre le salvó la vida a un guardia, quien luego le ayudó a escapar, dando la espalda en un momento decisivo.

-Con los perseguidores pisándole los talones -continuó Nélida-, fue a ver a su esposa, para estar con ella por última vez en este mundo. Estaba seguro de que sería atrapado y muerto. Durante aquel abrazo apasionado de vida y muerte, tu madre quedó embarazada de ti. Te fueron trasmitidos el intenso temor y la pasión por la vida que tu padre estaba sintiendo. Por consiguiente, naciste inquieta, ingobernable y con una gran pasión por la libertad.

Apenas escuché sus palabras. Me pasmó a tal grado lo que me estaba revelando que me zumbaron los oídos y perdí la fuerza en las rodillas. Tuve que apoyarme en el tronco de un árbol para evitar caerme. Antes de que

pudiera decir algo, ella continuó.
-La razón por la que tu madre era tan infeliz y en secreto despreciaba a tu padre fue porque él usó, para pagar por sus errores, la herencia que la familia de ella le dejó. El dinero se les acabó y tuvieron que abandonar Sudáfrica antes de que tú nacieras.
-¿Cómo es posible que usted sepa cosas acerca de mis padres que ni siquiera yo tengo claras? -pregunté.
Nélida sonrió.
-Sé esas cosas porque soy responsable de ti -replicó.
Otra vez sentí que me recorría una punzada de temor, haciéndome temblar. En vista de que Nélida estaba enterada de los secretos de mis padres, temía que también supiera cosas acerca de mí. Siempre me había creído a salvo, escondida en la inexpugnable fortaleza de mi subjetividad. Viví arrullada por una falsa sensación de seguridad, convencida de que mis sentimientos, pensamientos y acciones no importaban mientras los mantuviese ocultos, mientras nadie estuviese enterado de ellos. Pero ahora resultaba obvio que esa mujer disponía de acceso a mi ser interior. Sentí la desesperada necesidad de reafirmar mi posición.
-Si algo soy -afirmé, desafiante-, es una persona independiente. Nadie es responsable de mí. Y nadie me dominará.
Nélida se rió de mi exabrupto. Me despeinó de la misma manera en que lo había hecho el nagual, con un ademán reconfortante y totalmente familiar al mismo tiempo.
-Nadie quiere dominarte, Taisha -dijo en tono amistoso. Su aire apacible sirvió para disipar mi enfado-. Te he dicho todo esto porque necesito prepararte para una maniobra específica.
La escuché con mucha atención, porque su tono me hacía intuir que estaba a punto de revelarme algo pasmoso.
-Clara te condujo hasta tu nivel actual, de una manera sumamente artística y eficaz. Estarás para siempre endeudada con ella. Ahora que terminó su tarea, se ha ido. Y lo triste es que ni siquiera le diste las gracias por sus cuidados y gentileza.
Un terrible e innombrable sentimiento empezó a cobrar forma dentro de mí.
-Espere un momento -musité-. ¿Clara se fue?
-Sí, así es.
-Pero regresará, ¿no es cierto? -pregunté.
Nélida meneó la cabeza.
-No. Como ya te dije, su trabajo terminó.
En ese momento tuve el único sentimiento verdadero de toda mi vida. En comparación con él, nada de lo que había sentido hasta entonces fue real; ni mis fastidios, ni mis arranques de ira, ni mis arrebatos de afecto, ni siquiera mi autocompasión eran reales en comparación con el dolor abrasador que experimenté en ese instante. Fue tan intenso que me entumeció. Quise llorar, pero no pude hacerlo. Entonces supe que el verdadero dolor no produce lágrimas.
-¿Y Manfredo? ¿También se fue? -pregunté.
-Sí. Su trabajo, que era cuidarte, terminó también.
-¿Y el nagual? ¿Volveré a verlo?
-En el mundo de los brujos todo es posible -dijo Nélida, tocándome la mano-. Pero una cosa es cierta: no es un mundo que pueda darse por sentado. En él debemos expresar nuestro agradecimiento ahora mismo, porque no existe el mañana.
La miré sin verla, totalmente pasmada. Devolvió mi mirada y susurró:
-El futuro no existe. Es hora de que lo comprendas. Y cuando termines de recapitular y hayas borrado el pasado por completo, sólo te quedará el presente. Entonces sabrás que el presente sólo es un instante, nada más.
Nélida me frotó la espalda suavemente y me indicó que respirara. Estaba tan afligida que había dejado de respirar.
-¿Alguna vez podré cambiar? ¿Hay alguna oportunidad para mí? -pregunté, suplicante.
Sin responder, Nélida se dio la vuelta y se encaminó a la casa. Al llegar a la puerta trasera me indicó, con una señal del índice, que la siguiera al interior.
Quise correr detrás de ella, pero no pude moverme. Empecé a lloriquear y de repente me salió un gemido extrañísimo, un sonido que no era del todo humano. Comprendí por qué Clara me había amarrado su faja protectora en el estómago: para defenderme de ese golpe. Me acosté boca abajo sobre el montón de hojas y dentro de ellas solté el grito animal que me sofocaba. No alivió mi angustia. Saqué los cristales, los acomodé entre mis dedos e hice girar los brazos en círculos cada vez más pequeños, contra el sentido del reloj. Apunté los cristales a mi indolencia, mi cobardía y mi inútil autocompasión.

16

Nélida me esperaba con paciencia en la puerta trasera. Había tardado horas en calmarme. La tarde estaba

avanzada. La seguí al interior de la casa. En el pasillo, justo delante de la sala, se detuvo de manera tan brusca que casi choqué con ella.
-Como te dijo Clara, vivo del lado izquierdo de la casa -indicó, volviéndose para mirarme-. Y te llevaré ahí. Pero primero pasemos a la sala y sentémonos por un rato, para que recobres el aliento.
Estaba jadeando y el corazón me latía a una velocidad inquietante.
-Estoy en buenas condiciones físicas -le aseguré-. Practicaba kung fu con Clara todos los días. Pero ahora no me siento muy bien.
-No te preocupes por estar sin aliento -dijo Nélida en tono tranquilizador- La energía de mi cuerpo está ejerciendo presión sobre ti. Es debido a esa presión adicional que el corazón te late más de prisa. Una vez que te acostumbres a mi energía, ya no te molestará.
Me tomó de la mano y me llevó a sentarme sobre un cojín en el piso, con la espalda apoyada en la parte delantera del sofá.
-Cuando estés agitada, como ahora, apoya la región lumbar de tu espalda en un mueble. O dobla los brazos hacia atrás, apretando con las manos la parte de arriba de tus riñones.
Sentarme en el piso con la espalda apoyada en esa forma definitivamente me calmó. En unos cuantos instantes, pude respirar normalmente y ya no sentía el estómago hecho nudos.
Observé a Nélida caminar de un lado al otro delante de mí.
-Ahora dejemos algo claro, de una vez por todas -dijo, sin interrumpir sus pasos livianos y reposados-. Cuando dije que soy responsable de ti, me refería a que estoy a cargo de tu total libertad. Así que no me vengas con más tonterías acerca de tus esfuerzos por independizarte. No me interesan tus enojos pueriles con tu familia. Pese a que has estado reñida con ella durante toda la vida, tu lucha carece de propósito y dirección. Es hora de dar una causa digna a tu fuerza natural y tu impulso compulsivo.
Noté que su paseo por la sala no era nervioso en absoluto. Más bien parecía una forma de captar mi atención, porque me tranquilizó por completo, además de mantenerme atenta.
Nuevamente le pregunté si volvería a ver a Clara y a Manfredo alguna vez. Nélida fijó en mí una mirada despiadada que me hizo sentir escalofríos.
-No, no los verás -contestó-. Al menos no en este mundo. Ambos han dedicado un esfuerzo impecable a tu preparación para el gran vuelo. Sólo si logras despertar a tu doble y pasar a lo abstracto volverás a verlos. Si no, se convertirán en recuerdos que o se los contarás a otros o se quedarán guardados dentro de ti, pero que irás olvidando poco a poco.
Le juré que no olvidaría jamás a Clara ni a Manfredo; formarían para siempre parte de mí, aunque nunca los volviese a ver. Pese a que algo dentro de mí estaba consciente de esto, no soporté la idea de una separación tan terminante. Quise llorar, como lo había hecho con tanta facilidad durante toda mi vida, pero mi pase brujo con los cristales de algún modo había surtido efecto; había perdido la capacidad de llorar. Ahora que realmente necesitaba llorar, no pude hacerlo. Estaba vacía por dentro. Era yo como siempre había sido: fría. Excepto que ya no me quedaban pretensiones. Recordé lo que Clara me había dicho, que la frialdad no equivale a crueldad ni a falta de corazón sino a una indiferencia inflexible. Por fin supe lo que significaba no tener compasión.
-No te concentres en tu pérdida -dijo Nélida al percibir mi estado de ánimo-. Al menos no por el momento. Mejor veamos algunas maneras útiles para reunir energía a fin de que intentes lo inevitable: el vuelo abstracto. Ahora sabes que nos perteneces a nosotros, a mí en particular. Hoy mismo debes tratar de pasar a mi lado de la casa.
Nélida se quitó los zapatos y se sentó en un sillón enfrente de mí. Con un solo movimiento lleno de gracia, subió las rodillas al pecho y plantó los pies en el asiento. La amplia falda le cubría las pantorrillas, de modo que sólo se le veían los tobillos y los pies.
-Ahora trata de no juzgar ni de ser tímida o malpensada -dijo.
Antes de que pudiera responder, levantó la falda y separó las piernas.
-Observa mi vagina -ordenó-. El agujero entre las piernas de una mujer es la abertura energética de la matriz, un órgano que es a la vez poderoso y competente.
Horrorizada, descubrí que Nélida no traía ropa interior. Podía ver su entrepierna. Quise apartar la vista, pero quedé hipnotizada. Sólo pude mirarla, con la boca medio abierta. No tenía vello y su vientre y piernas eran duros y lisos, sin vestigio de arrugas ni de grasa.
-Puesto que no existo en el mundo como hembra, mi matriz ha adquirido un carácter distinto del carácter de una indisciplinada mujer común y corriente -dijo Nélida sin indicios de pena-. Así que simplemente no deberías de verme de manera despectiva.
En efecto era hermosa y experimenté una punzada de envidia pura. Por lo menos me triplicaba la edad, pero yo nunca me hubiera visto tan bien en una posición similar. De hecho, ni en sueños hubiera permitido que alguien me viese desnuda. Siempre usaba largas batas, como si tuviera algo que esconder. Al recordar mi propia timidez aparté la vista cortésmente, pero no sin haber echado un vistazo a algo que sólo puedo llamar energía pura: el área alrededor de su vagina parecía irradiar una fuerza que me mareaba al verla fijamente.

Cerré los ojos y no me importó lo que pensara de mí. La risa de Nélida fue como una cascada infinita de agua, suave y burbujeante.

-Estás perfectamente calmada ahora -indicó-. Mírame de nuevo y respira hondo varias veces para recargarte.

-Espere un momento, Nélida -dije, invadida por un repentino temor, pero no a mirarle la vagina sino a algo que acababa de descubrir. Mostrarme su desnudez había tenido un efecto inconcebible en mí: calmó mi angustia y me hizo desprenderme de toda mi pudibundez. En un instante, me volví extraordinariamente familiar con Nélida. Tartamudeando de manera lastimosa, le expuse lo que acababa de comprender.

-Eso es exactamente el efecto que debe tener la energía de la matriz -respondió Nélida alegremente-. Ahora en serio, tienes que mirarme y respirar hondo. Después, podrás analizar las cosas todo lo que quieras.

Obedecí y no sentí timidez alguna. Inhalar su energía me vigorizó de manera curiosa, como si entre nosotras se hubiese formado un vínculo que no requería palabras.

-Puedes lograr maravillas si controlas y haces circular la energía de la matriz -dijo Nélida, al volver a taparse las pantorrillas con la falda.

Explicó que la función primaria de la matriz es la reproducción, a fin de perpetuar nuestra especie. No obstante, la matriz también posee funciones secundarias sutiles y sofisticadas, hecho que desconocen las mujeres. Y esas eran, indicó, las que a ella y a mí nos interesaba desarrollar.

Me dio tanto gusto que Nélida me incluyera en su afirmación que de hecho sentí un cosquilleo en el vientre. Escuché con atención mientras ella explicaba que la función secundaria más importante de la matriz es servir de guía al doble. En tanto que los hombres dependen de una mezcla de raciocinio e intento para guiar a sus dobles, las mujeres tienen a su disposición la matriz, una fuente poderosa de energía dueña de abundantes y misteriosos atributos y funciones, diseñados todos para proteger y nutrir al doble.

-Todo esto sólo es posible, por supuesto, si te desembarazas de toda la energía estorbosa dejada por los hombres dentro de ti -indicó-. La recapitulación completa de tu actividad sexual se encargará de eso.

Recalcó que usar la matriz constituye un método extremadamente poderoso y directo de comunicación con el doble. Me recordó el pase brujo que había aprendido, en el que se respira directamente con la abertura de la vagina.

-Por medio de la matriz, los animales hembras perciben las cosas y regulan sus cuerpos -dijo-. Por medio de la matriz, las mujeres pueden generar y almacenar poder en sus dobles, para construir y destruir o para unirse a todo lo que las rodea.

Otra vez sentí un hormigueo en el vientre, una tenue vibración que se extendió a mis genitales y a la cara interior de mis muslos.

-Además de la energía de la matriz, otra forma de comunicación con el doble, también llamado el otro, es por medio del movimiento -continuó Nélida-. Esta es la razón por la que Clara te enseñó los pases brujos. Hay dos pases que debes usar hoy a fin de prepararte adecuadamente para lo que viene.

Se dirigió al closet, sacó un petate, lo desenrolló en el piso y me indicó que me acostara encima. Cuando quedé tendida boca arriba, me pidió que doblara las rodillas un poco, cruzara los brazos en el pecho y rodara una vez a la derecha y luego a la izquierda. Me hizo repetir este movimiento siete veces. Al rodar, debía encorvar la espina dorsal lentamente a la altura de los hombros.

A continuación me indicó que de nuevo me sentara en el piso con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en el sofá, mientras que ella se acomodó en el sillón. Inhaló por la nariz, despacio y con suavidad. Luego movió el brazo y la mano izquierdos en espiral hacia arriba, con gracia, como si estuviese taladrando el aire con la mano. Pareció meter la mano en un hoyo. La estiró, asió algo y luego retrajo el brazo, dándome la impresión de haber sacado una larga cuerda de un agujero en el aire. Realizó los mismos movimientos con el brazo y la mano derechos.

Mientras ella realizaba su pase brujo, reconocí que se trataba de un movimiento de igual naturaleza que los que Clara me había enseñado, pero al mismo tiempo distinto, más ligero y uniforme, con mayor carga de energía. Los pases brujos de Clara semejaban movimientos tomados de las artes marciales; desbordaban gracia y fuerza interior. Los pases de Nélida eran siniestros, amenazadores y al mismo tiempo placenteros para la vista; irradiaban una energía nerviosa, pero no eran agitados.

Al ejecutar su pase, el rostro de Nélida parecía una hermosa máscara. Sus rasgos eran simétricos, perfectos. Mientras observaba sus exquisitos movimientos, realizados con un desprendimiento y desapego absolutos, recordé lo dicho por Clara acerca de que Nélida no tenía piedad.

-Este pase sirve para reunir energía de la vastedad que se ubica justo detrás de todo lo que vemos -indicó-. Trata de hacer un agujero, penetra detrás de la fachada de las formas visibles y agarra la energía que nos sostiene. Hazlo ahora.

Traté de imitar sus movimientos rápidos y llenos de gracia, pero me sentía tiesa y torpe en comparación. No tuve la sensación de estar metiendo la mano por un agujero para agarrar la energía, por mucho que esforzara la imaginación. Sin embargo, al terminar el pase me sentí fuerte y rebosante de energía.

-En realidad no hace falta mucho para comunicarse con el cuerpo etéreo o para entrar en contacto con él -prosiguió Nélida-. Además de utilizar la matriz y el movimiento, el sonido es una forma poderosa de atraer su atención.

Explicó que al dirigir palabras en forma sistemática a nuestra fuente de conciencia -el doble- es posible recibir una manifestación de esa fuente.

-Siempre y cuando contemos con suficiente energía, por supuesto -agregó-. En tal caso, posiblemente hagan falta sólo unas cuantas palabras selectas o un sonido sostenido para abrir algo impensable delante de nosotros.

-¿Cómo podemos exactamente dirigir esas palabras al doble? -pregunté.

Nélida abrió los brazos, barriendo el aire.

-El doble es casi infinito -indicó-. De la misma manera en que el cuerpo físico establece comunicación con otros cuerpos físicos, el doble establece comunicación con la fuerza universal de la vida.

Nélida se puso de pie bruscamente.

-Hemos hecho nuestros pases brujos y también hablado bastante -afirmó-. Ahora veamos si podemos actuar. Quiero que te coloques delante de la puerta que conduce al lado izquierdo de la casa. Quiero que permanezcas muy quieta, pero agudamente consciente de todo lo que pasa a tu alrededor.

La seguí por el pasillo, hasta la puerta que siempre estaba cerrada. Clara me había explicado que permanecía cerrada aunque todos los miembros de la familia estuviesen en la casa. Puesto que me había hecho prometer que nunca, bajo ninguna circunstancia, trataría de abrirla, por mucha curiosidad que tuviese, nunca le puse mucha atención a la puerta.

Al mirarla ahora, no observé nada extraño; sólo era una puerta común de madera, muy parecida a todas las demás que había en la casa. Nélida la abrió con cuidado. Detrás había un pasillo, igual al pasillo del lado derecho, que conducía al otro lado de la casa.

-Quiero que repitas una palabra -dijo Nélida, acercándose mucho a mi espalda-. Esa palabra es intento. Quiero que digas intento tres o cuatro veces o incluso más, pero sácalo de lo más profundo de ti misma.

-¿De lo más profundo de mí misma?

-Deja que la palabra explote desde adentro de ti, fuerte y clara, desde tu región abdominal. De hecho, debes gritar la palabra intento con toda tu fuerza.

Vacilé. Aborrecía gritar y me desagradaba que la gente levantara la voz al hablar conmigo. De niña, aprendí que era descortés gritar y me daba pavor cuando mis padres discutían en voz alta.

-No seas tímida -dijo Nélida-. Grita con toda fuerza y todas las veces que sea necesario.

-¿Cómo sabré cuándo parar?

-Te pararás cuando algo suceda o cuando yo te diga que pares porque no ha sucedido nada. ¡Hazlo! ¡Ahora!

Pronuncié la palabra intento; mi voz sonaba vacilante, débil, insegura. Hasta yo misma pensé que carecía de convicción. Sin embargo, seguí repitiéndola, cada vez con más vigor. Mi voz no se tornó profunda sino aguda y fuerte, hasta que proferí un grito espeluznante que no era mío, dándome tal susto que casi me desmayé. Sin embargo, lo había escuchado antes. Era el mismo sonido agudo que escuché el día en que Clara y Manfredo entraron corriendo a la casa, dejándome debajo del árbol. Comencé a temblar y me mareé tanto que me desplomé ahí mismo, apoyada en el marco de la puerta.

-¡No te muevas! -ordenó Nélida, pero era demasiado tarde. Ya me había desmoronado en el piso, sin fuerzas.

-Qué lástima que te moviste, cuando debías quedarte donde estabas -dijo Nélida severamente, pero esbozó una sonrisa al ver que me encontraba al borde del desmayo. Se puso en cuclillas a mi lado y me frotó las manos y el cuello para revivirme.

-¿Por qué me hizo gritar? -musité, enderezándome apoyada en la pared.

-Estábamos tratando de llamar la atención de tu doble -afirmó Nélida-. Al parecer la conciencia universal tiene dos niveles: el nivel de lo visible, del orden, de todo lo que es posible pensar o nombrar; y el nivel no manifiesto de la energía, que crea y sostiene todas las cosas.

"Puesto que nos atenemos al lenguaje y a la razón -continuó Nélida-, el nivel de lo visible es lo que consideramos como la realidad. Parece poseer un orden, es estable y predecible. Sin embargo, en realidad es escurridizo, temporal y siempre cambiante. Lo que juzgamos como la realidad permanente sólo es la apariencia superficial de una fuerza insondable.

Tenía tanto sueño que apenas pude atender a sus palabras. Bostecé varias veces para absorber más aire. Nélida se rió al verme abrir los ojos de manera exagerada, para convencerla de que contaba con toda mi atención.

-Lo que tú y yo pretendemos con todos estos gritos -prosiguió- no es llamar la atención de la realidad visible sino la atención de lo invisible, de la fuerza que constituye la fuente de tu existencia y que esperamos te transporte sobre el abismo.

Quería escuchar lo que me estaba diciendo, pero un extraño pensamiento me distrajo. Justo antes de desplomarme en el piso, había tenido una rara visión. Observé que el aire en el pasillo detrás de la puerta burbujeaba, al igual que en la oscuridad de mi cuarto la primera noche que dormí en la casa.

Mientras Nélida seguía hablando, me volví para asomarme otra vez al pasillo, pero ella se colocó delante de mí y me obstruyó la vista. Se inclinó y recogió una hoja que debió salirse, mientras estuve gritando, del bulto protector que Clara me había amarrado alrededor de la cintura.

-Tal vez esta hoja ayude a esclarecer las cosas -indicó, alzándola para que la viera. Hablaba rápidamente, como si estuviese consciente de que mi atención menguaba y quisiera exponer lo más posible antes de que mi mente volviese a divagar-. Su textura es seca y quebradiza; su forma, plana y redonda; su color, café con un toque de carmesí. Reconocemos que se trata de una hoja gracias a nuestros sentidos, que son nuestros instrumentos de percepción, y a nuestro pensamiento, que otorga nombres a las cosas. Sin ellos la hoja sería energía abstracta, pura y no diferenciada. La misma energía etérea e irreal que fluye a través de esta hoja fluye a través de todo y lo sostiene todo. Nosotros, al igual que todo lo demás, somos reales, por una parte, y sólo apariencia por otra.

Con cuidado depositó la hoja otra vez en el piso, como si fuera tan frágil que se haría añicos al menor contacto.

Nélida se detuvo por un instante, como para esperar a que mi mente asimilara lo que había dicho, pero mi atención fue atraída nuevamente por la puerta abierta del pasillo, donde filamentos de luz manaban a través de una gran ventana al fondo. Tuve la fugaz visión de varios hombres y mujeres; es decir, por un instante tres o cuatro personas sacaron las cabezas de las puertas que daban al pasillo. Al parecer todos fueron despertados al mismo tiempo por mis gritos, sacando las cabezas de sus recámaras para ver de qué se trataba el escándalo.

-Definitivamente te falta disciplina -me gritó Nélida-. Tu capacidad para sostener la atención es muy deficiente.

Traté de decirle a Nélida lo que había visto, pero me dominó con una sola mirada. Sentí un escalofrío que me subía por la columna hasta la nunca e involuntariamente acabé temblando. Fue entonces, sentada ahí confusa e indefensa, que el pensamiento más extraño de todos los que tuve hasta ese instante me cruzó la mente: Nélida me parecía familiar porque la había visto en un sueño. De hecho, la había visto no en un solo sueño sino en una serie de sueños recurrentes, y las personas del pasillo...

-¡No permitas que tu mente vaya más lejos! -me gritó Nélida-. Ni te atrevas, ¿me escuchas? ¡No te atrevas a divagar! Quiero toda tu atención aquí conmigo.

Me obligó a levantarme y me dijo que me concentrara. Hice lo posible por concentrarme, porque definitivamente me intimidaba. Siempre me había enorgullecido la idea de que nadie podía dominarme, pero una sola mirada de esa mujer bastaba para interrumpir mis pensamientos y llenarme de temor reverente y pavor al mismo tiempo.

Nélida me dio un firme golpe con el nudillo en la corona de la cabeza. Me calmó con la misma presteza con la que sus gritos me habían perturbado.

-He estado hablando como loca porque, según me aseguró Clara, hablar es la mejor manera de calmarte y despertar tu interés -indicó-. A toda costa quiero que estés preparada para cruzar esta puerta.

Le dije que tenía la certeza de haberla visto en mis sueños. Pero eso no era todo; tenía la sensación de conocer también a las personas que asomaron las cabezas al pasillo.

Cuando mencioné a esas personas, Nélida dio un paso para atrás y me escudriñó, como si buscara marcas en mi cuerpo. Guardó silencio por un momento, deliberando, quizá, si debía o no revelar algo.

-Somos un grupo de brujos, como ya te lo dijeron el nagual y Clara. Formamos un linaje, pero no un linaje de sangre. En esta casa hay dos ramas de ese linaje, cada una de ocho miembros. Los miembros de la rama de Clara son los Grau y los miembros de mi rama son los Abelar. Nuestro origen está perdido en el tiempo. Nos contamos por generaciones. Yo pertenezco a la generación que está en el poder, y eso significa que puedo enseñar lo que mi grupo sabe a alguien que es como yo. En este caso, a ti. Tú eres una Abelar.

Se puso detrás de mí y me volvió en dirección del pasillo.

-Ahora basta de hablar. Da la cara al pasillo y otra vez grita la palabra intento. Creo que estás lista para conocernos a todos en persona.

Grité intento tres veces. En esta ocasión mi voz no me salió chillona sino resonó fuertemente, más allá de los muros de la casa. Al sonar el tercer grito, el aire del pasillo empezó a chisporrotear. Miles de millones de diminutas burbujas relumbraron y brillaron, como si todas se hubieran encendido en el mismo instante. Escuché un suave zumbido que me recordó el sonido amortiguado de un generador. Su ronroneo hipnótico me jaló al interior, cruzando el umbral sobre el que Nélida y yo estábamos paradas. Tenía los oídos tapados y tuve que tragar saliva varias veces para destaparlos. Luego el zumbido paró y me encontré en el centro de un pasillo que era la imagen exacta del pasillo en el lado derecho de la casa, donde estaba mi cuarto. Sólo que este pasillo estaba lleno de gente. Todos habían salido de sus cuartos y me estaban mirando fijamente, como si hubiese caído de otro planeta y materializado justo delante de sus ojos.

Entre ellos, en el extremo más alejado del pasillo, vi a Clara. Esbozaba una sonrisa radiante y abrió los brazos, invitándome a abrazarla. Luego vi a Manfredo, que rascaba el piso. Estaba tan feliz de verme como Clara. Eché a correr hacia ellos, pero en lugar de sentir mis pasos sobre el piso de madera fui lanzada al aire. Desesperada, observé que pasaba por encima de Clara y Manfredo y todas las demás personas en el pasillo. No pude controlar mis movimientos; sólo pude gritar angustiada los nombres de Clara y de Manfredo, al pasar volando por encima de ellos hasta más allá del pasillo y de la casa, más allá de los árboles y los cerros, hacia un fulgor deslumbrante y,

finalmente, una quietud totalmente negra.

17

Estaba soñando que removía la tierra en el jardín, cuando me despertó un agudo dolor en el cuello. Sin abrir los ojos, busqué las almohadas a tientas para apoyar el cuello en sus suaves y cómodos pliegues. Sin embargo, mis manos buscaron en vano. No encontré las almohadas; ni siquiera percibía el colchón. Sentí que empezaba a mecerme, como si hubiera comido o bebido demasiado la noche anterior y estuviese resintiendo los perturbadores efectos de la indigestión. Poco a poco abrí los ojos. En lugar de ver el techo o las paredes, vi ramas y hojas verdes. Cuando traté de incorporarme, todo se movió a mi alrededor. Me di cuenta de que no estaba en mi cama; me encontraba suspendida en el aire, en una especie de arneses, y era yo la que se columpiaba, no el mundo a mi alrededor. Supe con toda certeza que no se trataba de un sueño. Cuando mis sentidos intentaron poner en orden el caos, observé que estaba elevada, por medio de poleas, hasta la rama más alta de un árbol.

La inesperada sensación de despertar atada, aunada al descubrimiento de que no había nada debajo de mí, instantáneamente me provocaron un terror físico a las alturas. En mi vida me había subido a un árbol. Empecé a pedir ayuda a gritos. Nadie acudió a rescatarme, de modo que seguí gritando hasta perder la voz. Exhausta, quedé colgada como un cadáver lacio. El terror físico me había hecho perder el control sobre mis funciones excretorias. Estaba toda sucia. Por otra parte, mis gritos acabaron con mis temores. Miré a mi alrededor y poco a poco empecé a analizar la situación.

Observé que tenía libres los brazos y las manos y, al voltear la cabeza hacia abajo, vi qué era lo que me tenía suspendida. Unas gruesas cintas de cuero color café estaban sujetas con hebillas a mi cintura, pecho y piernas. Alrededor del tronco del árbol había otra cinta, la cual podía alcanzar con sólo estirar los brazos. A esta última cinta estaban sujetos el extremo de una cuerda y una polea. Comprendí al instante que todo lo que debía hacer a fin de liberarme era soltar la cuerda y bajarme por medio de la polea. Tuve que hacer un esfuerzo máximo para alcanzar la cuerda y bajar, porque me temblaban los brazos y las manos. Sin embargo, una vez tendida en el suelo pude desabrochar laboriosamente las correas que me ceñían el cuerpo y extraerme de los arneses.

Entré corriendo a la casa, llamando a Clara a gritos. Vagamente recordaba saber que no la podría encontrar, pero era más una sensación que una certidumbre consciente. Automáticamente me puse a buscarla, pero no apareció por ninguna parte, ni tampoco Manfredo. No fue difícil comprender que todo había cambiado, de algún modo, pero no sabía qué ni cuándo, ni siquiera por qué las cosas eran ahora distintas de antes. Sólo sabía que algo se había roto irremediablemente.

Caí en un largo monólogo interior. Me dije a mí misma cómo deseaba que Clara no hubiese salido en uno de sus misteriosos viajes justo cuando más la necesitaba. Entonces razoné que tal vez hubiera otras explicaciones de su ausencia. Quizá me estaba evitando deliberadamente o se encontraba de visita con sus parientes del lado izquierdo de la casa. De pronto recordé a Nélida y me precipité a la puerta del lado izquierdo del pasillo y traté de abrirla, haciendo caso omiso de la advertencia de Clara de nunca tocar esa puerta. Estaba cerrada con llave. Llamé a Clara varias veces a través de la puerta, luego le di un puntapié, enojada, y me dirigí a mi recámara. Consternada descubrí que esa puerta también estaba cerrada con llave. Frenéticamente, traté de abrir las puertas de las otras recámaras a lo largo del pasillo. Todas estaban cerradas con llave excepto una, la cual daba a una especie de cuarto para trebejos. No había entrado nunca allí, en obediencia a las instrucciones expresas de Clara. Sin embargo, la puerta siempre estuvo entreabierta y cada vez que pasaba solía asomarme.

En esta ocasión entré, pidiendo en voz alta a Clara y a Nélida que salieran de sus escondites. El cuarto estaba a oscuras, pero lleno hasta el tope de la colección más extraña de objetos que había visto en mi vida. De hecho, estaba tan atestado de grotescas esculturas, cajas y baúles que casi no quedaba lugar para caminar. Un poco de luz entraba por la hermosa vidriera sobresaliente que había en la pared del fondo. Su suave brillo proyectaba sombras espectrales sobre todos los objetos en la habitación. Se me ocurrió que así deben verse las bodegas de los trasatlánticos elegantes, pero fuera de servicio, que han viajado por todo el mundo. De súbito el piso debajo de mí empezó a oscilar y crujir y los objetos a mi alrededor también parecieron cambiar de lugar. Proferí un grito involuntario y salí corriendo del cuarto. El corazón me latía tan rápido y fuerte que requerí varios minutos y bastantes respiraciones profundas para aquietarlo.

Una vez en el pasillo, me di cuenta de que estaba abierto el gran ropero enfrente del cuarto para trebejos y que toda mi ropa se encontraba ahí, colgada ordenadamente de los ganchos o doblada sobre los estantes. Un alfiler sujetaba un recado dirigido a mí en la manga de la chamarra que Clara me había dado el día de mi llegada a la casa. Decía: "Taisha, el hecho de que estás leyendo este recado me indica que has bajado del árbol. Por favor sigue mis instrucciones al pie de la letra. No regreses a tu cuarto, porque está cerrado con llave. A partir de ahora dormirás en tus arneses o en la casa del árbol. Todos hemos salido en un extenso viaje. Estás a cargo de toda la casa. ¡Esfuérzate!" Lo firmaba "Nélida".

Pasmada, me quedé viendo el recado por mucho tiempo y lo leí una y otra vez. ¿Qué quería decir Nélida con

que estaba a cargo de la casa? ¿Qué debía yo hacer ahí, completamente sola? La idea de dormir en esos terribles arneses, suspendida como una res en canal, me causó la sensación más rara de todas.

Deseé que las lágrimas me inundaran los ojos. Quise sentir lástima de mí misma, por haber sido abandonada, y enfadarme con ellas por haberse ido sin avisar, pero no pude hacer ninguna de las dos cosas. Me paseé violentamente por toda la casa, tratando de cobrar impulso para una rabieta. De nueva cuenta fracasé miserablemente. Era como si algo se hubiera apagado dentro de mí, tornándome indiferente e incapaz de expresar mis emociones familiares. No obstante, sí me sentía abandonada. El cuerpo me empezó a temblar, como siempre me pasaba justo antes de romper a llorar. Sin embargo, lo que brotó no fue un diluvio de lágrimas sino un torrente de recuerdos y visiones parecidas a sueños.

Me encontraba suspendida en los arneses, mirando hacia abajo. Había unas personas paradas al pie del árbol que se reían y aplaudían. Me gritaron, tratando de llamar mi atención. Luego todos profirieron un ruido al unísono, como el rugido de un león, y se fueron. Sabía que era un sueño. Sin embargo, también sabía que conocer a Nélida definitivamente no había sido un sueño. Su recado en mi mano lo probaba. De lo que no estaba segura era de por qué y por cuánto tiempo estuve suspendida en el árbol. A juzgar por el estado de mi ropa y por mi hambre feroz, pude pasar días ahí. ¿Pero cómo llegué allá arriba?

Agarré algo de ropa y salí para bañarme y cambiarme. Limpia de nuevo, me di cuenta de que aún no había buscado en la cocina. Me llenó la esperanza tenaz de que Clara estuviese comiendo ahí y no hubiera oído mis gritos. Abrí la puerta, pero la cocina estaba desierta. Busqué algo de comer. Encontré una cazuela con mi caldo favorito sobre la estufa y desesperadamente deseé creer que Clara me lo había dejado. Lo probé y solté un sollozo sin lágrimas. Las verduras estaban finamente rebanadas, no picadas, y casi no tenía carne. Supe entonces que Clara no lo había preparado y que se había ido. Al principio no quise probar el caldo, pero tenía muchísima hambre. Tomé mi tazón del estante y lo llené hasta el borde.

Sólo después de comer, al analizar mi situación, se me ocurrió que quedaba un sitio más que se me había olvidado revisar. Me apresuré para llegar a la cueva, con la vaga esperanza de encontrar ahí a Clara o al nagual. No encontré a nadie; ni siquiera a Manfredo. La soledad de la cueva y de los cerros me inspiró tal sentimiento de tristeza que hubiera dado cualquier cosa en el mundo por poder llorar. Me metí a la cueva, sintiendo la desesperación de un mudo que apenas un día antes podía hablar. Quise morir en el acto, pero en cambio me dormí.

Al despertar, regresé a la casa. Ahora que todo el mundo se había ido, pensé, daba lo mismo irme yo también. Me dirigí al lugar donde estaba estacionado mi coche. Clara lo había manejado constantemente y le había dado mantenimiento en un taller de la ciudad. Lo arranqué para cargar la batería y, aliviada, comprobé que funcionaba perfectamente. Después de guardar algunas de mis cosas en una pequeña maleta, llegué hasta la puerta trasera cuando una intensa punzada de culpabilidad me detuvo. Volví a leer el recado de Nélida. En él me pedía cuidara la casa. No podía abandonarla sin más. Decía que me esforzara. Me daba la impresión de que me habían confiado una tarea particular y que debía quedarme, aunque sólo fuese para averiguar cuál era esa tarea. Regresé mis cosas al ropero y me acosté en el sofá para evaluar mi situación.

Mis gritos definitivamente me habían irritado las cuerdas vocales. La garganta me dolía mucho; pero aparte de eso parecía encontrarme en buenas condiciones físicas. La impresión, el miedo y la lástima de mí misma habían pasado, y sólo quedaba la certeza de que algo monumental me había sucedido en el pasillo izquierdo. Sin embargo, por mucho que me esforcé no pude recordar lo que sucedió después de que crucé el umbral.

Aparte de estas preocupaciones fundamentales, también enfrentaba un problema inmediato y serio: no estaba segura de cómo encender la estufa, que calentaba con madera. Clara me había mostrado una y otra vez cómo hacerlo, pero simplemente no le encontré el modo, quizá porque creía que nunca tendría que encenderla yo misma. Una solución que se me ocurrió fue mantener el fuego alimentándolo durante toda la noche.

Me precipité a la cocina para agregar más madera al fuego antes de que se apagara. También herví más agua y lavé mi plato con ella. Vertí el resto del agua al filtro de piedra caliza, con forma de un ancho cono invertido. El enorme receptáculo descansaba sobre un pedestal sólido de hierro forjado y, gota por gota, filtraba el agua hervida. Del recipiente al que caía el agua debajo del filtro, con un cucharón me serví agua en mi tarro. Bebí agua fresca y deliciosa hasta saciarme y luego decidí volver a la casa. Quizá Clara o Nélida me habían dejado otros recados con indicaciones más específicas acerca de lo que debía hacer.

Busqué las llaves para las recámaras. En un armario del pasillo encontré un juego de llaves marcadas con diferentes nombres. Escogí una que traía el nombre de Nélida; me sorprendió descubrir que servía para abrir mi recámara. Luego tomé la llave de Clara y la ensayé en diferentes puertas hasta encontrar la cerradura en la cual encajaba. Di vuelta a la llave y la puerta se abrió, pero no pude entrar a su cuarto para curiosear. Sentí que, aunque se hubiera ido, tenía derecho a su privacía.

Cerré la puerta de nuevo, le eché la llave y guardé el llavero donde lo había encontrado. Regresé a la sala y me senté en el piso, apoyando la espalda en el sofá tal como Nélida me lo había recomendado. Definitivamente ayudó a calmar mis nervios. Otra vez pensé en subirme a mi coche e irme. Pero en realidad no tenía deseos de hacerlo.

Decidí aceptar el reto y cuidar la casa mientras estuvieran ausentes, aunque fuese para siempre.

Puesto que no tenía nada más qué hacer, se me ocurrió que podía tratar de leer. Había recapitulado acerca de mis tempranas experiencias negativas con los libros y pensé que podría ponerme a prueba, para ver si había cambiado mi actitud hacia ellos. Fui a revisar los libreros. Encontré que la mayoría de los libros estaban en alemán, algunos en inglés y otros cuantos en español. Realicé una inspección rápida y observé que la mayoría de los libros en alemán trataban de botánica; también había algunos sobre zoología, geología, geografía y oceanografía. En otro estante un poco escondido había una colección de libros de astronomía, en inglés. Los libros en español, que ocupaban un librero separado, eran de literatura, novelas y poesía.

Decidí empezar con los libros de astronomía, puesto que era un tema que siempre me había fascinado. Escogí un libro delgado con muchas ilustraciones y empecé a hojearlo. Sin embargo, no tardé en dormirme.

Cuando desperté, la casa estaba completamente a oscuras y tuve que buscar a tientas, en la oscuridad total, el camino hasta la puerta trasera. En el camino al cobertizo que alojaba el generador, descubrí una luz que provenía de la cocina. Me di cuenta de que alguien ya había prendido el generador. Regocijada ante el posible regreso de Clara, me precipité a la cocina. Al acercarme, escuché que alguien cantaba suavemente en español. No era Clara. Era una voz de hombre, pero no la del nagual. Avancé con mucha cautela. Antes de que llegara hasta la puerta, un hombre sacó la cabeza y, al verme, profirió un fuerte grito. Grité al mismo tiempo que él. Al parecer lo había asustado tanto como él a mí. Salió y por un momento nos quedamos viendo.

Era delgado, pero no flaco; nervudo, pero también musculoso. Tenía mi estatura o unos dos centímetros más que yo, midiendo aproximadamente un metro con setenta y dos centímetros. Vestía overoles azules de mecánico, como los que usan los despachadores de gasolina. Su cutis era ligeramente sonrosado; y su cabello, gris. Tenía puntiagudas la nariz y la barbilla, pómulos salientes y una boca pequeña. Sus ojos parecían de pájaro, oscuros y redondos y al mismo tiempo brillantes y animados. Apenas se distinguía el blanco de sus ojos. Al mirarlo fijamente, me produjo la impresión de no estar viendo a un viejo sino a un niño arrugado a causa de una enfermedad exótica. Tenía un aire que era al mismo tiempo viejo y joven, simpático y perturbador. Conseguí pedirle, con mi mejor español aprendido en la preparatoria, que por favor me dijera quién era y que explicara su presencia en la casa.

Me examinó en forma curiosa.

-Hablo inglés -contestó, prácticamente sin acento-. Pasé años viviendo en Arizona con los parientes de Clara. Me llamo Emilito; soy el cuidador. Y tú has de ser la que vive en el árbol.

-¿Disculpe?

-Eres Taisha, ¿no? -preguntó, dando unos pasos hacia mí. Sus movimientos eran desenvueltos y ágiles.

-Sí, así es. ¿Pero qué es lo que dijo acerca de que vivo en un árbol?

-Nélida me dijo que vives en el gran árbol junto a la puerta delantera de la casa. ¿Es cierto?

Asentí automáticamente, y sólo entonces me di cuenta de algo tan obvio que sólo un simio duro de la cabeza lo pudo haber pasado por alto: el árbol se encontraba en la prohibida parte delantera de la casa, la del Este; la parte del terreno que sólo había visto desde mi punto de observación en los cerros. La revelación desató una ola de emoción en mi interior, porque también comprendí que ahora podría explorar libremente terrenos que siempre me habían sido vedados.

Mi deleite se cortó en seco cuando Emilito meneó la cabeza, como si me tuviese lástima.

-¿Qué hiciste, pobrecita? -preguntó, dándome unas palmaditas en el hombro.

-No hice nada -repliqué y retrocedí un paso. Estaba insinuando, obviamente, que yo había hecho algo malo, por lo cual fui subida al árbol a manera de castigo.

-Ya, ya, no quiero entrometerme -dijo con una sonrisa-. No tienes que pelear conmigo. No soy nadie importante. Sólo soy el cuidador, un empleado. No soy uno de ellos.

-No me importa quién sea usted -exclamé, irritada-. Ya le dije que no hice nada.

-Bueno, si no quieres hablar de ello, por mí está bien -dijo, dándome la espalda para volver a entrar a la cocina.

-No hay nada de qué hablar -grité, queriendo ser la de la última palabra.

No me costó trabajo gritarle, algo que no me hubiera atrevido a hacer de haber sido él joven y apuesto. Me sorprendí a mí misma al gritar otra vez:

-No me haga pasar un mal rato. Yo soy la que manda aquí. Nélida me pidió que cuidara la casa. Es lo que dice su recado.

Brincó como si le hubiera caído un rayo.

-Sí que eres rara -musitó. Luego se aclaró la garganta y me gritó: -Ni te atrevas a acercarte más. Tal vez sea viejo, pero también soy bastante fuerte. Mi trabajo aquí no incluye arriesgar mi vida ni dejarme insultar por idiotas. Renunciaré.

Ni yo misma entendía qué fue lo que pasó para que gritara.

-Espere -dije en tono de disculpa-. No quise levantar la voz, pero estoy extremadamente nerviosa. Clara y Nélida me dejaron aquí sin advertencia ni explicación.

-Bueno, yo tampoco quise gritarle -contestó, en el mismo tono de disculpa que yo había usado-. Sólo trataba de entender por qué te subieron ahí antes de irse. Es por eso que pregunté si habías hecho algo malo. No quería entrometerme.

-Pero le aseguro, señor, que no hice nada; créame.

-¿Entonces por qué vives en el árbol? Esta gente es muy seria. No te harían algo así sin motivo. Además, es obvio que eres una de ellos. Si Nélida te deja recados indicándote que cuides la casa, tienes que ser muy amiga de ella. No hace migas con nadie.

-La verdad -dije- es que no sé por qué me dejaron en el árbol. Yo estaba con Nélida del lado izquierdo de la casa y de repente desperté con el cuello todo torcido y colgada de ese árbol. Estaba aterrada.

Al recordar la angustia que sentí al hallarme sola y que todo mundo había desaparecido, no pude evitar alterarme de nuevo. Empecé a temblar y sudar delante de ese hombre desconocido.

-¿Entraste al lado izquierdo de la casa? Abrió los ojos mucho; parecía sincero el asombro que invadió su rostro.

-Por un instante estuve ahí, pero luego perdí el conocimiento -indiqué.

-¿Y qué viste?

-Vi a gente en el pasillo. A mucha gente.

-¿Como cuántos, dirías tú?

-El pasillo estaba lleno de gente. Serían unas veinte o treinta personas.

-¿Tantas, eh? ¡Qué raro!

-¿Por qué es raro, señor?

-Porque no había tanta gente en toda la casa. Sólo había diez personas aquí en ese momento. Yo lo sé, porque soy el cuidador.

-¿Qué significa todo esto?

-¡No tengo la menor idea! Pero me parece que algo anda muy mal contigo.

El estómago se me contrajo mientras una conocida sensación de condena descendió sobre mí. Era exactamente la misma sensación que de niña había experimentado en la oficina del doctor, cuando descubrieron que padecía de mononucleosis. No tenía la menor idea de lo que era eso, pero sabía que era mi fin; a juzgar por las expresiones sombrías en las caras de los miembros de mi familia, ellos también lo sabían. Cuando iba a ponerme una inyección de penicilina, grité tan fuerte que me desmayé.

-Ya, ya -dijo el cuidador con voz benévola-. No tiene caso agitarse tanto. No quise ofenderte. Déjame decirte lo que sé acerca de esos arneses. Quizá sirva para aclarar las cosas un poco. Los usan cuando la persona a la que están tratando está... bueno... un poco desequilibrada. Si sabes a qué me refiero.

-¿A qué se refiere, señor?

-Dime Emilito -indicó con una sonrisa-. Por lo que más quieras, no me digas señor. O puedes referirte a mí como el cuidador, de la misma manera en que todos aquí nos referimos a Juan Miguel Abelar como el nagual. Ahora entremos a la cocina y sentémonos a la mesa, para hablar más cómodamente.

Lo seguí a la cocina y me senté. Sirvió en mi taza un poco del agua que había calentado en la estufa y me la llevó.

-Ahora, con respecto a los arneses -prosiguió, instalándose en la banca enfrente de mí-, se supone que sirven para curar trastornos mentales. Y normalmente se los ponen a las personas que han perdido los estribos.

-Pero no estoy loca -protesté-. Si usted o cualquier otra persona insinúa que lo estoy, me iré de aquí.

-Pero debes estar loca -razonó.

-Es el colmo. Regresaré a la casa -me levanté para irme.

El cuidador me detuvo.

-Espera, Taisha. No quería decir que estás loca. Es posible que exista otra explicación -afirmó, en tono conciliador-. Esta gente tiene muy buenas intenciones. Probablemente pensaban que debes reforzar tu poder mental en su ausencia, no curarte de una enfermedad mental. Por eso te metieron a los arneses. Yo tengo la culpa, por haberme precipitado a sacar conclusiones erróneas. Por favor acepta mis disculpas.

Estaba más que dispuesta a olvidar el asunto y volví a sentarme a la mesa. Además, necesitaba estar en buenos términos con el cuidador, porque obviamente sabía cómo prender la estufa. Y no tenía la energía suficiente para seguir sintiéndome ofendida. Por otra parte, a esas alturas me había convencido de que él tenía razón. Sí estaba loca, sólo que no quería que el cuidador lo supiese.

-¿Vive usted cerca de aquí, Emilito? -pregunté, tratando de aparentar tranquilidad.

-No. Vivo aquí en la casa. Mi habitación está enfrente de tu ropero.

-¿Quiere decir que vive en ese cuarto para trebejos, lleno de esculturas y cosas? -exclamé-. ¿Y cómo es que sabe dónde está mi ropero?

-Clara me lo dijo -replicó con una sonrisa.

-Pero, si vive aquí, ¿por qué no lo he visto nunca?

-Ah, eso se debe a que tú y yo obviamente tenemos horarios distintos. A decir verdad, yo tampoco te he visto

nunca.

-¿Cómo es posible, Emilito? Llevo aquí más de un año.

-Y yo llevo aquí cuarenta años, a intervalos.

Ambos nos reímos en voz alta de las absurdeces que estábamos diciendo. Lo que me inquietaba era saber, en lo más recóndito de mi interior, que la presencia de esta persona era la que tantas veces había percibido en la casa.

-Yo sé, Emilito, que usted me ha estado observando -declaré en tono contundente-. No lo niegue ni me pregunte cómo lo sé. Lo que es más, también sé que usted sabía quién era yo cuando me vio delante de la puerta de la cocina. ¿No es cierto?

Emilito suspiró y asintió con la cabeza.

-Tienes razón, Taisha. Sí te reconocí. Pero de todas maneras me diste un auténtico susto.

-¿Pero cómo pudo reconocerme?

-Te he estado observando desde mi habitación. Pero no te enojes. Nunca pensé que fueras a darte cuenta de que te observaba. Te pido humildemente que me disculpes si te hice sentir incómoda.

Quería preguntar por qué me había observado. Tenía la esperanza de que contestara que me creía hermosa o al menos interesante, pero interrumpió nuestra conversación para indicar que, puesto que había oscurecido, se sentía obligado a ayudarme a subir al árbol.

-Déjame hacerte una sugerencia -indicó-. Duerme en la casa del árbol en lugar de los arneses. Es una experiencia emocionante. Yo también ocupé esa casa del árbol durante un tiempo prolongado, aunque de eso ya hace mucho tiempo.

Antes de irnos, Emilito me sirvió un plato de deliciosa sopa y unas tortillas de harina. Comimos en completo silencio. Traté de hablar con él, pero dijo que conversar a la hora de la comida era malo para la digestión. Le dije que Clara y yo siempre platicábamos interminablemente durante nuestras comidas.

-Su cuerpo y el mío no se parecen en nada -musitó-. Ella está hecha de acero, de modo que puede hacerle lo que quiere a su cuerpo. Yo, por otra parte, no puedo correr riesgos con mi frágil cuerpecito. Ni tú tampoco.

Me agradaba que me incluyera entre los cuerpos pequeños, y que en realidad me considerase frágil, no débil.

Después de cenar, me acompañó muy solícitamente a lo largo de la casa principal hasta la puerta delantera. Nunca había pisado esa parte de la casa y deliberadamente caminé más lento, tratando de ver lo más posible. Vi un enorme comedor con una larga mesa para banquetes y una vitrina llena de copas de cristal, copas para champán y vajillas. Al lado del comedor había un estudio. Al pasar, alcancé a ver un escritorio macizo de caoba y libreros repletos en la pared. Las luces eléctricas estaban prendidas en otra habitación, pero no pude asomarme, porque la puerta se encontraba sólo un poco entreabierta. Voces amortiguadas salían del interior.

-¿Quién está ahí adentro, Emilito? -pregunté, emocionada.

-Nadie -contestó-. Los susurros que oyes son el viento. Les hace jugarretas extrañas a los oídos al soplar a través de las contraventanas.

Lo miré con cara de que no me podía engañar y galantemente abrió la puerta para que me asomara. Tenía razón; el cuarto estaba vacío. Era otra sala más, semejante a la del lado derecho de la casa. No obstante, al fijarme con más detenimiento, observé algo raro en las sombras proyectadas sobre el piso. Me estremecí, porque sabía que las sombras estaban mal. Hubiera jurado que estaban agitadas, que rielaban y danzaban, pero no había aire ni movimiento en el cuarto.

En un susurro le comuniqué a Emilito lo que había visto. Se rió y me dio unas palmaditas en la espalda.

-Suenas igual que Clara -indicó-. Pero eso está bien. Me preocuparía si sonaras como Nélida. ¿Sabías que tiene poder en el coño?

Su forma de decirlo, el tono de su voz y la curiosa admiración, como de pájaro, que le llenaba los ojos, me causaron tal gracia que rompí a reír, casi hasta las lágrimas. La risa se me cortó en forma tan repentina como había empezado, como si alguien hubiera accionado un apagador dentro de mí. El hecho me preocupó. Y también preocupó a Emilito, porque me dirigió una mirada recelosa, como si dudara de mi estabilidad mental.

Abrió la puerta principal y me hizo pasar al frente de la casa, donde estaba el árbol. Me ayudó a abrochar los arneses y me enseñó a usar las poleas para adoptar una posición sentada. Me dio una pequeña linterna eléctrica y jalé de las cuerdas para subir. Entre las ramas más altas vagamente distinguía una casa de madera. Estaba cerca del lugar donde primero desperté en los arneses, pero no la había visto antes, debido a mi alarma extrema y a causa de todo el follaje que la rodeaba.

Desde el suelo, el cuidador apuntó la luz de su linterna directamente a la construcción y me gritó:

-Adentro hay una linterna marítima, Taisha, pero no la uses por demasiado tiempo. Y por la mañana, antes de bajar, asegúrate de desconectar la batería.

Sostuvo la luz de su linterna hasta que a gatas me subí en un pequeño rellano delante de la casa del árbol y terminé de desenganchar los arneses.

-Buenas noches. Ya me voy -gritó-. Que tengas sueños bonitos.

Creí escuchar una risita ahogada cuando apartó el haz de luz y se encaminó a la casa principal. Entré a la casa del árbol con la ayuda de mi propia débil linterna y busqué lo que había llamado la linterna marítima. Se trataba de una enorme lámpara sujeta a un estante; en el piso había una gran batería cuadrada metida en una caja clavada a las tablas. La conecté a la linterna y la prendí.

La casa del árbol consistía en una minúscula habitación provista de una pequeña plataforma elevada que servía de cama y de mesa baja al mismo tiempo. Encima de ella había una bolsa de dormir enrollada. La construcción tenía ventanas alrededor, con contraventanas engoznadas que podían apuntalarse con unos gruesos palos que había en el piso. En un rincón había una bacinica que encajaba en una canasta provista de una tapa lateral. Después de este examen superficial de la habitación, desconecté la lámpara grande y me metí a la bolsa de dormir.

La oscuridad era total. Escuché los grillos y el murmullo del arroyo a la distancia. Cerca, el viento susurraba entre las hojas y mecía toda la casa suavemente. Al escuchar los ruidos, unos temores insospechados empezaron a penetrar en mi conciencia y caí presa de sensaciones físicas que nunca antes había experimentado. La completa oscuridad distorsionaba y disfrazaba los ruidos y movimientos en forma tan total que tenía la impresión de que provenían del interior de mi cuerpo. Cada vez que temblaba la casa, me hormigueaban las plantas de los pies. Al crujir la casa, se me crispaban las rodillas; y la nuca me tronaba con cada crepitación de una rama.

El miedo invadió mi cuerpo, en forma de un temblor en los dedos de los pies. La vibración me subió a los pies y de ahí a las piernas, hasta que todo mi cuerpo de la cintura para abajo se sacudía, fuera de control. Empecé a sentirme amodorrada y desorientada. No sabía dónde quedaban la puerta ni la lámpara sorda. Comencé a percatarme de que la casa se ladeaba. Fue un movimiento casi imperceptible al principio, pero se hizo más considerable, hasta que el piso parecía estar inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Lancé un grito al sentir que la plataforma se ladeaba más aún. La idea de tener que descender por medio de las poleas me paralizaba. Estaba segura de que moriría cayéndome del árbol. La sensación de estar de lado era tan intensa que cobré la certeza de que me caería de la plataforma y me resbalaría por la puerta. En cierto momento la inclinación era tan aguda que de hecho tenía la impresión de estar de pie y no acostada.

Grité a cada movimiento repentino, sujetándome de una de las vigas laterales para no resbalarme. Toda la casa del árbol parecía estarse deshaciendo. Sentí náuseas con el movimiento. La oscilación y los crujidos se tornaron tan intensos que supe que sería la última noche de mi vida. Justo en el instante en que abandoné por completo toda esperanza de sobrevivir, algo inconcebible acudió a salvarme. Una luz emanó de mi interior. Brotó por todas las aberturas de mi cuerpo. La luz era un pesado líquido luminoso que me clavó sobre la plataforma, cubriéndome como una armadura resplandeciente. Me apretó la laringe y calmó mis gritos, pero también me despejó el pecho, me permitió respirar mejor. Me calmó el estómago nervioso y cortó el temblor de mis piernas. La luz iluminó todo el cuarto, de modo que pude distinguir la puerta a poca distancia de mí. Asoleándome en su brillo, me tranquilicé. Se desvanecieron todos mis temores y preocupaciones, ya no importaba nada. Permanecí tendida, totalmente quieta y serena, hasta que rompió el alba. Completamente restablecida bajé por medio de las poleas y me dirigí a la cocina para preparar el desayuno.

18

Encontré un plato de tamales en la mesa de la cocina. Sabía que Emilito los había preparado, pero no lo veía por ninguna parte. Me serví agua en mi taza y me acabé los tamales, esperando que el cuidador ya hubiera desayunado.

Después de lavar el plato me puse a trabajar en el huerto, pero me cansé pronto. Preparé un nido con hojas debajo de un árbol, como Clara me lo había enseñado, y me senté en él para descansar. Por un rato observé las ramas oscilantes del árbol delante de mí. El movimiento de las ramas me hizo regresar a mi infancia. Debí tener unos cuatro o cinco años de edad; sujetaba un puñado de ramas de sauce. No lo estaba recordando solamente; de hecho me encontraba ahí. Los pies me colgaban, rozando apenas el suelo. Me estaba columpiando. Lanzaba gritos de placer mientras mis hermanos se turnaban para empujarme. Luego ellos saltaron para agarrar unas ramas más altas; subieron las rodillas para columpiarse, bajando los pies sólo a fin de empujarse en el suelo y cobrar impulso para columpiarse de nuevo.

En cuanto la escena llegó a su fin, inhalé todo lo que había revivido: la alegría, la risa, los sonidos, los sentimientos que tenía por mis hermanos. Barrí el pasado con un movimiento giratorio de la cabeza. Gradualmente se me pusieron pesados los párpados. Me repantigué sobre el nido de hojas y caí en un profundo sueño.

Me despertó algo duro que me picaba las costillas. El cuidador me estaba empujando con un bastón.

-Despierta, ya es de tarde -dijo-. ¿No dormiste bien en la casa del árbol anoche?

En el momento en que abrí los ojos, un rayo de luz encendió la copa del árbol con tonos anaranjados. La cara

del cuidador también se iluminó con un brillo sobrecogedor que le daba un aspecto siniestro. Vestía los mismos overoles azules del día anterior y llevaba tres calabazas atadas al cinturón. Me incorporé y observé cómo extraía cuidadosamente el tapón de la calabaza más grande, se la llevaba a la boca y tomaba un trago. Luego produjo un chasquido de satisfacción con los labios.

-¿No dormiste bien anoche? -repitió, mirándome con curiosidad.

-Para qué le digo nada -gemí-. Sinceramente fue una de las peores noches de mi vida.

Un torrente de quejas lastimeras empezó a brotar de mí. Me interrumpí, horrorizada, al darme cuenta de que sonaba igual que mi madre. Siempre que le preguntaba cómo había dormido, daba un discurso de descontento semejante. La odiaba por ello, ¡y ahora yo estaba haciendo lo mismo!

-Por favor, Emilito, perdone mi arranque mezquino -dije-. Es cierto que no pegué el ojo, pero estoy bien.

-Te escuché aullar como alma que lleva el diablo -se aventuró a comentar-. Pensé que tenías pesadillas o que te estabas cayendo del árbol.

-Creí que me estaba cayendo del árbol -indiqué, deseosa de su compasión-. Casi me muero del miedo. Pero luego sucedió algo extraño y pude pasar la noche.

-¿Qué cosa extraña sucedió? -preguntó con curiosidad, sentándose en el suelo a poca distancia de mí.

No tenía motivos para ocultárselo, de modo que describí los sucesos de la noche con el mayor detalle posible, culminando con la luz que llegó a salvarme. Emilito me escuchó con auténtico interés, asintiendo con la cabeza en los momentos justos, como si conociera los sentimientos que estaba describiendo.

-Me da mucho gusto oír que dispones de tantos recursos -afirmó-. Realmente no pensé que soportarías la noche. Creí que te desmayarías. A lo que todo esto se reduce es a que no estás tan mal como me lo habían dicho.

-¿Quién dijo que estaba mal?

-Nélida y el nagual. Me dejaron instrucciones específicas para no interferir con tu curación. Por eso no salí a ayudarte anoche, pero tuve muchas ganas de hacerlo, aunque sólo fuese para lograr un poco de paz y tranquilidad.

Tomó otro trago de su calabaza.

-¿Quieres un trago? -me ofreció, alargándola hacia mí.

-¿Qué tiene ahí? -pregunté, pensando que tal vez era alcohol. En ese caso, me hubiera gustado un trago.

Vaciló por un momento antes de voltear la calabaza de cabeza y sacudirla fuertemente unas cuantas veces.

-Está vacía -exclamé-. Me quería engañar.

Meneó la cabeza.

-Sólo parece estar vacía -replicó-, pero en realidad está llena hasta el borde de la bebida más extraña de todas. Ahora bien, ¿quieres o no quieres beber de ella?

-No lo sé -contesté. Por un instante, me pregunté si estaría jugando conmigo. Con sus overoles azules perfectamente planchados y las calabazas atadas al cinturón, parecía haberse escapado de un manicomio.

Se encogió de hombros y me miró con los ojos muy abiertos. Observé cómo tapaba la calabaza de nuevo y se la amarraba firmemente al cinturón con una delgada correa de cuero.

-Está bien, deja tomar un traguito -dije, impulsada por la curiosidad y la repentina urgencia de descubrir su juego.

Volvió a destapar la calabaza y me la pasó. La sacudí y me asomé al interior. En efecto estaba vacía. No obstante, cuando me la acerqué a los labios recibí una sensación oral muy extraña. Lo que se vertió en mi boca era de algún modo líquido, pero no se parecía en nada al agua. Se trataba, más bien, de una presión seca, casi amarga, que me sofocó por un instante y luego me inundó la garganta y todo el cuerpo de una fresca calidez.

Se me ocurrió que la calabaza tal vez contenía un fino polvo que se había introducido en mi boca. Para averiguar si era cierto, la sacudí sobre la palma de mi mano, pero no salió nada.

-La calabaza no contiene nada que los ojos puedan ver -dijo el cuidador al notar mi asombro.

Tomé otro trago imaginario y me estremecí tanto que casi perdí los zapatos. Algo eléctrico fluyó por todo mi cuerpo y me puso a hormiguear los dedos de los pies. El hormigueo subió por mis piernas hasta mi columna, como un rayo, y cuando penetró en mi cabeza casi perdí el conocimiento.

El cuidador se puso a dar de brincos, riéndose como para celebrar una broma. Apoyé las manos en el suelo para estabilizarme. Cuando más o menos hube recobrado el equilibrio lo confronté, enfadada.

-¿Qué diablos hay en esta calabaza? -pregunté con brusquedad.

-Lo que contiene se llama intento -dijo con voz seria-. Clara te platicó un poco al respecto. Ahora me corresponde a mí platicarte un poco más.

-¿Qué quiere decir con que ahora le corresponde a usted, Emilito?

-Quiero decir que soy tu nuevo maestro. Clara hizo parte del trabajo y yo debo terminarlo.

Mi primera reacción simplemente fue no creerle. Él mismo había dicho que sólo era un empleado y que no formaba parte del grupo. Evidentemente se trataba de una broma y no iba a dejarme engañar por otro truco suyo.

-Sólo me está tomando el pelo, Emilito -dije, obligándome a reír.
-Ahora sí lo estoy haciendo -contestó, dio un paso hacia mí y en efecto me jaló el pelo.
Antes de que pudiera ponerme de pie, celebró su propia broma jalándome otra vez el pelo. Estaba tan animado que se puso a brincar en cuclillas como un conejo, riéndose con espíritu juguetón.
-¿No te gusta que tu maestro te tome el pelo? -preguntó, riéndose.
No me gustaba que me tocara, punto. Y mucho menos el pelo. No me había gustado tampoco que Clara me tocara. Empecé a dar vueltas a la idea de por qué no me agradaba que me tocasen. Pese a que había recapitulado todos mis encuentros con las personas, mis sentimientos con respecto al contacto físico seguían siendo tan fuertes como siempre. Guardé el problema en mi memoria para un futuro examen, puesto que el cuidador se había calmado y comenzaba a explicar algo que exigía toda mi atención.
-Soy tu maestro -lo escuché decir-. Además de Clara, Nélida y el nagual, me tienes a mí para guiarte.
-Es usted una fuente de pura información falsa, eso es lo que es -repliqué bruscamente-. Usted mismo me dijo que sólo es un cuidador a sueldo. Entonces, ¿de qué se trata todo esto de ser mi maestro?
-Es cierto. Realmente soy tu otro maestro -indicó seriamente.
-¿Qué demonios puede usted enseñarme? -grité; la idea me suscitaba una aversión descomunal.
-Lo que debo enseñarte se llama acechar con el doble -dijo, parpadeando como un pájaro.
-¿Dónde están Clara y Nélida? -pregunté en un tono imperioso.
-Se fueron. Así lo dice Nélida en su recado, ¿no?
-Sé que se fueron, pero ¿a dónde fueron exactamente?
-Oh, fueron a la India -contestó con una sonrisa que parecía traslucir el desagradable deseo de echarse a reír.
-Entonces no regresarán por meses -dije con rencor.
-Cierto. Tú y yo estamos solos. Ni siquiera el perro está aquí. Cuentas, por lo tanto, con dos opciones. Puedes empacar tus mugres e irte o puedes quedarte aquí conmigo y ponerte a trabajar. No te recomiendo lo primero, porque no tienes adónde ir.
-No tengo la intención de irme -le informé-. Nélida me dejó a cargo del cuidado de la casa y eso es lo que voy a hacer.
-Bien. Me da gusto que hayas decidido seguir el intento de los brujos -dijo.
Debió ser obvio que no lo entendía, y explicó que el intento de los brujos se distingue del de las personas comunes y corrientes en el sentido de que los brujos han aprendido a enfocar su atención con una fuerza y precisión infinitamente mayores que aquéllas.
-Si usted es mi maestro, ¿puede darme un ejemplo concreto para ilustrar a qué se refiere? -pregunté, mirándolo fijamente.
Reflexionó por un momento, mirando a su alrededor. Entonces se le iluminó el rostro y señaló la casa.
-Esta casa es un buen ejemplo -afirmó-. Es el resultado del intento de un sinnúmero de brujos, quienes acumularon energía y la amalgamaron a lo largo de muchas generaciones. A estas alturas, la casa ya no es sólo una estructura física sino un fabuloso campo de energía. El edificio mismo podría ser destruido diez veces seguidas, lo cual ha sucedido, pero la esencia del intento de los brujos sigue intacta, porque es indestructible.
-¿Qué pasa si los brujos quieren irse? -pregunté-. ¿Queda su poder atrapado aquí para siempre?
-Si el espíritu les indica que se vayan -contestó Emilito-, son capaces de retirar el intento del sitio donde la casa se encuentra ahora y colocarlo en otro lugar.
-Debo admitir que la casa da miedo -afirmé, y le conté cómo se había resistido a dejarse fijar por mis medidas y cálculos detallados.
-Lo que hace que la casa dé miedo no es la disposición de los cuartos, las paredes o los patios -comentó el cuidador-, sino el intento que las generaciones de brujos han vertido en ella. Dicho de otra manera, el misterio de esta casa es la historia de los innumerables brujos cuyo intento colaboró en su construcción. Verás, no sólo enfocaron su intento en ella sino que la construyeron ellos mismos, ladrillo por ladrillo, piedra por piedra. Incluso tú has aportado tu intento y trabajo.
-¿Qué aportación pude hacer yo? -pregunté, sinceramente desconcertada por la afirmación de Emilito-. No es posible que se refiera al camino chueco que tracé en el jardín.
-Nadie en su sano juicio calificaría eso de aportación -contestó, riéndose-. No, has tenido otras.
Comentó que, en el nivel mundano de los ladrillos y las estructuras, consideraba como contribución mía la meticulosa instalación eléctrica, la tubería y la cubierta de cemento para la bomba que había instalado para subir el agua desde el arroyo al huerto.
-En el nivel más etéreo del flujo de energía -continuó-, puedo decirte con toda sinceridad que una de tus contribuciones ha sido la fusión de tu intento con Manfredo, como nunca antes lo presenciamos en esta casa.
En ese instante se me ocurrió algo.
-¿Es usted el que puede decirle sapo en la cara? -pregunté-. Una vez Clara me dijo que alguien podía hacerlo.
El rostro del cuidador rebosaba de alegría al asentir con la cabeza.

-Sí, yo soy. Encontré a Manfredo cuando era un cachorro. Fue abandonado o se escapó, quizá de una casa móvil cerca de ahí. Cuando lo encontré estaba casi muerto.

-¿Dónde lo encontró? -pregunté.

-Sobre la carretera 8, a casi cien kilómetros de Gila Bend, Arizona. Me detuve a la orilla del camino para meterme entre los arbustos y de hecho me oriné en él. Estaba tirado ahí, casi muerto de deshidratación. Lo que más me impresionó fue que no saliera corriendo a la carretera, como fácilmente hubiera podido hacerlo. Y, por supuesto, que estuviera echado justo donde fui a orinar.

-¿Luego qué sucedió? -pregunté. Sentía tal compasión por la situación del pobre Manfredo que olvidé mi ira contra el cuidador.

-Llevé a Manfredo a mi casa y lo metí en agua, pero sin dejarlo beber -contestó el cuidador-. Y luego lo ofrecí al intento de los brujos.

Emilito explicó que al intento de los brujos correspondía decidir no sólo si Manfredo debía vivir o morir, sino también si sería un perro u otra cosa. Vivió y fue algo más que un perro.

-Lo mismo te pasó a ti -continuó-. Quizá se debió a eso que los dos se llevaran tan bien. El nagual te encontró espiritualmente deshidratada, dispuesta a echar a perder tu vida. Puesto que él se encontraba en el autocinema con Nélida, les correspondía a ellos ofrecerte al intento de los brujos, lo cual hicieron.

-¿Cómo me ofrecieron al intento de los brujos? -pregunté.

-¿No te lo contaron? -preguntó, sorprendido.

Reflexioné por un momento antes de replicar:

-No lo creo.

-El nagual y Nélida pronunciaron la palabra intento en voz alta, ahí mismo junto a la concesión, y anunciaron que estaban ofreciendo sus vidas por ti, sin titubeos ni arrepentimiento, sin reservas. Los dos sabían que no podían llevarte con ellos en ese momento, sino que deberían seguirte a dondequiera que fueras.

"De modo que puedes decir que el intento de los brujos te tomó bajo su custodia. La invocación del nagual y de Nélida funcionó. ¡Mira dónde estás ahora! Hablando con un servidor.

Me miró para ver si entendía su exposición. Devolví su mirada con la silenciosa súplica de una elucidación más precisa del intento de los brujos. Pasó a un nivel más personal y dijo que, de interpretar como ejemplo de la fuerza del intento todas las cosas que yo le había dicho a Clara acerca de mí misma, él sacaría en conclusión que mi intento era el de la derrota total. De manera invariable, siempre había dirigido mi intento a perder la partida de una manera loca y desesperada.

-Clara me contó todo lo que le dijiste acerca de ti -indicó, chascando la lengua-. Yo diría, por ejemplo, que saliste a esa arena en el Japón no para demostrar tus habilidades en el campo de las artes marciales sino para demostrar al mundo que tu intento es el de perder.

Arremetió contra mí, diciendo que todo lo que hacía estaba contaminado por la derrota. Por lo tanto, la tarea más importante para mí era fijar un nuevo intento. Explicó que este nuevo intento se llamaba el intento de los brujos, porque no sólo se trataba del intento de hacer algo nuevo sino del intento de integrarse en algo ya establecido: en un intento que se ha prolongado hasta nosotros a través de miles de años de esfuerzos titánicos.

Dijo que el intento de los brujos no da cabida a la derrota, puesto que los brujos sólo disponen de un camino: tener éxito en todo lo que hacen. A fin de lograr tal visión de poder y claridad, los brujos deben redefinir su ser total, lo cual requiere comprensión y poder. La comprensión se deriva de la recapitulación de sus vidas y el poder se acumula a través de sus actos impecables.

Emilito me miró y dio unos golpecitos en su calabaza. Explicó que en la calabaza guardaba sus sentimientos impecables y que me había dado de beber ese intento de los brujos a fin de contrarrestar mi actitud derrotista y prepararme para su instrucción. También dijo otra cosa, pero no pude ponerle atención; su voz empezaba a adormecerme. El cuerpo se me puso pesado de repente. Al fijar los ojos en su cara, sólo veía una bruma blanquecina, como niebla a la hora del crepúsculo. Escuché sus indicaciones para acostarme y extender mi red etérea, relajando mis músculos gradualmente.

Sabía qué quería que hiciera y seguí sus instrucciones automáticamente. Me acosté y empecé a pasar mi conciencia de los pies a los tobillos, las pantorrillas, las rodillas, los muslos, el abdomen y la espalda. Luego relajé mis brazos, hombros, cuello y cabeza. Al desplazar mi conciencia por las distintas partes de mi cuerpo, sentí que me ponía cada vez más soñolienta y pesada.

Luego el cuidador me ordenó hacer girar los ojos en pequeños círculos contra el sentido del reloj, hacia arriba y atrás de mi cabeza. Seguí relajándome hasta que adquirí una respiración lenta y rítmica que se expandía y contraía sola. Estaba concentrándome en las olas arrulladoras de mi respiración cuando el cuidador me ordenó en un susurro que desplazara mi conciencia de mi frente a un lugar lo más arriba de mí posible y ahí hiciera una pequeña abertura.

-¿Qué clase de abertura? -musité.

-Una abertura cualquiera. Un hoyo.

-¿Un hoyo en qué?
-Un hoyo en la nada sobre la cual se encuentra suspendida tu red -replicó-. Si logras sacar tu conciencia de tu cuerpo, te darás cuenta de que hay oscuridad a todo tu alrededor. Trata de penetrar en esa oscuridad, de abrir un agujero en ella.
-No creo que pueda -dije, poniéndome tensa.
-Por supuesto que puedes -me aseguró-. Recuerda, los brujos no son derrotados nunca, sólo pueden tener éxito.
Se inclinó hacia mí y a susurros me indicó que después de hacer la abertura enrollara mi cuerpo como un rollo de pergamino y me dejara lanzar como en catapulta por la línea extendida desde la corona de mi cabeza hacia la oscuridad.
-Pero estoy acostada -protesté débilmente-. Tengo la corona de la cabeza casi pegada al suelo. ¿No debería ponerme de pie?
-La oscuridad está a todo nuestro alrededor -dijo- Aunque nos paremos de cabeza, ella sigue ahí.
Adoptó un severo tono de mando y me ordenó fijar la concentración en el hoyo que acababa de abrir y dejar fluir mis pensamientos y sentimientos a través de esa abertura. De nueva cuenta se me tensaron los músculos, porque no había hecho ningún hoyo. El cuidador me instó a actuar y sentir como si hubiera hecho ese agujero.
-Arroja todo lo que tienes dentro -indicó-. Deja fluir tus pensamientos, sentimientos y recuerdos.
Al relajarme y soltar la tensión de mi cuerpo, sentí que una ola de energía me recorría. Algo me estaba volcando al revés, poniendo todo lo de adentro hacia afuera; todo me estaba siendo extraído por la corona de la cabeza, precipitándose a lo largo de una línea, como una cascada invertida. Al final de esa línea, percibí que había un agujero.
-Déjate ir más profundo aún -me susurró al oído-. Ofrece todo tu ser a la nada.
Hice lo posible por seguir sus indicaciones. Todo pensamiento que brotaba en mi mente se unía de inmediato a la cascada en la corona de mi cabeza. Vagamente escuché decir al cuidador que, si deseaba moverme, sólo tendría que dar la orden y la línea me jalaría adonde quisiera ir. Antes de poder dar ninguna orden, sentí un jalón suave pero persistente en mi lado izquierdo. Me relajé y dejé que continuara la sensación. Al principio sólo mi cabeza pareció ser jalada hacia la izquierda; luego el resto de mi cuerpo lentamente rodó a la izquierda. Tuve la sensación de estarme cayendo de lado, pero me di cuenta de que mi cuerpo no se había movido en absoluto. Escuché un ruido sordo atrás de mi nuca y observé que la abertura se agrandaba. Quería meterme ahí, atravesarla y desaparecer. Un movimiento profundo se produjo en mi interior; mi conciencia empezó a avanzar a lo largo de la línea en la corona de mi cabeza y se deslizó a través de la abertura.
Me sentí como si me encontrara en el interior de una gigantesca cueva. Sus paredes aterciopeladas me envolvían; estaba oscuro. Mi atención fue captada por un punto luminoso. Se prendía y apagaba como un faro, aparecía y desaparecía cada vez que me concentraba en él. El área delante de mí fue iluminada por una intensa luz. Y luego, gradualmente, todo se oscureció de nuevo. Mi respiración pareció suspenderse por completo y ningún pensamiento ni imagen perturbó la oscuridad. Ya no sentía mi cuerpo. Mi último pensamiento fue que me había disuelto.

Escuché un ruido hueco y seco. Mis pensamientos regresaron de repente, me cayeron encima como un montón de escombros, y junto con ellos llegó la conciencia de la dureza del suelo, de lo tieso que tenía el cuerpo y de un insecto que me picaba el tobillo. Abrí los ojos y miré a mi alrededor; el cuidador me había quitado los zapatos y los calcetines y me estaba picando las plantas de los pies con una ramita para revivirme. Quise contarle lo que había pasado, pero meneó la cabeza.
-No hables ni te muevas hasta que recuperes tu solidez -advirtió. Me dijo que cerrara los ojos y respirara con el abdomen.
Me acosté en el suelo hasta que sentí que había recobrado mi fuerza; entonces me incorporé y apoyé la espalda en el tronco de un árbol.
-Abriste una grieta en la oscuridad y tu doble se deslizó a la izquierda y luego la atravesó -indicó el cuidador, antes de que pudiera preguntarle algo.
-Definitivamente sentí que una fuerza me jalaba -admití-. Y vi una luz intensa.
-Esa fuerza era tu doble al salir -dijo, como si supiera exactamente a qué me refería-. Y la luz era el ojo del doble. Ya que llevas más de un año recapitulando, has estado extendiendo tus líneas de energía al mismo tiempo y ahora comienzan a moverse solas. Pero puesto que sigues dedicada a hablar y pensar, esas líneas de energía no se mueven de manera tan fácil y completa como lo harán algún día.
No tenía idea de qué quería decir con que había estado extendiendo mis líneas de energía al recapitular. Le pedí que me lo explicara.
-¿Qué hay que explicar? -dijo-. Es cuestión de energía; entre más recuperes por medio de la recapitulación, más fácil le resulta a esta energía recuperada alimentar a tu doble. Enviar energía al doble, así le llamamos a la acción

de extender las líneas de energía. La persona que puede ver la energía la ve como unas líneas que salen del cuerpo físico.
-¿Pero qué significa para alguien como yo, que no ve?
-Entre más energía ahorres -explicó-, más grande será tu capacidad para percibir cosas extraordinarias.
-Creo que lo que me ha pasado es que, entre más energía ahorro, más loca me vuelvo -dije, sin intención de ser chistosa.
-No te menosprecies de manera tan irresponsable -comentó-. La percepción es el más grande de los misterios, porque es completamente inexplicable. Los brujos, como seres humanos, son criaturas que perciben, pero lo que perciben no es ni bueno ni malo; es simplemente percepción. ¡Qué maravilla si los seres humanos, por medio de la disciplina, se tornasen capaces de percibir más de lo que normalmente les es posible! ¿Entiendes lo que quiero decir?
Se negó a decir una palabra más al respecto. En cambio, me llevó a través de la casa hasta la puerta de adelante y luego a mi árbol. Señaló las ramas superiores e indicó que, ya que ese árbol en particular contenía un cuarto habitable, estaba provisto de un pararrayos.
-En esta región los rayos son repentinos y peligrosos -dijo-. Se dan tormentas eléctricas sin una sola gota de lluvia. Por lo tanto, cuando sí llueve o cuando hay demasiados cúmulonimbus en el cielo, ve a la casa del árbol.
-¿Cuándo hay demasiados qué en él cielo? -pregunté.
Emilito se rió y me dio unas ligeras palmaditas en la espalda.
-Cuando el nagual Julián me metió en una casa de árbol, me dijo lo mismo, pero en ese momento no me atreví a preguntarle a qué se refería ni él me lo dijo. Mucho tiempo después averigüé que quería decir nubes de tormenta.
Se rió al ver mi expresión consternada.
-¿Existe algún peligro de que un rayo caiga en el árbol? -pregunté.
-Pues sí, pero tu árbol es seguro -replicó-. Ahora sube, mientras todavía haya luz.
Antes de que yo me alzara por medio de las poleas, me entregó una bolsa de nueces partidas pero aún con cáscara. Dijo que si iba a vivir en el árbol debía comer como una ardilla, en pequeñas cantidades a la vez y nada por la noche.
Para mí estaba perfecto, le dije, porque nunca me había gustado mucho comer.
-¿Te gusta cagar? -preguntó con una risita-. Espero que no, porque lo peor de vivir en una casa de árbol es cuando hay que evacuar los intestinos. Es difícil manejar el excremento humano. Mi filosofía es que entre menos se tenga, mejor para uno.
Sus declaraciones le parecieron tan desmedidamente graciosas que se dobló de la risa. Sin dejar de reírse, se volteó y me dejó a solas para meditar su filosofía.

19

Esa noche llovió y hubo truenos y relámpagos. Pero no habría forma alguna de explicar lo que significó estar en una casa de árbol mientras un rayo tras otro desgarraba el cielo y caía sobre los árboles a mi alrededor. Mi miedo fue indescriptible. Grité incluso más fuerte que la primera noche, cuando sentía que se ladeaba la cama de la plataforma. Era un miedo animal que me paralizó. Lo único que se me ocurrió pensar fue que siendo por naturaleza una cobarde, afortunadamente siempre pierdo el conocimiento cuando la tensión aumenta demasiado.
No volví en mí hasta más o menos el mediodía siguiente. Al bajar por medio de las poleas, encontré a Emilito esperándome, sentado en una rama baja con los pies casi en el suelo.
-Te ves horrible -comentó-. ¿Qué te pasó anoche?
-Casi muero del miedo -dije. No iba a fingir dureza ni jugar a estar a la altura de la situación. Me sentía como sin duda me veía: como una jerga exprimida.
Le dije que por primera vez en mi vida me había compadecido de los soldados en batalla; experimenté el mismo miedo que ellos debían sentir al explotar las bombas a su alrededor.
-No lo creo -dijo-. Tu miedo de anoche fue más intenso aún. Lo que estaba disparando contra ti no era humano. Por lo tanto, al nivel del doble fue un miedo gigantesco.
-Por favor, Emilito, explíqueme lo que quiere decir con eso.
-Tu doble está a punto de cobrar conciencia, de modo que en condiciones de tensión, como anoche, adquiere una conciencia parcial, pero también se asusta sobremanera. No está acostumbrado a percibir el mundo. Tu cuerpo y tu mente están acostumbrados a ello, pero tu doble no.
Estaba segura de que, de haber estado preparada para la tormenta, me hubiese comportado de diferente manera, y que de no haber interferido mi terror, alguna fuerza en mi interior hubiera salido de mi cuerpo completamente, tal vez incluso para levantarse, desplazarse o bajar del árbol. Lo que más me asustó fue la sensación de estar enjaulada, atrapada dentro de mi cuerpo.
-Cuando entramos a la oscuridad absoluta, donde no hay distracciones -dijo el cuidador-, el doble se hace

cargo. Estira sus miembros etéreos, abre su ojo luminoso y mira a su alrededor. A veces experimentar eso puede resultar aún más aterrador que lo que sentiste anoche.

-El doble no me asustaría tanto -le aseguré-. Estoy lista para él.

-Aún no estás lista para nada -explicó-. Estoy seguro de que anoche tus gritos se escucharon hasta Tucson.

Su comentario me irritó. Había algo en él que no me agradaba, pero no conseguía identificarlo exactamente. Quizá se debía a su extraño aspecto. No era varonil; parecía ser la mera sombra de un hombre, y no obstante era engañosamente fuerte. Sin embargo, lo que en realidad me molestaba era que no me dejase mangonearlo, lo cual resultaba sumamente irritante para el lado competitivo de mi carácter.

En un arranque de ira le grité, agresiva:

-¡Cómo se atreve a criticarme cada vez que digo algo que no le agrada!

En el mismo instante de decirlo me arrepentí y pedí profusas disculpas por mi agresividad.

-No sé por qué me irrito tanto con usted -terminé por confesar.

-No te preocupes -dijo-. Es porque percibes algo en mí que no sabes explicar. Como tú misma lo expresaste, no soy varonil.

-No dije eso -protesté.

Su mirada indicó que evidentemente no me creía.

-Por supuesto que lo dijiste -insistió-. Se lo dijiste a mi doble hace apenas unos instantes. Mi doble nunca comete errores ni malinterpreta las cosas.

Mi nerviosismo y vergüenza llegaron al máximo. No supe qué decir. Tenía la cara roja y el cuerpo me temblaba. No entendí qué pudo haber causado una reacción tan exagerada en mí. La voz del cuidador interrumpió mis pensamientos.

-Reaccionas en esta forma porque tu doble está percibiendo a mi doble -indicó-. Tu cuerpo físico está asustado porque sus compuertas se están abriendo, dejando pasar nuevas percepciones. Si crees que te sientes mal ahora, imagínate cuánto peor será cuando todas tus compuertas estén abiertas.

Hablaba en un tono tan convincente que me pregunté si tendría razón.

-Los animales y los bebés -prosiguió- no tienen problemas para percibir al doble, pero muy a menudo no les gusta.

Mencioné que yo no solía caerles bien a los animales y que, a excepción de Manfredo, el sentimiento era mutuo.

-No les caes bien a los animales -aclaró- porque algunas de las compuertas de tu cuerpo nunca han estado completamente cerradas y tu doble está pugnando por salir. Prepárate. Ahora que estás dirigiendo tu intento deliberadamente a ello, se abrirán de golpe. Cualquier día de éstos tu doble despertará de repente y tal vez te encuentres del otro lado del patio sin haber caminado hasta allí.

Tuve que reír, principalmente por nerviosismo y ante lo absurdo de lo que estaba sugiriendo.

-¿Y qué te pasa con los niños, sobre todo los bebés? -preguntó-. ¿No chillan cuando los cargas?

Normalmente lo hacían, pero no se lo dije al cuidador.

-Les caigo bien a los bebés -mentí, perfectamente consciente de que las pocas veces que había estado en presencia de bebés comenzaban a llorar en cuanto me acercaba a ellos. Siempre me había dicho a mí misma que eso se debía a mi falta de instinto maternal.

El cuidador meneó la cabeza, incrédulo. Exigí una explicación de por qué los animales y los bebés podían intuir al doble, cuando ni yo misma estaba enterada de su existencia. En realidad, hasta que Clara y el nagual me hablaron al respecto, nunca oí mencionar tal cosa. Ni conocí jamás a nadie que supiera algo de eso. Rechazó mis argumentos, diciendo que lo percibido por los animales y los bebés no tiene relación alguna con el conocimiento sino con el hecho de que cuentan con el equipo necesario para percibirlo: las compuertas abiertas. Agregó que en los animales esas compuertas son receptivas en forma permanente, pero que los seres humanos cierran las suyas en cuanto comienzan a hablar y a pensar, que es cuando se hace cargo su lado racional.

Hasta ese momento le había prestado mi atención completa al cuidador, porque Clara me había dicho que, sin importar quién me estuviera hablando ni qué estuviese diciendo, el ejercicio era escuchar. No obstante, entre más oía hablar a Emilito, más me irritaba, hasta que me encontré al borde de un auténtico paroxismo de ira.

-No creo nada de todo esto -dije-. Es más, ¿por qué dice ser mi maestro? Aún no está claro.

El cuidador se rió.

-Definitivamente no me ofrecí como voluntario para el puesto -indicó.

-Entonces, ¿quién lo designó?

Pensó por un momento antes de contestar:

-Se debe a una larga cadena de circunstancias. El primer eslabón de la cadena se cerró cuando el nagual te encontró desnuda con las piernas arriba. Rompió a reír, produciendo un agudo ruido parecido al grito de un pájaro.

Su insultante sentido del humor me ofendía inmensamente.

-Vaya al grano, Emilito, y dígame qué está pasando -grité.

-Lo siento, pensé que disfrutarías de la historia de tus travesuras, pero veo que me equivoqué. Nosotros, en cambio, nos hemos divertido enormemente con tus payasadas. Desde hace años nos hemos reído de las tribulaciones y las penurias heredadas por Juan Miguel Abelar por entrar al cuarto equivocado y toparse con una muchacha desnuda, cuando lo único que quería hacer era orinar -se dobló de risa.

No le veía la gracia. Mi furia era tan descomunal que hubiera querido atacarlo con unos cuantos golpes y bien colocadas patadas. Me miró y se hizo para atrás, percibiendo sin duda que estaba a punto de explotar.

-¿No te parece chistoso que Juan Miguel haya tenido que vivir un infierno debido al problema que heredó, sólo porque quería orinar? El nagual y yo tenemos eso en común, aunque mientras yo sólo encontré a un cachorro medio muerto, él encontró a una muchacha completamente enajenada. Y ambos seremos responsables de ustedes por el resto de nuestras vidas. Al ver lo que nos pasó, los otros miembros de nuestro grupo se asustaron tanto que juraron no volver a orinar nunca antes de haber revisado el lugar al derecho y al revés -estalló a reír con tal fuerza que tuvo que ponerse a caminar de un lado para otro para no asfixiarse.

Al ver que ni siquiera me sonreía, se calmó.

-Bien... continuemos, pues -dijo, sosegándose-. Una vez cerrado el primer eslabón, cuando te encontró con las piernas en el aire, el nagual tuvo el deber de marcarte, lo cual hizo en el acto. Luego debió mantenerse al tanto de tus movimientos. Recurrió a la ayuda de Clara y Nélida. La primera vez que él y Nélida te visitaron fue durante el verano que siguió a tu graduación de la preparatoria, cuando estabas trabajando de asesora de campamento en un centro recreativo de las montañas.

-¿Es cierto que me encontró por medio de un canal de energía? -pregunté, tratando de no sonar condescendiente.

-Totalmente. Marcó a tu doble con un poco de su energía, para así poder seguir tus movimientos -contestó.

-No recuerdo ni siquiera haberlos visto -dije.

-Eso se debe a que siempre creíste tener sueños repetidos. Sin embargo, los dos de hecho fueron a verte personalmente. Siguieron visitándote muchas veces a lo largo de los años, especialmente Nélida. Luego, cuando fuiste a vivir a Arizona, siguiendo lo que ella te había sugerido, todos tuvimos la oportunidad de visitarte.

-Espere usted un momento, esto se está volviendo demasiado raro. ¿Cómo pude hacer caso de una sugerencia de Nélida si ni siquiera recuerdo haberla conocido?

-Créeme, ella insistió en que vivieras en Arizona y tú lo hiciste, pero por supuesto creías estarlo decidiendo tú misma.

Por un instante, mientras el cuidador hablaba, mi mente volvió a aquel periodo de mi vida. Recordé haber pensado que Arizona era el lugar donde debía estar. Apliqué la técnica de mirar el horizonte del Sur, a fin de decidir dónde buscar trabajo, y recibí la impresión fortísima de que debía ir a Tucson. Incluso tuve un sueño en el que alguien me decía que debía trabajar en una librería. No me agradaban los libros y era insólito, para mí, trabajar con ellos, pero al llegar a Tucson fui directamente a una librería que exponía un letrero diciendo: "Se busca empleado." Acepté el trabajo, que implicaba llenar hojas de pedido, manejar la caja y acomodar los libros en los estantes.

-Todos los que íbamos a verte -prosiguió Emilito- siempre tocábamos tu doble, de modo que sólo tienes un recuerdo vago de nosotros, como entre sueños, a excepción de Nélida. A ella la conoces como la palma de tu mano.

Muchísima gente entró a esa librería, pero vagamente recordaba a una mujer hermosa, vestida con elegancia, que entró una vez y habló conmigo amablemente. Fue un hecho insólito, porque nadie me hacía caso. Muy bien pudo haber sido Nélida.

En un nivel profundo, todo lo dicho por Emilito tenía sentido. Sin embargo, para mi mente racional parecía tan descabellado que hubiera tenido que estar loca para creerlo.

-Está usted diciendo puros disparates -dije, en un tono más defensivo de lo que era mi intención.

Mi reacción dura no lo perturbó en lo más mínimo. Estiró los brazos arriba de la cabeza y los hizo girar en círculos.

-Si lo que dije realmente son puros disparates, te desafío a que me expliques lo que te está pasando -me retó, con una sonrisa-. Y no trates de hacerla de niñita conmigo, poniéndote toda llorona y alterada.

Me escuché gritar, con voz entrecortada:

-Está diciendo puras pendejadas, maldito... -y mi furia candente se disipó ahí mismo.

No podía creer que estuviera gritando groserías. De inmediato empecé a pedir disculpas; dije que no estaba acostumbrada a gritar ni a usar un lenguaje soez. Le aseguré que fui educada en forma muy decente, por una madre con buenos modales que nunca hubiera soñado siquiera con levantar la voz.

El cuidador se rió y levantó la mano para interrumpirme.

-Basta de disculpas -dijo-. Es tu doble el que está hablando. Siempre es directo y va al grano, puesto que nunca le has permitido expresarse, se encuentra lleno de odio y amargura.

Explicó que en ese momento mi doble se encontraba en un estado de extrema inestabilidad, puesto que había

sido bombardeado por truenos y rayos y especialmente a causa de los sucesos de cinco días antes, cuando Nélida me empujó al pasillo izquierdo para que iniciara el cruce de los brujos.

-¡Hace cinco días! -exclamé-. ¿Quiere decir que estuve colgada del árbol durante dos días y dos noches?

-Pasaste exactamente dos días y tres noches ahí -indicó con una sonrisa maliciosa-. Tomamos turnos para subir contigo, para ver si te encontrabas bien. Estabas fuera de combate pero muy bien, de modo que te dejamos en paz.

-¿Pero por qué me amarraron en esa forma?

-Fracasaste terriblemente al tratar de realizar una maniobra que llamamos el vuelo abstracto o donde cruzan los brujos -contestó-. El intento agotó tus reservas de energía.

Aclaró que en realidad no se trató de un fracaso de mi parte, sino más bien de un esfuerzo prematuro que tuvo desenlaces desastrosos.

-¿Qué hubiera pasado si lo logro? -pregunté.

Me aseguró que lograrlo no me hubiera colocado en una posición más ventajosa, pero hubiera servido como punto de partida, como una especie de aliciente o faro que me hubiera marcado con precisión el camino a seguir en algún momento del futuro, cuando tendría que realizar el vuelo final por mi propia cuenta.

-En este momento estás usando la energía de todos nosotros -prosiguió-. Todos estamos obligados a ayudarte. De hecho, estás usando la energía de todos los brujos que nos precedieron y que alguna vez vivieron en esta casa. Estás viviendo de su magia. Es exactamente como si estuvieras acostada sobre una alfombra mágica capaz de llevarte a lugares increíbles, a lugares que sólo existen en la ruta de la alfombra mágica.

-Pero sigo sin entender por qué estoy aquí -indiqué-. ¿Sólo porque el nagual Juan Miguel Abelar cometió un error y me encontró?

-No, no es tan sencillo -dijo, mirándome directamente a los ojos-. En realidad, Juan Miguel no es verdaderamente tu nagual. Existe un nuevo nagual y una nueva era. Tú perteneces al grupo del nuevo nagual.

-¿Qué está usted diciendo, Emilito? ¿A qué nuevo grupo? ¿Quién decide todo eso?

-El poder, el espíritu, la fuerza sin límites que está allá afuera lo decide todo. Para nosotros, la prueba de que perteneces a la nueva era es tu similitud total con Nélida. En su juventud era igual que tú ahora; hasta el extremo de que ella también agotó todas sus reservas de energía al intentar por primera vez el vuelo abstracto. Y, al igual que tú, casi se muere.

-¿Quiere usted decir que pude haber muerto en el acto, Emilito?

-Claro que sí. No porque el vuelo de los brujos sea tan peligroso, sino porque eres muy inestable. A otra persona que hubiera hecho lo mismo sólo le habría dado dolor de barriga. Pero no a ti. Tú, al igual que Nélida, tienes que exagerarlo todo, de modo que por poco te mueres.

"Después de eso, la única manera de restablecerte era dejarte subida en el árbol, despegada del suelo por el tiempo que fuera necesario para que recobraras el sentido. No había nada más que pudiéramos hacer.

Por increíble que todo ello pareciera, lo sucedido gradualmente empezó a adquirir cierto sentido para mí. Algo anduvo terriblemente mal durante mi encuentro con Nélida. Algo dentro de mí se salió fuera de control.

-Te di de beber de mi calabaza del intento ayer, para averiguar si tu doble aún estaba inestable -explicó Emilito-. ¡Y lo está! La única manera de fortalecerlo es por medio de la actividad. Y, aunque no te agrade, soy el único capaz de guiar a tu doble en esta actividad. Esta es la razón por la que soy tu maestro ahora. O, mejor dicho, el maestro de tu doble.

-¿Qué cree que me pasó con Nélida? -pregunté, aún insegura acerca de qué fue lo que salió mal exactamente.

-Quieres decir qué es lo que no pasó -me corrigió-. Supuestamente debías cruzar el abismo de manera fácil y armoniosa, para despertar tu doble a la conciencia plena en el pasillo izquierdo -empezó a darme una complicada explicación de lo que habían esperado que sucediera.

Dirigida por Nélida, debía desplazar mi conciencia, una y otra vez, entre mi cuerpo y mi doble. Este desplazamiento tenía que haber eliminado todas las barreras naturales desarrolladas a lo largo de mi vida, las barreras que separan al cuerpo físico del doble. El plan de los brujos, indicó, era permitirme conocerlos a todos en persona, puesto que mi doble ya los conocía. No obstante, debido a mi locura no crucé de manera fácil y armoniosa. Dicho de otro modo, la conciencia adquirida por mi doble no tuvo relación alguna con la conciencia cotidiana de mi cuerpo. Esto resultó en la sensación de estar volando y no poder detenerme. Toda mi energía de reserva se me escapó sin control alguno y mi doble enloqueció.

-Lamento tener que decirle esto, Emilito, pero no entiendo de qué está hablando -dije.

-Llegar adonde cruzan los brujos consiste en desplazar la conciencia de la vida cotidiana, presente en el cuerpo físico, al doble -replicó-. Escucha con atención. La conciencia de la vida cotidiana es lo que queremos desplazar del cuerpo al doble. ¡La conciencia de la vida cotidiana!

-¿Pero eso qué significa, Emilito?

-Significa que buscamos la sobriedad, la mesura, el control. No nos interesan la locura ni los resultados confusos.

-¿Pero qué significa en mi caso? -insistí.
-Te abandonaste a tus excesos y no desplazaste tu conciencia de la vida cotidiana a tu doble.
-¿Qué hice?
-Otorgaste a tu doble una conciencia desconocida e imposible de controlar.
-A pesar de todo lo que ha dicho, Emilito, me resulta imposible creer todo esto -dije-. De hecho, es realmente inconcebible.
-Claro que es inconcebible -asintió-. Pero si lo que quieres es algo concebible, no tienes que estar sentada ahí, aferrada a tus dudas, gritándome. Para ti, algo concebible es estar desnuda con las piernas arriba.
Esbozó una sonrisa lasciva que me dio escalofríos. No obstante, antes de que pudiera defenderme, su expresión adoptó una seriedad absoluta.
-Sacar al doble de manera fácil y armoniosa y desplazar a él nuestra conciencia de la vida cotidiana es algo que no tiene igual -indicó con voz suave-. Hacer eso es inconcebible.
"Ahora hagamos algo totalmente concebible. Vayamos a desayunar.

20

Mi tercera noche en la casa del árbol fue como salir de campamento. Simplemente me metí a la bolsa de dormir, caí en un sueño profundo y me desperté al amanecer. Bajar también fue más fácil. Le había encontrado el modo a manejar las cuerdas y las poleas sin forzar la espalda y los hombros.
-Hoy es el último día de tu fase de transición -anunció Emilito después del desayuno-. Tienes mucho trabajo que hacer. Pero eres relativamente aplicada, así que no será demasiado difícil.
-¿Qué quiere decir con fase de transición?
-Has pasado por una transición de seis días, desde la última vez que hablaste con Clara hasta ahora. No lo olvides; pasaste seis noches en el árbol, tres sin conocimiento y las otras tres consciente. Los brujos siempre cuentan los acontecimientos en series de tres.
-¿También yo tengo que hacer las cosas en series de tres? -pregunté.
-Claro que sí. Eres la heredera de Nélida, ¿no? Eres la continuación de su línea. -Esbozó una sonrisa socarrona y agregó-: pero por ahora tienes que hacer lo que yo te diga. Recuerda que, por el tiempo que sea necesario, yo seré tu guía.
Las palabras de Emilito me hicieron tragar saliva. Mientras que había sentido un estremecimiento de orgullo cada vez que Nélida me incluía con ella, no me agradaba en absoluto que el cuidador me relacionara con él.
Al observar mi incomodidad, me aseguró que fuerzas superiores al control de cualquier persona nos habían reunido para cumplir con una tarea específica. Por lo tanto, debíamos respetar las reglas, porque así era como se hacían las cosas en su tradición de brujería.
-Clara preparó tu lado físico al enseñarte a recapitular y aflojó tus compuertas con los pases brujos -explicó-. Mi trabajo consiste en ayudar a solidificar tu doble y luego en enseñarle a acechar.
Me aseguró que nadie más, excepto él, podía enseñarme a acechar con el doble.
-¿Podría usted explicarme qué significa acechar con el doble? -pregunté.
-Por supuesto que podría explicártelo. Pero no sería prudente hablar de ello, porque acechar significa actuar, no hablar sobre el actuar. Además, ya sabes lo que significa, puesto que lo has practicado.
-¿Dónde y cuándo lo he practicado?
-La primera noche que dormiste en la casa del árbol -dijo Emilito-; cuando estabas a punto de morir del miedo. Esa vez tu razón no supo cómo manejar la situación, de modo que las circunstancias te obligaron a depender de tu doble. Fue tu doble el que acudió en tu ayuda. Desbordó las compuertas que tu temor había abierto de par en par. Eso lo llamo acechar con el doble.
"El nagual y Nélida son los maestros del doble y te darán los últimos toques -prosiguió-, siempre y cuando yo pueda realizar el trabajo básico. A mí me corresponde prepararte para ellos, al igual que correspondió a Clara prepararte para mí. A menos que yo te prepare, ellos no podrán hacer nada en absoluto contigo.
-¿Por qué Clara no podía seguir siendo mi maestra? -pregunté, tomando un sorbo de agua.
Me miró y luego parpadeó como un pájaro.
-La regla dicta tener a dos escoltas -indicó Emilito-. Cada uno de nosotros tuvo a dos escoltas. Pero el último no es escolta sino maestro. Y ese es un nagual; eso también lo dicta la regla.
Emilito explicó que el nagual Julián Grau no sólo fue maestro suyo, sino que fue el maestro de cada uno de los dieciséis miembros de la casa. El nagual Julián, junto con su propio maestro, otro nagual llamado Elías Abelar, los encontraron a todos, uno por uno, y les ayudaron en su camino hacia la libertad.
-¿Por qué los apellidos Grau y Abelar se repiten tanto?
-Son apellidos de poder -explicó Emilito-. Cada generación de brujos los utiliza. El apellido de los naguales cambia cada generación. Eso significa que Juan Miguel Abelar heredó su apellido de Elías Abelar. Pero el nuevo

nagual, el que venga después de Juan Miguel Abelar, heredará el apellido Grau de Julián Grau. Esa es la regla de los naguales.

-¿Por qué dijo Nélida que soy una Abelar?

-Porque eres igual que ella. Y la regla dice que heredarás su apellido o su nombre o, si tú lo deseas, nombre y apellido. Ella misma heredó el nombre y el apellido de su predecesora.

-¿Quién estableció esa regla y para qué sirve? -pregunté.

-La regla es el código que rige la vida de los brujos y evita, de ese modo, que se vuelvan arbitrarios o caprichosos. Deben adherirse a los preceptos fijados para ellos, porque los estableció el espíritu mismo. Esto fue lo que me dijeron y no tengo motivos para dudarlo.

Emilito me contó que su otra maestra fue una mujer llamada Talía. La describió como la mujer más exquisita que uno pudiese imaginar que existe sobre la faz de la Tierra.

-Creo que Nélida es el ser más exquisito -solté de manera brusca, pero me interrumpí antes de decir más. De otro modo hubiera sonado igual que Emilito, totalmente rendida a una devoción absoluta.

Emilito se inclinó encima de la mesa de la cocina y dijo, con el aire de un conspirador a punto de revelar un secreto:

-Estoy de acuerdo contigo. Pero espera a que Nélida realmente se apodere de ti; entonces la amarás como si no existiese el mañana.

Sus palabras no me sorprendieron, porque atinaban a expresar algo que yo ya sentía; amaba a Nélida, como si la conociese desde siempre. Como si fuese la madre que en realidad nunca tuve. Le dije que para mí era el ser más amable, más bello e impecable que me había encontrado en mi vida, pese al hecho de que hasta hacía unos días ni siquiera sabía que existiese.

-Pero por supuesto que la conocías -protestó Emilito-. Cada uno de nosotros fue a verte y Nélida te veía con mayor frecuencia que nadie. Cuando llegaste con Clara, Nélida ya te había enseñado infinidad de cosas.

-¿Qué me habrá enseñado? -pregunté, inquieta.

Se rascó la cabeza por un momento.

-Te enseñó, por ejemplo, a evocar a tu doble para pedir consejo -contestó.

-Según usted, eso hice la primera noche en la casa del árbol. Pero no sé qué hice en realidad.

-Claro que sí. Lo has hecho siempre. ¿Qué me dices de tu técnica de mirar el horizonte del Sur en busca de consejo?

En el momento en que lo dijo, algo se me aclaró en la mente. Se me habían olvidado por completo ciertos sueños que tuve a lo largo de los años, en los que una mujer bella y misteriosa solía hablar conmigo y dejarme regalos en la mesa de noche. Una vez soñé que me dejó un anillo de ópalo y en otra ocasión una pulsera de oro con un diminuto dije de corazón. A veces se sentaba en la orilla de mi cama y me decía cosas que al despertar yo comenzaba a hacer, como mirar el horizonte del Sur, vestir ciertos colores o incluso adoptar un peinado más favorecedor.

Cuando me sentía triste o sola, ella me tranquilizaba, me consolaba y me susurraba dulces naderías al oído. Lo que recordaba con mayor claridad fue que decía amarme como yo era. Usaba esas palabras exactamente: "Te amo así como eres." Luego me frotaba la espalda cuando la tenía tensa o me acariciaba la cabeza y me despeinaba. Comprendí que por su causa no quería que mi madre me tocara. No quería que nadie me tocara, excepto esa mujer. Al despertar después de uno de esos sueños, sentía que no me importaba nada en el mundo mientras esa señora me tuviera en su corazón.

Siempre creí que eran fantasías mías. Puesto que había ido a escuelas católicas, incluso pensé que tal vez se me estuviera apareciendo la Santísima Virgen o alguna de las santas. Me habían enseñado que todo lo bueno venía de ellas. En algún momento llegué a pensar que era mi hada madrina, pero ni en mis fantasías más descabelladas pudiese haber creído que ese ser existía en realidad.

-No era la virgen ni una santa, idiota -dijo Emilito, riéndose-. Era nuestra Nélida. Y realmente te dio esas joyas. Las encontrarás en una caja debajo de la plataforma en la casa del árbol. Ella las recibió de su predecesora; ahora te las está pasando a ti.

-¿Quiere decir que el anillo de ópalo realmente existe? -exclamé.

Emilito asintió con la cabeza.

-Ve a ver por ti misma. Nélida me dijo que te dijera...

Antes de que pudiera terminar la frase, salí disparada de la cocina al frente de la casa. A una extraordinaria velocidad subí a la casa del árbol. Ahí, en una caja de seda escondida debajo de la plataforma, había unas joyas exquisitas. Reconocí el anillo de ópalo con el fuego rojo en su interior y la pulsera de oro con el dije, y también había otros anillos, un reloj de oro y un collar de diamantes. Saqué la pulsera de oro y me la puse, y por primera vez desde que Clara se fue los ojos se me llenaron de lágrimas. Sin embargo, no fueron lágrimas de autocompasión ni de tristeza sino de pura alegría y júbilo. Ahora sabía, fuera de toda duda, que la hermosa mujer no había sido sólo un sueño.

Pronuncié el nombre de Nélida en voz baja y le agradecí todos sus favores a voz en cuello. Prometí cambiar, ser diferente y hacer lo que Emilito me dijera, lo que fuese, con tal de verla y hablar con ella de nuevo.

Cuando bajé, encontré a Emilito de pie a la puerta de la cocina. Le enseñé la pulsera y los anillos y le pregunté cómo era posible que hubiese visto las mismas joyas hacía años en mis sueños.

-Los brujos son seres extremadamente misteriosos -dijo Emilito-; porque la mayor parte del tiempo actúan con la energía de su doble. Nélida es una gran acechadora. Acecha en sus sueños. Su poder es único, a tal grado que no sólo puede transportarse ella misma sino también llevar cosas consigo. De esta manera, te pudo visitar. Y por eso se apellida Abelar. Para nosotros, Abelar significa acechador. Y Grau significa ensoñador. Todos los brujos en esta casa son o ensoñadores o acechadores.

-¿Cuál es la diferencia, Emilito?

-Los acechadores planean y cumplen sus planes; maquinan, inventan y cambian las cosas estando despiertos o en sueños. Los ensoñadores avanzan sin plan ni pensamiento alguno; se clavan en la realidad del mundo o en la realidad de los ensueños.

-Todo esto me resulta incomprensible, Emilito -dije, examinando el anillo de ópalo bajo la luz.

-Te estoy guiando para que lo puedas entender -replicó Emilito-. Y para ayudarme a guiarte tienes que hacer lo que te indique: todo lo que yo te diga, haga o recomiende que hagas es o la copia exacta de lo que me dijeron mis dos maestros o se basa en lo que ellos me dijeron -se me acercó un poco-. Posiblemente no lo creas -susurró-, pero tú y yo básicamente somos parecidos.

-¿En qué forma, Emilito?

-Los dos estamos un poco locos -dijo con la cara muy seria-. Pon mucha atención y recuerda lo siguiente. Para que tú y yo guardemos la cordura, debemos trabajar como unos demonios para equilibrar no al cuerpo ni a la mente, sino al doble.

No le vi sentido a discutir con él o a asentir. Sin embargo, al sentarme otra vez a la mesa de la cocina, le pregunté:

-¿Cómo podemos estar seguros de estar equilibrando al doble?

-Abriendo nuestras compuertas -replicó-. La primera compuerta está en la planta de los pies, en la base del dedo gordo.

Se metió debajo de la mesa, me agarró el pie izquierdo y, con un solo movimiento de increíble rapidez, me quitó el zapato y el calcetín. Luego, sirviéndose del índice y el pulgar como prensa de tornillo, me apretó primero la protuberancia redonda del dedo gordo en la planta del pie y luego la articulación del dedo en la punta del pie. El agudo dolor y la sorpresa me hicieron gritar. Le arrebaté el pie en forma tan enérgica que pegué con la rodilla en la parte de abajo de la mesa. Me puse de pie y grité:

-¡Qué diablos cree que está haciendo!

Hizo caso omiso de mi explosión de ira y dijo:

-Te estoy señalando las compuertas, de acuerdo con la regla. Así que pon mucha atención.

Se puso de pie y dio la vuelta a mi lado de la mesa.

-La segunda compuerta comprende el área que incluye las pantorrillas y el área detrás de las rodillas -dijo, inclinándose para acariciarme las piernas-. La tercera está en los órganos sexuales y el coxis -antes de que pudiera apartarme, deslizó sus manos tibias dentro de mi entrepierna y con un firme apretón me levantó un poco.

Traté de apartarlo de mí, pero me agarró de la parte baja de la espalda.

-La cuarta y más importante está en la parte de los riñones -dijo. Sin fijarse en mi enojo, de un empujón me obligó a sentarme otra vez en la banca. Subió las manos por mi espalda. Me encogí, pero por consideración a Nélida lo dejé continuar-. El quinto punto está entre los omóplatos -indicó-. El sexto se encuentra en la base del cráneo. Y el séptimo está en la corona de la cabeza. Para identificar al último punto, sus nudillos descendieron con fuerza justo en lo más alto de mi cabeza.

Regresó a su lado de la mesa y se sentó.

-Si la primera y segunda compuerta se encuentran abiertas, emanamos cierto tipo de fuerza que la gente puede encontrar intolerable -prosiguió-. Por otra parte, si la tercera y cuarta compuertas no están tan cerradas como debe ser, emanamos cierta fuerza que la gente encuentra muy atractiva.

Sabía con certeza que los centros inferiores del cuidador estaban abiertos de par en par, porque me resultaba odioso e intolerable. Medio en broma y en parte por sentirme culpable al albergar esos sentimientos hacia él, admití que yo no le simpatizaba fácilmente a la gente. Siempre creí que se debía a una falta de gracia social, la cual trataba siempre de compensar siendo particularmente servicial.

-Es algo muy natural que nadie simpatice contigo -dijo, asintiendo-. Has tenido parcialmente abiertas las compuertas de los pies y las pantorrillas durante toda tu vida. Otra consecuencia de tener abiertos esos centros inferiores es que tienes problemas para caminar.

-Espere un momento -dije-, mi forma de caminar no tiene nada de malo. Practico artes marciales. Clara me dijo que me muevo con agilidad y gracia.

Al escucharme, rompió a reír.
-Puedes practicar lo que quieras -replicó-, pero seguirás arrastrando los pies al caminar. Caminas como un viejito.
Emilito era peor que Clara. Por lo menos ella tenía la consideración de reírse conmigo, no de mí. Emilito no tenía piedad alguna con mis sentimientos. Me atormentaba como los niños mayores lo hacen con los más pequeños y débiles que carecen de defensas.
-No estás ofendida, ¿verdad? -preguntó, escudriñándome.
-¿Yo, ofendida? Claro que no -estaba furiosa.
-Qué bueno. Clara me aseguró que te has librado de la mayor parte de tu autocompasión e importancia personal por medio de tu recapitulación. La recapitulación de tu vida, especialmente de tu vida sexual, ha aflojado aún más algunas de tus compuertas. El crujido que escuchas en la nuca ocurre al momento de separarse tus lados derecho e izquierdo. Eso deja una grieta justo en el centro de tu cuerpo, por la cual la energía sube a la nuca, al lugar donde se produce ese ruido. Oír ese ruido seco significa que tu doble está a punto de cobrar conciencia.
-¿Qué debo hacer al oírlo?
-Saber qué hacer no es tan importante, porque hay muy poco que uno puede hacer -indicó-. Es posible quedarse sentado con los ojos cerrados o ponerse de pie para caminar. Lo importante es saber que uno está limitado, porque el cuerpo físico controla la conciencia. No obstante, si se logra voltear la situación, para que el doble controle la conciencia, es posible hacer prácticamente cualquier cosa que uno sea capaz de imaginar.
Se puso de pie y se me acercó.
-Ahora no me vas a embaucar para hacerme hablar, como lo hiciste con Clara y Nélida -indicó-. Sólo es posible aprender acerca del doble por medio de la acción. Todavía te hablo porque aún no termina tu fase de transición.
Me tomó del brazo y, sin una palabra más, prácticamente me arrastró a la parte de atrás de la casa. Ahí me colocó debajo de un árbol, con la corona de la cabeza a unos centímetros debajo de una rama baja y gruesa. Dijo que vería si yo era capaz de proyectar mi doble otra vez fuera de mí, con la ayuda del árbol y estando plenamente consciente.
Dudé seriamente que fuese capaz de proyectar cualquier cosa fuera de mí y así se lo dije. Sin embargo, insistió en que, si concentraba mi intento en ello, mi doble empujaría desde mi interior y se expandiría fuera de los límites de mi cuerpo físico.
-¿Qué debo hacer exactamente? -pregunté, con la esperanza de que me enseñara un procedimiento que formara parte de la regla de los brujos.
Me dijo que cerrara los ojos y me concentrara en mi respiración. Al relajarme, debía intentar que una fuerza flotara hacia arriba, hasta alcanzar las ramas más altas, y que la sintiera como una sensación emanada desde la compuerta en la corona de mi cabeza. Dijo que esto me resultaría relativamente fácil, puesto que estaría usando de apoyo a mi amigo el árbol. La energía del árbol, explicó, formaría una matriz desde la cual podría expandirse mi conciencia.
Después de concentrarme en mi respiración por un momento, sentí que una energía vibrante me subía por la espalda, pugnando por salir por la corona de mi cabeza. Entonces algo se abrió dentro de mí. Cada vez que inhalaba, una línea se alargaba hacia la parte superior del árbol; al exhalar, la línea era otra vez jalada hacia abajo, a mi cuerpo. La sensación de alcanzar lo más alto del árbol se hizo más fuerte con cada respiración, hasta que sinceramente creí que mí cuerpo se había expandido para hacerse tan alto y voluminoso como el árbol.
En cierto punto me poseyó un profundo afecto y empatía con el árbol; fue en ese instante que algo subió en oleada por mi espalda y salió por mi cabeza; de repente me encontré contemplando el mundo desde las ramas superiores. La sensación sólo duró un instante, porque fue interrumpida por la voz del cuidador quien me ordenaba descender y fluir otra vez al interior de mi cuerpo. Percibí algo como una cascada, una efervescencia que fluía hacia abajo, entraba por la corona de mi cabeza y me llenaba el cuerpo con una calidez familiar.
-No debes permanecer mezclada con el árbol por demasiado tiempo -me dijo cuando abrí los ojos.
Experimenté el deseo sobrecogedor de abrazar al árbol, pero el cuidador me jaló del brazo hasta una gran piedra, a cierta distancia, en la que nos sentamos. Señaló que con la ayuda de una fuerza externa, en este caso la unión de mi conciencia con el árbol, era fácil lograr la expansión del doble. No obstante, debido a esta facilidad corremos el riesgo de permanecer fusionados con el árbol por demasiado tiempo, lo cual puede agotar la energía vital que el árbol necesita para mantenerse en condiciones fuertes y sanas. O bien es posible que dejemos un poco de nuestra propia energía, desarrollando un vínculo emocional con el árbol.
-Es posible fusionarse con cualquier cosa -explicó-. Si el objeto o la persona con la que uno se fusiona es fuerte, la propia energía aumentará, como sucedía cada vez que te fusionabas con el mago Manfredo. No obstante, si el objeto es débil o la persona es enferma, aléjate. Como sea, debes practicar este ejercicio muy poco porque, como todo lo demás, se trata de una espada de doble filo. La energía externa siempre es distinta de la nuestra, muchas veces opuesta a ella.
Escuché con atención lo que decía el cuidador. Algo que dijo me llamó la atención más que todo lo demás.

-Dígame, Emilito, ¿por qué llamó mago a Manfredo?
-Es nuestra manera de reconocer su condición única. Para nosotros, Manfredo no puede ser otra cosa que un mago. Es más que un brujo. Sería un brujo si viviera entre los miembros de su propia especie, pero vive entre seres humanos, es más, entre brujos humanos, como su igual. Sólo un mago consumado es capaz de lograr tal hazaña.
Le pregunté si alguna vez volvería a ver a Manfredo; el cuidador se colocó el índice sobre los labios, con un ademán tan exagerado que guardé silencio y no insistí en una respuesta.
Recogió una ramita y dibujó una forma ovalada en la tierra blanda. Agregó una línea horizontal que la cortaba transversalmente a la mitad. Señaló las dos particiones y explicó que el doble se divide en una sección inferior y una superior, las cuales en el cuerpo físico corresponden aproximadamente a las cavidades del abdomen y del pecho. Dos corrientes distintas de energía circulan por estas dos secciones. En la inferior circula la energía original que poseíamos al estar en el útero. En la sección superior circula la energía del pensamiento. Esta energía penetra en el cuerpo al nacer, con la primera respiración. Dijo que la energía del pensamiento es acrecentada por la experiencia y se eleva hacia arriba, a la cabeza. La energía original desciende al área genital. Por lo común, en la vida normal, estas dos energías del doble se separan, provocando debilidades y desequilibrio en el cuerpo físico.
Dibujó otra línea que bajaba por el centro de la figura elíptica para dividirla a lo largo en dos partes, las cuales, según afirmó, corresponden a los lados derecho e izquierdo del cuerpo. Estos dos lados también poseen dos patrones específicos de circulación energética. Del lado derecho, la energía sube por la parte delantera del doble y baja por la parte de atrás. Del lado izquierdo, la energía baja por la parte delantera del doble y sube por la parte de atrás.
Explicó que el error cometido por muchos al buscar al doble consistía en aplicarle las reglas del cuerpo físico, entrenándolo, por ejemplo, como si estuviese hecho de músculos y huesos. Me aseguró que no hay forma de preparar al doble por medio del ejercicio físico.
-La manera más fácil de resolver el problema es mediante la separación del cuerpo físico y el doble -explicó el cuidador-. Sólo al estar definitivamente separados, la conciencia puede fluir entre el uno y el otro. Esto es lo que hacen los brujos. Por lo tanto, pueden hacer caso omiso de todas las tonterías que supuestamente los unifican, como lo son rituales, encantamientos y complicadas técnicas de respiración.
-¿Pero qué me dice de las respiraciones y los pases brujos que Clara me enseñó? ¿También son tonterías?
-No. Sólo te enseñó cosas que ayudan a separar el cuerpo y el doble. Por lo tanto, todo eso servirá a nuestros propósitos.
Dijo que el mayor error humano quizá sea el de creer que la salud y el bienestar se encuentran en el reino del cuerpo, cuando en esencia el control sobre nuestras vidas se halla en el reino del doble. Este error se deriva del hecho de que el cuerpo controla nuestra conciencia. Agregó que por lo común nuestra conciencia se fija en la energía que circula del lado derecho del doble, lo cual resulta en nuestra habilidad para pensar y razonar y poder tratar eficazmente con nuestros semejantes y sus ideas. A veces por accidente, pero más que nada por medio de un entrenamiento especializado, es posible desplazar la conciencia a la energía que circula del lado izquierdo del doble, lo cual resulta en un comportamiento no tan propicio para ocupaciones intelectuales o tratar con la gente.
-Cuando la conciencia se fija continuamente del lado izquierdo del doble, el doble adquiere cuerpo y emerge -prosiguió-, y uno es capaz de realizar hazañas inconcebibles. Esto no debería sorprendernos, porque el doble es nuestra fuente de energía. El cuerpo físico no es más que el receptáculo en el que se ha colocado esa energía.
Pregunté si hay personas capaces de enfocar su conciencia a discreción en cualquiera de los dos lados del doble.
Asintió con la cabeza.
-Los brujos pueden hacerlo -replicó-. El día en que lo logres, serás bruja.
Indicó que algunas personas son capaces de desplazar su conciencia al lado derecho o izquierdo del doble, una vez que consiguieron realizar el vuelo abstracto, por medio de la simple manipulación del flujo de su respiración. Tales personas pueden practicar la brujería o las artes marciales con la misma facilidad con la que manejan intrincados sistemas académicos. Hizo hincapié en que el apuro de fijar la conciencia en forma constante del lado izquierdo constituye una trama infinitamente más mortal que los atractivos del mundo de la vida cotidiana, debido al misterio y el poder inherentes en él.
-Para nosotros, la verdadera esperanza está al centro -indicó, tocándome la frente y el centro del pecho-, porque en la pared que divide a los dos lados del doble se encuentra una puerta oculta que da a un tercer compartimiento, delgado y secreto. Sólo al abrirse esta puerta es posible experimentar la auténtica libertad.
Me agarró del brazo y me hizo bajar de la piedra.
-Tu tiempo de transición casi ha terminado -dijo, regresando apresuradamente a la casa conmigo-. Ya no hay tiempo para más explicaciones. Dejaremos atrás la fase de transición con una magnífica explosión. Ven, vamos a mi cuarto.

Me detuve en seco. Ya no me sentía sólo incómoda sino amenazada. Por muy excéntrico que fuese Emilito y por mucho que hablara sobre el doble etéreo, seguía siendo un hombre, y el recuerdo del apretón de su mano sobre mis genitales en la cocina estaba demasiado vivo. Además, sabía que no se había tratado de un contacto impersonal efectuado con un mero afán demostrativo; había percibido claramente su lujuria cuando me tocó.

El cuidador me miró con ojos fríos.

-¿Qué diablos quieres decir con que percibiste mi lujuria cuando te toqué?

Sólo pude devolver su mirada con la boca abierta. Había repetido mi pensamiento exactamente. Una ola de vergüenza me atravesó, acompañada por un estremecimiento frío que se extendió por todo mi cuerpo. Sin tino balbucí unas débiles disculpas. Le dije que antes solía tener la fantasía de ser tan hermosa que todos los hombres me encontraban irresistible.

-Recapitular significa quemar todo eso -indicó-. No has hecho un buen trabajo. Sin duda ésta es la razón por la que fracasaste al querer llegar adonde cruzan los brujos.

Se volteó y se alejó de la casa.

-Aún no ha llegado el momento de enseñarte lo que tenía pensado -dijo-. No. Necesitas trabajar mucho más en corregirte. Mucho más. Y de aquí en adelante tendrás que proceder con mucho más cuidado; tendrás que esforzarte muchísimo, porque no puedes permitirte más errores.

21

Mi periodo de transición terminó en ese instante, al acometerme Emilito por haber malinterpretado sus intenciones. De ahí en adelante abandonó su extravagante aire de bromista y se convirtió en un capataz sumamente exigente. Ya no hubo más largas explicaciones del doble ni de otros aspectos de la brujería, es decir, ningún descanso derivado de la comprensión intelectual. Sólo hubo trabajo pragmático y exigente. Todos los días durante meses, desde la mañana hasta la noche, me abrumaba con actividades hasta que, exhausta, iba a dormir a la casa del árbol.

Además de continuar la práctica del kung fu y de trabajar en el jardín, el cuidador me puso a cargo de preparar la comida y la cena. Me enseñó a prender la estufa y a preparar unos platillos sencillos, algo que mi madre ya había tratado de hacer, pero sin lograrlo nunca. Puesto que tenía otros deberes, normalmente ponía todos los ingredientes en la estufa a cocer en una olla y regresaba más tarde, a la hora de la comida. Después de preparar el mismo caldo durante varias semanas, conseguí la mezcla perfecta de sabores. Emilito dijo que resulté ser, si no una cocinera bastante buena, al menos alguien capaz de producir comida comestible. Lo tomé como cumplido, porque nada de lo que había preparado en toda mi vida, desde panqué hasta albondigón, había sido comestible.

Comíamos en total silencio, un silencio que él interrumpía si quería decirme algo. Pero si yo deseaba conversar se señalaba el estómago para recordarme su delicada digestión.

La mayor parte de mi tiempo seguía dedicada a la recapitulación. El cuidador me había instruido en repasar los mismos acontecimientos y personas recapitulados con anterioridad, salvo que en esta ocasión debía hacerlo en la casa del árbol. Subir a la casa del árbol todos los días me hizo perder mi temor inicial a las alturas. Gozaba estar al aire libre, especialmente avanzadas las tardes, la hora que reservaba para esta tarea en particular. Bajo la supervisión de Clara había recapitulado en una cueva oscura. La atmósfera de aquella recapitulación había sido pesada, térrea, sombría y muchas veces aterradora. La recapitulación que efectué en la casa del árbol, dirigida por Emilito, estaba dominada por una nueva atmósfera. Era ligera, vaporosa, transparente. Recordé las cosas con una claridad sin precedentes. Mi energía adicional o la influencia de estar despegada del suelo me permitió recordar una cantidad infinitamente mayor de detalles. Todo resultó más vivo y pronunciado y menos cargado de la autocompasión, la displicencia, el miedo y el arrepentimiento que habían caracterizado mi recapitulación anterior.

Clara me había pedido apuntar en el suelo el nombre de cada persona con la que me había topado en la vida, para luego borrarlo con la mano una vez que hubiera inhalado los recuerdos relacionados con esa persona. Emilito, por su parte, me mandó apuntar los nombres de las personas en hojas secas y luego prenderlas con un cerillo, al terminar de inhalar todo lo que recordaba acerca de ellas. Me dio un aparato especial para incinerar las hojas, un cubo metálico que medía treinta centímetros, provisto de pequeños agujeros redondos perfectamente perforados en todas sus caras. A la mitad de una cara de esta caja estaba incrustado un cristal, como una especie de diminuta ventana. En el centro de la parte inferior de la tapa había un filoso alfiler. Del lado de la ventanita había una palanca que entraba y salía, sobre la cual era posible sujetar un cerillo para desde afuera rozar con él una superficie áspera en el interior de la caja, después de haber cerrado la tapa.

-A fin de evitar un incendio -explicó Emilito- tienes que atravesar la hoja seca con el alfiler de la tapa, de modo que al cerrar ésta, la hoja quede suspendida en el centro de la caja. Luego te asomas a la caja por la pequeña ventana de cristal y por medio de la palanca prendes tu cerillo, lo colocas debajo de la hoja y observas cómo ésta

se reduce a cenizas.
Al contemplar las llamas que consumían cada hoja, debía absorber la energía del fuego con los ojos, teniendo cuidado en no inhalar el humo nunca. Me indicó que colocara las cenizas de las hojas en una urna de metal; y los cerillos usados en una bolsa de papel. Cada uno de los cerillos representaba el cascarón de la persona cuyo nombre había apuntado en la hoja seca desintegrada por ese cerillo en particular. Cuando la urna estuviese llena, debía vaciarla desde lo alto del árbol, dejando que el aire esparciera las cenizas en todas direcciones. Me indicó que bajara el montón de cerillos quemados en una bolsa de papel por medio de una cuerda particular. Manejando la bolsa con pinzas, Emilito la colocaba en una canasta especial que siempre usaba para ese propósito. Se cuidaba de no tocar nunca los cerillos ni la bolsa. Me imaginaba que los enterraba en algún lugar de los montes, o que tal vez los arrojaba al arroyo para que el agua los desintegrara. Deshacerse de los cerillos, me aseguró, era el último acto en el proceso de romper los lazos con el mundo.
Después de unos tres meses de recapitular, Emilito de repente cambió mi horario de trabajo.
-Estoy harto de comer tu aburrido caldo -dijo una mañana, subiendo al árbol la comida que él me había preparado.
Recibí la noticia con júbilo, no sólo porque tal vez tendría más tiempo para estar en la casa del árbol, sino porque realmente me agradaba comer lo que guisaba otra persona.
La primera vez que probé la comida de Emilito cobré la certeza total de que Clara nunca había guisado lo que me servía. El verdadero cocinero siempre fue Emilito. Preparaba las cosas con una sazón especial que siempre hacía de un platillo suyo una delicia.
Todas las mañanas, alrededor de las siete, Emilito se presentaba al pie del árbol, listo para subirme algo de comida metida en una canasta. Después de desayunar en la casa del árbol normalmente volvía a mi recapitulación, la cual, una vez que me hube librado del miedo a descubrir algo desagradable, se convirtió más que nunca en una excitante aventura de análisis y comprensión. Entre más inhalaba de mi pasado, más ligera y libre me sentía.
Conforme rompía los viejos lazos con el pasado, empecé a formar otros nuevos. En este caso, mis nuevos lazos se establecieron con el ser de cualidades únicas que me guiaba. Emilito, si bien severo y determinado a asegurarse de que no cejara en mi empeño ni por un momento, en esencia era tan ligero como una pluma. Al principio me había sorprendido que tanto él como Clara afirmasen que me parecía a ellos. No obstante, después de un examen más profundo debí admitir que era tan cargante como Clara y tan alocada, si no es que tan loca, como Emilito.
Una vez que me acostumbré a su extravagancia, ya no había para mí diferencia entre Emilito y Clara o el nagual, o incluso Manfredo. Mis sentimientos por todos ellos coincidían, de modo que empecé a sentir afecto por Emilito y un día con gran naturalidad comencé a disfrutar el llamarlo Emilito. Al conocernos, el cuidador me había dicho que se llamaba Emilito. Me parecía ridículo llamar a un hombre maduro Emilito, de modo que lo hacía con renuencia. Sin embargo, al conocerlo mejor ya no pude concebir otra forma de hablarle.
Cada vez que pensaba en los cuatro, se fundían en mi mente. Sin embargo, no hubiera podido fundirlos con Nélida. Ella era especial para mí; la mantenía para siempre aparte y por encima de todos los demás, aunque sólo la hubiera visto una vez en el mundo real. Tenía la impresión de que el día en que pude fijar mis ojos en ella, el vínculo que ya existía entre nosotras se había formalizado. Un solo encuentro dentro de la conciencia del mundo cotidiano, por muy efímero que hubiese sido, había bastado para hacer de ese vínculo algo indestructible y eterno.
Un día, después de que terminamos de comer en la cocina, Emilito me entregó un paquete. Al estrecharlo, supe que era de Nélida. Busqué una dirección remitente, pero no había ninguna. Estaba adherida al paquete una caricatura de una mujer que fruncía los labios para dar un beso. En el interior, escritas con la letra de Nélida, estaban las palabras "Besa al árbol". Desgarré la envoltura del paquete y encontré un par de suaves botines de piel con agujetas. Las suelas estaban provistas de calces de hule, como los zapatos de golf.
Los levanté para que Emilito los viera. No me imaginaba para qué pudieran servir.
-Son tus zapatos para trepar árboles -dijo Emilito e inclinó la cabeza en señal de reconocimiento-. Nélida sabe que tienes afinidad con los árboles, a pesar de tu miedo a caerte. Los calces son de hule para que no dañes la corteza de los árboles
La llegada del paquete pareció ser la señal para que Emilito me diera detalladas instrucciones acerca de cómo treparme a los árboles. Hasta ese momento sólo había utilizado los arneses para subir a la casa del árbol. A veces me dormitaba o dormía en los arneses, como si estuviera acostada, amarrada a una hamaca. Pero nunca me había trepado al árbol realmente, excepto a una rama muy baja de la que me colgué apoyando los pies en otra.
-Ha llegado la hora de averiguar de qué fibra estás hecha -dijo en tono pragmático-. Tu nueva tarea no será difícil, pero si no le dedicas tu concentración total puede resultar fatal. Tienes que aplicar toda la energía que has ahorrado últimamente a aprender lo que voy a enseñarte.
Me indicó que lo esperara junto a los árboles más altos. Unos momentos después Emilito se reunió conmigo,

cargando una caja larga y plana. La abrió y sacó varios cinturones de seguridad y unas suaves cuerdas para alpinista. Me ciñó la cintura con uno de los cinturones y le agregó otro más largo por medio de los ganchos de seguridad empleados en el alpinismo. Abrochándose un cinturón semejante, me enseñó cómo treparme a un árbol enganchando el cinturón más largo alrededor del tronco y usándolo como apoyo para subir a lo largo de éste. Avanzó con movimientos rápidos y precisos; en el proceso fue enlazando cuerdas alrededor de las ramas, a fin de asegurar su posición. El resultado final fue una red de cuerdas que le permitía moverse con seguridad por todo el árbol, de un extremo horizontal al otro.

Bajó con la misma agilidad con la que había subido.

-Ten cuidado de que todas las cuerdas y los nudos estén bien asegurados -advirtió-. No puedes cometer ningún error grave en esto. Los errores pequeños son corregibles; los graves son fatales.

-Dios mío, ¿se supone que debo hacer todo lo que acaba de hacer? -pregunté, realmente asombrada.

No se trataba de que aún tuviese miedo a las alturas. Simplemente no creía contar con la paciencia necesaria para sujetar todos los ganchos y las cuerdas. Había tardado bastante sólo en acostumbrarme a subir y bajar del árbol con los arneses.

Emilito asintió con la cabeza y se rió alegremente.

-Es un auténtico desafío -admitió-. Pero una vez que le encuentres el modo, seguramente estarás de acuerdo en que vale la pena. Ya verás a qué me refiero.

Me dio un trozo de cuerda y pacientemente me enseñó a atar y desatar los nudos; a ensartar la cuerda en unos pedazos de manguera de hale, para no magullar la corteza del árbol al enlazar la cuerda alrededor de una rama a fin de fijar otra cuerda para trepar; cómo manejar los pies para conservar el equilibrio; y a no perturbar los nidos de los pájaros al subir.

Durante los siguientes tres meses trabajé bajo su supervisión constante, limitándome a las ramas bajas. Una vez que logré un dominio considerable del equipo, suficientes callos en las manos para ya no tener que usar guantes, bastante habilidad para maniobrar y equilibro en mis movimientos, Emilito me permitió aventurarme entre las ramas superiores. Allí practiqué meticulosamente las mismas maniobras que había aprendido entre las ramas inferiores. Y un día, sin habérmelo propuesto siquiera, llegué hasta la copa del árbol al que me estaba trepando. Ese día Emilito me entregó lo que me digo era el regalo más significativo que me había hecho. Era un juego de tres overoles verdes de camuflaje para la selva con sus respectivas gorras, obviamente adquirido en una tienda de excedentes militares en los Estados Unidos.

Vestida con este uniforme para la selva, viví en el grupo de árboles altos delante de la casa. Sólo bajaba para ir al baño y, ocasionalmente, para comer con Emilito. Me trepaba al árbol que quería, siempre y cuando fuese lo suficientemente alto. Sólo había unos cuantos árboles a los que me negaba a treparme; los muy antiguos, que resentirían mi presencia como una intrusión, y los realmente jóvenes, que no tenían la fuerza suficiente para soportar mis cuerdas y movimientos.

Prefería los árboles vigorosos y juveniles, porque me hacían sentir contenta y optimista. Algunos de los de más edad también eran buenos, porque tenían mucho más que decir. Sin embargo, el único árbol en el que Emilito me permitía dormir por la noche era en el de la casa, porque estaba provisto del pararrayos. Me dormía allí en mi cama en la plataforma, o en el día, amarrada con los arneses de cuero e incluso, a veces, simplemente sujeta a una rama de mi propia elección.

Algunas de mis ramas favoritas eran gruesas y libres de protuberancias. Solía acostarme en ellas boca abajo. Apoyaba la cabeza en una pequeña almohada que siempre subía conmigo y abrazaba la rama con los brazos y las piernas, manteniendo un equilibrio precario pero estimulante. Por supuesto siempre me aseguraba de tener una cuerda atada a la cintura y sujeta a una rama superior, en caso de que perdiera el equilibrio mientras dormía.

La sensibilidad que desarrollé por los árboles es imposible de describir. Tenía la certeza de absorber sus estados de ánimo, de saber de su edad, sus conocimientos y sus percepciones. Podía comunicarme con el árbol directamente a través de una sensación que se producía en el interior de mi cuerpo. Muchas veces esta comunicación empezaba con un desbordamiento de afecto puro, casi tan intenso como lo que había sentido por Manfredo, un afecto que siempre brotaba de mí en forma inesperada y sin haberlo buscado. Entonces podía sentir cómo sus raíces penetraban en la tierra. Sabía si necesitaban agua y cuáles eran las raíces que se extendían hacia la fuente de agua subterránea. Supe lo que significa para un árbol vivir en busca de la luz, esperándola y dirigiendo el intento hacia ella; qué significa sentir calor, frío o los estragos de los rayos y las tormentas. Aprendí lo que era no poder moverse nunca del sitio designado para uno. Lo que significa ser silencioso, percibir a través de la corteza y las raíces y absorber la luz por medio de las hojas. Supe, fuera de toda duda, que los árboles sienten dolor; y también supe que, una vez establecida la comunicación con ellos, los árboles se desbordan de afecto.

Sentada en una rama robusta, con la espalda apoyada en el tronco del árbol, mi recapitulación adquirió un estado de ánimo por completo diferente. Podía recordar los detalles más diminutos de las experiencias de mi vida, sin miedo a involucrar una emoción ordinaria. Me reía a carcajadas de cosas que en algún momento habían

representado profundos traumas para mí. Encontré que mis obsesiones ya no eran capaces de despertar autocompasión en mí. Lo veía todo desde una perspectiva diferente, no como la habitante urbana que siempre fui, sino como la moradora de árboles en que me había convertido.

Una noche, mientras comíamos un caldo de conejo preparado por mí, Emilito me sorprendió al hablarme en forma muy animada. Me pidió quedarme después de cenar, porque quería decirme algo. Era algo tan fuera de lo común que me emocioné, llena de expectación. Desde hacía meses, los únicos seres con los que hablaba era con los árboles y los pájaros. Me preparé para algo monumental.

-Llevas más de seis meses viviendo en los árboles -empezó-. Es hora de averiguar qué has hecho allá arriba. Entremos a la casa. Tengo que enseñarte algo.

-¿Qué va a enseñarme, Emilito? -pregunté, recordando la vez que quiso mostrarme algo en su cuarto y que me negué a seguirlo.

El nombre Emilito le quedaba a la perfección. Se había convertido en un ser muy estimado para mí. Uno de los grandes descubrimientos que había hecho, posada entre las altas ramas de los árboles, fue que Emilito no era un ser humano en absoluto. Sólo era posible especular acerca de si alguna vez lo fue y si su recapitulación lo borró todo. Su falta de humanidad era una barrera que impedía a todos acercarse a él para sostener un intercambio subjetivo. Nadie podría penetrar jamás hasta lo que Emilito pensaba, sentía o atestiguaba. Sin embargo, si así lo deseaba, Emilito era capaz de acercarse a cualquiera de nosotros para compartir nuestros estados subjetivos. Su falta de humanidad era algo que yo intuí desde la primera vez que me topé con él, en la puerta de la cocina. Ahora podía sentirme a gusto con él; si bien aun nos separaba esa barrera, yo era capaz de maravillarme ante sus proezas.

Puesto que no me había contestado, volví a preguntarle a Emilito qué iba a enseñarme.

-Lo que quiero enseñarte es de enorme importancia -dijo-. Pero la forma en que lo veas dependerá de ti. Dependerá de si has adquirido el silencio y el equilibrio de los árboles.

De prisa cruzamos el patio oscuro hasta la casa. Lo seguí a lo largo del pasillo hasta la puerta de su cuarto. Se multiplicó mi nerviosismo al verlo detenerse ahí por un largo instante y respirar hondo varias veces, como a fin de prepararse para lo que viniera.

-Muy bien, entremos -dijo, jalándome suavemente de la manga de la camisa-. Una palabra de advertencia. No mires con fijeza nada de lo que hay en la habitación. Observa lo que quieras, pero examina las cosas por encimita, usando sólo rápidas ojeadas.

Abrió la puerta y entramos a su extravagante cuarto. Vivir en los árboles me había hecho olvidar por completo la primera vez que entré a esa habitación, el día en que Clara y Nélida se fueron. De nueva cuenta me sobresaltaron los extraños objetos que la llenaban. Lo primero que vi fueron cuatro lámparas de pie, una al centro de cada pared. Ni siquiera quise imaginarme de qué clase de lámparas se trataría. La habitación y todo lo que contenía estaban iluminados por una suave y misteriosa luz ámbar. Conocía bastante bien los equipos eléctricos como para saber que ningún foco normal, aun visto a través de una pantalla hecha del tejido más insólito, podría despedir jamás ese tipo de luz.

Sentí que Emilito me tomaba del brazo para ayudarme a pasar por encima de una cerca de treinta centímetros de altura que separaba una pequeña área cuadrada en el rincón del suroeste del cuarto.

-Bienvenida a mi cueva -dijo con una sonrisa, mientras nos metíamos al área separada.

Dentro de ese cuadro había una larga mesa, medio oculta por una cortina negra, y una hilera de cuatro sillas de apariencia muy insólita. Cada una contaba con un alto y sólido respaldo ovalado, adaptado a la curvatura de la espina dorsal; y, en lugar de patas, una base redonda aparentemente sólida. Las cuatro sillas estaban volteadas hacia la pared.

-No mires nada con fijeza -me recordó el cuidador al ayudarme a tomar asiento en una de las sillas.

Observé que estaban hechas de una especie de material plástico. El asiento redondo estaba acojinado, aunque no encontré en qué forma; era duro como la madera, pero tenía una elasticidad que cedió al descender yo sobre el asiento. También giraba al moverme de lado. El respaldo ovalado, que parecía envolverme la espalda, estaba acojinado, pero igualmente duro. Todas las sillas estaban pintadas de un vivo azul cerúleo.

El cuidador se sentó en la silla a mi lado. La hizo girar para mirar hacia el centro de la habitación y con voz extraordinariamente forzada me indicó que también me diera la vuelta. Cuando lo hice, proferí un resuello gutural. El cuarto que había atravesado un momento antes había desaparecido. En cambio, estaba yo mirando un vasto espacio plano, iluminado por un brillo color de durazno. Delante de mis ojos, la habitación parecía extenderse hasta el espacio infinito. El horizonte ante mi vista era negro como el azabache. Volví a resollar, porque tenía una sensación hueca en la boca del estómago. Sentía que el piso se me escapaba debajo de los pies y que era jalada hacia ese espacio. Ya no percibía la silla giratoria debajo de mí, aunque seguía sentada en ella.

Escuché a Emilito decir:

-Demos la vuelta otra vez -pero no tuve fuerzas para hacer girar la silla. Debió hacerlo por mí, porque de repente me encontré viendo otra vez la esquina del cuarto.

-Increíble, ¿no crees? -preguntó el cuidador con una sonrisa.

Fui incapaz de pronunciar una sola palabra ni de hacer preguntas que sabía carecían de respuestas. Tras un minuto o dos, Emilito hizo girar mi silla de nuevo, para proporcionarme otra mirada al infinito. Encontré tan aterradora la inmensidad de ese espacio que cerré los ojos. Sentí que Emilito volvía a hacer girar la silla.

-Ahora levántate de la silla -indicó.

Lo obedecí automáticamente y me quedé temblando de manera involuntaria, tratando de recuperar la voz. Me dio la vuelta personalmente para obligarme a encarar la habitación.

Presa del miedo, terca o sabiamente me negué a abrir los ojos. El cuidador me asestó un fuerte golpe con el nudillo en la corona de la cabeza, lo cual me hizo abrir los ojos de repente. Para mi alivio, el cuarto no formaba un espacio negro infinito sino estaba como cuando entré a él. Haciendo caso omiso de sus amonestaciones de sólo echar miradas rápidas, miré fijamente cada uno de esos objetos imposibles de identificar.

-Por favor, Emilito, dígame, ¿qué es todo esto? -pregunté.

-Yo sólo soy el cuidador -contestó Emilito-. Todo esto se encuentra a mi cargo -abarcó todo el cuarto con un movimiento de la mano-. Pero no tengo la menor idea de lo que sea. De hecho, ninguno de nosotros sabe lo que es. Lo heredamos, junto con la casa, de mi maestro, el nagual Julián, y él lo heredó de su maestro, el nagual Elías, quien también lo había heredado.

-Parece un cuarto de utilería de teatro -dije-. Pero es una ilusión, ¿verdad, Emilito?

-¡Es brujería! Puedes percibirla ahora, porque has liberado suficiente energía como para expandir tu percepción. Cualquiera puede percibirla, siempre y cuando haya ahorrado energía suficiente. La tragedia es que la mayor parte de nuestra energía se encuentra atrapada en preocupaciones necias. La recapitulación es la clave. Libera esa energía atrapada y *voilá*! Uno ve el infinito delante de sus propios ojos.

Reí al oír decir *voilá* a Emilito, porque resultaba tan incongruente e inesperado. La risa alivió mi tensión un poco.

-¿Pero todo esto es real, Emilito, o estoy soñando? -fue lo único que alcancé a decir.

-Estás soñando, pero todo esto es real. Tan real que podemos morir desintegrados.

No tenía ninguna explicación racional para lo que estaba viendo, y por consiguiente no había forma ni de creer ni de dudar de mi percepción. Mi dilema era insuperable y también mi pánico. El cuidador se me acercó.

-La brujería es más que gatos negros y gente desnuda bailando en un cementerio a la medianoche, hechizando a otra gente -susurró-. La brujería es fría, abstracta, impersonal. Por eso llamamos el acto de percibirla el vuelo a lo abstracto o donde cruzan los brujos. Para resistirnos a su pasmosa atracción debemos ser fuertes y resueltos; la brujería no es para tímidos ni pusilánimes. Esto es lo que decía el nagual Julián.

Mi interés era tan intenso que me obligaba a escuchar con concentración sin igual cada palabra dicha por Emilito; durante todo este tiempo mantuve los ojos clavados en los objetos dentro del cuarto. Llegué a la conclusión de que ninguno de ellos era real. Sin embargo, el hecho de que obviamente los percibía, me hizo preguntar si yo no sería real tampoco o si los estaría inventando. No se trataba de que fuesen indescriptibles, simplemente eran irreconocibles para mi mente.

-Ahora prepárate para el vuelo de los brujos -indicó Emilito-. Agárrame si en algo aprecias tu vida. Sujétame el cinturón o súbete de caballito en mi espalda. Pero, hagas lo que hagas, no me sueltes.

Antes de que pudiese preguntar siquiera qué pensaba hacer a continuación, me hizo dar la vuelta a la silla y sentarme con la cara hacia la pared. Luego hizo girar la silla en noventa grados, de modo que una vez más quedé viendo ese aterrador espacio infinito. Me ayudó a ponerme de pie agarrándome de la cintura y me hizo dar unos pasos hacia el infinito.

Me resultó casi imposible caminar; mis piernas parecían pesar toneladas. Percibí que el cuidador me empujaba y me levantaba. De súbito me absorbió una inmensa fuerza y ya no estuve caminando sino deslizándome a través del espacio. El cuidador se deslizaba a mi lado. Recordé su advertencia y agarré su cinturón. Justo a tiempo, porque en ese preciso momento otra ola de energía me hizo acelerar a toda velocidad. Le grité que me detuviera. Rápidamente me subió a su espalda y me agarré lo más fuerte que podía. Cerré los ojos con fuerza, pero daba lo mismo. Observaba la misma vastedad delante de mí con los ojos abiertos o cerrados. Volábamos a través de algo que no era aire; tampoco era por encima de la tierra. Mi máximo temor era que una explosión monumental de energía me hiciera perder mi posición sobre la espalda del cuidador. Pugné con toda mi fuerza por no soltarlo, por sostener mi abrazo y mi concentración.

Todo terminó en forma tan brusca como había comenzado. Fui sacudida por otra explosión de energía y me encontré empapada de sudor, de pie al lado de la silla azul. El cuerpo me temblaba de manera incontrolable. Jadeaba y resollaba al respirar. El pelo me cubría la cara, húmedo y enredado. El cuidador me empujó para obligarme a tomar asiento y me hizo girar hasta dar la cara a la pared.

-Ni te atrevas a orinarte en tus pantalones sentada en esa silla -me advirtió en tono severo.

Me encontraba más allá de las funciones corporales. Estaba vacía de todo, incluyendo el miedo. Lo había perdido todo al volar por ese espacio infinito.

-Eres capaz de percibir al igual que yo -dijo Emilito, asintiendo con la cabeza-. Pero aún no dispones de control

en el nuevo mundo que estás percibiendo. Ese control se adquiere con toda una vida de disciplina y de ahorrar poder.

-No lo sabré explicar nunca -dije, y yo misma me di la vuelta para mirar al centro del cuarto y echar otra mirada a ese infinito que se me antojaba ser color rosa. Ahora los objetos que veía en el cuarto eran minúsculos, como las piezas de ajedrez sobre un tablero. Tuve que buscarlos en forma deliberada para apreciarlos. Por otra parte, la cualidad fría y pavorosa de ese espacio me llenaba el alma de un terror absoluto. Recordé lo que Clara había dicho acerca de los videntes que lo buscaban; de cómo miraban esa inmensidad y de cómo les devolvía la mirada con indiferencia fría e implacable. Clara no me dijo nunca que ella misma lo había mirado, aunque ahora sabía que era así. ¿Pero qué caso hubiera tenido decírmelo entonces? Sólo me hubiera reído o la hubiera acusado de fantasear. Ahora me tocaba a mí mirarlo, sin esperanza alguna de comprender qué era lo que estaba viendo. Emilito tenía razón; requeriría toda una vida de disciplina y de ahorrar poder para comprender que estaba viendo el infinito.

-Ahora contemplemos el otro lado del infinito -dijo Emilito y suavemente hizo girar mi silla hasta que estuve mirando a la pared. Ceremoniosamente levantó la cortina negra mientras yo miraba sin ver, tratando de controlar el castañeteo de mis dientes.

Detrás de la cortina había una larga y estrecha mesa azul; no tenía patas y parecía sujeta a la pared, aunque no veía goznes ni ménsulas que la estuvieran sosteniendo.

-Apoya los antebrazos en la mesa y descansa la cabeza en los puños, colocándolos debajo del mentón como Clara te lo enseñó -me ordenó-. Ejerce presión debajo de la barbilla. Sostén la cabeza con delicadeza y no te pongas tensa. Delicadeza es lo que necesitamos ahora.

Seguí sus instrucciones. De inmediato se abrió una pequeña ventana en la pared negra, a unos quince centímetros de mi nariz. El cuidador estaba sentado a mi derecha, aparentemente asomado a otra pequeña ventana.

-Mira adentro -dijo-. ¿Qué es lo que ves?

Veía la casa. Estaba mirando la puerta delantera y el comedor del lado izquierdo de la casa, al que había echado un breve vistazo al pasar junto a él con Emilio la primera vez que usé la entrada principal. La habitación se encontraba muy iluminada y llena de personas. Estaban riéndose y conversaban en español. Algunas se servían comida de un bufete provisto de varios platillos atractivos, bellamente presentados sobre charolas de plata. Vi al nagual y luego a Clara. Estaba radiante y feliz. Tocaba la guitarra y cantaba un dueto con otra mujer que fácilmente podía ser su hermana. Era del mismo tamaño que Clara, pero de piel morena. No tenía los ardientes ojos verdes de Clara. Los suyos eran ardientes, pero oscuros y siniestros. Luego vi a Nélida bailando sola al compás de la melancólica belleza de la tonada. Era de algún modo diferente de como la recordaba, aunque no pude identificar la diferencia con exactitud.

Los observé, encantada, como si hubiera yo muerto e ido al cielo; la escena era tan etérea, tan gozosa, tan libre de preocupaciones cotidianas. Sin embargo, de repente fui sacada bruscamente de mi deleite al ver a una segunda Nélida entrar al comedor por una puerta que había a un lado. No pude creer lo que estaba viendo; ¡había dos de ellas! Me volví hacia el cuidador y lo confronté con una pregunta muda.

-La que está bailando es Florinda -explicó-. Ella y Nélida son exactamente iguales, excepto que Nélida tiene un aspecto un poco más suave -me miró y guiñó el ojo-. Pero es mucho más despiadada.

Conté a las personas en el cuarto. Además del nagual había catorce; nueve mujeres y cinco hombres. Estaban las dos Nélidas; Clara y su hermana morena; y otras cinco mujeres a las que no conocía. Tres definitivamente eran viejas pero, al igual que Clara, Nélida, el nagual y Emilito, tenían una edad indeterminada. Las otras dos mujeres sólo me llevaban unos cuantos años, tendrían quizá unos veinticinco.

Cuatro de los hombres eran mayores y se veían tan fieros como el nagual, pero uno era joven. Tenía la piel morena; era bajo y parecía muy fuerte. Su pelo era negro y rizado. Hacía animados ademanes al hablar y su rostro estaba lleno de energía y expresividad. Tenía algo que lo hacía descollar entre todos los demás. Mi corazón dio un brinco e inmediatamente me sentí atraída por él.

-Ese es el nuevo nagual -dijo el cuidador.

Mientras contemplábamos la habitación, explicó que cada nagual imbuye a la brujería que practica de su propio temperamento y experiencias. El nagual Juan Miguel Abelar, por ser un indio yaqui, había aportado a su grupo la pasión de los yaquis, como un sello que caracterizaba todas sus acciones. Su brujería, indicó, estaba empapada del ánimo sombrío de esos indígenas. Y todos, incluyéndome a mí, estábamos sujetos a la regla de familiarizarnos con los yaquis, de seguir sus vicisitudes.

-Esta perspectiva prevalecerá para ti hasta que el nuevo nagual se haga cargo -me dijo al oído-. Entonces tendrás que empaparte de su temperamento y experiencias. Esa es la regla. Tendrás que ir a la universidad. Está absorto en sus ocupaciones académicas.

-¿Cuándo sucederá eso? -susurré.

-Cuando todos los miembros de mi grupo encaremos juntos la infinidad en el cuarto que está a nuestras

espaldas y permitamos que nos disuelva -replicó con voz queda.

Una bruma de fatiga y desesperación comenzó a envolverme. El esfuerzo de tratar de comprender lo inconcebible era demasiado grande.

-Este cuarto, del que soy el cuidador, es la acumulación del intento y de los temperamentos de todos los naguales que existieron antes de Juan Miguel Abelar -me dijo al oído-. En todo el mundo no hay manera de explicar lo que es este cuarto. Para mí, al igual que para ti, es incomprensible.

Aparté los ojos del comedor con toda su gente animada y miré a Emilito. Quise llorar, porque por fin comprendí que Emilito era tan solitario como Manfredo; un ser capaz de una conciencia inconcebible, pero cargado con el peso de la soledad acarreada por esa conciencia. Sin embargo, mi deseo de llorar fue pasajero, porque me di cuenta de que la tristeza es una emoción muy trivial, cuando en su lugar podía sentir admiración reverente.

-El nuevo nagual te cuidará -dijo Emilito, llamando mi atención otra vez sobre el comedor-. Es tu último maestro, el que te llevará a la libertad. Tiene muchos nombres, uno por cada una de las diferentes facetas de brujería con las que está involucrado. En lo que respecta a la brujería del infinito, se llama Dilas Grau. Algún día lo conocerás a él y a los demás. No pudiste hacerlo el día que estuviste en el pasillo izquierdo con Nélida ni lo puedes hacer ahora, aquí conmigo. Pero pronto pasarás al otro lado. Te están esperando.

Un anhelo indefinible se apoderó de mí. Quería escurrirme al otro cuarto a través de ese agujero de observación, para estar con ellos. Había armonía y afecto ahí. Y me estaban esperando.

FIN

Este material fue procesado por LUIS de Cuba y aportado para difusión libre y gratuita. Noviembre de 2002